

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

BIBLIOTECA PARTICULAR

DEL

M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales

CANÓNIGO MAGISTRAL DE CÁDIZ

Titulo de la obra

Número de orden

A.T.A
1039

BIBLIOTECA CLASICA.

LA BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritas las obras originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente á la casa de Hernando y C.^a, Arenal, 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas y cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

Tomos.

HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción en verso de Hermosilla.....	3
— <i>La Odisea</i> , traducción en verso de Baráibar.....	2
HERODOTO.— <i>Los Nueve libros de la historia</i> , traducción del P. Pou....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción de Ranz Romanillos....	5
ARISTÓFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Federico Baráibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—(<i>Teócrito, Bión y Mosco</i> .) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares...	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción de Brieva Salvatierra.....	1
TUCÍDIDES.— <i>Historia de la Guerra del Peloponeso</i> , traducción de Gracián.....	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco...	1
— <i>La Cyropedia</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Las Helénicas</i> , traducción de Soms.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción de D. Cristóbal Vidal y don Federico Baráibar.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción de Baráibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa..	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba.	3
PLATÓN.— <i>La República</i> , traducción de D. José Tomás y García.....	2
DIÓGENES LAERCIO.— <i>Vidas de los filósofos</i> traducción de Ortiz y Sanz.	2
MORALISTAS GRIEGOS.—(<i>Marco Aurelio, Teofrastro, Epicteto, Cebes</i> .) Traducción de Díaz de Miranda, López de Ayala, Brum y Simón Abril.....	1

Clásicos latinos.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción en verso de Caro..	2
— <i>Las Eglogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las Geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
CICERÓN.— <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO.— <i>Los Anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1

SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina.</i> — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CÉSAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción de Goya y Muniain....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , trad. de D. F. Norberto Castilla.	1
SÈNECA.— <i>Epistolas morales</i> , traducción de D. F. Navarro y Calvo.	1
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de Navarrete y Navarro.....	2
OVIDIO.— <i>Las Heroídas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
— <i>Las Metamorfosis</i> , traducción de Pedro Sánchez de Viana....	2
FLORO.— <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de Díaz.....	1
QUINTILIANO.— <i>Instituciones oratorias</i> , traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier.....	2
QUINTO CURCIO.— <i>Vida de Alejandro</i> , trad. de Ibañez de Segovia....	2
ESTACIO.— <i>La Tebaida</i> , traducción en verso de Arjona.....	2
LUCANO.— <i>La Farsalia</i> , traducción en verso de Jangueri.....	2
TITO LIVIO.— <i>Décadas de la Historia Romana</i> , traducción de Navarro.	7
TERTULIANO.— <i>Apología contra los gentiles</i> , traducción de Fr. Pedro Manero, obispo que fué de Tarazona.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERÓN DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ALCALÁ GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios.</i> — <i>Estudios históricos.</i> — <i>Estudios políticos.</i> — <i>Estudios biográficos.</i> — <i>Estudios críticos.</i> — <i>Estudios de política y literatura.</i> Traducción de M. Juderías Béndér.....	6
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de M. Juderías Béndér y Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de Daniel López.....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la <i>Revolución de Inglaterra</i> , traducción del mismo.....	6
MILTON.— <i>Paraíso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz.	2
SHAKESPEARE.— <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot.....	6

Se han publicado cuatro tomos.

Clásicos italianos.

MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro....	1
GUICCIARDINI.— <i>Historia de Italia, desde 1494 á 1532</i> , traducida por el rey Felipe IV.....	6

Se ha publicado el tomo I.

Clásicos alemanes.

SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción de D. José J. Herrero.....	1
— <i>Cuadros de viaje</i> , traducción de D. Lorenzo G. Agejas.....	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Béndér.....	2
---	---


Clásicos portugueses.

CAMOENS.— <i>Los Lusíadas</i> , traducción en verso de D. Lamberto Gil...	1
— <i>Poesías selectas</i> , traducción del mismo.....	1

A.T.A.
1039



OBRAS COMPLETAS
DE
LUCIANO.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

M 7398
R 3224

BIBLIOTECA CLÁSICA.

TOMO CXXVIII

OBRAS COMPLETAS

DE

LUCIANO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

CON ARGUMENTOS Y NOTAS

POR

D. FEDERICO BARAIBAR Y ZUMÁRRAGA

—
TOMO II
—

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

calle del Arenal, núm. 11

—
1889

AL LECTOR.

La traducción de todas las obras de Luciano estaba encomendada á mi docto y querido maestro D. Cristóbal Vidal, catedrático de Lengua Griega en la Universidad literaria de Sevilla. El tomo primero de los cuatro en que ha de estar dividida la obra, se publicó en 1882 y agradó infinito á todos los amantes de la literatura clásica. No eran para menos el arte y primor con que el Sr. Vidal había vencido las grandes dificultades que la versión de todo autor griego ofrece, logrando en la suya el *desideratum* de la materia: fidelidad y elegancia. La versión del Sr. Vidal, *bella*, sin ser *infiel* como la francesa de D'Ablancourt y la parcial castellana del canónigo Herrera Maldonado, y fiel, sin sacrificar la belleza á la fidelidad como la interlineal de Leprévost y otras, se acomoda al sistema de traducir que hoy prevalece, trasladando el texto de Luciano con toda la

exactitud compatible entre el genio de nuestro idioma y el del idioma griego. Por esto es doblemente doloroso que el Sr. Vidal, impedido por la pertinaz dolencia de que tuvo demasiado certera previsión al escribir el prólogo de esta obra, no la haya podido llevar á feliz término. Dios le ha dado vida y nuestro buen amigo el editor D. Luis Navarro no le ha dado prisa, como deseaba, pero la inescrutable voluntad de aquél le ha quitado la salud. Asediado por los que, ignorando su enfermedad, le instaban á concluir la comenzada obra, me ha encomendado el Sr. Vidal esta empresa. Por amor al amigo y al maestro procuraré llevar hasta la última página de Luciano la carga abrumadora de su traducción. Para ello procuro ir por las huellas de mi querido catedrático, *sed longe sequor*, como dijo Estacio de Virgilio.

Vitoria, 31 de Agosto de 1889.

FEDERICO BARÁIBAR.

OBRAS DE LUCIANO.

XIV.

SUBASTA DE VIDAS.

JÚPITER, MERCURIO, UN COMPRADOR, PITÁGORAS, DEMÓCRITO, HERÁCLITO
SÓCRATES, DIÓGENES, CRISIPO, EPICURO, PIRRÓN (1).

1. JÚPITER.—Coloca tú los asientos y prepara el sitio para los concurrentes: pon, tú, en orden las vidas, pero adórnalas antes para que parezcan hermosas y atraigan el mayor número posible de compradores. Tú, Mercurio, haz de pregonero, y da la voz, para que acudan al mercado. Vendemos en pública subasta vidas filosóficas de toda especie, y escuelas de todos colores. Si alguno de los presentes no puede pagar al contado, se le da un año de plazo, prestando fianza.

(1) Para la vida de Pitágoras y demás filósofos citados en este diálogo, véase á Diógenes Laercio, *Vidas, Opiniones y Sentencias de los filósofos más ilustres*. Su traducción castellana por D. Josef Ortiz y Sanz (Madrid, 1792; dos vol. 4.^o), figura en la colección de la BIBLIOTECA CLÁSICA, tomos 97 y 98.

MERCURIO.—Muchos acuden: conviene no tardar, ni detenerlos.

JÚPITER.—Vendamos, pues.

2. MERCURIO.—¿Cuál quieres que saquemos primero?

JÚPITER.—Ese Jónico melenudo (1); tiene venerable aspecto.

MERCURIO.—¡Eh! tú, Pitágoras, baja y déjate ver de la concurrencia.

JÚPITER.—Pregona ya.

MERCURIO.—Vendo la vida perfecta y venerabilísima. ¿Quién la compra? ¿Quién quiere sobreponerse á la condición humana? ¿Quién quiere conocer la armonía del todo, y revivir después de la muerte?

UN COMPRADOR.—No tiene mala facha. ¿Qué sabe?

MERCURIO.—Aritmética, Astronomía, Charlatanería, Geometría, Música, Magia. Estás viendo un adivino de punta.

COMPRADOR.—¿Puedo interrogarle?

MERCURIO.—Interrógale en hora buena.

3. COMPRADOR.—¿De dónde eres?

PITÁGORAS.—De Samos.

COMPRADOR.—¿Dónde te has educado?

PITÁGORAS.—En Egipto, con los sabios que hay allí.

COMPRADOR.—Vamos, y si te compro ¿qué me enseñarás?

PITÁGORAS.—No te enseñaré nada: te haré recordar (2).

COMPRADOR.—¿De qué modo me harás recordar?

(1) Pitágoras, según la mayor parte de sus biógrafos, era natural de Samos, isla perteneciente á la Jonia. Sus respuestas en este diálogo son todas en dialecto jónico. Jámblico también llama á Pitágoras *ὁ ἐν Σάμῳ κομήτης*, *el melenudo de Samos*, como Luciano.

(2) La ciencia, según la escuela jónica, es una mera reminiscencia.

PITÁGORAS.—Purificando primeramente tu alma, y limpiándola de sus inmundicias.

COMPRADOR —Pues figúrate que ya estoy purificado: ¿cómo me devolverás la memoria?

PITÁGORAS.—Imponiéndote en primer lugar larga quietud, silencio y mutismo absoluto durante cinco años completos.

COMPRADOR.—¡Oh, bendito! véte á enseñar al hijo de Creso (1): yo quiero ser hombre y no estatua. Mas, con todo, ¿y después del silencio quinquenal?

PITÁGORAS.—Te ejercitarás en la Música y en la Geometría.

COMPRADOR.—Muy bien. De modo que para ser sabio hay que empezar por hacerse citarista.

4. PITÁGORAS.—Luego aprenderás á contar.

COMPRADOR.—Ya sé contar.

PITÁGORAS.—¿Cómo cuentas?

COMPRADOR.—Uno, dos, tres, cuatro.....

PITÁGORAS.—¿Veslo? lo que tú crees cuatro, es diez (2), el perfecto triángulo, y nuestro juramento (3).

(1) El hijo de Creso era mudo. Véase Herodoto, lib. I (Olio), xxxiv y lxxxv.

(2) La suma de los cuatro primeros números es efectivamente el número diez: $1 + 2 + 3 + 4 = 10$.

(3) El triángulo perfecto es un triángulo equilátero que Pitágoras representaba en esta forma:



En la composición de cada lado entra, como se ve, el número cuatro, que los Pitagóricos empleaban como fórmula de sus juramentos. En los *Versos áureos*, atribuidos á Pitágoras, se halla esta fórmula.

COMPRADOR.—¡Por el número cuatro, vuestro gran juramento, jamás he oído palabras tan sagradas y divinas!

PITÁGORAS.—Después, extranjero, sabrás lo que son la tierra, el aire, el agua y el fuego; cuáles son sus movimientos naturales, su modo de moverse y sus formas.

COMPRADOR.—¿Acaso tienen forma el fuego, el aire ó el agua?

PITÁGORAS.—Y muy visible. Sin forma y sin apariencia, ¿cómo habrían de moverse? Aprenderás después que Dios es número, inteligencia y armonía (1).

COMPRADOR.—¡Estupendas palabras!

5. PITÁGORAS.—Después de lo dicho, aprenderás que tú no eres uno, como te parece, sino otro distinto de lo que crees y aparentas.

COMPRADOR.—¿Qué dices? ¿Yo soy otro y no soy el que hablo ahora contigo?

PITÁGORAS.—Ahora sí lo eres; pero anteriormente aparecías con otro cuerpo y otro nombre; y andando el tiempo, pasarás nuevamente á otro (2).

COMPRADOR.—¿Quieres decir que seré inmortal, pasando por muchas formas? Pero basta ya de esto. Dime cuál es tu régimen de vida.

6. PITÁGORAS.—No como nada animado: de todo lo demás sí, menos habas.

COMPRADOR.—¿Por qué? ¿Las detestas acaso?

PITÁGORAS.—No, pero son sagradas y de naturaleza maravillosa. En primer lugar, son todas genera-

(1) Para Pitágoras, eran también armonía la virtud, la salud y toda cosa buena, y la amistad es una igualdad armónica. (*Diógenes Laercio*, libro VIII, PITÁGORAS, 21.)

(2) Pitágoras, según *Diógenes Laercio* (id. *ibid*, 9), fué el primero que desenvolvió la doctrina de la Metempsicosis. *Herodoto* (lib. II, EUTERPE) dice que la aprendió en Egipto.

ción: si quitas el pellejo á una haba todavía verde, verás que se parece á las partes genitales del hombre; si la cueces, y la expones durante un número determinado de noches á la luz de la luna, obtendrás sangre. Y sobre todo, los Atenienses se sirven de ellas, según ley, para la elección de magistrados (1).

COMPRADOR.—Hablas muy bien y como un oráculo. Pero quítate el vestido, porque quiero verte desnudo. —¡Por Hércules! ¡tiene un muslo de oro! Es un dios: no tiene apariencia alguna de hombre. Lo compraré por encima de todo. ¿Qué precio les has puesto?

MERCURIO.—Diez minas (2).

COMPRADOR.—Las tengo, y por ellas lo compro.

JÚPITER.—Anota el nombre del comprador y su patria.

MERCURIO.—Parece, Júpiter, un italiano de los que habitan cerca de Crotona y Tarento, en la Magna Grecia. Pero no es uno solo; son cerca de trescientos los que lo han comprado para poseerlo en común.

JÚPITER.—Llévenselo. Saquemos otro.

7. MERCURIO.—¿Quieres aquel tan sucio, natural del Ponto? (3).

(1) Como todo es simbólico en la doctrina pitagórica, se ha creído que la prohibición de comer habas significaba la abstención de los negocios públicos á que se alude en el lugar anotado. Aristóteles, según Diógenes Laercio (id. ibid., 22), compuso un libro, *De las Habas*, en que explicaba la prohibición pitagórica. Nuestro ilustre Campoamor, en su último poema *El Licenciado Torralba* (cantos I, IV), dice con su habitual humor, hablando de la bella Catalina:

«Y en ciencias, estudiando hasta el martirio,
Llegó sólo á saber, como el más lego,
Que al sublime Pitágoras el griego
Le gustaban las habas con delirio»

(2) Unas 916 pesetas.

(3) Diógenes nació en Sinope, ciudad de la Capadocia, dependiente del reino del Ponto.

JÚPITER.—Ése quiero.

MERCURIO.—¡Eh, tú, el de la alforja al hombro y la espalda desnuda, ven acá, y da una vuelta alrededor de la sala! ¡Vendo una vida varonil, una vida libre, una vida excelente y generosa! ¿Quién la compra?

COMPRADOR.—¿Qué dices, pregonero? ¿vendes una vida libre?

MERCURIO.—Ciertamente.

COMPRADOR.—¿Y no temes que te acuse de comercio ilícito y te cite ante el Areópago?

MERCURIO.—Nada se le importa de la venta: cree que de todos modos ha de ser libre.

COMPRADOR.—¿Para qué puede servir un ente tan sucio y tan miserable? Como no lo dediquemos á cavar ó á traer agua.....

MERCURIO.—No sólo á eso. Si lo pones delante de una puerta, te será más útil que el perro más fiel. Además, ya lleva el nombre de perro.

COMPRADOR.—¿Cuál es su país y su profesión?

MERCURIO.—Lo mejor es que se lo preguntes á él mismo.

COMPRADOR.—Me espanta su rostro feroz y triste. Temo que al acercarme me ladre, ó acaso, por vida mía, me muerda. ¿No ves cómo enarbola el garrote, frunce el ceño, y me mira amenazador y colérico?

MERCURIO.—No temas: está domesticado.

8. COMPRADOR.—En primer lugar, buen hombre, ¿de dónde eres?

DIÓGENES.—De todas partes.

COMPRADOR.—¿Qué dices?

DIÓGENES.—Soy ciudadano del universo.

COMPRADOR.—¿A quién imitas?

DIÓGENES.—A Hércules (1).

Diógenes, según su homónimo el Laercio, «conformaba su vida á la

COMPRADOR.—Entonces, ¿por qué no llevas la piel de león? Tocante á la clava, ya te le pareces.

DIÓGENES.—Esta capa es mi piel de león. Hago como aquél, la guerra á los placeres, no por orden de nadie, sino por mi voluntad, pues me he propuesto limpiar de ellos la vida.

COMPRADOR.—¡Laudable propósito! ¿Pero en qué conocimientos sobresales? ¿qué profesión ejerces?

DIÓGENES.—Soy libertador de los hombres y médico de las pasiones. En una palabra, quiero ser profeta de la verdad y de la franqueza.

9. COMPRADOR.—Pues bien, profeta mío, si te compro ¿cómo me enseñarás?

DIÓGENES.—En cuanto te tome bajo mi dirección te despojaré de tu bienestar y te encerraré en la indigencia; te pondré una capa de filósofo; te obligaré á sufrir y á trabajar, durmiendo, en tanto, sobre el duro suelo, bebiendo agua, y comiendo lo primero que encuentres. Si tienes riquezas, las arrojarás al mar, imitando mi ejemplo: no te cuidarás de mujer, hijos, ni patria; todo será para tí sandez y tontería: abandonarás la casa paterna, y vivirás en un sepulcro, en un torreoncillo deshabitado, ó en una cuba. Tendrás una alforja llena de altramuces y de libros escritos por las dos caras. Así te estimarás más afortunado que el gran rey, hasta el punto de que si alguno te hunde á palos ó te tortura, no lo tomarás por molestia.

COMPRADOR.—¡Cómo! ¿No sentiré dolor si me apalean? No tengo caparazón de cangrejo ó de tortuga.

DIÓGENES.—Observarás aquello de Eurípides (1), con una pequeña variante.

de Hércules, que nada prefería á la libertad». Hércules era patrono de los Cínicos.

(1) *Hipólito*, v. 612.

COMPRADOR.—¿Cuál?

DIÓGENES.—

Podrá el alma sufrir, mas no la lengua.

10. He aquí ahora las cualidades principales que debes adquirir: serás desvergonzado, y atrevido; insultarás á todos por igual, reyes y particulares. Así llamarás la atención y pasarás por hombre fuerte. Tu pronunciación será bárbara; tu voz ronca y desabrida y casi igual á la del perro; tu gesto duro y hosco; tu andar acomodado al gesto; en una palabra, todo ha de ser en tí feroz y agreste. Nada de vergüenza, de equidad y de moderación: arrancarás de raíz el pudor de tu rostro. Frecuentarás los lugares más concurridos; procurarás estar en ellos solo, sin admitir la compañía de ningún huésped ó amigo: en hacerte sociable estará precisamente la ruina de tu imperio. A vista de todos, harás animosamente lo que nadie se atrevería á solas, y elegirás para el amor las posturas más ridículas. En fin, cuando te parezca, comerás crudo un pólipo ó un calamar (1), y morirás. Esta felicidad te prometemos.

11. COMPRADOR.—¡Quita allá! eso es horrible é impropio del hombre.

DIÓGENES.—Pero facilísimo, y practicable en todos los negocios. No te exige instrucción, lectura ni otras tonterías, y sin embargo te lleva á la gloria por el camino más corto. Aunque seas un adocenado, un zapatero remendón, un vendedor de salazones, un artesano, ó un banquero, podrás ser causa de admiración, con tal de que no te falten atrevimiento y

(1) Así dicen que murió Diógenes. Opinión muy aceptada era también la de que se suicidó cortándose la respiración.

descaro, y habilidad para insultar con denuedo.

COMPRADOR.—Para eso no te necesito; pero cuando llegue el caso, quizá puedas servirme de hortelano ó marinero; y si ése te quisiera dar por dos óbolos (1) á lo sumo.....

MERCURIO.—Llévatelo. Nos alegramos de deshacernos de él, porque es lo más molesto, con sus eternos gritos, sus insultos á todos y sus perdurables maldiciones.....

12. JÚPITER.—Llama á otro. A aquel Cireneo, vestido de púrpura y coronado de flores (2).

MERCURIO.—¡Ea, atención todo el mundo! La alhaja es preciosa y pide un comprador muy rico. ¡Ved la vida regalada, la vida tres veces feliz! ¿Quién desea el placer? ¿Quién compra este ser delicadísimo?

COMPRADOR.—Ven acá y dí lo que sabes. Te compraré, si eres útil.

MERCURIO.—No le molestes, amigo mío; no le preguntes. Está borracho, y no puede responderte, porque, como ves, se le traba la lengua.

COMPRADOR.—¿Qué persona sensata comprará un esclavo tan corrompido y disoluto? ¡Cómo apesta á perfumes! ¡Qué andar tan vacilante y tortuoso! Pero tú, Mercurio, dime siquiera su profesión y cualidades.

MERCURIO.—En una se cifran todas: es buen convidado; apto para beber en reuniones, y único para una orgía con una flautista en casa de algún señor enamorado y lujurioso. Es, además, hábil confeccionador de pasteles, docto cocinero, y maestro en todos los placeres. Educado en Atenas, sirvió á los tiranos de Sicilia, con cuyo amparo medró mucho. Síntesis de

(1) 30 céntimos de peseta.

(2) Aristipo, fundador de la escuela cirenaica.

su sistema: despreciarlo todo, disfrutar de todo, y buscar el placer en todo.

COMPRADOR.—Puedes ver si hallas otro comprador entre los ricos y opulentos: yo no puedo comprar una vida tan alegre.

MERCURIO.—No va á ser posible venderlo, Júpiter. Nos tendremos que quedar con él.

13. JÚPITER.—Mándalo retirar. Saca otro, ó mejor aquellos dos: el reidor de Abdera, y el llorón de Efeso: quiero venderlos á la vez.

MERCURIO.—Bajad al medio. ¡Vendo el mejor par de vidas! Saco á subasta los más sabios de los hombres.

COMPRADOR.—¡Qué contraste, gran Júpiter! Uno no cesa de reir, y el otro, como si asistiese á un entierro, no cesa de llorar. ¡Eh! tú, ¿por qué te ríes?

DEMÓCRITO.—¿Eso preguntas? Porque todas vuestras cosas y vuestras personas me parecen ridículas (1).

COMPRADOR ¿Qué dices? ¿Te ríes de nosotros, y no estimas en nada nuestras cosas?

DEMÓCRITO.—Así es. Nada serio hay en ellas. Todo es vacío, movimiento de átomos é infinito.

COMPRADOR.—No es así. Tú eres el vacío y el necio. ¡Qué insolencia! ¿No dejas de reir?

14. Y tú, amigo mío, ¿por qué lloras? Creo que me has de contestar mejor.

HERÁCLITO.—Considero todo lo humano digno de llanto y de conmiseración, y sometido sin excepción al destino: por eso me compadezco y lloro. El presente no me parece gran cosa; triste el porvenir, con el incendio y destrucción de todo. La universal inestabilidad me tiene desolado: todo anda mezclado y confuso como en extraña mixtura. El placer y el hastío,

(1) Demócrito y Heráclito usan en este diálogo el dialecto jónico.

la ciencia y la ignorancia, lo grande y lo pequeño, lo de arriba y lo de abajo se confunden y alternan en el juego del tiempo.

COMPRADOR.—¿Qué es el tiempo?

HERÁCLITO.—Un niño que juega, tira los dados y camina al azar.

COMPRADOR.—¿Y los hombres?

HERÁCLITO.—Dioses mortales.

COMPRADOR.—¿Y los dioses?

HERÁCLITO.—Hombres inmortales

COMPRADOR.—¿Dices enigmas, buen hombre, ó compones logogrifos? Lo mismo que Loxias (1), no dices nada inteligible.

HERÁCLITO.—No me cuido de vosotros.

COMPRADOR.—Tampoco habrá persona sensata que te compre.

HERÁCLITO.—Yo os mando llorar á todos, grandes y pequeños, compradores y no compradores.

COMPRADOR.—La enfermedad de este hombre es la melancolía, ó poco menos. No he de comprar ni uno ni otro.

MERCURIO.—¡Otros dos invendibles!

JÚPITER.—Saca otro.

15. MERCURIO.—¿Aquel charlatán ateniense?

JÚPITER.—El mismo.

MERCURIO.—Ven acá. ¡Vendemos la vida buena y sensata! ¿Quién compra el sacratísimo?

COMPRADOR.—Dí ¿qué sabes mejor?

SÓCRATES.—Soy amante de los niños y sabio en cosas de amor (2).

(1) Sobrenombre de Apolo.

(2) Véase Platón, *El Banquete*. Este admirable diálogo ha sido traducido al castellano, con otros cuatro (*El Eutifrón*, *La Apología de Sócrates*, *El Crítón* y *El Fedón*), por el docto catedrático de la Universidad Central D. Ana-leto Longué (Madrid, 1880, un tomo de 378 páginas en 4.º).

COMPRADOR.—¿Cómo te compraré? necesitaba un pedagogo para un hijo hermosísimo que tengo.

SÓCRATES.—¿Hay nadie mejor que yo para compañero de un bello muchacho? Yo no amo la hermosura de los cuerpos, sino la de las almas. Así es que no oirás que haya faltado en lo más mínimo á todos los que han podido pasar conmigo la noche bajo el mismo cobertor.

COMPRADOR.—¡Eso es increíble! ¡Un hombre amante de los niños habrá de cuidarse sólo del alma, cuando, estando bajo el mismo cobertor, tiene libertad para ello!

16. SÓCRATES.—Lo juro por el perro y el plátano (1). Así es, en efecto.

COMPRADOR.—¡Hércules! ¡Qué dioses tan extraños!

SÓCRATES.—¿Qué dices? ¿Te parece que el perro no es dios? ¿No ves de cuánto honor goza Anubis en Egipto? ¿y Sirio en el cielo? ¿y Cerbero en los infiernos?

17. COMPRADOR.—Tienes razón: estaba equivocado. ¿Y de qué modo vives?

SÓCRATES.—Vivo en una ciudad que he formado para mi uso particular, y tengo una república nueva, donde me dicto mis propias leyes (2).

COMPRADOR.—Quisiera oír una de ellas.

SÓCRATES.—Oye la más importante, la que dí sobre las mujeres: «Ninguna pertenecerá exclusivamente á un hombre, sino á todos los que deseen casarse con ella» (3).

(1) Juramentos habituales de Sócrates en la obras de sus discípulos Platón y Jenofonte.

(2) Alusión á las *Leyes* de Platón.

(3) Véase esta teoría en la *República* de Platón, coloquio v. Traducción de D. José Tomás García (BIBLIOTECA CLÁSICA, tomos 93 y 94).—Aristófanes satirizó antes que Luciano, en *Las Junteras*, las teorías comunistas de Platón.

COMPRADOR.—¿Qué dices? ¿Has derogado todas las leyes relativas al adulterio?

SOCRATES.—Así es, por Júpiter, y todas las menudas diligencias relativas al asunto.

COMPRADOR.—Tocante á los muchachos hermosos ¿qué has dispuesto?

SÓCRATES.—Servirán de recompensa á los buenos. Cuantas veces realicen alguna acción atrevida y brillante, los buenos tendrán derecho á sus besos.

18. COMPRADOR.—¿Magnífico regalo! ¿Cuál es la base de tu filosofía?

SÓCRATES.—Las ideas y los modelos de los seres. Cuanto ves, la tierra y lo terrestre, el cielo y el mar, tienen imágenes invisibles que están fuera del universo (1).

COMPRADOR.—¿Pues dónde están?

SÓCRATES.—En ninguna parte: si estuviesen en algún sitio, no existirían.

COMPRADOR.—No veo tus modelos.

SÓCRATES.—Naturalmente. Tienes ciegos los ojos del alma. Pero yo veo las imágenes de todas las cosas; veo en tí otro cuerpo, imperceptible á los sentidos, y en mí otro yo; porque todo lo veo doble.

COMPRADOR.—Siendo tan sabio y de tan buena vista, tengo que comprarte. Vamos, ¿cuánto pides por él?

MERCURIO.—Dos talentos (2).

COMPRADOR.—Trato hecho. Pero pagaré más tarde.

19. MERCURIO.—¿Cómo té llamas?

COMPRADOR.—Dión de Siracusa (3).

Véase nuestra traducción de esta comedia en el tomo XLII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, pág. 194.

(1) Cf. el *Parménides* de Platón.

(2) 11.000 pesetas.

(3) Amigo y discípulo de Platón.

MERCURIO.—Tómalo y llévatelo en hora buena. Llegó tu vez, Epicuro. ¿Quién compra éste? Es discípulo de aquel de la risa, y de aquel borracho que he pregonado hace poco. Les aventaja en ser más impío; por lo demás, es de blanda condición y de gran apetito.

COMPRADOR.—¿Qué precio?

MERCURIO.—Dos minas (1).

COMPRADOR.—Tómalas. Ahora dime que manjares le gustan.

MERCURIO.—Los dulces y melosos, sobre todo los higos.

COMPRADOR.—No hay dificultad. Le compraremos panes de higos secos.

20. JÚPITER.—Llama á otro: á aquel de la cara afeitada; á aquel tan ceñudo del Pórtico.

MERCURIO.—Buena idea: paréceme que muchos de los que han acudido á la plaza lo están esperando. ¡Vendo la misma virtud, la vida perfectísima! ¿Quién desea saber él sólo todas las cosas?

COMPRADOR.—¿Qué has dicho?

MERCURIO.—Porque éste es el único sabio, el único hermoso, el único justo, el único valiente, el único rey, el único orador, el único rico, el único legislador, y así en todas las cosas (2).

COMPRADOR.—¿Y por consiguiente, el único cocinero, el único zapatero remendón, el único artesano, y así, Júpiter me valga, en todas las cosas por el estilo?

MERCURIO.—Precisamente.

21. COMPRADOR.—Acércate, amigo mío, y dí quién eres á tu comprador, principiando por manifestarme

(1) Unas 183 pesetas.

(2) Cf. Horacio, *Epístola* I del libro I, v. 105-108.

si no te agrada el ser vendido y el tener la condición de esclavo.

CRISIPO.—De ninguna manera. Eso no depende de nosotros, y lo que no depende de nosotros nos es indiferente (1).

COMPRADOR.—No entiendo lo que dices.

CRISIPO.—¡Cómo! ¿no sabes que hay cosas próximas á lo secundario, y cosas excluidas de lo secundario?

COMPRADOR.—Tampoco ahora te entiendo.

CRISIPO.—Es natural. No estás acostumbrado á nuestros términos, y careces de imaginación *comprehensiva*; pero el hombre estudioso, que ha aprendido la teoría del razonamiento, no sólo sabe eso, sino que conoce á fondo el *accidente* y el *preteraccidente*, por los cuales se diferencian las cosas en cantidad y en calidad.

COMPRADOR.—Por la Filosofía, no dejes de decirme qué es eso del accidente y del preteraccidente. Hay en esos nombres una armonía que no sé cómo, pero me ha conmovido.

CRISIPO.—Con mucho gusto. Si un cojo da con el pie enfermo en una piedra, y se causa de repente una herida, tiene la cojera por accidente y por superaccidente la herida.

COMPRADOR.—¡Qué agudeza! ¿y qué más conoces?

22. CRISIPO.—Los lazos del lenguaje, en los cuales prendo á mis interlocutores, les tapo la boca, les pongo una mordaza y los reduzco al silencio. El nombre de esta máquina es el decantado silogismo.

COMPRADOR.—¡Arma violenta é invencible!

CRISIPO.—Escucha y verás. ¿Tienes un hijo?

COMPRADOR.—¿A qué viene eso?

(1) La primera máxima del *Manual de Epicteto* distingue las cosas que dependen de nosotros mismos, de las que no dependen. A esto parece aludir Luciano.

CRISIPO.—Si andando por la orilla del río te lo arrebatase un cocodrilo, y después prometiera devolvértelo, con la condición de que dijeras con exactitud cuál era su propósito respecto á la devolución del niño, ¿qué responderías tocante á la intención del monstruo?

COMPRADOR.—Me preguntas una cosa tan difícil, que dudo lo que debería responder para recobrarlo. Mas, por vida mía, responde tú, y sálvame el hijo, no sea que antes de contestar me lo devore.

CRISIPO.—¡Ánimo! Te enseñaré cosas más admirables todavía.

COMPRADOR.—¿Cuáles?

CRISIPO.—El silogismo Segador, el Dominante, y sobre todo el silogismo Electra, y el Encubierto.

COMPRADOR.—¿Qué es eso del Encubierto y la Electra?

CRISIPO.—Electra es aquella célebre hija de Agamenón que sabe y no sabe al propio tiempo la misma cosa. Cuando se le presenta Orestes, á quien no conoce todavía, sabe que Orestes es su hermano, pero no sabe que el hombre que tiene delante es Orestes.

El Encubierto es mucho más admirable, como al punto vas á ver. Contesta ¿Conoces á tu padre?

COMPRADOR.—Sí.

CRISIPO.—Pues bien, si te presentase yo un encubierto y te preguntara: «¿Coloces á este hombre?» ¿qué responderías?

COMPRADOR.—No lo conozco.

23. CRISIPO.—Pero el encubierto era tu padre; por consiguiente, si no conoces al encubierto, no conoces á tu padre.

COMPRADOR.—De ninguna manera. Con descubrirlo, sabré á qué atenerme. En fin, ¿cuál es el objeto de tu

sabiduría, y qué te propones hacer cuando llegues á la cumbre de la virtud?

CRISIPO.—Entonces poseeré las primicias de la naturaleza, las riquezas, quiero decir, la salud y cosas semejantes. Pero antes es preciso trabajar mucho, aguzar la inteligencia sobre libros menudamente escritos, amontonar escolios, henchirse de silogismos y de términos absurdos, y sobre todo, nadie puede llegar á sabio, si no ha tomado tres veces seguidas el eléboro (1).

COMPRADOR.—¡Nobles y varoniles propósitos! Pero el ser un Gnifón y un miserable usurero (porque tú tienes estas cualidades), ¿diremos que es propio de un hombre purificado ya por el eléboro, y encaminado á la perfecta virtud?

CRISIPO.—Seguramente. Sólo el sabio puede prestar con usura, porque sólo el sabio puede hacer silogismos. Ahora bien: el prestar con usura y el calcular los intereses, es poco más ó menos lo mismo que hacer silogismos; por consiguiente, uno y otro son propios del sabio. Y no sólo es propio del sabio el cobrar, como los demás, el interés simple, sino los intereses de los intereses. ¿Acaso ignoras que de los primeros intereses, nacen los segundos, como de un padre los hijos? Pues mira un silogismo en toda regla: si el sabio percibe los intereses primeros, debe percibir los segundos; es así que percibe los primeros; luego debe percibir los segundos.

24. COMPRADOR.—¿Diremos lo mismo de los honorarios de tus alumnos, dando por evidente que sólo el hombre bueno tiene derecho á percibirlos en concepto de maestro de virtud y de filosofía?

(1) Se suponía que curaba la locura. Vid. Aulo Gelio, *Noches áticas*, XVII, 15; y más adelante, *Historias verdaderas*.

CRISIPO.—Ya lo has comprendido. Porque yo no cobro por mí, sino por causa del que paga. Una cosa es verter y otra recoger lo vertido. Yo necesito recoger, para que aprenda á verter el discípulo.

COMPRADOR.—Pero debía ser lo contrario: el joven debía recoger, y verter tú, que eres el único rico.

CRISIPO.—Te burlas, ¿eh? Pues guarda no te dispare el silogismo indemostrable.

COMPRADOR.—¿Qué mal puede hacerme ese dardo?

25. CRISIPO.—La perplejidad, el silencio y la confusión de la mente. Pero lo más grande es que, si quiero, puedo convertirme en piedra, en un abrir y cerrar de ojos.

COMPRADOR.—¿En piedra? ¿cómo? porque, amigo mío, no me pareces un Perseo.

CRISIPO.—De este modo. ¿La piedra es un cuerpo?

COMPRADOR.—Sí.

CRISIPO.—Bien. ¿El animal es cuerpo?

COMPRADOR.—Sí.

CRISIPO.—¿Y tú eres animal?

COMPRADOR.—Tal creo.

CRISIPO.—Luego eres piedra, puesto que eres cuerpo.

COMPRADOR.—De ningún modo. Pero, por Júpiter, sácame del apuro y hazme hombre de nuevo.

CRISIPO.—No es difícil: vas á ser otra vez hombre. Contesta. ¿Todo cuerpo es animal.

COMPRADOR.—No.

CRISIPO.—Bien. ¿La piedra es animal?

COMPRADOR.—No.

CRISIPO.—¿Eres tú cuerpo?

COMPRADOR.—Sí

CRISIPO.—Siendo cuerpo, ¿eres animal?

COMPRADOR.—Sí.

CRISIPO.—Luego no eres piedra, puesto que eres animal.

COMPRADOR.—Me has hecho un gran favor. Ya las piernas, como las de Niobe, faltas de espíritu vital, empezaban á entumecerseme. Te pagaré. ¿Cuánto te pago?

MERCURIO.—Doce minas (1).

COMPRADOR.—Tómalas.

MERCURIO.—¿Lo compras solo?

COMPRADOR.—Sólo no, en compañía de todos esos.

MERCURIO.—Son muchos, de robustos hombros y dignos del silogismo Segador.

26. JÚPITER.—No pierdas el tiempo. Llama á otro, al Peripatético.

MERCURIO.—Ven acá, hermoso y rico Peripatético. ¡Ea! comprad el sapientísimo; comprad el conocedor profundo de todas las cosas.

COMPRADOR.—¿Qué tal es?

MERCURIO.—Moderado, justo, acomodaticio, y, lo que es más, doble.

COMPRADOR.—¿Qué dices?

MERCURIO.—Visto por fuera es una cosa, y otra visto por dentro. Por consiguiente, si lo compras, no te olvides de llamar á esto lo *esotérico*, y á aquello lo *exotérico* (2).

COMPRADOR.—¿Qué conoce mejor?

MERCURIO.—Que hay tres clases de bienes: del alma, del cuerpo y de las cosas.

COMPRADOR.—¡Humano es su saber! ¿Cuánto vale?

MERCURIO.—Veinte minas (3).

COMPRADOR.—Es mucho.

(1) Cerca de 1.500 pesetas.

(2) Se refiere á las doctrinas de Aristóteles.

(3) Unas 1.830 pesetas.

MERCURIO.—No, bendito: porque creo que tienes algún dinero. No difieras, pues, la compra. Además te enseñaré al punto la duración de la vida del mosquito, la profundidad á que llega la luz del sol en el mar, y la naturaleza del alma de las ostras.

COMPRADOR.—¡Hércules! ¡qué ciencia tan minuciosa!

MERCURIO.—¿Pues qué será si le oyes otras muchas observaciones más sutiles, de la procreación, de la generación, de la formación del embrión en el útero materno, de que el hombre es ridículo, y el burro no..... porque no construye casas ni navíos?

COMPRADOR.—Eso es ciencia utilísima y profunda; por consiguiente, lo compro en veinte minas.

27. MERCURIO.—Está bien.

JÚPITER.—¿Queda algún otro?

MERCURIO.—Este escéptico. ¡Eh, Pirrón! ven, para que te pregonemos cuanto antes. Ya se van retirando poco á poco muchos compradores, y la venta habrá de hacerse entre pocos. ¿Quién compra éste?

COMPRADOR.—Yo. Pero, antes, dime lo que sabes.

PIRRÓN.—Nada.

COMPRADOR.—¿Qué significa tu respuesta?

PIRRÓN.—Que no creo en la existencia de nada!

COMPRADOR.—Por consiguiente, nosotros no existimos.

PIRRÓN.—No lo sé.

COMPRADOR.—¿Tampoco sabes si existes?

PIRRÓN.—Mucho menos.

COMPRADOR.—¡Eso se llama dudar! ¿para qué quieres esa balanza?

PIRRÓN.—En ella peso las razones y juzgo de su igualdad. Cuando la balanza está en fiel, y comprendo que son del mismo peso, entonces no sé cuál es más verdad.

COMPRADOR.—Respecto á las demás cosas, ¿qué sabes hacer?

PIRRÓN.—Todo, menos perseguir á un fugitivo.

COMPRADOR.—¿Por qué no puedes hacer eso?

PIRRÓN.—¡Ay! amigo mio, porque no lo puedo coger.

COMPRADOR.—Lo creo. Pareces pesado y estúpido. ¿Cuál es el objeto de tu ciencia?

PIRRÓN.—La ignorancia, y no oír, ni ver nada.

COMPRADOR.—¿Eres, por lo visto, sordo y ciego?

PIRRÓN.—Y además sin sentido y sin criterio; en una palabra, lo mismo que una lombriz.

COMPRADOR.—Por lo mismo te he de comprar. ¿Cuánto puede valer?

MERCURIO.—Una mina ática (1).

COMPRADOR.—Tómala. ¡Eh, tú! ¿qué dices? ¿Te he comprado?

PIRRÓN.—Es dudoso.

COMPRADOR.—Bien claro está: te he comprado y he pagado.

PIRRÓN.—Suspendo el juicio, y no doy mi opinión.

COMPRADOR.—Con todo, sígueme, como es justo, puesto que eres mi esclavo.

PIRRÓN.—¿Quién sabe si dices la verdad?

COMPRADOR.—El voz pública, la mina, y los presentes.....

PIRRÓN.—¿Acaso hay alguno aquí?

COMPRADOR.—Y yo, que voy á llevarte ahora mismo al molino, y á demostrarte que soy tu amo con el argumento peor (2).

PIRRÓN.—Suspende el juicio sobre eso.

(1) 91 pesetas y 66 céntimos.

(2) Vid. Aristófanes, *Las Nubes*, *passim*.

COMPRADOR.—Lo he formulado ya.

MERCURIO.—Vamos, no seas testarudo y sigue á tu comprador. O invitamos á acudir mañana, en que se venderán, en pública subasta, las vidas ignorantes, las artesanas y las de poco precio.

XV.

EL PESCADOR O LOS RESUCITADOS.

LOS FILOSOFOS DEL DIÁLOGO ANTERIOR Y ALGUNOS OTROS, LUCIANO, LA FILOSOFÍA, LA VERDAD, LA TEMPLANZA, LA FORTALEZA, EL SILOGISMO, UNA SACERDOTISA, LA CONVICCIÓN.

1. SÓCRATES.—¡Tírale, tírale á ese maldito un diluvio de piedras! ¡recarga á terronazos! ¡lluevan ostras sobre el impío! ¡muélele el cuerpo á palos! ¡Cuidado no se escape! A la carga, Platón, y tú, Crisipo, y tú. Formemos todos la tortuga y arrojémonos sobre él.

Apoye el palo al palo, y la alforja á la alforja (1).

Es el enemigo común; no hay uno de nosotros á quien no haya ultrajado. Tú, Diógenes, esta, si alguna, es la ocasión de emplear el garrote. ¡No cedéis! Reciba su lengua maldiciente el condigno castigo.—¡Cómo! ¿Blandeáis, Epicuro y Aristipo? Eso no está bién.

Sabios, sed hombres; y el furor ardiente
Recordad en la lid (2).

(1) Parodia de la *Ilíada*, II, v. 363.

(2) Parodia de la *Ilíada*, VI, v. 112.

2. Aprieta un poco, Aristóteles. ¡Bien va! Cayó la fiera. Te cogimos, infame. Ahora verás á quiénes has insultado. ¿Cómo lo trataremos? Es preciso inventar una muerte múltiple, que satisfaga á todos. Merece que, á gusto de cada cual, le vayamos matando uno por uno.

FILÓSOFO 1.º—Mi opinión es que lo empalen.

FILÓSOFO 2.º—Sí, por Júpiter, pero después de azotarlo.

FILÓSOFO 3.º—Y de sacarle los ojos.

FILÓSOFO 4.º—Y de hacerle añicos la lengua.

SÓCRATES.—¿Tú qué opinas, Empédocles?

EMPÉDOCLES.—Que lo arrojen al cráter; así aprenderá á no hablar mal de los mejores.

PLATÓN.—Vale más que, como Orfeo ó Penteo,

Muera por estas piedras destrozado (1),

á fin de que cada cual se lleve una tajada y.....

3. LUCIANO.—¡No! ¡no! ¡por Júpiter, protector de los que suplican, perdonadme!

SÓCRATES.—Ya está decidido. No te soltaremos. ¿No sabes que Homero dice:

Entre hombres y leones no hay contratos? (2)

LUCIANO.—También os suplicaré con palabras homéricas. Acaso respetéis sus versos, y os apiadéis de este rápsoda:

Vivo me cautivad, no soy perverso:

Admitid el rescate valioso,

El oro y bronce, amables para el sabio (3).

(1) Parodia de Eurípides.

(2) *Iliada*, xxii, v. 262.

(3) Parodia de la *Iliada*, x, v. 378; i, v. 23.

PLATÓN.—Tampoco nos han de faltar palabras de Homero para contestarte. Oye:

Cuando has caído en mi poder, blasfemo,
No pienses en huir, mostrando tu oro (1).

LUCIANO.—¡Desdichado de mí! ¡Homero, mi suprema esperanza, me abandona! Acudiré á Eurípides. Acaso éste me salve:

No me mates: prohíbe la justicia
Matar al suplicante (2).

PLATÓN.—¿No es también de Eurípides aquello de

No tendrá bienes el que fragua males? (3)

LUCIANO.—

¿Me matarás por fútiles palabras? (4)

PLATÓN.—Sin duda. También aquél dijo:

Los dichos insensatos
De disolutas lenguas
Al maldiciente infame
Desdichas acarrearán (5).

4. LUCIANO.—En fin, pues estáis decididos á matarme, y no hallo medio de eludir vuestra sentencia, á

(1) Parodia de la *Iliada*, x, v. 447.

(2) Eurípides, *Fragmento* CLXXX.

(3) Eurípides, *Orestes*, v. 413.

(4) Eurípides, *Fragmento* CLXXXI.

(5) Eurípides, *Bacantes*, v. 385.

lo menos decidme con toda verdad quiénes sois y qué imperdonable injuria mía ha podido encender esa cólera inextinguible que os ha hecho prenderme para matarme.

PLATÓN.—¡Pregúntate á tí mismo, malvado! ¡Qué injuria has cometido! Recuerda, recuerda aquellos lindos discursos en que insultas á la Filosofía, ultrajas á los filósofos y, como en un mercado, vendes en pública subasta hombres sabios, y, lo que es peor, hombres libres. Indignados por tales infamias, hemos obtenido una corta licencia de Plutón, y venimos contra tí desde el infierno, éste, que es Crisipo, y ese que es Epicuro, y yo, que soy Platón, y aquél, que es Aristóteles, y estotro taciturno, que es Pitágoras, y Diógenes, y todos los vapuleados en tus libros.

5. LUCIANO.—Respiro. No me mataréis cuando sepáis la opinión en que os tengo. Arrojad las piedras; mejor aún, guardadlas: podréis usarlas contra los que las merezcan.

PLATÓN.—Deliras. Hoy has de morir, porque

Te cubre ya la túnica de piedra
De los daños que hicistes en castigo (1).

LUCIANO.—Pues sabed, excelentes filósofos, que vais á matar á quien por amigo vuestro, y cultivador de vuestro trato, y guardador, y aun, si no os ofende, salvador de vuestras doctrinas, debíais elogiar como á nadie, como que nadie ha trabajado tanto como yo por vosotros. Mirad que, mostrándoos olvidadizos, iracundos y desconocedores de los servicios que os he prestado, podéis obrar como los filósofos de ahora.

(1) Homero, *Iliada*, III, v. 57.

PLATÓN.— ¡Desvergüenza inaudita! ¡Todavía le debemos gratitud por sus calumnias! Cree, sin duda, que disputa con esclavos. Aun vamos á ver que incluye en la lista de sus buenos oficios la insolencia y el vicioso furor de sus discursos.

6. LUCIANO.— ¿Dónde y cuándo os he injuriado yo? Toda mi vida he estado admirando la Filosofía, colmándoos de elogios y estudiando los libros que escribisteis. Lo que yo digo ¿de dónde sino de vosotros lo he tomado, libándolo, como la abeja, en vuestros huertos, para ofrecérselo á los hombres? éstos aplauden, conocen de quién son las flores y de dónde y cómo las he cogido, y me felicitan por mi habilidad para formar ramilletes; pero en realidad el elogio va derecho á vosotros y á vuestros prados, los cuales, si hay quien sepa elegirlas y combinarlas de modo que casen perfectamente, las producen riquísimas en formas y colores. ¿Es posible que quien así os trata, debiéndoos el ser ya algo en el mundo, injurie á los autores de tan señalados servicios? No lo es, á no ser que, á modo de Tamiris (1) ó de Eurito (2), quiera desafiar á las Musas, de quienes recibió el arte del canto, ó se atreva en el de tirar flechas á contender con su maestro Apolo.

7. PLATÓN.— Todo eso, señor mío, son declamaciones retóricas. Tus actos están en evidente oposición con tus palabras, que sólo sirven para realzar con la ingratitude tu descomedida audacia. Te hemos suministrado armas, dices, y confiesas que, sin más fin que insultarnos, las has disparado contra nosotros.

(1) Nieto de Apolo. Desafió á cantar á las Musas. Vencido, le sacaron éstas los ojos y le hicieron olvidar cuanto sabía.

(2) Rey de Ecalia, muerto por Hércules. Luciano parece aludir á algún competidor de Apolo.

Así nos agradeces el haberte franqueado aquel prado nuestro, y el haberte dejado coger en él cuantas flores querías, y llevártelas á haldadas. Por lo mismo, mereces la muerte.

8. LUCIANO.—¿Lo veis? Sólo escucháis vuestro furor, sin prestar atención á la justicia. Nunca hubiera creído que Platón, Crisipo, Aristóteles ó cualquiera de vosotros pudiera encolerizarse; antes bien, pensaba que erais los únicos capaces de eximiros de esta pasión funesta. Pero al menos, hombres admirables, no me mataréis sin proceso ni defensa. Principio de vuestras doctrinas es el no dirimir las cuestiones por la violencia y [por el derecho del más fuerte, sino por los procedimientos jurídicos, permitiendo á cada parte alegar sus razones. Tomemos, por consiguiente, un juez, y todos vosotros juntos, ó uno elegido para llevar la voz de todos, acusadme, y yo me defenderé de vuestros cargos. Si resulta que he delinquido, y así lo decreta el tribunal, yo sufriré la pena merecida, y vosotros habréis obrado sin violencia. Si, hecha la información, aparezco inocente y limpio de toda culpa, y obtengo sentencia absolutoria, volveréis vuestras iras contra los que, al incitaros contra mí, os han engañado malignamente.

9. PLATÓN.—Eso fuera dejar el caballo en la llanura. Piensas engañar á los jueces y escaparte. Dicen que eres gran orador y abogado astuto y habilísimo. ¿A quién deseas para juez? ¿Dónde hallar uno á quien, según uso corriente, no puedas sobornar é inducir á que te dé, aunque injustísima, sentencia favorable?

LUCIANO.—Nada de eso temáis. No quiero un juez sospechoso ó prevaricador que me venda su voto. Mirad: os nombro mis jueces, juntamente con la Filosofía.

PLATÓN.—¿Quién hará la acusación, si nosotros somos los jueces?

LUCIANO.—Sed, al propio tiempo, jueces y acusadores. Eso no me arredra. ¡Tan seguro estoy de la justicia de mi causa, y tan confiado en mis medios de defensa...!

10. PLATÓN.—Sócrates y Pitágoras, ¿qué hacemos? Paréceme que al solicitar el juicio no pide nada fuera de razón.

SÓCRATES.—Lo mejor es ir al tribunal, llevar con nosotros la Filosofía, y escuchar su defensa. No es propio de sabios condenar sin formación de causa, sino de gente vulgar, iracunda y amiga de hacerse justicia por su mano. Daríamos justificado motivo de censura á los que quisieran hablar mal de nosotros, si, preciándonos de justos, apedreásemos á ese hombre sin oírle. ¿Qué diríamos de Anito y Melito, mis acusadores, y de los que entonces eran jueces, si, negándole para la defensa el tiempo que la clepsidra mide, le condenáramos á muerte?

PLATÓN.—Excelente consejo, oh Sócrates. Vamos, pues, á buscar la Filosofía. Juzgue ella, y ajustémonos á su veredicto.

11. LUCIANO.—Muy bien, filósofos ilustres. Lo mejor y lo más legal es eso. Pero conservad, como antes os he dicho, las piedras. En el tribunal las necesitaréis dentro de poco. Ahora bien, ¿quién podrá hallar la Filosofía? Yo ignoro su domicilio, aunque para tratar con ella, lo he buscado muchas veces. En ocasiones, encontraba durante mis pesquisas algunos hombres con capas de filósofos y barbas descomunales, que aseguraban que venían de verla. Creyendo que conocían el objeto de mis indagaciones, les hacía preguntas; pero, ó sabían menos que yo, ó para disimular su ignorancia no me respondían, ó

me indicaban una puerta por otra. Tanto, que hoy es el día que no sé dónde para.

12. A menudo, sin embargo, guiado por mí mismo ó por otros, he llegado á algunas puertas casi en la seguridad de que eran las de la Filosofía. El número extraordinario de visitantes, todos serios, con buen atavío, y aspecto de profundos pensadores, que entraban incesantemente y salían, así parecía demostrarlo. Embutiéndome entre ellos, lograba colarme subrepticamente. Pero veía una mujerzuela nada cándida, aunque al pronto engañaba su porte de afectada sencillez y descuido. Mas se echaba de ver luégo que de sus cabellos, sueltos para aparentar negligencia, no estaba excluído el adorno, ni el más minucioso esmero del plegado y disposición de su vestido; al contrario, todo aquel aparente desorden era un extremo de ficción y compostura. El albayalde y el colorete se traslucían también de cuando en cuando, y armonizaban con sus palabras de consumada ramera. Gozábase oyendo á los amantes ponderar su hermosura; recibía con avidez los regalos; si se sentaba á su lado algún opulento, no se dignaba mirar á los adoradores sin fortuna; y cuando inadvertidamente se descubría, dejaba ver brazaletes de oro más gruesos que una anguila. En vista de esto, me retiraba al punto, compadeciéndome de los desdichados que por la barba, y no de la nariz, se dejaban llevar por ella, abrazados, como Ixión, no á Juno, sino á su vana imagen.

13. PLATÓN.—Es verdad; su puerta no se franquea á todos, ni es fácil conocerla. Pero no necesitamos ir á su casa, sino esperarla en el Cerámico. Ella misma vendrá, cuando baje de la Academia, para pasear en el Pecilo, como acostumbra todos los días. Ya se acerca. ¿Ves aquella mujer de aspecto decente y afa-

ble mirada, que se adelanta sumida en plácidas meditaciones?

LUCIANO.—Veo muchas que en aspecto, vestido, miradas y modo de andar se le asemejan; y, sin embargo, entre tantas, una sola es la verdadera Filosofía.

PLATÓN.—Tienes razón; pero en cuanto empiece á hablar, se dará á conocer por sí misma.

14. LA FILOSOFÍA.—¡Cómo! ¿Crisipo y Platón entre los vivos? ¿y Aristóteles y todos los cabezas de mi doctrina? ¿Qué os ha vuelto al mundo? ¿Os apena alguna cosa en el infierno? Parecéis irritados. ¿Quién es ese prisionero que traéis? ¿Es algún despojador de sepulcros, algún asesino ó sacrílego?

PLATÓN.—Sí, Filosofía, el sacrílego más impío y desalmado. Ha osado ultrajar tu santidad; nos ha ultrajado á nosotros y á todos los que hemos legado á la posteridad lo que de tí aprendimos.

LA FILOSOFÍA.—¿Y os indignáis contra el que habla mal de vosotros, cuando sabéis los horrores que de mí dice la Comedia en las Dionisiacas? (1). Sin embargo, no le retiro mi amistad, no la llevo á los tribunales, ni le pido explicaciones. Convencida de que la injuria no puede haerme desmerecer, pues lo hermoso se realza con ella, como el oro, que brilla y resplandece más cuanto más se le bate, la dejo divertirse á su gusto en aquellas fiestas. Pero no comprendo por qué os habéis irritado de ese modo. ¿A qué le sujetáis tan estrechamente?

PLATÓN.—Hemos obtenido un día de licencia para hallarle é imponerle un castigo digno de sus crímenes. Llegó á nuestros oídos el rumor de lo que había dicho de nosotros á la muchedumbre.

(1) Alusión á *Las Nubes* de Aristófenes y á otras comedias en que se satirizaba á los filósofos.

15. LA FILOSOFÍA.—¿Y vais á matarle sin formación de juicio, ni defensa? Paréceme que desea decir algo.

PLATÓN.—No; hemos acordado que tú decidas de todo. Si te parece bien, tú sentenciarás la causa.

LA FILOSOFÍA.—¿Qué dices tú?

LUCIANO.—Lo mismo, soberana Filosofía, porque eres la única capaz de descubrir lo verdadero. Pero á fe que me ha costado muchas súplicas el que te remitieran el conocimiento del proceso.

PLATÓN.—¡Ahora, infame, la llamas soberana, y ha poco la tratabas de baladí y despreciabilísima, vendiendo ante inmensa concurrencia por dos miserables óbolos cada uno de sus sistemas.

LA FILOSOFÍA.—Mirad bien si van sus invectivas contra mí, ó contra los que se sirven de nuestro nombre para encubrir muchas infamias.

LUCIANO.—Si quieres escuchar mi defensa, lo sabrás en seguida.

LA FILOSOFÍA.—Vamos al Areópago, ó cuando menos á la Acrópolis. Desde allí, como desde una atalaya, podremos ver todo lo que pasa en la ciudad.

16. Vosotras, amigas mías, pasead mientras tanto en el Pecilo. Vendré á buscaros cuando haya sentenciado la causa.

LUCIANO.—¿Quiénes son esas? Parecen decentísimas.

LA FILOSOFÍA.—Aquella varonil es la Fortaleza; aquella otra la Prudencia; cerca está la Justicia; delante va la Ciencia; y aquélla, apenas perceptible, y de tenue color, es la Verdad.

LUCIANO.—No veo esa que dices.

LA FILOSOFÍA.—¿No ves aquélla limpia, de afeites, desnuda, que se desliza y escapa?

LUCIANO.—Por fin, aunque á medias, la distingo. Pero ¿por qué no las llevas para que el tribunal sea

completo y perfecto? Yo nombraría á la Verdad abogado de mi causa.

LA FILOSOFÍA.—Seguidme también vosotras. No os molestará juzgar una causa relacionada con nuestros asuntos.

17. LA VERDAD.—Id vosotras. Yo no necesito oír lo que tengo entendido hace mucho tiempo.

LUCIANO.—Pero nos convendría que acudieses, para que, cuando hiciera falta, lo revelases todo.

LA VERDAD.—¿Llevaré también dos criadas mías, que siempre viven conmigo?

LUCIANO.—Lleva cuantas quieras.

LA VERDAD.—Seguidme, Libertad y Franqueza. Tratemos de salvar del peligro, en que sin motivo se halla, á este hombrecillo infeliz, amante mío. Tú, Convicción, quédate aquí.

LUCIANO.—De ningún modo, soberana mía; venga, si alguna, ésa. No tengo que disputar con fieras vulgares, sino con hombres deslenguados, difíciles de convencer y habilísimos para inventar subterfugios. Por eso la presencia de la Convicción es necesaria.

LA FILOSOFÍA.—Muy necesaria. Pero aun mejor será que lleves la Demostración.

LA VERDAD.—Seguidme todas, ya que nos creen tan útiles para la causa.

18. ARISTÓTELES.—¿Lo ves, Filosofía? Pone á la Verdad de su parte contra nosotros.

LA FILOSOFÍA.—¿Teméis acaso, Platón, Aristóteles y Crisipo, que la Verdad mienta por favorecerle?

PLATÓN.—No; pero es tan hábil, tan adulator y tan astuto, que pueda separarla del verdadero camino.

LA FILOSOFÍA.—Tranquilizaos. Estando presente la Justicia, no se cometerá injusticia alguna. Subamos, pues.

19. Pero, dime, ¿cómo te llamas?

LUCIANO.—Parresiades, hijo de Aletión, Elexincleense (1).

LA FILOSOFÍA.—¿Tu patria?

LUCIANO.—Soy Sirio, Filosofía, de las orillas del Eufrates. Pero ¿á qué esa pregunta? Algunos de mis adversarios no son menos bárbaros de nacimiento que yo. No he sido educado ni instruído como en Soles, Chipre, Babilonia ó Estagira (2), mas para empeorar mi causa nada importa mi acento extranjero, con tal de que la doctrina sea justa y sana.

LA FILOSOFÍA.—Tienes razón. No eran pertinentes mis preguntas.

20. ¿Cuál es tu profesión? Esto ya es pertinente.

LUCIANO.—Despreciador de la soberbia, de la impostura, de la mentira y de la vanidad. Aborrecedor de la vil ralea de hombres infestados de estos vicios, que es numerosa, como sabes.

LA FILOSOFÍA.—¡Por Hércules! Tu profesión es de las más odiadas.

LUCIANO.—Ciertamente. Ya ves cuántos me aborrecen y á qué peligros me expongo por su causa. Sin embargo, también conozco perfectamente la profesión opuesta: la del amor quiero decir. Soy amante de lo verdadero, de lo hermoso, de lo sencillo, de todo lo amable por su naturaleza. Pero hallo pocas personas dignas de que en ellas ejercite este arte. En cambio, las que merecen ser asunto del arte de aborrecer

(1) Estos nombres son inventados para el caso. Parresiades, de *παρρησιαστικῆς*, que habla con franqueza; Aletión, derivado *ἀληθῆς*, verdadero; Elexincleense, de *ἔλεγχος*, convicción.

(2) Ciudades en que nacieron filósofos ilustres. Soles, en la Cilicia, patria de Cratón y de Aristipo; Chipre, donde estaba Cítium, donde nació Zenón; Babilonia, ó más bien Seleucia, patria de Diógenes Babilonio ó el Estoico; Estagira, patria de Aristóteles.

son infinitas. Por lo cual temo olvidar el arte de amar por falta de ocasiones en que ejercitarlo, al paso que me hago quizá demasiado práctico en el opuesto.

LA FILOSOFÍA.—Pues no debe ser así: uno y otro, según se dice, vienen á ser lo mismo. No separes, pues, artes que, distintas al parecer, son una en realidad.

LUCIANO.—Mejor lo sabes tú, Filosofía. Pero mi condición es aborrecer á los malos y amar y aplaudir á los buenos.

21. LA FILOSOFÍA.—Henos ya donde convenía. Aquí, en el templo de Minerva Políades, constituiremos el tribunal. Sacerdotisa, manda que nos preparen asientos. Nosotros adoremos mientras tanto á la diosa.

LUCIANO.—Patrona de la ciudad, protégeme contra los charlatanes cuyos perjurios diariamente escuchas. Tú eres la única que ves sus perfidias, y penetras el secreto de sus intenciones. Llegó la ocasión de castigarlos. Si me ves próximo á sucumbir; si las piedras blancas son más numerosas que las negras, sálvame poniendo la tuya (1).

22. LA FILOSOFÍA.—¡Ea! ya estamos sentadas y dispuestas á oír vuestros discursos. Filósofos, designad el que mejor os parezca para la acusación: ejercitad vuestra acción y convenced al reo. No es posible que todos habléis á la vez. Tú, Parresiades, te defenderás á continuación.

CRISIPO.—¿Quién de nosotros mejor que tú, Platón, para este juicio? La admirable sublimidad de la mente, la suavidad verdaderamente ática de la pronuncia-

(1) Alusión á las escena de las Euménides de Esquilo en que Minerva decide la votación á favor de Orestes. (V. *Las siete tragedias de Eschylo puestas del griego en lengua castellana por D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra*, Madrid, 1880, vol. 32 de la BIBLIOTECA CLÁSICA, págs. 262 y 487.)

ción, la gracia persuasiva, la precisión, oportunidad y elocuencia de los razonamientos abundan copiosamente en tí. Acepta, pues, el derecho de empezar á hablar, y dí, á nombre de todos, lo que te parezca mejor. Recuerda ahora y trae á colación todos aquellos dardos que lanzaste contra Polo, Hippias, Pródico y Gorgias (1). Ese es más temible. Salpícale, pues, de ironía; azéstale incesantes y chistosas preguntas, y aun, si te parece, ensarta alguna grandilocuente frase. Esta, por ejemplo: El sumo Júpiter, haciendo correr su alado carro, se indignará en el cielo, si no se castiga á ese infame.

23. PLATÓN.—De ninguna manera. Elijamos alguno de más bríos: á Diógenes, á Antístenes, á Crates, ó á tí mismo, Crisipo. Ahora no es menester estilo elocuente y pulcro, sino lenguaje convincente y curialesco. Tened en cuenta que Parresiades es orador.

DIÓGENES.—Yo le acusaré: creo que no he de necesitar largos discursos. Me ha tratado además de la peor manera y me ha vendido poco hace por dos óbolos.

PLATÓN.—Diógenes, oh Filosofía, hablará á nombre de todos.

Y tú, filósofo ilustre, ten cuidado. Procura no defender tu sola causa, sino la causa común. Por consiguiente, si en nuestras doctrinas hay algún disentiimiento, no lo aduzcas ahora, ni definas quién está en lo cierto. Tu misión es querellarte á nombre de la propia Filosofía, ultrajada y calumniada en los discursos de Parresiades: deja pues á un lado las sectas que nos dividen, y combate en favor de lo común á

(1) Polo de Agrigento, Hippias de Elis, Pródico de Ceos y Gorgias de Leontium pertenecían á la caterva de sofistas combatidos por Sócrates y Platón.

todos. Mira que eres el único elegido, y que de tí depende el resultado de esta grave disyuntiva: ó aparecer dignos de toda estimación, ó tales como nos ha descrito.

24. DIÓGENES.—Perded cuidado. No me descuidaré en nada, y hablaré por todos. Si acaso la Filosofía, como de suave y blanda condición, conmovida por sus palabras, se inclinase á absolverle, yo no cejaré un punto, y le demostraré que no llevo por pura ostentación el garrote.

LA FILOSOFÍA.—Todo menos eso. Razonamientos son menester y no garrotes. ¡Ea! no más dilaciones. Ya está el agua vertida (1), y los ojos del tribunal fijos en tí, Diógenes.

LUCIANO.—Siéntense los demás, oh Filosofía, para votar con vosotras, y sea el único acusador Diógenes.

LA FILOSOFÍA.—¿No temes que voten contra tí?

LUCIANO.—Al contrario, es por obtener más votos.

LA FILOSOFÍA.—Noble conducta. Sentaos, pues. Diógenes tiene la palabra.

25. DIÓGENES.—Perfectamente sabes, oh Filosofía, lo que en vida hemos sido, y por consiguiente no necesito hablar de ello. Nada diré de mí; pero ¿quién desconoce el mérito de Pitágoras, Platón, Aristóteles, Crisipo y otros, y los beneficios que han hecho á los hombres. Pues con haber sido tales, ese Parresiades mil veces maldito nos ha inferido las injurias que voy á exponer. Abandonando la abogacía, los tribunales de justicia y la reputación ganada en ellos, ha consagrado todo el vigor, toda la rapidez de la palabra, y todos los recursos oratorios adquiridos en su profesión, á hablar incesantemente mal de nosotros, á

(1) Alusión á la clepsidra ó reloj de agua, que servía para medir el tiempo que se empleaba y se concedía en las discusiones forenses.

tratarnos de charlatanes y embaucadores, á inducir á las turbas á que nos burlen y menosprecien como de ningún provecho. Llamando vaciedades y delirios á cuanto nos atañe, y exponiendo satírica y jocosamente tus más graves principios, ha logrado excitar contra nosotros y contra tí, soberana Filosofía, el aborrecimiento de muchos, sin otro fin que el de que á nosotros nos insulten los espectadores y á él le aplaudan y elogien. Condición del vulgo es, en efecto, regocijarse con los escarnecedores é injuriosos, y más si sus ataques van contra lo más augusto. Por eso en otra época pudieron Aristófanes y Eúpolis gozar de tanta aceptación cuando ridiculizaban á nuestro Sócrates, y lo sacaban á escena, haciéndole intervenir en fábulas absurdas. Aunque al fin, ambos poetas, cometían sus desmanes contra uno solo y en las fiestas de Baco, ocasión en que, como parte de la solemnidad y acepta, acaso, á un dios amante de la risa, podía permitirse tal licencia.

26. Pero éste medita y prepara detenidamente su obra, llena de injurias un libro voluminoso, reúne una porción de personas distinguidas, y calumnia á voces á Platón, á Pitágoras, á Aristóteles, á Crisipo, á mí y á todos, sin la excusa de una fiesta ni de algún ataque nuestro. Porque, aunque se excediese en la defensa, tendría alguna disculpa si la agresión hubiese partido de nosotros. Pero el colmo de la desvergüenza está, en que, para obrar así, toma tu nombre, Filosofía, y se apropia el Diálogo, en otro tiempo nuestro amigo (1), y lo usa como auxiliar y actor en sus ataques, y da papel en sus comedias á nuestro compañero Menipo, único filósofo traidor á la causa

(1) Véase el Discurso II, 6 y 7. (*Obras completas de Luciano*, tom. I, página 15. Madrid, 1882.)

común, que no figura á nuestro lado entre los acusadores.

27. Todo lo expuesto demuestra que Parresiades merece castigo. ¿Qué podrá, en efecto, responder un hombre que ha pisoteado las cosas más augustas? La pena resultaría además ejemplarísima: los que la vean impuesta se abstendrán en adelante de insultar á la Filosofía. Eso aparte de que, si nosotros tolerásemos ahora estas injurias, nuestra conducta se atribuiría, con razón, no á templanza, sino á necesidad y vileza. ¿Porque, para acabar, hay quien pueda sufrirlas? Nos saca á la plaza como si fuéramos esclavos; designa un pregonero, y nos vende á unos en alto precio, á otros, según dicen, en algunas minas, y á mí, el muy perverso, en dos óbolos, con universal chacota, por lo cual hemos vuelto indignados á la vida, y te rogamos que castigues enérgicamente las intolerables ofensas que se nos han inferido.

28. LOS RESUCITADOS.—¡Bravo, Diógenes! Has dicho admirablemente cuanto había que decir á nombre de todos.

LA FILOSOFÍA.—Basta de aplausos. Viértase el agua para la defensa. Llegó tu vez, Parresiades. Ya corre el agua para tí. No te detengas.

29. PARRESÍADES.—Diógenes no me ha acusado de todo, Filosofía: ha omitido, no sé por qué, los cargos más numerosos y más graves. Lejos de negar lo que ha dicho, ó de pensar en justificarme, voy á añadir á su acusación lo que Diógenes ha callado, ó yo no he podido manifestar todavía. Así conocerás quiénes son los que yo he vendido en pública subasta, y quienes los que yo he injuriado, tratándolos de embusteros y fanfarrones. Atended únicamente á si digo la verdad. Si en mi oración hay algo mortificante y duro, atribuidlo no al que os dirige la palabra, sino á la condi-

ción de los que censuro y abomino. Tan pronto como comprendí las mortificaciones necesariamente anejas á la abogacía, el fraude, la impostura, la desvergüenza, los gritos, las colisiones y otras ciento, abandoné, como era justo, aquella profesión, convertí á tus bienes, oh Filosofía, el ánimo entristecido, y decidí pasar bajo tu tutela el resto de mi vida, como quien arrojado por la tempestad y las olas llega á puerto tranquilo.

30. Apenas examiné vuestros asuntos, os admiré, como era natural, á tí y á todos estos legisladores de la vida perfecta, que tienden la mano á cuantos á ella aspiran, y dan excelentes y utilísimos consejos á quienes, sin tropezar, ni desviarse de la verdadera ruta, antes bien atentos siempre á vuestras reglas de moral, acomodan á ellas sus costumbres y se guían por su indeficiente pauta. ¡Cosa bien poco común en nuestros días!

31. Pero viendo que muchos, no por puro amor á la Filosofía, sino á la gloria y buena opinión que trae consigo, dábanse á imitar á los buenos en aquellas exterioridades fáciles de remedar, como el paso, la barba y el vestido, viviendo en perpetua contradicción con su apariencia, y con gustos opuestos á vuestra moral pura, indignábame contra ellos, pareciéndome en todo iguales al trágico que con afeminada delicadeza hiciera el papel de Aquiles, Teseo ó Hércules, sin darles carácter, ni entonación heroica, sino un género de muelle gracia mujeril, impropia de los enérgicos rasgos de su máscara. Si ni Helena ni Polixena hubieran consentido en otro tiempo que tan exageradamente se las imitase (1), yo no dudo que el

(1) En las representaciones teatrales todos los papeles eran desempeñados por hombres.

victorioso Hércules, al verse ignominiosamente descaracterizado, aplastaría hoy con su clava máscaras y actores.

32. Al veros tan vilmente rebajados, no podía soportar la indigna farsa. Érame imposible consentir que aquellos monos, atrevidamente cubiertos con máscaras heroicas, renovasen la hazaña del asno de Cime que, vestido con piel de león, aterró con espantosos y horripilantes rugidos á los ignorantes Cimeos, hasta que un forastero inteligente en asnos y leones descubrió la añagaza á garrotazos. Pero lo que llevaba mi indignación á su colmo, era el notar, que cuando alguno de estos farsantes observaba una conducta indecente, inmoral ó depravada, todo el mundo culpaba de ello á la Filosofía, á Crisipo, á Platón, á Pitágoras ó á cualquiera otro bajo cuyo nombre ó doctrinas se escudaba. Así la vida del falso filósofo daba mala opinión de la vuestra, ha tanto tiempo acabada. Vosotros, en efecto habíais desaparecido de entre los vivos, y á él le veían todos conducirse indigna y torpemente. De modo que erais envueltos en las mismas acusaciones, sin defensa alguna.

33. No pudiendo tolerar tal espectáculo, los desenmascaré y los separé de vosotros. ¡De vosotros, que me traéis al tribunal, en vez de agradecerme este servicio! ¡Ah! si yo viendo á un iniciado revelar los misterios de las dos diosas y darlos á conocer públicamente, me indignase y le reprendiese, ¿me juzgaríais impío? ¡Injustísimo sería! Los presidentes de los certámenes sacros suelen mandar azotar al histrión que, encargado del papel de Minerva, Neptuno ó Júpiter, no acierta á desempeñarlo dignamente: y á la verdad, estos dioses no se indignan al ver entregado á los ejecutores un hombre con su máscara y su traje; antes bien, pienso que se alegran de verlo castigado.

Porque el hacer mal un papel de esclavo ó de heraldo no es una falta grave: pero el deshonar á Júpiter ó á Hércules, presentándolos sin nobleza á los espectadores, se aproxima mucho á difamación y sacrilegio.

34. Lo más extraño é incomprensible es que la mayoría de estos hombres, profundamente enterados de vuestras doctrinas, viven de modo que parece que adrede las han leído y estudiado sólo para hacer cuanto á ellas se opone. Todo lo que dicen sobre el desprecio de las riquezas y de la gloria, sobre la adquisición exclusiva de lo justo y de lo bueno, sobre la necesidad de reprimir la cólera, sobre la conveniencia de despreciar á los grandes considerándolos como iguales nuestros, son cosas, ¡soberanos dioses! verdaderamente hermosas, sabias y admirables. Pero estos mismos dan estas lecciones mediante dinero; se extasían ante los ricos; se mueren por el oro, y son más iracundos que los perros, más cobardes que las liebres, más zalameros que los monos, más lujuriosos que los asnos, más ladrones que los gatos y más pendencieros que los gallos. ¿No es ridículo, cuando andan á caza de placeres, verlos atropellarse en la puerta de los ricos, acudir á los banquetes concurridos, adular en ellos sin vergüenza, atracarse sin decoro, no contentarse con lo que les han servido y filosofar desatinadamente entre trago y trago, conteniendo á duras penas el vino que han bebido? Y sin embargo, todos sus estúpidos comensales denostan y escupen á la Filosofía que tales excrementos produce.

35. Pero lo indigno sobre toda ponderación es que, á poco de haber dicho que de nada necesitan, porque el sabio es el único verdaderamente rico, van á pedir, y se enfurecen si no les dan, no de otra suerte que si alguno llevando tiara derecha, diadema y otras

insignias de la regia dignidad, anduviese pidiendo limosna á los más pobres que él. Cuando esperan recibir alguna cosa, son de oír sus largos discursos sobre la comunidad de bienes y la inutilidad de las riquezas. «¿Hay alguna diferencia, dicen, entre el oro y la plata, y los cantos de la orilla?» Mas si algún antiguo amigo y compañero se les acerca en una necesidad á pedirles algo de lo mucho que tienen, entonces silencio, imposibilidad, ignorancia y palinodia completa de todo lo antes dicho: los largos discursos de la amistad, de la virtud, del bien, se evaporan, no sé cómo; todos, á semejanza de aquellas palabras verdaderamente aladas con las cuales traban todos los días obscuras peleas doctrinales, volaron no sé adónde.

36. Mientras no se atraviesen el oro y la plata puede uno ser su amigo; pero en cuanto se les enseña un óbolo, acabóse la paz, no hay treguas ni tratados; bórranse los libros, huye la virtud, y como perros en medio de los cuales se echa un hueso, saltan, se muerden unos á otros, y ladran al que lo atrapó primero. Cuentan que un rey de Egipto se propuso enseñar la danza pírrica á unos monos; y como estos animales imitan fácilmente las acciones humanas, aprendieron pronto á saltar vestidos de púrpura y enmascarados (1). El espectáculo duró mucho tiempo, hasta que á un travieso espectador se le ocurrió un día echarles unas nueces que guardaba en su seno. A la vista del apetitoso manjar, los monos, olvidándose del baile y convirtiéndose de pirriquistas en lo que verdaderamente eran, pisotearon las máscaras, se desgarraron los vestidos, se disputaron las nueces; y

(1) Este espectáculo se cree que se verificó en tiempo de Cleopatra. Cf. *Apología de los que viven á sueldo*.

la danza se desorganizó entre las carcajadas de los concurrentes.

37. Así obran nuestros filósofos: contra éstos he lanzado mis dieterios; á éstos pienso continuar desenmascarando y exponiendo á la irrisión del público. Tocante á vosotros y á los que se os parecen (porque hay quienes siguen sinceramente la Filosofía y observan vuestros preceptos), lejos de mí la locura de ofenderos con el menor dicho injurioso. Pero ¿acaso necesito hacer esta declaración? ¿Hay en vuestra vida algo semejante á la de ellos? Lícito es, en mi sentir, aborrecer á estos insolentes, enemigos de los dioses. Decidme, Pitágoras, Platón, Crisipo y Aristóteles, ¿hay entre ellos y vosotros algún punto de contacto? ¿Se parece en algo vuestra vida á la suya, como no sea, según se dice, en lo que se parecen Hércules y el mono? El llevar grandes barbas y desabridos gestos, el filosofar á cada instante, ¿basta para que hayamos de igualarlos á vosotros? Yo aun los toleraría, si hicieran con habilidad sus papeles; pero más fácilmente imitará el buitre al ruiseñor, que ellos á vosotros. He dicho cuanto tenía que alegar en mi favor: tú, Verdad, atestigua ante los jueces si es cierto lo que he dicho.

38. LA FILOSOFÍA.—Retírate mientras tanto, Parresiades.—¿Qué hacemos? ¿Qué juzgáis de lo que ha hablado ese hombre?

LA VERDAD.—En cuanto á mí, oh Filosofía, hubiera querido estar bajo tierra mientras hablaba. Tan cierto era cuanto decía. Al oírle, iba reconociendo á cada cual de los aludidos, y haciendo aplicación de sus cargos, me decía: «Esto va por aquel; esto por aquel otro.» En suma, los ha sacado á relucir en su discurso y los ha pintado tan de mano maestra, que no sólo sus fisonomías, sino sus almas, aparecían con perfecto parecido en el retrato.

LA TEMPLANZA.—Y yo, oh Verdad, enrojecía de vergüenza.

LA FILOSOFÍA.—¿Qué decis vosotros?

LOS RESUCITADOS.—Nada, sino que se le absuelva de la demanda, y que se le inscriba entre nuestros bienhechores y amigos. Nos ha sucedido lo mismo que á los habitantes de Troya: hemos traído un trágico para que nos cante las desgracias de Frigia (1).

DIÓGENES.—Yo, Filosofía, lo aplaudo también con toda mi alma; retiro mi acusación y le incluyo, por su noble proceder, en el número de mis amigos.

39. LA FILOSOFÍA.—¡Albricias, Parresíades! Te absolvemos por unanimidad de la demanda, y te declaramos además de los nuestros.

PARRESÍADES.—Antes he adorado á la Diosa: ahora me parece que debo dirigirle una oración más trágica y solemne:

Ciñe mi sien de inmarcesible gloria,
Y nunca me abandones,
Poderosa deidad, sacra Victoria (2).

LA FORTALEZA.—Hagamos ya la segunda libación; cítemos á esos filósofos y dictemos sentencia por las injurias que os han inferido: Parresíades los irá acusando.

PARRESÍADES.—Está bien, oh Virtud. Tú, joven Silogismo, mira hacia la ciudad y convoca á los filósofos.

40. EL SILOGISMO.—¡Escuchad! ¡silencio! Vengan

(1) Alusión á un actor célebre que, obligado por los habitantes de Troya á representar algunas tragedias, lo hizo de la que tenía por asunto la toma de la ciudad troyana y sus desdichas.

(2) Versos formados con fragmentos del *Orestes*, *Ifigenia en Tauride* y *Las Fenicias*, tragedias de Eurípides.

los filósofos á la Acrópolis á dar cuenta de su conducta ante la Virtud, la Filosofía y la Justicia.

PARRESÍADES.—¿Lo veis? acuden pocos á pesar de haber oído el llamamiento: tienen miedo á la Justicia: además muchos no pueden venir, porque están en casa de los ricos. Si quieres que todos acudan, llámalos así, Silogismo.....

LA FILOSOFÍA.—No, detente: llámelos Parresíades como le parezca.

41. PARRESÍADES.—No es difícil. ¡Escuchad! ¡Silencio! Cuantos se llaman filósofos; cuantos por razón del nombre se creen incluídos entre ellos, suban para una distribución á la Acrópolis. Se darán á cada uno dos minas y una torta de sésamo: los que ostenten barba larga recibirán por añadidura una cesta de higos. No son necesarias la prudencia, la justicia, ni la templanza: nada le importe á quien no las tenga, pero es indispensable venir armado de cinco silogismos: sin ellos no es posible ser sabio.

Premio al que á todos en la lid subyugue,
Hay en el medio dos talentos de oro (1).

42. ¡Mirad, mirad, cómo se llena la subida de gentes que se empujan, apenas han oído lo de las dos minas! Unos se acercan por el Pelásgico (2), otros por el Templo de Esculapio, muchos por el Areópago, algunos por la tumba de Talo, otros aplicando escalas al templo de los Dióscuros trepan zumbando como enjambre que se cuelga en racimos, valiéndose-

(1) Tomado, con alguna alteración, de la *Ilíada*, XVIII, v. 507.

(2) La antigua muralla de la Ciudadela ateniense, que se creía construida por una colonia de Tirrenos. (V. Barthelemy, *Voyage du jeune Anacharsis*, tom. II, cap. XII, *Description d'Athènes*.)

me de las palabras de Homero (1). Por allá suben muchos; ¡oh, y por acá!

Innumerables son como las hojas
Y las flores que nacen en verano (2).

43. La Acrópolis se va á llenar dentro de poco. Es prodigioso el número de los que se sientan en tumulto: por todas partes no hay más que alforjas, barbas, adulación, desvergüenza, bastones, gula, silogismo, avaricia. Apénas, faltos de distintivo, se conocen los pocos que habían acudido al primer llamamiento; mezclados entre la turba, se confunden por la semejanza del traje. Terrible cosa es, Filosofía, y que podrían echártela al rostro, el que no hayas impuesto todavía á los buenos alguna nota ó señal. Los impostores logran á menudo inspirar más confianza que los verdaderos filósofos.

LA FILOSOFÍA.—Se hará dentro de poco. Vamos ya á recibirlos.

LOS PLATÓNICOS.—Nosotros, los platónicos, debemos recibir los primeros.

LOS PITAGÓRICOS.—No: nosotros los pitagóricos; Pitágoras es anterior á Platón.

LOS ESTÓICOS.—Deliráis: los del Pórtico somos mejores.

LOS PERIPATÉTICOS.—De ninguna manera: tratándose de dinero, la primacía corresponde á los peripatéticos.

LOS EPICÚREOS.—Dadnos á los epicúreos las tortas y los higos: respecto á las minas, ya esperaremos, aunque las recibamos los últimos.

(1) *Iliada*, II, v. 89.

(2) *Id.*, *ibid.*, v. 468.

LOS ACADÉMICOS.—¿Dónde están los dos talentos? Nosotros, los académicos, demostraremos que nadie nos supera como pependencieros.

LOS ESTÓICOS.—No hay tal: estando presentes los estóicos.

44. LA FILOSOFÍA.—Basta de disputas. Vosotros, cínicos, no os echéis unos sobre otros y os aporreéis con los bastones. Sabed que se os ha convocado para otra cosa. La Virtud y la Verdad unidas á mí, la Filosofía, queremos averiguar quiénes son los verdaderos filósofos. Todos los que veamos que viven con arreglo á nuestros preceptos serán declarados felices y excelentes; pero los impostores que ninguna relación tienen con nosotros, serán pisoteados para que no se jacten de hacer papeles superiores á su mérito.—¿Qué es esto? ¿Huís? ¡Oh! cómo saltan muchos por los precipicios. La Acrópolis se ha quedado vacía: sólo han permanecido en ella unos pocos que no temen el juicio.

45. Esclavos, recoged aquella alforja, que tiró al huir aquel cínico chiquituelo. Veamos lo que contiene. Altramuces, sin duda, libros y panes requemados.

PARRESÍADES.—Nada de eso: oro, perfumes [un cuchillito para los banquetes sagrados] un espejo y dados.

LA FILOSOFÍA.—¡Bien, valiente! ¿Este es el bagaje de sus ejercicios filosóficos? Con estas armas se creería autorizado para denostar y aleccionar á todos.

PARRESÍADES.—Así son los demás. Pero conviene buscar un medio de divulgar lo que ocurre y de dar á conocer á los que los encuentren cuáles son los buenos y cuáles los malos filósofos. Hállalo tú, Verdad; porque negocio tuyo es el que no prevalezca contra tí la Mentira, y el que, bajo la capa del error,

no se te oculten esos perversos disfrazados de hombres honrados.

46. LA VERDAD.— Al mismo Parresiades, si os parece, podemos confiarle ese cargo. Es hombre bienquisto, amigo nuestro y gran admirador tuyo, Filosofía. Lleve consigo la Convicción, y entiéndase con todos los que se llaman filósofos. Cuando encuentre uno verdadero y legítimo, corónelo de oliva y envíelo al Pritáneo; mas si da con alguno (muchos hay por desgracia) de esos perversos, histriones de la Filosofía, arránquele la capa, rasúrele hasta la raíz con el cuchillo de rapar cabrones, y póngale una marca en la frente, ó si no, que le quemé el entrecejo: la señal podrá ser una zorra ó un mono.

LA FILOSOFÍA.— Perfectamente, amiga mía. Pruébalos Parresiades, como dicen que el águila prueba sus pollos al sol. Pero en vez de hacerles mirar al sol para tu examen, muéstrales oro, gloria y placeres. El que no los mire, ni ceda á su atractivo, sea coronado de oliva; el que fijos en ellos los ojos, tienda al oro la mano, previo el barberil rapamiento, sea marcado al punto.

47. PARRESÍADES.— Se hará lo que mandas, Filosofía: pronto verás una multitud con la marca de la zorra ó del mono, y poquísimos coronados de oliva. Mas si os parece, yo os traeré aquí algunos de ellos.

LA FILOSOFÍA.— ¿Qué dices? ¿Harás volver á los fugitivos?

PARRESÍADES.— ¡Ya lo creo! si la Sacerdotisa quiere prestarme un momento el anzuelo y el sedal consagrados por el pescador del Pireo.

LA SACERDOTISA.— Tómalos; y la caña, para que tengas completos los avíos.

PARRESÍADES.— Ahora, Sacerdotisa, dame unos cuantos higos y un poquito de oro.

LA SACERDOTISA.—Toma.

LA FILOSOFÍA.—¿Qué piensa hacer este hombre?

LA SACERDOTISA.—Ha puesto en el anzuelo los higos y el oro, y sentado sobre el parapeto del muro, los lanza á la ciudad.

LA FILOSOFÍA.—¿Para qué haces eso, Parresiades? ¿Piensas pescar piedras en el Pelásgico?

PARRESIADES.—Silencio, Filosofía: espera mi presa. Tú, oh pescador Neptuno, y tú, amada Anfitrite, enviadnos muchos peces.

48. Veo un lobo magnífico, ó más bien, una dorada.

LA CONVICCIÓN.—No, es un gato marino. Se dirige al anzuelo con la boca abierta; huele el oro; se acerca; ha picado; ¡cayó! Tira afuera.

PARRESIADES.—Convicción, ayúdame á sostener la cuerda. Ya está arriba. ¿Quién eres, hermosísimo pez? ¡Es un perro! ¡Qué dientes! Te has dejado coger, amigo mío, mientras buscabas de comer entre las piedras esperando ocultarte debajo; pero ahora, colgado de las agallas te verá todo el mundo. Quitémosle el anzuelo y el cebo. El anzuelo está limpio: se ha tragado el higo y el oro.

DIÓGENES.—¡Que los vomite, por vida mia! Los necesitamos para coger otros.

PARRESIADES.—Está bien. ¿Qué dices, Diógenes? Sabes quién es este, y si pertenece á tu escuela?

DIÓGENES.—De ningún modo.

PARRESIADES.—Pues bien: ¿en cuanto debemos tasarlo? Hace poco lo justiprecié en dos óbolos.

DIÓGENES.—Es caro. No se puede comer, es horrible, coriáceo, y de ningún valor. Tíralo, cabeza abajo, por las peñas. Echa el anzuelo y pesca otro. Procura Parresiades, que no se te rompa la caña al doblarse.

PARRESIADES.—Pierde cuidado, Diógenes. Son ligeros, y de menos peso que las anchoas.

DIÓGENES.—Así es, por Júpiter; son anchoas en grado superlativo. Sigue pescando.

49. PARRESÍADES.—Mira. ¿Qué será aquel otro pez, ancho como un *plato*, y cortado por la mitad, que acude con tanta boca abierta? Es un rodaballo: tragó el cebo; cayó; ¡afuera con él!

DIÓGENES.—¿Qué es?

PARRESÍADES.—*Platónico*, según dice.

PLATÓN.—¿Y tú también, maldito, acudes al oro?

PARRESÍADES.—¿Qué hacemos de él, Platón?

PLATÓN.—¡Cabeza abajo por la peña!

50. DIÓGENES.—Pesquemos otro.

PARRESÍADES.—Ahora, en cuanto puede apreciarse por la hondura, se acerca uno hermosísimo; tiene varios colores y unas rayas doradas en el lomo. ¿Lo ves, Convicción? Se las echa de Aristóteles. Se acerca, retrocede nadando, mira con recelo; otra vez vuelve, abre la boca..... cayó; afuera con él.

ARISTÓTELES.—No me preguntes por él, Parresíades. No lo conozco.

PARRESÍADES.—Entonces, Aristóteles, irá también por la peña.

51. DIÓGENES.—Mirad. Distingo una multitud de peces, todos del mismo color, espinosos, llenos de púas, y más difíciles de agarrar que los erizos. Haría falta una red para pescarlos, pero no la tenemos. Bastará coger uno de la banda. El más atrevido no dejará de venir al anzuelo.

LA CONVICCIÓN.—Echa, si te parece, la cuerda; pero bien guarnecida de hierro, no sea que la corte con los dientes al engullirse el oro.

PARRESÍADES.—Ya está. Tú, Neptuno, apresura mi pesca. ¡Oh! ¡cómo se disputan el cebo! Los más rondan el higo, otros muerden el oro. Muy bien. El anzuelo nos trae uno grandísimo. A ver: ¿cómo te

llamas? ¡Pero es cosa de risa el que obligue á hablar á un pez! Todos son mudos. Dinos, tú, Convicción, ¿quien es su maestro?

LA CONVICCIÓN.—Crisipo, que está presente.

PARRESÍADES.—Lo comprendo. El oro entre la composición de este nombre (1). Ahora, tú, Crisipo, dinos, por Minerva, si conoces á estos hombres y si les aconsejabas que obrasen como obran.

CRISIPO.—Tú pregunta me ofende, Parresiades, pues dá á entender que puede haber algo común entre mí y esas gentes.

PARRESÍADES.—Bravo, Crisipo, eres un noble varón. Irá, pues, cabeza abajo, á juntarse con los otros; porque es de temer que sus espinas (2) ahoguen á cualquiera que lo coma.

52. LA FILOSOFÍA.—Basta de pesca, Parresiades. No se te lleve alguno, como son tantos, el oro con el anzuelo, y tengas que pagárselo á la Sacerdotisa. Vamos á pasear nosotras. En cuanto á vosotros, ya es hora de que volváis á vuestra mansión, para no excederos en el uso de la licencia. Tú, Parresiades, y tú, Convicción, recorred todos los filósofos, y coronad ó estigmatizad, como se ha mandado.

PARRESÍADES.—Así se hará, Filosofía. ¡Adiós, los mejores de los hombres! Bajemos, Convicción, y ejecutemos lo que se nos ha ordenado. ¿Adónde iremos primero? ¿A la Academia ó al Pórtico?

LA CONVICCIÓN.—Comencemos por el Liceo.

PARRESÍADES.—Lo mismo da. De fijo sé que á donde quiera que vayamos, necesitaremos pocas coronas y muchos estigmas.

(1) Χρύσιππος se compone de χρυσός, oro, é ἵππος, caballo.

(2) Se refiere á los sofismas de los estóicos.

XVI.

LA TRAVESIA, O EL TIRANO.

CARÓN, CLOTO, MERCURIO, CINISCO, MEGAPENTES, MICILO, LOS MUERTOS,
TISIFONE, RADAMANTO, EL LECHO Y LA LÁMPARA DE MEGAPENTES.

1. CARÓN.—Basta, Cloto: la barca está dispuesta hace tiempo, y preparada para la travesía; vacía la sentina, izado el mástil, tendida la vela, colgado en su sitio cada remo, por mí no habría que esperar para levar el ancla y partir. Pero Mercurio, que hace tiempo debía estar aquí, tarda sin tino. Por eso, la barca está, como ves, vacía de pasajeros; y habiendo podido hacer hoy tres viajes, es ya la tarde y no hemos cobrado un óbolo. Luégo Plutón, bien lo sé, siendo de otro la culpa, pensará que no ando diligente en mi empleo. Nuestro excelente conductor de muertos, bueno si los hay, habrá bebido arriba el agua del Leteo y no se acuerda de volver; ó lucha con algunos mancebos, ó tañe la cítara, ó pronuncia discursos, para mostrar su ingenio, ó hace, de paso, alguna ratería (1); porque esta es otra de sus artes. Pero lo cierto es que se toma bastante libertad, aunque sólo nos pertenece á medias.

(1) V. *Diálogo de los Dioses*, tomo I.

2. CLOTO.—¿Por qué? ¿Sabes por ventura, Carón, si anda ocupado en alguna importante comisión que le haya dado Júpiter? El Soberano del Olimpo es también amo suyo.

CARÓN.—Pero no, Cloto, para mandar sin miramiento á nuestro común servidor, y más no deteniéndole nosotros nunca cuando tiene que marchar. Aunque ya se me alcanza la causa del retraso. Aquí sólo hay asfódelo, libaciones, tortas y ofrendas fúnebres, y después, obscuridad, nubes y tinieblas; en el cielo, en cambio, todo es luz, y néctar con profusión, y ambrosía; por eso, á mi juicio, le gusta más vivir allí, y cuando se separa de nosotros, huye como de una cárcel, y en cambio, al llegar la hora de la vuelta, desciende lentamente y paso á paso.

3. CLOTO.—No te enfades, Carón; mira, ya se acerca, trayéndonos muchos muertos, que guía con su varita, como si fueran un rebaño de cabras (1).—¿Qué es eso? Uno viene atado, otro riéndose, otro con una alforja al hombro y un garrote en la mano, mirando severamente y apresurando á todos. ¿No ves al mismo Mercurio, empolvados los pies, inundado de sudor y jadeante? Apenas puede respirar.—¿Qué es eso, Mercurio? ¿A qué esa prisa? Pareces todo trastornado.

MERCURIO.—¿Qué ha de ser, Cloto? Que por perseguir á ese execrable fugitivo, á poco falta hoy á la barca.

CLOTO.—¿Quién es? ¿Para qué intentaba escaparse?

MERCURIO.—Está claro que prefería vivir. Según se colige de sus lágrimas, de sus ayes y de sus la-

(1) Cf. Horacio, Oda xxiv, lib. 1, v. 18, y Homero, *Odisea*, xxiv, al principio.

mentaciones por la felicidad que ha perdido, debe ser algún rey ó tirano.

CLOTO.—¿Y ese imbécil hombrecillo pensaba huir, como si al acabarse la hebra hilada por mí fuese posible la vida?

4. MERCURIO.—¿Si pensaba huir, dices? Sin aquel valiente del garrote, que me ha ayudado á cogerlo y á atarlo, se nos hubiera escapado seguramente. Desde que me lo entregó Atropos, todo el camino ha venido resistiéndose, escapándose hacia atrás, afirmándose en el suelo con los pies y dificultando sobremanera la conducción; á veces me suplicaba, y con grandes promesas y tiernos ruegos me pedía que le soltase por un poco de tiempo. Yo, como es justo, viendo que pedía cosas imposibles, no lo he soltado. Estábamos ya en la misma boca del infierno, y en el instante en que, según costumbre, yo contaba mis muertos á Eaco, y éste comprobaba la cuenta con el acta remitida por tu hermano, el maldito se nos escurrió no sé cómo. Resultaba en la cuenta un muerto menos, y Eaco, frunciendo las cejas: «No trates de ejercer con todos tu arte de robar, me dijo; guarda esas bromitas para el cielo; las cuentas de los muertos han de ser exactas, y de ellas nada puede hurtarse. En el acta, como ves, hay cuatro mil cuatro inscritos, y tú traes uno menos, á no ser que digas que Atropos se ha equivocado.» Rojo de vergüenza por estas palabras, me acordé al punto de lo que había ocurrido en el camino; miro en derredor y no lo veo; comprendo que se ha escapado, y con todas mis fuerzas me lanzo tras él por donde se va á la luz; este excelente varón me sigue espontáneamente, como los carreristas cuando se da la señal de partir, corremos y le apresamos ya en el Ténaro; un momento más, y se escapa.

5. CLOTO.—¡Y nosotros, Carón, que censurábamos ya la negligencia de Mercurio!

CARÓN.—¿Para qué nos detenemos, como si no hubiéramos perdido ya bastante tiempo?

CLOTO.—Es verdad. ¡A embarcarse! Sentada junto á la escalera con mi registro en la mano, iré, según costumbre, reconociendo á cada pasajero, para saber quién es, de dónde es, y cómo ha muerto. Tú cógelos, amontónalos, y ponlos aquí. Échame primero, Mercurio, esos recién nacidos. ¿Qué pueden responderme?

MERCURIO.—Helos aquí, barquero. Son trescientos con los expósitos.

CARÓN.—¡Rica ganancia! Difuntos en agraz, Mercurio.

MERCURIO.—¿Quieres, Cloto, que embarquemos con ellos los muertos no llorados?

CLOTO.—¿Los viejos, dices? Sea. ¿A qué molestarme en averiguar lo de antes de Euclides? (1) Acercaos ya los mayores de sesenta años. ¡Cómo! No me oyen. La edad los habrá ensordecido. Necesitaremos levantarlos para traerlos.

MERCURIO.—Ahí tienes esos de trescientos noventa y ocho años, todos bien enjutos, bien maduros y en sazón vendimiados.

CARÓN.—Sí, por Júpiter: son unos racimitos de pasas.

6. CLOTO.—Después de éstos, los muertos por heridas, Mercurio. Decidme, en primer lugar, cómo ha-

(1) Euclides fué nombrado arconte de Atenas después de la expulsión de los treinta tiranos. Para cortar los efectos del resentimiento que los ciudadanos ofendidos pudieran tener contra los que habían participado de las violencias de aquel gobierno, se prohibió toda investigación acerca de lo ocurrido antes del arcontado de Euclides. De ahí la frase que pone Luciano en labios de Cloto.

béis muerto. Pero no; prefiero yo misma verlo en las notas correspondientes. Ayer debieron morir en Misia ochenta y cuatro combatientes, entre ellos Gobares, hijo de Oxiartes (1).

MERCURIO.—Aquí están.

CLOTO.—Siete hombres se han suicidado por amor; y el filósofo Teágenes (2), por una cortesana Megarense.

MERCURIO.—Junto á tí los tienes.

CLOTO.—¿Dónde están los que se han matado mutuamente por subir al trono?

MERCURIO.—Aquí.

CLOTO.—¿Y el asesinado por su mujer y su adúltero amante?

MERCURIO.—A tu lado.

CLOTO.—Vengan los condenados por la justicia: los muertos á azotes, digo, y los empalados. ¿Dónde están los diez y seis asesinados por los ladrones?

MERCURIO.—Ahí están esos heridos. ¿Los ves, Cloto? ¿Quieres que traiga con ellos las mujeres?

CLOTO.—Bien. Tráete también los náufragos, pues todos han muerto de la misma manera; y los fallecidos por fiebre, juntamente con el médico Agatocles.

7. ¿Dónde está el filósofo Cinisco, que ha debido morir después de comerse la cena de Hécate, los huevos lustrales y un calamar crudo para postre?

CINISCO.—Mucho hace que estoy delante de tí, mi bellísima Cloto. ¿Por qué culpa me has hecho vivir en la tierra tanto tiempo? Habías hilado para mí un huso casi completo; y aunque muchas veces he intentado cortar mi hebra para venir aquí, no sé cómo, pero me era imposible.

(1) Nombres fingidos.

(2) Nombre que también parece fingido.

CLOTO.—Te dejaba para que fueses inspector y médico de faltas humanas. Pero embárcate, y buena suerte.

CINISCO.—Antes hemos de embarcar éste que viene atado: temo que te ablanden sus súplicas.

8. CLOTO.—Veamos quién es.

MERCURIO.—Megapentes, hijo de Lácides, tirano.

CLOTO.—¡A la barca!

MEGAPENTES.—No, no, soberana Cloto; déjame volver un momento á la tierra: regresaré voluntariamente sin que nadie me llame.

CLOTO.—¿Qué motivo tienes para volver?

MEGAPENTES.—Permíteme que acabe, antes de todo, mi palacio: lo he dejado á medio edificar.

CLOTO.—¡Qué delirio! ¡Ea, á la barca!

MEGAPENTES.—Parca, no pido mucho tiempo: concédeme un solo día, para enterar á mi mujer de lo que la dejo, y del sitio en que tengo enterrado un gran tesoro,

CLOTO.—La sentencia es irrevocable: no lo conseguirás.

MEGAPENTES.—¿Y se perderá tanto oro?

CLOTO.—No te dé cuidado: no se perderá. Lo aprovechará tu primo Megacles.

MEGAPENTES.—¡Qué infamia! ¡El enemigo á quien por debilidad no he matado!

CLOTO.—El mismo. Te sobrevivirá cuarenta años y pico, y disfrutará de tus queridas, de tus vestidos y de tus tesoros.

MEGAPENTES.—¡Qué injusticia, Cloto! ¡Distribuir mis bienes á mis mayores enemigos!

CLOTO.—¿No hiciste tú lo mismo con los de Cidímaco, á quien mataste, después de degollarle los hijos?

MEGAPENTES.—Pero ahora ya eran míos.

CLOTO.—El tiempo de la posesión ha concluído.

9. MEGAPENTES.—Oye, Cloto, lo que quiero decirte á solas sin que lo escuche nadie. ¡Retiraos un poco. Si me dejas huir, me comprometo á darte hoy mismo mil talentos de oro acuñado (1).

CLOTO.—¿Todavía, mentecato, piensas en oro y en talentos?

MEGAPENTES.—Y añadiré, si quieres, dos crateras, que, después de matarlo, le quité á Cleócrito: tiene cada una cien libras de oro fino (2).

CLOTO.—¡Cogedlo ya! No tiene trazas de embarcarse de grado.

MEGAPENTES.—Yo os lo aseguro; las murallas y el arsenal están sin concluir; los hubiera acabado si hubiera vivido cinco días más.

CLOTO.—No te importe: los concluirá otro.

MEGAPENTES.—Lo que voy á pedir es enteramente justo.

CLOTO.—¿Qué es ello?

MEGAPENTES.—Que me dejes vivir hasta que someta á los Pisidios, haga tributarios á los Lidios, y erija á mi memoria un gran monumento donde graben todos los grandes hechos y empresas militares de mi reinado.

CLOTO.—¿Hay tal? No pides prórroga de un día, sino de veinte ó más años.

10. MEGAPENTES.—Estoy dispuesto á prestar fianza de la prontitud de mi vuelta. Si queréis, dejaré en mi lugar á mi heredero querido.

CLOTO.—¡Perverso! ¿No deseabas tantas veces que te sobreviviera?

MEGAPENTES.—Lo deseaba antes: ahora comprendo mejor mis intereses.

(1) 5.500.000 pesetas.

(2) Unos 200 kilogramos.

CLOTO.—Asesinado por el nuevo rey, vendrá también dentro de poco.

II. MEGAPENTES.—Esto si que no me lo negarás, Cloto venerable.

CLOTO.—¿Qué?

MEGAPENTES.—Deseo saber lo que ocurrirá después de mi muerte.

CLOTO.—Oye, para aumento de penas. Tu esclavo Midas se casará con tu mujer, de quien es amante hace tiempo.

MEGAPENTES.—¡Oh, maldito! ¡y yo que lo manumití á ruegos de ella!

CLOTO.—Tu hija será inscrita entre las concubinas del nuevo tirano. Las imágenes y estatuas que te ha erigido la República serán derribadas é irrisión de los espectadores.

MEGAPENTES.—¿No indignarán tales afrentas á ningún amigo mío?

CLOTO.—¿Quién fué tu amigo? ¿A título de qué podías tenerlo? ¿Ignoras que cuantos te adoraban y aplaudían tus obras y palabras, lo hacían por esperanza de recompensa ó por miedo? Eran amigos de tu poder, no tuyos, y se atemperaban á las circunstancias.

MEGAPENTES.—No obstante, cuando hacían libaciones en mis banquetes, me deseaban á gritos felicidades sin cuento, y aseguraban que estaban dispuestos, si necesario fuese, á morir todos en mi lugar, y siempre juraban por mi nombre.

CLOTO.—Sin embargo, pereciste ayer después de haber cenado en casa de uno de ellos. Te envió aquí la última copa.

MEGAPENTES.—Por eso me pareció algo amarga. Pero ¿con qué intención lo hizo?

CLOTO.—Preguntas demasiado, y hay que embarcarse.

12. MEGAPENTES. — Una cosa me aflige más que nada: sólo por ella quisiera volver un momento á la vida.

CLOTO. — ¿Cuál es? parece, en verdad, de suma importancia.

MEGAPENTES. — Mi esclavo Carión, tan pronto como me vió muerto, subió, á la caída de la tarde, á la cámara donde yo estaba tendido, y aprovechando la ocasión (porque nadie me velaba), cerró la puerta, y abrazándose á mi concubina Glicería, con la cual debía tener inteligencias amorosas hace tiempo, la gozó á su sabor, como si nadie estuviera presente. Luégo que satisfizo sus deseos, volvió á mí los ojos, y «¡ah, canalla, me dijo, cuántas veces me has apaleado injustamente!» Dicho esto, me mesó las barbas, me dió de bofetones, y, escupiéndome un enorme gargajo, «Véte á la mansión de los impíos», gritó, y se salió de la cámara. Yo ardía en cólera, pero exangüe y rígido, no pude castigarle. La pérfida mozuela, en cuanto oyó ruido de algunos que llegaban, se humedeció con saliva los ojos, fingiendo llorarme, y se alejó sollozando y pronunciando mi nombre. ¡Ah! si yo los cogiese.....

13. CLOTO. — Déjate de amenazas, y á la barca. Ya es hora de presentarte al tribunal.

MEGAPENTES. — ¿Quién se atreverá á votar contra un tirano?

CLOTO. — Contra un tirano, nadie; pero contra un muerto, Radamanto. Pronto verás su justicia, y la equidad con que sentencia á todos. ¡Ea, no más dilaciones!

MEGAPENTES. — Aunque hace poco era rey, hazme simple particular, pobre ó esclavo; pero déjame, augusta Parca, volver á la vida.

CLOTO. — ¿Dónde está el del garrote? Y tú, Mercurio,

cojedlo de los pies y entradlo: no se ha de embarcar de grado.

MERCURIO.—Sígueme, fugitivo: tómallo, barquero, y para más seguridad....

CARÓN.—No temas; se le atará al mástil.

MEGAPENTES.—El asiento de honor me corresponde.

CLOTO.—¿Por qué?

MEGAPENTES.—Porque era tirano, y tenía diez mil lanceros.

CINISCO.—¿Y no hizo mal Carión en arrancarte las barbas, insensato? Ya te amargará la tiranía de mi garrote.

MEGAPENTES.—¿Se atreverá acaso á levantar el palo contra mí el obscuro Cinisco? ¿No estuve á punto, por tu procacidad, atrevimiento é imprudencia, de enclavarte hace poco?

CINISCO.—Por eso estarás ahora clavado en el mástil.

14. MICILO.—Oye, Cloto: ¿y de mí, ni una palabra? (1) porque soy pobre ¿he de embarcarme el último?

CLOTO.—¿Quién eres tú?

MICILO.—El zapatero Micilo.

CLOTO.—¿Y te incomoda la tardanza? ¿No has visto cuánto nos ha prometido ese tirano porque nos retrasásemos un poco? Me asombra que no te agraden estas dilaciones.

MICILO.—Oye, Parca venerable. Á mí no me agrada el don del Cíclope cuando promete á Ninguno devorarle el postrero (2): primero ó último, los mismos dientes nos aguardan. Además, yo no tengo iguales

(1) Palabras que Jantias repite varias veces en *Las Ranas*, de Aristófanes. (V. nuestra traducción, tomo XLII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, pág. 100.)

(2) Vid. Homero, *Odisea*, IX, v. 369, y Eurípides, *El Cíclope*.

motivos que los ricos; al contrario, nuestra vida, como suele decirse, es diametralmente opuesta. Ese tirano, que se creía feliz mientras vivía, temido por todos y por todos contemplado, al dejar tanto oro y plata, tantos vestidos y caballos y festines, y hermosos muchachos y bellas mujeres, no sin razón se lamenta y gime al verse apartado de tales bienes, que son una especie de liga donde, trabándose las almas de los que la disfrutaban, no aciertan á separarse, sobre todo cuando la adherencia ha durado algún tiempo, ó más bien son una inquebrantable cadena, en la cual quedan sujetas y aherrojadas. Así es que si se les trae por fuerza, lloran y suplican, y siendo en lo demás tan audaces, se muestran tan medrosos en el camino del infierno. Por eso volviendo la vista atrás, como los amantes desesperados, quisieran ver aunque de lejos lo que en la vida dejan, como hacía ese insensato que trataba de fugarse en el camino y que te ha fatigado con sus ruegos.

15. Pero yo, que nada poseía en el mundo, ni campos, ni casas, ni oro, ni muebles, ni gloria, ni estatuas, estaba siempre dispuesto á partir, y á la primera indicación de Atropos, tirando alegremente el tranchete y el cuero (precisamente tenía un borceguí entre manos), salté al punto, y descalzo como estaba, sin limpiarme siquiera el cerote, he seguido ó, mejor dicho, he precedido mirando siempre adelante, como que nada de atrás me atraía, y veo, por Júpiter, que todas vuestras cosas son inmejorables; igualdad para todos; ninguno sobresale entre los demás: lo cual me parece archidelicioso. Creo, además, que aquí ni los acreedores reclamarán el pago, ni el fisco sus tributos, y lo que es mejor, aquí no hay frío en invierno, ni enfermedades, ni golpes de los poderosos. Paz en todo, y todo al revés: porque aquí, nosotros

los pobres reímos y los ricos lloran y se afligen.

16. CLOTO.—En efecto, Micilo, hace rato que he visto que te reías. ¿Cuál cosa te regocija más?

MICILO.—Oye, la más venerable de las diosas. En el mundo era yo vecino de ese tirano, y perfectamente enterado de lo que hacía, me parecía igual á los dioses: su delicada púrpura, su numerosa servidumbre, su oro, sus copas cuajadas de pedrería, sus lechos con pies de plata, me lo proclamaban dichoso: el olor de los platos preparados para sus banquetes me mataba: y en fin, cuando endiosado por la fortuna, le veía andar con majestad, alta la cabeza, inspirando terror á cuantos le encontraban, lo tomaba por un ser sobrehumano, triplemente feliz, y, por lo menos un codo regio más alto (1), y más hermoso que los demás. Murió, y despojado defausto, me parecía completamente ridículo; pero aun me causa más risa mi estúpida admiración á esa inmundicia, cuya felicidad graduaba yo por el olor de su cocina y por la sangre del marisco que se cría en el mar de Laconia (2).

17. Pero no este sólo, sino el usurero Gnifón, lamentándose y arrepintiéndose de no haber disfrutado sus riquezas, para dejárselas intactas, al morir, al disoluto Rodocares, su más próximo pariente é inmediato heredero legal, me causó inextinguible risa, recordando su figura pálida y grasienta, su frente cargada de cuidados, y aquel insensato afán de amontonar, óbolo á óbolo, miriadas de talentos, este rico sólo por la punta de los dedos, para que luégo los dilapide en poco tiempo su afortunado sucesor. Mas ¿por qué no

(1) El codo regio tenía tres dedos más que el codo ordinario, cuya longitud era de 45 centímetros.

(2) La púrpura.

partimos? En la travesía podremos continuar riéndonos de verlos llorar.

CLOTO.—Sube, para que leve anclas el barquero.

18. CARÓN.—¡Eh, tú! ¿á dónde vas? la barca está ya llena; quédate hoy ahí; mañana temprano te pasaremos.

MICILO.—Será una injusticia si me dejas, siendo muerto de la víspera. Créeme, Carón, te acusaré ante de Radamanto por infracción de ley. ¡Pobre de mí! ¡Ya navegan y yo me quedo aquí sólo! ¿Y por qué no he de ir á nado tras ellos? No temo perder las fuerzas y ahogarme, puesto que ya he muerto. Además ni un óbolo tengo para el pasaje.

CLOTO.—¿Qué es eso? Espera, Micilo: no se permite pasar así.

MICILO.—Acaso llegue antes que vosotros.

CLOTO.—De ninguna manera. Acerquémonos para recogerlo. Tú, Mercurio, alárgale la mano y éntralo.

CARÓN.—¿Y dónde ha de sentarse? Todo está ocupado, como ves.

MERCURIO.—En los hombros del tirano, si os parece bien.

CLOTO.—Admirable idea, Mercurio.

19. CARÓN.—Sube, pues, y pisotea la cerviz del impío. Y nosotros, ¡buen viaje!

CINISCO.—Carón, lo mejor será decirte la verdad. Yo no tengo un óbolo para pagar el pasaje: ni cosa alguna, fuera de la alforja que ves y este garrote. Si quieres que desagüe la sentina ó que reme, estoy dispuesto. No tendrás motivo de queja, con tal que me des un remo cómodo y fuerte.

CARÓN.—Rema, pues, y me daré por satisfecho.

CINISCO.—¿No convendrá cantar algo para la maniobra?

CARÓN.—Sí, por Júpiter, si sabes alguna canción marinera.

CINISCO.—Sé muchísimas. Pero escucha, nos hacen coro con lamentos: ese ruido trastornará nuestro canto.

20. UN MUERTO.—¡Ay! ¡riquezas mías!

OTRO.—¡Ay campos míos!

OTRO.—¡Ay, ay, la casa que perdí!

OTRO.—¡Cuántos talentos he dejado á mi heredero, que los derrochará!

OTRO.—¡Ay, tiernos hijos míos!

OTRO.—¿Quién vendimiará las viñas que planté el año pasado?

MERCURIO.—¿Tú no lamentas nada, Micilo? Te advierto que no es permitido pasar á quien no llore.

MICILO.—¡Quita de ahí! ¿Por qué he de llorar en tan buen viaje?

MERCURIO.—Llora un poco, sin embargo, para cumplir la costumbre.

MICILO.—Lloraré por obedecerte, Mercurio. ¡Ay! ¡cueros míos! ¡ay! ¡viejos borceguíes! ¡ay! ¡zapatos podridos! ¡Ahora, desdichado, no estaré sin comer desde la mañana hasta la noche, ni andaré en el invierno descalzo y medio desnudo, y castañeteando los dientes de frío! ¿Quién poseerá mi lezna y mi tranchete?

MERCURIO.—Ya has llorado bastante: la travesía está hecha casi.

21. CARÓN.—¡Ea! entregad, antes de desembarcar, el precio del pasaje. Paga tú también. Todos han pagado. Dame tu óbolo, Micilo.

MICILO.—Te burlas, Carón, ó, como dicen, escribes en el agua si esperas un óbolo de Micilo. Ni siquiera sé si el óbolo es redondo ó cuadrado.

CARÓN.—¡Lucido y provechoso viaje el de hoy!

Desembarcad, pues. Ahora voy á buscar los caballos, los bueyes, los perros y demás animales: también hay que pasarlos.

CLOTO.—Hazte cargo de esos, y condúcelos, Mercurio. Yo vuelvo á la otra orilla, para pasar á Indópatres y Heramitres, dos séricos (1) que se han matado por cuestión de límites.

MERCURIO.—Adelante, pues; ó mejor, seguidme en fila todos.

22. MICILO.—¡Oh! ¡qué tinieblas! ¿Dónde está ahora el hermoso Megilo? ¿Cómo distinguir aquí si es más hermosa Frine que Simica (2). Todo es igual y del mismo color; nada hay hermoso, ni más hermoso; esta capa, que antes me parecía tan fea, es ahora idéntica á la púrpura real: ambas son invisibles; ambas están envueltas por la misma obscuridad. ¿Dónde estás tú, Cinisco?

CINISCO.—Aquí estoy, Micilo. Iremos juntos, si te parece.

MICILO.—Con mucho gusto. Dame la mano. Dí, Cinisco, tú que estás iniciado en los misterios de Eleusis, ¿no crees que esto es muy parecido á aquello?

CINISCO.—Tienes razón. Mira, ahí viene una mujer con una antorcha, mirando de una manera amenazadora y feroz. ¿Será Erinis acaso?

MICILO.—Por su aspecto, así parece.

23. MERCURIO.—Hazte cargo de éstos, Tisífone. Hay cuatro mil cuatro.

TISIFONE.—Radamanto os aguarda hace tiempo.

RADAMANTO.—Tráelos, Erinis. Tú, Mercurio, haz de heraldo y llámalos.

(1) La Sérica era una región del Asia Oriental, muy imperfectamente conocida por los antiguos. Se cree que era la China.

(2) Cortesanas célebres.

CINISCO.—Radamanto, por el nombre de tu padre, llámame y júzgame el primero.

RADAMANTO.—¿Por qué?

CINISCO.—Deseo vivamente acusar á un hombre, cuyos crímenes en la vida conozco, y yo no merecería crédito si antes no se pusiera en claro quién soy y cómo he vivido.

RADAMANTO.—¿Quién eres?

CINISCO.—Cinisco, filósofo de profesión, mi venerable juez.

RADAMANTO.—Acércate y comparece el primero. Tú, llama á los acusadores.

24. MERCURIO.—Si alguno quisiere acusar á Cinisco, acérquese.

CINISCO.—Nadie se acerca.

RADAMANTO.—Pero eso no basta, Cinisco. Desnúdate, para que examine tus manchas.

CINISCO.—¿Qué manchas puedo tener yo?

RADAMANTO.—Cada acción mala que cometéis en vida imprime una mancha invisible en vuestras almas (1).

CINISCO.—Ya estoy desnudo: busca las manchas que dices.

RADAMANTO.—Fuera de tres ó cuatro manchas muy desvanecidas y apenas perceptibles, este hombre se halla limpio como nadie. Pero ¿qué es esto? Tiene señales y huellas de quemaduras borradas ó extirpadas no sé cómo. ¿Qué es esto, Cinisco? ¿Cómo has conseguido purificarte por completo?

CINISCO.—Te lo diré: hubo un tiempo en que, falto de instrucción, fui malo, y me llené de manchas; pero en cuanto empecé á filosofar, logré limpiarme poco á poco de todas. Tal ha sido mi eficaz y excelente remedio.

(1) Cf. Platón, *Gorgias*, LXXX.

RADAMANTO.—Irás á las islas de los bienaventurados, á reunirte á los hombres de bien, en cuanto acuses al tirano que has dicho. Llama á otros.

25. MICILO.—Mi causa es corta, Radamanto, y bastará un breve examen. Estoy desnudo hace rato: regístrame ya.

RADAMANTO.—¿Quién eres?

MICILO.—El zapatero Micilo.

RADAMANTO.—Muy bien, Micilo: estás limpio y sin mancha; vé al lado de Cinisco. Llamad ya al tirano.

MERCURIO.—Megapentes, hijo de Lácidas, acércate. ¿Adónde vas? Ven acá. A tí te llamo, tirano. Tisífone, cógelo por el cuello y empújalo al tribunal.

RADAMANTO.—Acusa y prueba, Cinisco: el reo ha comparecido.

26. CINISCO.—No hay en cierto modo necesidad de hablar, porque sus manchas te darán á entender lo que es; sin embargo, lo desenmascararé y pondré en claro sus actos. No hablaré de sus acciones mientras fué ciudadano particular; pero pronto se asoció á gentes audaces, se rodeó de satélites armados, se levantó contra su ciudad, se proclamó tirano é hizo dar muerte á más de diez mil personas. Dueño de los bienes de sus víctimas, y en el colmo de la riqueza, no hubo disolución á que no se entregase. Apuró la crueldad y la afrenta contra los míseros conciudadanos; violó doncellas, corrompió mancebos y se produjo, para con los súbditos, como borracho furioso. No hallarás penas bastantes para su soberbia, para su fausto, para el desprecio con que acogía á cuantos se le acercaban: más fácil era mirar de hito en hito al sol, que de frente á ese tirano. ¿Quién, por otra parte, sería capaz de enumerar los nuevos suplicios que su ingeniosa crueldad inventó, para imponerlos hasta á sus más íntimos? No se crea infundada

mi acusación: si se quieren pruebas, cítese á los que han muerto. Mirad cómo, sin ser llamados, acuden y le cercan y estrangulan. Todos esos, Radamanto, fueron víctimas del infame: unos por la belleza de sus mujeres; otros por no tolerar infamias contra sus hijos; estos, por ser ricos, aquellos por ser honrados, prudentes é incapaces de gozar con lo que sucedía.

27. RADAMANTO.—¿Qué respondes, malvado?

MEGAPENTES.—He cometido las muertes de que me acusa: en lo demás, esto es, en los adulterios, las corrupciones de mancebos, las violaciones de doncellas, en todo eso, digo, ha mentido el acusador.

CINISCO.—Presentaré testigos, Radamanto.

RADAMANTO.—¿Cuáles?

CINISCO.—Llame Mercurio á la Lámpara y al Lecho de este hombre: ellos testificarán de los hechos que conocen.

MERCURIO.—Lecho y Lámpara de Megapentes, compareced. Está bien: han obedecido.

RADAMANTO.—Decid de Megapentes lo que sepáis. Lecho, habla tú primero.

EL LECHO.—Todo lo que ha dicho Cinisco es verdad. El pudor, soberano Radamanto, me impide referir lo que sobre mí ha hecho.

RADAMANTO.—Aunque no te atreves á decir más, tu testimonio es claro. Habla tú también, Lámpara.

LA LÁMPARA.—No sé lo que hacía de día, porque no estaba presente; y lo que hacía de noche me da vergüenza decirlo. He visto muchísimas infamias, que exceden á cuantas pueden cometerse. A veces me apresuraba á beberme el aceite, deseando apagarme; pero él me hacía presenciar sus abominaciones, y profanaba mi luz de mil maneras.

28. RADAMANTO.—Basta de testigos. Desnúdate de la púrpura, y veamos el número de manchas. ¡Horror!

está todo lívido, marcado de pies á cabeza, y casi azul á puras manchas. ¿Qué castigo imponerle? ¿Lo arrojaremos al Piriflegetón ó se lo entregaremos á Cerbero?

CINISCO.—Nada de eso. Si quieres, yo propondré un suplicio nuevo y digno de sus crímenes.

RADAMANTO.—Habla; te lo agradeceré mucho.

CINISCO.—¿No es costumbre que todos los difuntos beban el agua del Leteo?

RADAMANTO.—Es verdad.

CINISCO.—Sea ése el único que no la beba.

29. RADAMANTO.—¿Para qué?

CINISCO.—Acordándose de su poder en el mundo, y de los placeres perdidos, sufrirá penas terribles.

RADAMANTO.—Excelente idea. Se le condena á ese castigo. Encadénesele junto á Tántalo, y acuértese de lo que hizo en vida.

XVII.

DE LOS QUE VIVEN A SUELDO.

1. ¿Por dónde empezar? ¿Cuál, como dicen (1), será el postrero de mis relatos acerca de cuanto tienen que hacer ó sufrir los que viven á sueldo de los afortunados y apetecen su amistad, si amistad puede llamarse semejante esclavitud? Muchos, casi todos los males ajenos á tal condición me son conocidos, no por propia experiencia (¡ni me he visto en tal necesidad, ni quieran los dioses que me vea!), sino porque muchos que cayeron en este género de vida me los han referido; unos, víctimas aún de tal desventura, deplorando la cantidad y calidad de los males que sufrían; otros, fugados de ella como de una prisión, recordando lo sufrido, no sin cierto placer, pues ciertamente se regocijaban cuantas veces exponían las razones de su fuga, siendo los más dignos de fe aquellos que, por decirlo así, se habían iniciado en todos los misterios, viéndolo todo desde el principio al fin. Por eso, no al descuido y sin atención les oía contar su naufragio y su salvación inesperada, como á esos hombres que vemos apiñados cerca de los templos,

(1) Homero, *Odisea*, IX, v. 14.

rapada la cabeza y refiriendo las triples olas, la borrasca, los escollos, las mercancías arrojadas al mar, los mástiles quebrados, el timón hecho astillas: á seguida la aparición de los Dióscuros (1), inevitables en esta clase de tragedias, ó de cualquiera otro *Deus ex machina* sentado en la gavia, ó cogido al timón dirigiendo á sosegada orilla la nave, que pronto echa anclas blandamente, y permite desembarcar á los pasajeros salvados por la gracia y benevolencia del numen. Tales ó parecidos, según las necesidades, son los asuntos de sus trágicas declamaciones, para ser socorridos por muchos á quienes parecen no sólo desgraciados, sino amados de los dioses.

2. Pero éstos cuentan las tempestades domésticas, las olas triples, y aun, si así vale expresarse, quintuples y décuples; la partida por un mar en apariencia tranquilo; luego los infinitos trabajos en toda la navegación: la sed, el mareo, el anegarse en el agua salada de la sentina, y en fin el estrellarse la mísera nave en un escollo oculto ó contra una escarpada peña, y el salvarse los infelices penosamente á nado, desnudos y necesitados de lo más preciso. En medio de todo, y en el curso de sus relatos parecíame, en verdad, que, ó por pudor ó por el deseo de olvidarlas, ocultaban todavía muchas cosas. Pero ya he aprendido, en sus conversaciones y en las de otros, lo bastante acerca de tal género de vida, y creo que no lo llevarás á mal, mi querido Timocles (2), si te lo refiero, pues noto en tí hace tiempo intenciones de dedicarte á ella.

3. Porque en cuanto se trataba del asunto y alguno de los presentes se deshacía en elogios de esta vida

(1) Cástor y Pólux.

(2) Sólo conocido por este Tratado de Luciano.

mercenaria, ponderando la felicidad de ser amigo de los romanos principales, de tener gratis cenas suntuosísimas, de estar bien alojados, de viajar á placer, con toda comodidad y gusto, blandamente tendidos en carruaje tirado por dos caballos blancos; de recibir, además, recompensas de la amistad y de la opulencia de que disfrutaban no poco, siendo de los que verdaderamente cosechan todos los frutos sin trabajos de siembra ni cultivos (1), observaba yo que oías esto ó cosas parecidas con tanta boca abierta, y como adelantándote codicioso de atrapar el cebo. Así, para verme libre de culpa por lo que pueda ocurrir, y para que no tengas derecho á echarme en cara que viéndote á punto de tragar el anzuelo y el higo, no hemos alargado la mano, ni lo hemos retirado antes de que lo engulleses, y que, lejos de advertirte, hemos esperado á verte cogido y arrastrado por la fatalidad, para darte el inútil auxilio de nuestras lágrimas; á fin, repito, de que en alguna ocasión no me arrojes esto al rostro, y me lo arrojes con razón sin que sepamos cómo justificar nuestro silencio, óyelo todo ahora: la red y la nasa no tienen salida; míralas bien desde fuera y no cuando ya estés dentro: considera lo adunco del anzuelo; tómalo entre tus manos; prueba su triple gancho en el inflado carrillo (2), y si, por la herida, no lo crees agudísimo, inevitable, dolorosísimo, violento en el arrastre, é irresistible del todo, ponme, sin más, en la lista de los hambrientos, y tú cobra nuevos ánimos, y lánzate, si quieres, sobre la presa y engulle como una paviota todo el cebo.

4. Este discurso, del cual tú eres la causa, se enderezará á todos: no sólo á tí y á los que como tú se

(1) Homero, *Odisea*, IX, v. 109.

(2) Alude al fin del diálogo *El Pescador ó los Resucitados*.

dedican á la filosofía, y á cuantos se han consagrado á una profesión digna y seria, sino á los gramáticos, á los retóricos y á los músicos, y en una palabra, á todas las personas instruídas que no se desdeñan de ponerse á sueldo. Todas ellas reciben igual trato; y es evidente que respecto á los filósofos es doble deshonra, en vez de apreciable distinción, el verse tratados al igual que los otros, y el no ser tenidos en mayor estima por sus asalariadores. Por lo demás, lo que hallares en el decurso de este tratado, culpalo en primer término á sus autores, y en segundo á los que los toleran; yo, si la verdad y la franqueza no constituyen delito, soy del todo inocente. A la turba de gimnastas aduladores, gente necia, de cortos alcances y vil por naturaleza, no pretendo disuadirla de este trato, ni lo conseguiría aunque lo pretendiera. No hallo, además, vituperable el que, siquiera les colmen de injurias, no se aparten de sus dueños: están hechos á ellas, y las merecen ciertamente: no tienen otra cosa á que dedicarse, ni donde ejercitar su ingenio; y privados de su oficio, quedan sin ocupación, inútiles y de sobra. No hay injuria para ellos, ni se puede afirmar que los insultan los ricos, si, como suele decirse, se orinan en el servicio: para sufrir tales ultrajes han entrado en la casa, y su profesión consiste en aguantar cuanto ocurra. Pero respecto á los hombres instruídos de quienes he hablado antes, no puedo menos de indignarme y de hacer cuanto esté en mi mano para devolverles la libertad y arrancarles de sus dueños.

5. Paréceme que procederé con acierto si, examinando primeramente las razones alegadas por los que se dejan arrastrar á tal género de vida, demuestro que no son perentorias ni ineludibles, y les quito de antemano un medio de justificación y el primer ar-

gumento de su voluntaria servidumbre. Los más, alegando pobreza y necesidades urgentísimas, creen cubrir con un velo de honradez su deserción bochorrosa, é imaginan disculpa suficiente el haber obrado así por huir de la pobreza, el mal más intolerable de la vida. No se les cae de la boca el verso de Teognis (1),

Todo hombre á quien subyuga la pobreza,

con todos los espantajos dichos á este propósito por poetas ramplones. Yo, si viese que con tal trato evitaban de veras la pobreza, no les objetaría nada acerca de la libertad de que se privan. Pero si reciben, según dijo un ilustre orador (2), una comida de enfermos, ¿cómo nos demostrarán que no se han equivocado desdichadamente al permanecer en una posición idéntica á la que abandonaron? La pobreza en efecto, no les deja nunca; siempre necesitan recibir, jamás pueden ahorrar ningún sobrante; todo lo que les dan, si les dan, y aunque les den á menudo, se gasta hasta el último óbolo y no subviene á todas las necesidades. Valiera más que hubiesen hallado el medio, no de conservar la pobreza ó de aliviarla transitoriamente, sino de destruirla de raíz, y al efecto, como tú lo dijiste perfectamente, oh Teognis (3):

Lanzarse al mar, henchido de ballenas,
Ó arrojarse de lo alto de una roca.

Pero que un hombre siempre miserable, indigente y asalariado crea haber huído de la miseria, es cosa

(1) Verso 177.

(2) Demóstenes, *Olinttica* III.

(3) *Loc. cit.*

para mí imcomprensible, y no concibo cómo no comprende que se la impone á sí mismo.

6. Otros dicen que no temerían la pobreza, ni tratarían de evitarla, si pudiesen, como los demás, ganarse el pan con su trabajo, pero que debilitados por las enfermedades ó por la vejez, se ven precisados á aceptar la vida á sueldo, que es más descansada. Pues bien, veamos si dicen la verdad, si les pagan lo que descansadamente ganan, y si no trabajan mucho ni más que otros hombres, pues sería una felicidad recibir, sin trabajar ni molestarse, el dinero necesario. Pero ¡cuán lejos está de suceder lo que dicen! Son tantos los trabajos, tantas las molestias de su profesión, que necesitan la más vigorosa salud para resistir las diez mil ocupaciones que diariamente los abruma y los reducen á desesperación extrema. Hablaremos de ello á su tiempo, al tratar de las otras molestias: por ahora basta haber demostrado que mienten al decir que se vendieron por este motivo.

7. Única razón, certísima, aunque jamás la manifiestan, es la de que el incentivo del placer y las más halagüeñas esperanzas los precipitan en tales casas, atónitos ante sus montones de oro y plata, cifrando su ventura en los banquetes y demás delicias, y esperando atracarse sin obstáculo del codiciado oro. Esto les atrae y los convierte de libres en esclavos: no la falta de lo preciso, sino la codicia de lo superfluo y el afán de lo grande. Pero los ricos los tratan como á sus infelices y desafortunados adoradores las amantes astutas y experimentadas: para mantener viva su pasión, emplean las tales extremado rigor, y les niegan hasta el favor de un furtivo beso, sabedoras de que la satisfacción del apetito rompe el lazo amoroso: en tal idea, rehusan otorgársela y la evitan con el mayor cuidado; pero temerosas al pro-

pio tiempo de que el exceso de desesperación ahuyente á sus amadores y cesen de adorarlas, les sonríen, les prometen hacer un día cuanto gusten, y satisfacerlos cumplidamente. Corren en tanto los años para los dos, y no es ocasión ya ni para el amor del uno, ni para los favores del otro. De esta suerte se les consume la vida en esperanzas.

8. El sufrirlo todo por el atractivo del placer no es completamente censurable; al contrario, merece indulgencia quien ama el deleite y procura por todos los medios conseguirlo. Pero es vergonzoso y servil el venderse por lograrlo, pues el goce que viene de la libertad es mucho más delicioso. Perdónese, no obstante, al que por fin lo consigue. Pero el arrostrar por la sola esperanza del placer muchísimos sinsabores me parece ridículo é insensato, y más siendo claras, evidentes é inevitables las molestias, é inseguro, aunque gratísimo, el esperado bien, puesto que ni se ha logrado en tanto tiempo, ni, si se piensa con juicio, parece próximo á lograrse. Los compañeros de Ulises comiendo el dulce loto (1) se olvidaron del resto, y el placer de que gozaban les hizo descuidar sus deberes; pero embargado su ánimo por aquel deleite, no era tan irracional su descuido. Pero el hambriento que se está al lado del que se harta de lotos sin dar á nadie nada, y se olvida del decoro y de la virtud sólo por la esperanza de que algún día le permitan probarlos, es, ¡por Hércules, digno de ludibrio y necesita una paliza homérica.

9. Las razones que les hacen buscar ansiosamente las relaciones de los ricos y someterles por completo su albedrío son poco más ó menos las expuestas, á no

(1) Vid. Homero, *Odisea*, IX, v. 98, y la nota 4 de nuestra traducción ap. BIBLIOTECA CLÁSICA, tom. XCV, pág. 353.

ser que hagamos mención de los que lo procuran sólo por la vanagloria de alternar con gente poderosa y bien nacida. Hay, en efecto, quienes creen que con esto se ensalzan y se elevan sobre el nivel del vulgo. Por lo que á mi atañe, no quisiera ser amigo y comensal ni de un gran rey, si de tal intimidad no me hubiera de venir otro provecho.

10. Mas suponiendo que este sea el fundamento de su resolución, examinemos ya, entre nosotros, primero lo que sufren antes de la admisión y logro de su intento, luego lo que dentro de su condición les acontece, y después de todo cual es para ellos el desenlace del drama. Por de pronto no puede decirse que siendo la cosa de ínfimo valor, es por lo mismo fácil de obtener, sin que se necesite más trabajo para ello que desearla, con lo cual se consigue ya todo. Exige al contrario, infinitas carreras y no pocas centinelas á la puerta del patrón. Hay que levantarse de madrugada, esperar sufriendo empellones á que se abra la puerta, aguantar insolencias, ser maltratado por un porterc que chapurrea el sirio ó depender del africano anunciador de las visitas (1), á los cuales, sin embargo, hay que gratificar para que se acuerden de tu nombre. Además, en honra de la persona á quien haces la corte, necesitas un vestido superior á tus medios, y del color que le agrada, para, si acaso te mira, no discrepar de su gusto y ofenderlo; y luego seguirle, ó mejor dicho, precederle asiduamente á todas partes, empujado por sus esclavos y formando parte de su séquito. Aun así, dejará trascurrir muchos días sin mirarte.

11. Si alguna vez tienes la dicha de que te vea, te

(1) Suetonio cita en su *Vida de Augusto*, XIX, uno de estos esclavos llamado *Nomenclátor*, autor de una conspiración contra el Emperador.

llame y te pregunte lo primero que se le ocurra, ¡qué sudor el tuyo, qué mareo, qué intempestivo temblor, y qué reirse de tu turbación todos los presentes! Podrá ocurrir que si has de responder quién era el Rey de los Aqueos, digas que tenían mil navíos. Los buenos llaman á esto rubor, los atrevidos timidez, los malos ignorancia; y tú después de esta primera peligrosísima prueba de la amabilidad del patrón, te retiras echando pestes contra tu torpeza. Después de trascurrir.

Noches insomnes y sangrientos días (1),

no por Helena, ni por Príamo, ni por el alcázar de Pérgamo, sino por la esperanza de los cinco óbolos y de la aparición de un numen teatral que te recomienda, se procede á examinar si estás instruído. Ejercicio no desagradable para el rico que es alabado y felicitado, pero angustioso certamen para tí, pues de él haces depender toda tu existencia. No sin razón piensas que ningún otro te admitirá, si te rechaza y reprueba este primero. Necesitas, pues, divertir el ánimo en diez mil ideas: envidiando á los demás que se examinan, pues es de suponer que haya otros que apetezcan lo mismo; creyendo de poco fuste cuanto dices; fluctuando entre el temor y la esperanza; clavando los ojos en el semblante del dueño; dándote por muerto si parece como que hace un gesto de disgusto; alegrándote y esperanzándote si te escucha sonriente.

12. Es probable que haya muchos opuestos á tus ideas, los cuales te suscitarán competidores que disparen sobre tí, ocultos en emboscadas. Imagínate un hombre de poblada barba y blancos cabellos á quien

(1) Parodia de Homero, *Iliada*, IX, v. 325.

se pregunta si sabe algo útil. Á unos les parece que sabe, á otros que no. Déjase pasar un poco de tiempo y se inquiera escrupulosamente toda tu vida pasada; y si alguno de tus conciudadanos, por envidia, ó algún convecino por cualquier ligera ofensa, te acusa de adulterio ó de pederastia, se les cree como si depusiesen conforme á las tablillas de Júpiter; pero si todos te alaban unánimemente, ya son testigos sospechosos, ambiguos y comprados. Es preciso, pues, una fortuna extremada y que nadie te ataque. Sólo así alcanzarás la victoria. Supongámosla lograda: todo ha salido bien y mejor que deseabas; el dueño alaba tu discurso; sus amigos más distinguidos, y á quienes da entero crédito, no han discrepado del mismo; su mujer desea tu admisión; el administrador y el mayordomo no se oponen: nadie moteja tu conducta; todo te favorece, incluso los sacrificios.

13. Venciste, pues, feliz mortal; eres coronado en Olimpia; mejor aún, tomaste á Babilonia, te apoderaste del alcázar de Sardes, tendrás el cuerno de Amaltea y ordeñarás gallinas (1). Es justo que á tantos trabajos correspondan proporcionadas recompensas, para que tu corona no sea sólo de fronda vil, y que se te asigne no despreciable salario, pagado á punto y sin dificultad, con todas las distinciones que elevan sobre el vulgar nivel. Necesitas reposo después de tantos trabajos, lodos, carreras y vigiliias, y, según deseabas, dormir á pierna suelta, y hacer sólo aquello para lo que fuiste escogido y ajustado. Así debiera ser, querido Timocles, y así no sería un mal tan grande el doblar la cabeza bajo un yugo cómodo, ligero, y, lo que es mejor, de oro. Pero falta mucho, ó, mejor dicho, falta todo para que sea así. Mil molestias, intolerables

(1) Frase proverbial para indicar una felicidad extremada.

para un hombre libre, te aguardan en semejante condición. Escúchalas atento, y considera si son soportables para el que tenga siquiera un poco de instrucción.

14. Empezaré, si te parece, por el primer banquete, al cual es de suponer que seas invitado, como en prenda de tus futuras relaciones. Por de pronto, viene á invitarte á la cena un esclavo no del todo grosero, y para tenerlo propicio, y no parecerle incivil, tienes que ponerle en la mano lo menos cinco dracmas. Él, haciéndose el desinteresado: «¡Quita allá! dice; ¿yo de tí? De ninguna manera.» Mas, por último, se deja convencer, y se va riéndose á su gusto de tí. Te pones el mejor vestido, y lavado y compuesto cuanto te es posible, acudes, no sin temor de llegar el primero, lo cual parecería poco elegante, así como se te tacharía de soberbia si llegases el último. Eliges, pues, un término medio, y entras. Te reciben con suma distinción y te hacen sentar un poco más arriba del rico, cerca de dos de sus antiguos amigos.

15. Como si hubieses entrado en el palacio de Júpiter, lo admiras todo: cada cosa que se hace te deja suspenso, con la cabeza levantada; todo es para tí desconocido y extraño; la servidumbre, en tanto, fija en tí la vista, y todos los convidados observan tus acciones. El mismo dueño tampoco te descuida, y manda á algunos criados que atiendan á si miras con frecuencia á su mujer y á los hijos. Los esclavos de los comensales, viendo tu estupefacción, se ríen de tus apuros y deducen de ellos y de que te parece la servilleta una novedad extraordinaria, que nunca has comido en casa de otro rico. Como es natural, sudas, de puro perplejo; si tienes sed, no te atreves á pedir la copa, por miedo de que te crean aficionado á Baco, y de los diversos manjares, colocados ante tí

con cierto orden, no sabes á cuál alargar primero la mano. Tienes, pues, que mirar á hurtadillas á tu vecino, imitarle y aprender así el orden del banquete.

16. Confundido por cuanto ocurre, estás en tanto perplejo y azorado; y á la vista del oro, del marfil y de tantos y tantos placeres, declaras bienaventurado al rico: ya te compadeces á tí mismo, que no siendo nada en comparación de aquél, crees, sin embargo, que vives: á veces se te figura que has de vivir esta vida envidiable, que has de disfrutar de todos aquellos goces, y que se te darán en partes iguales: otras te contemplas en perpetua fiesta de Baco: los hermosos muchachos, de graciosa sonrisa, que os sirven, te sugieren quizá la idea de tu deliciosa condición futura, y te ponen á punto de exclamar con Homero (1):

No llevemos á mal que los Troyanos
Y los Griegos de grebas primorosas,

sufran tantos males y trabajos por felicidad semejante. En esto llega el instante de los brindis: el dueño pide una gran copa, y bebe á tu salud, llamándote su maestro ó cosa parecida: tomas tú el vaso; pero, todo aturdido, no sabes qué contestar y te acreditas de hombre mal educado.

17. El brindis del rico te granjea la animadversión de muchos de los antiguos amigos: sólo por el sitio que ocupaste en el banquete, ofendiste á algunos, irritados de la preferencia dada á un advenedizo sobre las personas sometidas á una esclavitud de largos años. En seguida dirán de tí los tales: «¡Sólo nos faltaba vernos pospuestos á los recién llegados! ¡Sólo para estos Griegos se abre la ciudad de Roma! ¿Por

(1) *Ilíada*, III, v. 156.

qué los anteponen á nosotros? ¿Acaso con sus miserables discursillos creen que acarrearán utilidad grandísima?—¿Has visto, dice otro, cuánto ha bebido y cómo se ha arrojado sobre los manjares puestos á su alcance y los ha devorado en un abrir y cerrar de ojos? Es un hombre grosero, un hambrentón que ni en sueños ha visto pan blanco, y menos gallinas de Numidia, ni faisanes, de los cuales apenas nos ha dejado los huesos.—¿Qué necios sois! dice un tercero. Antes de tres días le veréis quejarse de su desgracia, como nosotros. Ahora es como zapato nuevo, muy estimado y limpio: en cuanto lo usen mucho y se manche de barro, lo tirarán con desprecio debajo de la cama, y allí se estará tan lleno de chinches como nosotros.» Así hablan ellos de tí, y algunos preparan acaso sus calumnias.

18. Sin embargo, toda esta comida es en honor tuyo y tú eres el objeto de casi todas las conversaciones. Pero, por falta de costumbre, has bebido algo de más de un vinillo agrio y ligero, y pronto sientes cierta necesidad apremiante; mas no está bien levantarse antes que los otros, ni es seguro quedarse. Sigue en tanto el beber, y nacen unas de otras las conversaciones; sucede un espectáculo á otro espectáculo (el dueño quiere demostrarte toda su magnificencia), y tú sufres no flojo martirio; no ves lo que se hace, no oyes lo que se canta, aunque el cantor sea el joven citarista comprado á tanto precio: alabas lo preciso y deseas que un terremoto lo hunda todo, ó que la noticia de un incendio ponga fin al banquete.

19. He aquí, amigo mío, tu primera y dulcísima comida, menos grata para mí que la cebolla y la blanca sal tomadas á mi albedrío cuando quiero y como quiero. Omito los eructos acres y el vómito nocturno que la siguen. Al amanecer del otro día tenéis que tratar del salario, de cuánto ha de ser y de las épocas

del año en que ha de pagarse. Presentes, pues, dos ó tres amigos, te manda el dueño venir y sentarte, y comienza á decir: «Ayer viste nuestro modo de vivir; no tiene nada de ostentoso, nada de teatral aparato; todo llanote y vulgar: así conviene que lo entiendas, puesto que todo va á ser común entre nosotros. Sería, en efecto, ridículo que confiándote lo principal, mi alma y la de mis hijos (si tiene hijos que educar), fuese, por vida mía, á no considerarte dueño de igual manera del resto. Conviene, no obstante, que nos fijemos en algo. Tu exterior modesto y tus sencillas costumbres me dan á entender que te contentas con poco, y que tu venida á esta casa no ha sido por el al'ciente del salario, sino por afecto á mí, y por las consideraciones que piensas, y piensas bien, que te guardarán todos los míos. Conviene, con todo, fijarnos en algo. Dí tú, queridísimo, lo que quieres; pero no te olvides de los regalos que solemos hacer en ciertas solemnidades: yo por mi parte, aunque no entren en el ajuste, no pienso olvidarlos: ya sabes que tales ocasiones se repiten muchas veces al año. Teniéndclas, pues, en cuenta, me exigirás un salario más módico: las personas instruídas deben por otra parte mostrarse superiores al dinero.»

20. Diciendo esto, te infunde esperanzas conmovedoras y te amansa hábilmente. Tú, que hace tiempo sólo sueñas con talentos, miles y miles, campos inmensos, barriadas enteras, sientes al oírlo menguarse tus grandezas, pero te lisonjean las promesas, y aquel «Todo será común entre nosotros» se te figura firme y valedero, sin reparar que tal palabra

Si moja el labio, al paladar no llega (1).

(1) Homero, *Ilíada*, xxii, v. 495.

En fin, por decoro, lo dejas á su cargo. El se niega y ruega á uno de los amigos presentes que intervenga y que señale una cantidad no gravosa para él que tiene que atender á otros gastos más necesarios, ni mezquina para el que ha de percibirla. El amigo, viejo, robusto, acostumbrado á la adulación desde la infancia: «Puedes felicitarte, dice, pues eres el único á quien en esta ciudad se le viene tal fortuna á las manos, cuando hay mil que ardientemente la solicitan. Me refiero á la de participar de la compañía y mesa del amo, y ser admitido en la casa principal del imperio. Esto, si sabes ser prudente, supera á los talentos de Cresos y á los tesoros de Midas. Conozco muchos hombres ilustres que pagarían gustosos cualquier suma sólo por el honor de vivir con éste, ser vistos á su lado y parecer sus compañeros y amigos: por eso no hallo palabras para ponderar tu dicha de unir á tales ventajas la de percibir sueldo. Creo, pues, que si no eres un despilfarrador deshecho, bastará esta cantidad (indica una muy corta), unida á tus esperanzas.»

21. Por necesidad, te finges satisfecho: metido entre la red, tu evasión no es ya posible. Recibes el freno, aprietas la boca, y desde el principio te muestras dócil al amo, que sin necesidad de tirar de la brida, ni de clavarte la espuela, te guía fácilmente, hasta domarte insensiblemente por completo. Los extraños te envidian viéndote siempre de la cancela para adentro, y entrar sin dificultad y ser habitual concurrente del palacio. Tú, aunque no ves cuál sea la felicidad que ellos envidian, te alegras entretanto, y te engañas pensando siempre en mejoramientos futuros. Mas sucede precisamente lo contrario de lo que esperabas; y, como dice el proverbio, «te pasa lo

de Mandrabulo (1), disminuye cada día tu felicidad y se retrasa un paso».

22. Insensiblemente, y poco á poco, empiezas á distinguir como á través de claridad indecisa que aquellas esperanzas sólo son doradas burbujas; y pesados, ciertos, inevitables y continuos los trabajos.—¿Cuáles son éstos? preguntarás acaso; porque no veo que puede haber de trabajo en tal condición, ni se me alcanza cuáles sean esas molestias intolerables qué dices.—Escucha, pues, amigo, y verás que no hay sólo trabajo en tu empleo: oye atento, y comprenderás que es también humillante, vergonzoso y verdaderamente digno de un esclavo.

23. Ten presente, por de pronto, que desde tu admisión ya no eres libre ni noble. Todo, entiéndelo bien, linaje, libertad, antepasados, todo lo dejaste fuera del umbral en el momento de venderte para aquel servicio mercenario. La libertad no querrá entrar con quien se entrega á profesión vil y degradante. Esclavo, pues, aunque el nombre te pese, y esclavo necesariamente, no de uno, sino de muchos amos, te ocuparás, sin levantar cabeza, desde la mañana hasta la noche en las serviles faenas

....por mezquino salario (2);

y como hombre no educado desde niño en la esclavitud, sino que la aprendes tarde y en edad avanzada, no serás considerado ni tenido en mucho por tu dueño. El recuerdo de la libertad, por otra parte, te

(1) Mandrabulo encontró un tesoro en Samos, y consagro á Juno, en acción de gracias, tres ovejas en tres años consecutivos; la primera de oro, la segunda de plata y la tercera de bronce.

(2) Parodia de la *Odisea*, XXII, v. 341.

hace erguirte á veces, y cumplir mal, por lo mismo, tus tareas serviles. ¿Crees, acaso, que basta para ser libre el no tener por padre á Pirrias ó á Zopirión (1), y el no haber sido vendido como un Bitinio por la potente voz del pregonero? Llegará el novilunio, y mezclado con Pirrias y Zopirión, tenderás la mano como los demás siervos, y tomarás lo que te den, y esto es verdadera venta, amigo mío. No hubo necesidad de pregonero, porque te vendías tú mismo, y como quien busca esposa, andabas hacía tiempo en demanda de dueño.

24. Pero, hombre inmundo, le diría yo, y más al que se preciara de filósofo, si el enemigo que echó á pique tu nave, ó el pirata que te cogió, te vendiesen, deplorarías sin duda tu no merecida desgracia; si alguno se apoderase de tí y se te llevase como esclavo, invocaría las leyes, la dignidad, los derechos conculcados, y clamarías á voz en cuello: «¡Oh tierra! ¡oh dioses!» ¿y sin embargo por unos miserables óbolos, en la edad en que si hubieras nacido esclavo andarías procurando libertarte, te vendes tú mismo por tu propia voluntad, con toda tu virtud y tu sabiduría, sin respeto á aquellos admirables discursos con que Platón, Crisipo y Aristóteles elogiaron la libertad y vituperaron la servidumbre? ¿No te avergüenza el verte confundido con la turba de aduladores, bufones y parásitos, y, único extranjero entre tantos Romanos, andar vestido á la griega, chapurrando el latín, y acudir á comidas escandalosas, donde se reúnen convidados de todas clases, aunque en su mayor parte disipados? En ellas alabas sin discreción á los comensales, bebes más de lo justo, y luego al amanecer te levantas á son de campana, dejando el mejor sueño, para correr

(1) Nombres de esclavos.

de arriba abajo con los otros, con las piernas manchadas aún del lodo de la víspera. ¿Tal escasez tenías de altramuces y verduras, tan agotadas estaban para tí las frescas fuentes, para que te redujese la desesperación á tal extremo? Pero claro está que ni fuentes, ni altramuces te bastaban: necesitabas pastelillos, platos delicados y perfumados vinos. Hete ya cogido como un rodaballo en el anzuelo de lo que apeteciste. Tal es el premio de tu gula. Pronto, como un mico atado por el cuello, harás reir á tus expensas. Se te figura que vives deliciosamente porque te dejan comer algunos higos. Pero la libertad y la estimación de tus compañeros de hermandad y de tribu se disiparon, sin que de ellas quede ni memoria.

25. Menos mal si fuese aneja á tu empleo sólo la deshonra de parecer esclavo siendo libre, con tal de verte exento de trabajos puramente serviles. Pero mira si te los imponen menores que á Dromón y á Tibio (1). Pues de aquella ciencia, por cuyo atractivo dijo el amo que te llamaba, se le importa muy poco. ¿Qué tiene que ver, dice el refrán, la lira con el asno? ¿Dónde está (¿no lo ves?) la ardiente afición á la ciencia de Homero, á la vehemencia de Demóstenes y á la magnificencia de Platón, en esos ricos á quienes, si se les quita de las mientes el oro, la plata, con sus correspondientes cuidados, les queda sólo vanidad, molicie, amor á los placeres, insolencia, desvergüenza é ignorancia? Para esto no te necesitan ciertamente. Pero, como tienes gran barba, aspecto respetable, y vistes bien el manto griego; y como todo el mundo sabe que eres gramático, orador ó filósofo, le parece bien que un hombre de tu clase figure entre las personas de su séquito: así es tenido por amante de las

(1) Nombres de esclavos.

ciencias griegas y de todo lo pertinente á las letras y á las bellas artes. Corres, pues, el riesgo, amigo mío, de que te haya alquilado por tu manto y tu barba y no por tus admirables discursos. Conviene, por tanto, que siempre te vean con él; que nunca te apartes de su lado; que te presentes con la servidumbre al amanecer, y no dejes ya tu puesto. Él, poniéndote á veces la mano en el hombro, dice cuantas sandeces se le ocurren, para demostrar á los que le encuentran que, ni aun andando, se olvida de las Musas y que emplea bellamente sus ocios.

26. Pero tú, desdichado, ya corriendo con él, ya subiendo ó bajando lentamente las infinitas cuevas de que, como sabes, está llena la ciudad, sudas y jadeas tras el largo paseo; y mientras el rico habla dentro con algún amigo á quien visita, tú, de pie, pues ni aun tienes asiento, tomas un libro y lees. Cuando pasado el día sin dēsayunarte, te presentas á cenar casi á media noche, lavado mal y á mala hora, no se te hacen los honores, ni se te guardan las consideraciones de antes. Si llega alguno más moderno, te posponen á él: colocado así en el ángulo más despreciable, asistes como testigo de los que te preceden; roes como un perro los huesos, si hasta á tí llegan, ó masticas alguna hoja seca de malva, de las que envuelven otros manjares, despreciada por los que te anteceden, pero apetitosa para tu hambre. No te faltan otros desaires: ni siquiera tienes un huevo para tí solo. No es necesario tratarte como á desconocido y forastero: sería una desvergüenza que tal pretendieses. Ni el ave que te sirven es como la de los otros. Al vecino, una gruesa y mantecosa; á tí, medio pollo ó un palomino seco. ¡Burla y menosprecio evidentes! A menudo, si viene de pronto un convidado y falta comida, el criado, retirando la que te había servido,

se la lleva al recién venido, diciendo por lo bajo: «Tú eres de la casa.» Cuantas veces parten en la mesa un cochinillo de leche ó un ciervo, te es preciso, ó estar en buena inteligencia con el trinchador, ó llevarte la porción de Prometeo, huesos envueltos en grasa. Que el comensal que está antes que tú se atraque á toda prisade un manjar y no te lo entregue hasta después de hartado, ¿es cosa tolerable para un hombre libre, aunque sea menos bilioso que los ciervos? Pero no he dicho aún que cuando todos los demás beben un vino rancio y dulcísimo, tú solo lo bebes duro y ordinario, procurando apurarlo siempre en copas de plata á oro para que el color del vino no revele el desprecio con que eres tratado. ¡Y si te permitiesen beber de él cuanto quieres! Pero á menudo cuando pides, el criado

.....finge no haber oído (1).

27. Experimentas, pues, muchos y frecuentes sinsabores, ó, por mejor decir, tu vida es un sinsabor continuo, sobre todo cuando te ves postergado á algún bardaje, á algún maestro de baile, ó algún hombrecillo de Alejandría, que canta al modo jónico. ¿Cómo has de pretender sentarte á la par de estos ministros de amores, siempre con un billetito en el seno? Así, en un rincón del triclinio, donde por vergüenza te ocultas, gimes con razón y te lastimas, y acusas á la Fortuna, que ni la menor de sus gracias te concede. Con gusto, á mi juicio, serías compositor de cancioncillas amorosas, ó á lo menos, buen cantor de las compuestas por otros, en vista de los honores y consideraciones que esto acarrea. Consentirías, si preciso fuese,

(1) *Iliada*, XXIII, v. 430.

en convertirte en mágico y profeta, de esos que prometen cuantiosas herencias, mandas y tesoros, al ver cuántos amigos y distinciones se granjean con estas imposturas. Sí, serías con gusto uno de tantos, por no parecer despreciable y superfluo. Mas ni para esto eres propio, desdichado: así es que vas perdiendo terreno, y sobrellevas tu desgracia llorando silenciosamente.

28. Si una palabra deslizada en voz baja por un esclavo te acusa de ser el único que no ha aplaudido al bailarín, ó al citarista de la señora, ya es peligro no flojo. Tienes, pues, como rana sedienta, que gritar fuertemente, y distinguírte entre los demás aplaudidores, y ser como su corifeo; y muchas veces, cuando han callado, lanzar algún estudiado elogio que ponga de manifiesto una gran adulación. Por otra parte, morir de hambre y de sed, y estar al propio tiempo perfumado y coronado de flores, es soberanamente ridículo. Semejas entonces á la columna fúnebre de algún muerto de la víspera, sobre la cual se depositan ofrendas: la bañan de perfumes y la coronan; pero el vino y los manjares son para los mismos que los han preparado.

29. Mas, si tu dueño es celoso, y hay lindos muchachos y alguna mujer joven, y tú no eres enteramente ajeno á Venus y á las Gracias, la cosa no queda en paz, ni es despreciable el peligro. Los oídos y los ojos del rey son muchos, y no se contentan sólo con la verdad, sino que siempre, para no parecer en connivencia, suelen ir más allá. Conviene, pues, como en los convites persas, permanecer con la cabeza baja, no sea que un eunuco te sorprenda mirando á alguna concubina, mientras otro con el arco tendido está dispuesto, si miras lo que no debes, á atravesarte la mejilla con una flecha en el momento en que vas á beber.

30. Al salir del banquete duermes un breve rato. Despertado por el canto del gallo: «¡Triste y desdichado de mí! exclamas, ¡qué gratos quehaceres he dejado! ¡qué amigos! ¡qué descansada vida! ¡qué sueños, sólo tasados por el deseo de dormir! ¡qué libres paseos! ¡En qué sima me he precipitado yo mismo! ¿Y para qué, justos dioses! ¿Dónde está aquella brillante recompensa? ¿No hubiera podido procurarme de otro modo mejor manera de vivir conservando toda mi libertad é independencia? Ahora, como león encadenado, según dice el refrán, tráenme arriba y abajo, y ¡suprema desdicha! ni puedo granjearme estimación, ni parecer agradable. Inútil y desmañado siempre para estas artes, lo soy mucho más comparado con los que de ellas han hecho su oficio. Convidado sin chiste ni agudeza, no consigo hacer gracia. Comprendo que hasta mi presencia es importuna, sobre todo cuando procuro estar más afable y divertido; entonces precisamente le parezco más tétrico. No sé, en fin, cómo acomodarme al humor de mi dueño: si conservo mi gravedad, le parezco áspero y casi insoportable; si me sonrío y pongo rostro afable, me desprecia y rechaza; y me sucede lo mismo que al que representase una comedia con una máscara trágica. ¡Necio de mí! En resumen, ¿qué otra vida soportaría para mí mismo, cuando sufro ésta para otro?»

31. En medio de tus reflexiones suena la campanilla y te es preciso volver á lo de costumbre: á dar cincuenta mil vueltas, á permanecer en pie, fricciónándote antes los muslos y las nalgas para poder resistir la próxima fatiga: sigue una comida semejante, y prolongada hasta igual hora. Este régimen de vida opuesto al que antes observabas, las veladas, el sudor y la fatiga te minan insensiblemente, y producen la tisis, la peripneumonía, los dolores de vien-

tre, ó la ilustre gota. Resistes, sin embargo, y muchas veces, cuando necesitas guardar cama, no te permiten hacerlo. Tu enfermedad parece ficción para rehuir el trabajo. Todo esto te hace palidecer y te da casi apariencias de moribundo.

32. Tal es la vida en la ciudad. Si hay que hacer un viaje, sólo haré constar esto: á menudo, si llueve, como tú, en cumplimiento de tu deber, sales el último, esperas el carro; y cuando no hay otro vehículo, te embuten en el que van el cocinero ó el peluquero de tu señora, sin cuidarse siquiera de echar en el hoja suficiente.

33. No te pesará el que refiera aquí lo ocurrido al estoico Tesmópolis; lance divertido, por mi vida, y muy verosímil, y muy fácil de suceder á otros. Vivía aquél en casa de una mujer muy rica y delicada y de las nobles de Roma. Hubo un día necesidad de hacer un viaje, y la primera afrenta que hubo de sufrir fué el ver que al lado de él, filósofo grave, mandaban sentarse á un bardaje de depiladas piernas y barba afeitada, que, como es natural, gozaba del favor de la señora: su nombre, no olvidado por Tesmópolis, era Quelidonio. ¡Ridículo contraste! Al lado de un anciano de severo rostro y barba blanca (ya sabes qué larga y venerable era la de Tesmópolis), un afeminado jovenzuelo de embadurnadas mejillas, párpados pintados, miradas errantes, doblado cerviz, y semejante, no á una golondrina (1), por Júpiter, sino á un buitre con el cuello desplumado. «Si no se lo hubiera pedido con instancias, decía Tesmópolis, hasta hubiera conservado para sentarse la redecilla de la cabeza.» Con todo hubo de sufrir mil imperti-

(1) *Golondrina* en griego es *χελιδών*, de donde en el original un juego de palabras respecto á *Quelidonio*, nombre derivado del anterior.

nencias en el camino, pues tarareaba y silbaba continuamente, y si no se le hubiera contenido, hasta hubiera bailado dentro del carro.

34. Pero he aquí otra de nueva especie: «Tesmópolis, dijo la señora dirigiéndose al filósofo, hazme un favor que te agradeceré infinito: no me lo niegues, ni te hagas rogar mucho.» Él, como es natural, prometió hacer cuanto se le mandase. La señora prosiguió: «Como eres tan complaciente, tan bueno y tan cariñoso, te pido que lleves en tu carro á la Mirrina, á la perrita que sabes, y que me la guardes y procures que no le falte nada: la pobrecita está preñada y á punto de parir. ¡Esos malditos esclavos son tan desobedientes! No se cuidan de mí en el viaje; ¿qué no harían con el pobre animalito? Me dejarás reconocidísima si me cuidas esa perrita encantadora por la que tanto me intereso.» Tesmópolis cedió á tales súplicas casi acompañadas de lágrimas. Era cosa bien ridícula el ver á la perrita asomando la cabeza por la túnica y casi entre las barbas del filósofo, meándose sobre él á cada instante (Tesmópolis omite esta circunstancia), chillando con voz aguda, como todas las perras de Melita (1), y lamiendo la barba de Tesmópolis, principalmente en los sitios donde había quedado algo de grasa de la víspera. En tanto, sentado al lado suyo, el bardaje, que á veces solía lanzar chistes no desgraciados sobre otros comensales, atacando entonces á nuestro filósofo, decía: «Sólo tengo que echar en cara á Tesmópolis el que de estóico se nos haya hecho cínico» (2). La historia añade que la perrilla parió sobre la capa de Tesmópolis.

(1) En esta isla del Adriático había una raza de perros pequeñitos, muy buscados por las damas romanas.

(2) Cínico se deriva de *κύνων*, *perro*.

35. Así agasajan, ó mejor dicho, así humillan los ricos á los que viven con ellos, y los van poco á poco acostumbrando á sus ultrajes. Yo he conocido un intrépido retórico á quien le mandaron declamar en una cena: hizolo él, no como ignorante, sino con vehemencia y talento, y alabáronle mientras bebían; por haber medido su discurso, no por la clepsidra, sino por el vino de las ánforas. Dícese que este atrevimiento se lo pagaron con doscientos dracmas (1). Esto aun es poca cosa. Pero si el rico se precia de historiador ó de poeta, y recita en el banquete sus rapsodias, hay que deshacerse en elogios y en adulaciones, é inventar nuevas clases de aplausos. Otros exigen que se admire su belleza, y á éstos hay que llamarlos Adonis ó Jacintos, aunque tengan una nariz de á palmo; pues si no los elogias, de seguro que como envidioso, fraguador de asechanzas, das en las canteras de Dionisio con tu cuerpo. Otros se jactan de sabios y oradores, y es preciso que sus discursos, siquiera hiervan en solecismos, te parezcan llenos de aticismo, dulces como la miel del Himeto, y modelos del buen decir en lo futuro.

36. Esto aun puede tolerarse en los hombres, pero no en las mujeres. Las hay, sin embargo, que toman á sueldo personas instruídas, y las hacen ir detrás de sus literas, imaginándose que nada puede realzarlas tanto como el ser llamadas eruditas y filósofas y poetisas, poco inferiores á Safo. Para esto llevan á todas partes á sus asalariados filósofos, retóricos y gramáticos y escuchan sus lecciones ¿cuándo? (también esto es ridículo), ó mientras las visten ó las peinan, ó durante la cena, porque sólo entonces tienen tiempo. Frecuentemente, mientras el filósofo diserta sobre al-

(1) Unas 184 pesetas.

gún grave punto, entra una sirvienta con un billetito del amante; y se suspende la disertación sobre la continencia, hasta que después de responder al galán, ella vuelve á escucharle.

37. Al acercarse tras larga expectativa las Saturnales ó las Panateneas (1), te envían un miserable manto ó una túnica musida, precisamente cuando es necesario presentarse con toda ostentación y pompa. El primer siervo que ha oído hablar á su señor del regalo, corre á decírtelo, y te saca no pequeña propina. Otros trece esclavos te traen á la mañana el presente, haciéndose lenguas cada cual de lo mucho que ha hablado y aconsejado y procurado para elegir la prenda más hermosa. Todos se retiran con su propineja y aun murmuran de que les has dado poco.

38. El sueldo te lo pagan poco á poco: dos o cuatro óbolos cada vez. Si lo pides, te llaman importuno y pesado. Para el cobro has de emplear zalamerías y súplicas: has de hacer la corte al mayordomo, nuevo aspecto de tu servidumbre, sin descuidar al consejero y al amigo. Y como lo que cobras lo debes ya al vendedor de ropas, al médico ó á algún zapatero, resulta que los regalos no son regalos, pues de nada te sirven.

39. La más negra envidia empieza á levantarse contra tí para perderte en el ánimo de tu señor. Éste escucha ya los rumores calumniosos con sumo placer, porque te ve destrozado por el incesante trabajo, cojeando en el servicio, falto de fuerzas, y con amagos de gota. En resumen: después de haber cogido la flor de tu edad, después de haber cosechado el fruto

(1) Como en Roma no había Panateneas, se debe entender que Luciano quiere designar las llamadas *Quinquatrus*, celebradas como aquéllas en honor de Minerva.

de tu salud, y de haber apurado la mejor parte de tu vida, de haber acabado con el temple vigoroso de tu cuerpo, y de haber hecho de tí un vestido andrajoso, busca ya el basurero en que ha de echarte y quién ha de elegir entre los capaces de soportar tu labor. Acúsante de haber solicitado á algún muchacho, ó de haber seducido, siendo un viejo, á alguna doncella de la señora, ó de cualquiera otro delito semejante; y una noche te arrojan de la casa con la cabeza tajada, y te plantan en la calle, abandonado de todos, pobre, solo con tu vejez y tu aristocrática gota, olvidado con el trascurso de tanto tiempo de lo que antes sabías y agrandado además como un saco el estómago, déspota á quien no puedes satisfacer ni aplacar. La gula reclama lo acostumbrado, y se enfurece y subleva al verse obligada á aprender frugalidad.

40. Viejo ya y semejante á corcel cansado, del cual ni siquiera es aprovechable la piel, difícilmente hallarás otro señor que te admita. Por otra parte, la calumnia motivada por tu expulsión toma cierto incremento, y te da fama de envenenador, de adúltero ó cosa así: hasta el silencio de tu acusador es digno de fe, y tú pasas por Griego maleante y dispuesto á cualquier ruindad. Así nos juzgan á todos, y, á la verdad, no sin razón. Creo, en efecto, haber descubierto la causa de que nos tengan en tan mala opinión. Muchos, por vida mía, han entrado en las casas opulentas sin saber nada útil, prometiendo adivinaciones y venenos, favores amorosos y conjuros contra los enemigos y jactándose por ello de eruditos, vistiendo manto de filósofos y dejándose barbazas venerables. No sin razón, pues, al descubrir la hilaza de los que tuvieron por personas excelentes, sospechan lo mismo de todos los restantes, mucho más observando su conducta

en los banquetes, su adulación en las otras relaciones sociales, y su servilismo por un mezquino sueldo.

41. Los ricos aborrecen, como es natural, á los hombres que han arrojado de su casa, y procuran, por cuantos medios están á su alcance, aniquilarlos. Imagínanse, en efecto, que revelarán muchos secretos de su condición y costumbres, como que los conocen todos perfectamente y los han visto al desnudo. Esto les atosiga; porque todos son enteramente iguales á esos libros hermosísimos con cabos de oro y cubiertas de púrpura, que tienen dentro á Tiestes devorando á sus hijos, á Edipo en el tálamo de su madre ó á Teseo gozando de dos hermanas á un tiempo. Tales son los opulentos: brillantes y conspicuos por fuera; con trágicos horrores bajo la púrpura por dentro: desenvuelve, si no, cualquiera de ellos, y hallarás grandes dramas no indignos de Eurípides y Sófocles; mas por fuera todos son púrpura florida y cabos de oro. La conciencia, pues, de sus maldades les obliga á aborrecer y á perseguir al que se ha separado de su casa, no sea que, conociéndolos perfectamente, haga de ellos una tragedia y los entregue al público.

42. Quiero ahora presentarte, como Cebes (1), una imagen del modo de vivir á que aspiras, para que viéndolo te decidas á abrazarlo ó no. Quisiera disponer para ello de un Apeles, de un Parrasio, de un Eción ó de un Eufranor; mas, como no es posible hallar ahora pintor de tanto ingenio y de arte tan exquisito, expondré á tu vista un ligero bosquejo. Píntese un alto pórtico dorado, erguido, no en el llano, sino en la cima de un monte de subida larga, áspera,

(1) Esta obra ha llegado á nosotros. La BIBLIOTECA CLÁSICA ha publicado su traducción al fin del tomo CXVII. Cebes nació en Tebas hacia el año 440 antes de J. C.

resbaladiza y tal, que muchos que se creen ya en la cumbre dan un mal paso y ruedan. Dentro está sentado Pluto, todo de oro, al parecer hermosísimo y amable. El adorador que ha subido penosamente y ha llegado á la puerta, quédase estupefacto con los ojos clavados en el oro. La Esperanza, hermosa también y con túnica de varios colores, lo toma de la mano, y lo hace entrar, todo asombrado, en el vestíbulo. Continúa siempre precedido de la Esperanza; pero otras dos mujeres, la Astucia y la Servidumbre, lo entregan al Trabajo. Este, después de apurar al infeliz, y cuando está ya perdido de color y un poco enfermo, lo pasa á la Vejez; y por fin la Injuria lo arrastra á la Desesperación. La Esperanza vuela de aquel lugar, y desaparece, y el mísero es arrojado, no por aquel dorado pórtico por donde entró, sino por una salida excusada, desnudo, pálido, con el vientre prominente, tapándose las vergüenzas con la mano izquierda, y apretándose con la derecha el cuello. Al salir encuentra al Arrepentimiento derramando lágrimas inútiles y hundiendo más en su dolor al desdichado. Este es el fin del cuadro. Examínalo bien, mi querido Timocles; considera si es decoroso que después de entrar por aquella puerta en la vida descrita, hayas de salir afrentosamente por la opuesta; y hagas lo que hagas, acuérdate de que dice un sabio: «Dios no es culpable; la culpa es del que elige» (1).

(1) Platón, *República*, X.

XVIII.

APOLOGIA DE LOS QUE VIVEN A SUELDO.

1. Tiempo ha que considero, mi buen Sabino, lo que pensarás de mí cuando lees mi tratadito acerca de los que viven á sueldo de los grandes; pues tengo por cosa cierta que no lo harás sin reírte. Voy, sin embargo, á procurar armonizar lo que has podido decir mientras lo leías y después de leerlo, con las ideas que en él he vertido. Paréceme, si no adivino mal, que te oigo exclamar: «¡Cómo! ¡el autor de este escrito, el que tan terrible acusación lanza contra los que se ponen á sueldo, olvidado de repente de todas sus opiniones, vuelve la medalla (1) y se precipita por su gusto en una servidumbre tan manifiesta y visible! ¿Cuántos Midas, Cresos y Pactolos enteros le han arrastrado á cambiar de opinión, hasta el punto de renunciar á aquella dulce libertad en que se educó desde niño, y, próximo á comparecer ante Eaco, con un pie, como quien dice, en la barca de Caronte, á dejarse traer y llevar con un collar de oro como los micos y las ardillas de los ricos voluptuosos? Mucho discrepan, en efecto, su conducta actual y aquel escrito: es, como dicen, ir el río hacia su fuente, vol-

(1) Literalmente *la ostra*, ὀστράκου.

verse del revés todas las cosas y cantar una palinodia hacia lo malo, no, á fe mía, como la de Helena y la guerra de Troya, sino desmintiendo con actos la excelencia de lo que antes se ha elogiado (1).»

2. Esto, si no me engaño, es lo que dices. Añadirás acaso algún consejo que, lejos de pecar de inoportuno, será seguramente digno de un amigo, de un hombre de bien y de un filósofo. Pues bien; ahora me pongo tu máscara: si desempeño bien tu parte, mejor para ambos, haremos un sacrificio al Dios de la elocuencia; si lo hago mal, tú suplirás mis faltas. Entremos en escena, cambiados nuestros papeles. Yo, en silencio, me dejo, si es preciso, sajar y quemar para lograr la salud: tú, escalpelo en mano y candente el cauterio, me aplicas los medicamentos. La representación comienza y tú, Sabino, me dices:

3. Tiempo ha, mi buen amigo, que, como era justo, alcanzó tu escrito buena fama, ya al ser leído en una reunión numerosa, según me han contado los que lo oyeron, ya privadamente entre los sabios que se dignaron manejarlo y conocerlo. Plausible por la elección de las palabras, por la copia de experiencia y de noticias y por la claridad con que lo expone todo, lo

(1) Estesicoro de Himera, que floreció en la segunda mitad del siglo VII, antes de Jesucristo, compuso contra Helena versos calumniosos, y Cástor y Pólux le castigaron haciéndole perder la vista. Platón, en su *Fedro*, dice que la recobró en cuanto escribió un poema titulado *παλινοδία* ó retractación, que principiaba por estos versos:

No es verdad mi relato; no subiste
A las naves de sólida cubierta,
Ni entraste en Troya nunca.

De aquí el género literario conocido con el nombre de *Palinodia*. Modelos de él son la Oda XVII del libro I de *Horacio*, y la composición de Leopardi *Errai candido Gino*, cuya excelente traducción por D. Marcelino Menéndez y Pelayo figura en la *Antología de poetas italianos* que está imprimiendo en Mallorca el inspirado poeta D. Juan Luis Estelrich.

es mucho más por ser utilísimo á todos en general, y en particular á las personas instruídas, para que no se precipiten en la esclavitud por inadvertencia. Pero, puesto que, mudando de consejo, te parece mejor despedirte de la libertad por mucho tiempo y ajustar tu conducta al yambo innoble,

Hágase el libre, si hay ganancia, siervo (1),

guárdate de que nadie te oiga en lo sucesivo tu discurso, y guárdate sobre todo de leerlo á los que ven cómo vives actualmente. Pide, más bien, á Mercurio infernal que derrame las aguas del Leteo sobre los que antes lo escucharon, pues si no, te aplicarán la fábula corintia y serás una especie de Belerofonte (2) al escribir un libro contra tí mismo. No veo, por Júpiter, qué argumento, aunque sea especioso, podrás aducir contra los que te acusan, sobre todo si aplauden tus escritos y el espíritu de libertad que los informa, mientras riéndose ven á su autor encorvado bajo el yugo de voluntaria servidumbre.

4. No andarán, pues, descaminados si dicen ó que el libro no es obra tuya, sino de algún generoso varón, y tú un grajo engalanado con plumas ajenas, ó que, si lo es, te has portado como Saletto (3), que después de haberse captado entre los de Crotona' grande estima por su severísima ley contra el adulterio, fué cogido al poco tiempo con la mujer de su hermano. No faltará quien diga que tú y aquel Saletto sois iguales. Pero yo hallo á éste mucho más disculpable: enaje-

(1) Eurípides, las *Fenicias*, v. 398.

(2) Véase la Historia de Belerofonte en la *Iliada*, VI, v. 160 y siguientes. Alude el texto á la carta de que fué portador.

(3) Zalenco.

nábale el amor, como dijo en su defensa, y arrojóse además intrépidamente á la hoguera, aunque, compadecidos los Crotoniatas, le permitían ya, si hubiese querido, conmutar su pena por el destierro. Tu conducta, en cambio, es mucho más contradictoria. Expusiste en discurso primoroso la vileza de esta condición servil; acusaste enérgicamente á todo el que, entrando en la casa de un rico y encerrándose en ella, se avenía á tolerar diez mil molestias; y llegado al umbral de una extrema vejez, sufres la indigna esclavitud, y á poco más te jactas de hallarte sometido á ella.

5. Pero después de haber dicho una admirable tragedia

Si no lo es para sí, detesto al sabio (1),

¿qué necesidad hay de hacer cargos nuevos? Tus acusadores hallarán fácilmente otras comparaciones. Te asemejarán unos á esos actores trágicos que son en la escena Hércules, Creonte, ó Agamenón, y fuera de ella, cuando no tienen máscara, se convierten en Polo ó en Aristodemo, histriones mercenarios, silbados á veces, y á veces, si place al público, azotados. Otros dirán que te sucede lo que al mono de la famosa Cleopatra (2). Había aprendido á bailar con gran compás y elegancia; y lo bien que llevaba el traje, el decoro que observaba en todo, y lo acorde de sus movimientos con las voces y las flautas que entonaban el Himeneo causaban extremada admiración; pero un día, viendo á lo lejos, en el suelo, no sé si un higo ó una almendra, se despidió del compás, de

(1) Eurípides, *Fragmentos*.

(2) V. *El Pescador, ó los Resucitados*, 36.

los bailes y de las flautas, se arrojó sobre la fruta, y se la comió, tirando ó, por mejor decir, despedazando la máscara.

6. Y tú, dirán, tú que no eres comediante, sino autor de hermosísimas obras y legislador severo, das á entender en cuanto ves un higo que sólo eres un mono, un filósofo de lengua;

Que piensas una cosa y otra dices (1),

dando motivo para que cualquiera diga de los discursos con que te envaneces, que

Mojan el labio, al paladar no llegan (2).

Así has sido castigado al instante por tu temeraria declamación contra las necesidades de los hombres, vendiendo al poco tiempo tu libertad á voz de pregonero. Parece que en el momento en que te aplaudían por tus acres censuras, Adrastea (3), detrás de tí, se reía, previendo, como diosa, el cambio que iba á efectuarse en tu vida, y observando que, sin escupir antes en tu seno, vituperabas á los obligados á sufrir tal condición por algún revés de la fortuna.

7. Si alguno pusiera este título á tu discurso: «Es-

(1) Homero, *Iliada*, IX, v. 313.

(2) Homero, *Iliada*, XXII, v. 495.

(3) La misma que Nemesis, diosa de la venganza. Para evitar sus iras y los efectos de filtros y conjuros, los Griegos tenían la práctica de escupirse tres veces en el seno.

Contra el hechizo me escupí en el seno,
Cual me enseñó la vieja Cotitara,

dice Teócrito, en el Idilio VI, traducción de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares. (Tom. XXIX de la BIBLIOTECA CLÁSICA.)

quines, después de acusar á Timarco, queda convicto de los mismos crímenes», ¿qué carcajadas nos soltarían los espectadores, sobre todo si Timarco era citado por faltas cometidas en la juventud, y su acusador, ya anciano, apareciese culpable de las mismas? Eres, en suma, semejante á aquel charlatán que anunciaba un remedio contra la tos, y prometía curación instantánea á los que la padeciesen, mientras á fuerza de toser parecía que iba á reventarse.

8. Estos y otros muchos son los cargos que pudiera hacerme un acusador como tú, en un asunto que los ofrece á millares. Yo, por mi parte, busco cómo defenderme. ¿Será mejor para mí darme por vencido, volver la espalda, confesar mi delito y acudir á la común excusa, alegando la Fortuna, la Parca y el Destino? ¿Imploraré el perdón de mis detractores recordándoles que de nada somos dueños, que todo lo gobierna un ser superior, ó más bien una de esas divinidades antes mencionadas, que obra á su voluntad, en términos de no sernos imputables nuestros hechos y dichos? Es medio vulgarísimo, y tú, amigo mío, no me permitirías semejante defensa, ni aducir este verso de Homero:

Ningún hombre se evade del Destino (1):

ó este otro:

Hilada está su suerte en cuanto nace (2).

9. Si dejando estas razones como poco convincentes, te dijese que ni el aliciente del dinero, ni otro por el

(1) *Iliada*, VI, v. 488.

(2) *Iliada*, XX, v. 128.

estilo me han arrastrado á este género de vida, sino la prudencia, el valor y la magnanimidad del hombre á quien sirvo y el deseo de asociarme á sus bellísimas acciones, quizá al capítulo de cargos se agregase el de adulator; cumpliríase en mí el proverbio «un clavo saca á otro clavo»; y á fe que este sería mayor, porque la adulación es el más servil de los vicios, y por consiguiente el peor.

10. Pero si no he de alegar ni estas razones ni las otras, ¿qué remedio me queda sino confesar que no tengo defensa valedera? Aun me resta, sin embargo, una áncora de salvación: deplorar mi vejez y mi mala salud, con la pobreza consiguiente, que nos fuerza por evitarla á hacer y á sufrir muchas cosas. No sería con tal motivo fuera de propósito llamar en mi ayuda á la Medea de Eurípides, y hacerla decir, parodiándolos un poco, aquellos versos:

Sé lo atroz de los crímenes que fraguo,
Pero el hambre atropella á mi conciencia (1);

y aun cuando no citase á Teognis, ¿quién ignora que éste permite, para evitar la miseria,

Lanzarse al mar henchido de ballenas
Ó á arrojarse de lo alto de una roca? (2).

11. Esto que, á mi juicio, es lo que cualquiera podría decir para justificarse, no tiene en realidad mucho valor. Tranquilízate, pues, amigo mío, que yo no lo aduciré. El hambre no es tan grande en Argos,

(1) *Medea*, v. 1.077.

(2) Verso 176.

que haya que sembrar el Cilarabis (1); ni yo tan pobre de argumentos valiosos, que haya de apelar á subterfugios para defenderme. Considera no más la enorme diferencia que existe entre el asalariado que entra á servir á un rico, y sufre todas las vejaciones consignadas en mi libro, y el empleado, encargado de la administración pública y del ejercicio de la autoridad, y que, por tal concepto, percibe sueldo del emperador. Examina ambas condiciones y estúdialas por separado; verás que, como dicen los músicos, distan entre sí dos octavas: esto es, que la condición descrita en mi libro se parece á la mía como el plomo á la plata, el cobre al oro, la anémona á la rosa y el mono al hombre. En una y otra hay un salario, es cierto, y se reciben órdenes; pero ¡qué diferencia! En aquélla la servidumbre es evidente, y no muy distinta de la de un siervo comprado; en ésta se sirve al público, y se es útil á ciudades y á naciones enteras. Es, por consiguiente, inicuo censurar á los que tales funciones desempeñan y envolverlos en la misma acusación sólo porque convienen con aquéllos en cobrar una paga. De hacerle así, envileceríanse todos los cargos: los gobernadores de las provincias, los presidentes de los municipios, los comandantes de las legiones y los generales de los ejércitos no se conducirían con dignidad, por el mero hecho de cobrar por sus servicios. Fuerza es, por consiguiente, no echarlo abajo todo de un golpe, ni colocar en la misma línea á cuantos perciben sueldo.

12. En una palabra, yo no he dicho que sean infelices cuantos perciben sueldo, sino aquellos que, so

(1) *Cilarabis* era el nombre del lugar destinado á gimnasio en Argos. Los habitantes de esta ciudad, en el asedio de los Lacedemonios se vieron obligados á ponerlo en cultivo para hacer frente al hambre.

color de maestros, son esclavos de los ricos. Mi posición, compañero querido, es muy distinta: como particular, conservo mi antigua independencia; en público ejerzo parte de la autoridad suprema y á nombre de ella administro. Fijate, si te place, y verás que gobierno una parte considerable de Egipto, que instruyo procesos, regulo el orden en que han de verse, llevo registros de todo lo que se hace y se dice, contengo á los oradores dentro de los justos límites, hago cumplir con todo el esmero, exactitud y fidelidad posibles los decretos del Emperador, y procuro su publicidad y su observancia perpetua. Cobro mi paga, no de un particular, sino del Emperador, y no mezquina, sino de muchos talentos; y añade que abrigo no frívolas esperanzas, si consigo, como es fácil, el mando de una provincia entera, ó algunos otros cargos importantes.

13. Confiado en mis fuerzas, y adelantándome á la acusación, quiero en mi defensa ir más allá de lo preciso: y sostengo que nadie, ni los que desempeñan los más altos empleos, trabaja sin esperanza de salario. El mismo Emperador percibe sueldo. No tengo por tal los impuestos y los tributos que anualmente le pagan sus vasallos: el gran salario del príncipe son los elogios, el aplauso universal, la adoración por sus beneficios, las estatuas, los altares y los templos que le consagran los súbditos como justa recompensa á la providencia y cuidado con que procura por la conservación y aumento del bien público. Comparando, pues, á lo grande lo pequeño, si quieres descender de la cima de la autoridad á cada uno de los detalles de que consta, verás que sólo en magnitud y pequeñez diferimos de los más encumbrados; por lo demás todos somos igualmente mercenarios.

14. Si yo hubiese establecido el principio de que

nadie debe trabajar, con razón se me acusaría de haberlo quebrantado; pero si no he dicho nada de eso en mi libro; si, por el contrario, todo hombre de bien debe trabajar, ¿dónde hay ocupación mejor que unirse á sus amigos en utilísimos empleos, y á la faz del mundo dar pruebas de lealtad, de diligencia y de celo para el cargo, á fin de no ser

peso inútil del mundo (1),

como dice Homero?

15. Ante todo convendría que mis detractores tuviesen presente que yo no soy un sabio (si los hay por ventura), sino uno de tantos, que ha cultivado la oratoria, y que ha ganado en ella alguna fama, pero sin aspirar á aquella sublime virtud de los corifeos de la Filosofía, cosa que no deploro á la verdad, pues nunca he encontrado quien cumpla lo que exige la denominación de sabio. Extrañaría, por otra parte, que vituperases tú mi actual conducta, pues sería vituperar á quien, como sabes, ganó crecidas sumas cuando incluído entre los sofistas mejor pagados daba lecciones públicas de retórica, á las que asististe después de tu viaje al Océano occidental y á la Céltica. He aquí, querido compañero, lo que, entre mil ocupaciones, te escribo en mi defensa, para que me des la piedra blanca y entera de la absolución. A los demás, siquiera se uniesen todos para acusarme, me bastaría decirles lo de «No le importa á Hipocrides» (2).

(1) *Iliada*, XVIII, v. 104.

(2) Herodoto, lib. v, Erato, cap. CXXIX, da la explicación de esta frase.

XIX.

DE UNA FALTA COMETIDA AL SALUDAR.

1. Siendo hombre, es difícil sustraerse á la malignidad de algún dios; pero es más difícil todavía justificarse de una falta cometida inadvertidamente bajo la influencia de una divinidad. Ambas cosas me han ocurrido cuando, al ir á saludarte esta mañana, debiendo emplear la fórmula acostumbrada *χαίρειν* (*regocijate*), yo, persona tan fina, me equivoqué y dije *ὕγιαίνειν* (*ten salud*), palabra también de buen agüero, pero inoportuna entonces, por no usarse en el saludo matinal. Por eso, sin acabarla de decir, me puse como la grana y lleno de confusión. Los presentes, como es natural, creyeron, unos que yo estaba loco, otros que la vejez me hacía chochear, otros que venía turbado por el vino de la cena, aunque tú, dando pruebas de indulgencia, apenas me diste á entender con una ligerísima sonrisa mi equivocación. Determiné, pues, para consolarme, escribir algo sobre el particular, á fin de atenuar el escozor de mi falta, y hacerme más soportable el haber faltado, á mi edad y ante tantas personas, á las conveniencias sociales. Mi lengua no necesita justificación, pues su desliz fué de buen agüero y hacía el mejor sentido.

2. Al principiar este escrito creía hallarme ante un

problema de difícil solución, pero en cuanto he penetrado en él, las palabras han acudido espontáneamente á mí. No las expondré, sin embargo, sin decir antes algo que me parece oportuno acerca de las tres fórmulas: χαίρειν (*regocijarse*), εὖ τράττειν (*ser feliz, tener buena suerte, prosperar*), ὑγιαίνειν (*tener salud*). Χαίρειν era el saludo de los antiguos: se usaba no sólo á la mañana y al verse cada día por vez primera, sino también por los que no se habían visto jamás, como en este verso:

Alégrate, monarca de Tirinto (1).

Empleábase también después de la cena, cuando las conversaciones estaban animadas por el vino,

Regocijate, Aquiles; no tenemos
Necesidad de viandas deliciosas (2),

dice Ulises, empezando á hablar de la embajada que se le había encomendado. Al separarse empleaban igual fórmula, por ejemplo:

Alegraos, un numen sempiterno,
No un mortal, voy á ser para vosotros (3).

No había señalado tiempo especial para este saludo; no estaba reservado como ahora á la mañana. Empleábasele hasta en circunstancias desagradables y

(1) De autor desconocido.

(2) Homero, *Ilíada*, IX, v. 225.

(3) Se atribuyen estos versos á Empédocles. Se creía que los pronunció al despedirse de sus discípulos para precipitarse en el Etna.

aun funestas. Así Eurípides pone estas palabras en boca de Polinice espirante:

Alegraos, me cerca ya la noche (1).

Tampoco significa siempre benevolencia, sino hasta odio y deseo de romper todo trato. Decirle á uno *Μακρὰ χαίρειν* (*regocijarse mucho*) (2), daba á entender que no se había uno de cuidar de él en adelante.

3. El primero que empleó esta formula dicen que fué el andarín Filípides (3), el cual viniendo de Maratón á anunciar la victoria, gritó á los arcontes que estaban sentados, llenos de inquietud por el resultado de la batalla: «¡Alegraos (*χαίρετε*), vencimos!» y al exclamar *χαίρετε* espiró. Cleón, demagogo de Atenas, fué el primero que escribió la palabra *χαίρειν* al principio de la carta escrita desde Esfacteria dando la nueva feliz de la victoria y de la captura de Espartanos allí verificada. Nicias, escribiendo desde Sicilia, empleó también en sus cartas esta antigua fórmula de anunciar sucesos felices (4).

4. El admirable Platón (5), legislador fidedigno en estos asuntos, proscribe en absoluto el empleo de *χαίρειν*, como poco digno y conveniente y lo sustituye por *εὖ πράττειν*, símbolo, según él, de la buena disposición del cuerpo y del alma, y escribiendo á Dionisio, le moteja por haber dicho en un himno *χαίρειν* al dios

(1) Eurípides, *Las Fenicias*, v. 1.462.

(2) Como quien dice: la del humo.....»

(3) Herodoto, lib. VI (Erato), 105, lo llama Fidípides, y refiere la aparición del dios Pan antes de la batalla de Maratón.

(4) Sobre los hechos á que se refiere Luciano puede verse Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lib. v, y la traducción de Diego Gracián publicada por la BIBLIOTECA CLÁSICA, tomos 120 y 123.

(5) Epistola III.

Apolo, salutación no sólo indigna de Apolo Pitio, sino hasta de hombres bien educados.

5. Del divino Pitágoras, aunque no se dignó legarnos ningún escrito, puede colegirse por el Lucaense Ocelo (1), por Arquitas y por sus otros discípulos, que no usaba á la cabeza de sus cartas las fórmulas *χαίρειν* ni *εὖ πράττειν*, sino que empezaba siempre *ὕγιαίνειν* (*salud*). Todos los de su escuela, cuando escriben de un asunto grave, empiezan siempre *ὕγιαίνειν*, porque la buena salud es tan conveniente al alma como al cuerpo, y resume todos los bienes apetecibles. Por eso el triple triángulo enlazado (2), formado por cinco líneas, distintivo de aquella escuela, era llamado *higia* (*salud*) por los Pitagóricos. Creían, en efecto, que en *ὕγιαίνειν* (*tener salud*) se hallaban comprendidos *εὖ πράττειν* y *χαίρειν* (*tener buena suerte y alegrarse*), y que ni *χαίρειν* ni *εὖ πράττειν* encierran la idea de *ὕγιαίνειν*. Sin embargo, algunos, entre los cuales figura Filolao (3), llaman ya principio de salud al cuaternario, que es su juramento mayor, y forma, según ellos, un número perfecto.

6. Pero ¿á qué hablo de los antiguos cuando Epicuro (4), hombre tan amigo del placer que lo antepone á todo, en sus epístolas serias, de las cuales se conservan algunas, como en las dirigidas á sus íntimos, principia siempre por desear buena salud, *ὕγιαίνειν*?

(1) A este filósofo se atribuye un tratado de dudosa autenticidad en que se sostiene la eternidad del mundo. Se publicó en París en 1539.

(2) Tenía la misma figura del que tienen los vulgarmente llamados ochavos morunos.

(3) Se le atribuyen los llamados *Versos de oro*, de Pitágoras.

(4) De las numerosas cartas de Epicuro nos ha conservado Diógenes Laercio tres, en las cuales se halla la fórmula *χαίρειν* y no *ὕγιαίνειν*, cuyo uso constante le atribuye Luciano. (V. *Vidas de los Filósofos*, lib. X.)

En la tragedia y en la comedia antigua hallarás que se dice ὑγιαίνειν al hallarse por vez primera, por ejemplo:

Salud y mucho júbilo (1),

donde discretamente se antepone la salud á la alegría. Alexis dijo (2):

Dueño mío, *salud*. ¡Cuán tarde vienes!

y Aqueo (3):

Aunque soy criminal, yo te *saludo*.

Y Filemón (4):

Primero la *salud*, después fortuna,
Y después alegrías apetezco,
Y, por fin, no tener deuda ninguna.

Y el autor de aquel escolio citado por Platón ¿qué es lo que dice? «La *salud* es lo mejor, la hermosura lo segundo, y la riqueza lo tercero» (5). y de la alegría (τὸ χαίρειν) ni siquiera habla. Recuerda tam-

(1) Homero, *Odisea*, XXIV, v. 401.

(2) Alexis de Turium es un poeta de la Comedia nueva, de cuyas obras sólo quedan fragmentos.

(3) Poeta trágico, natural de Aretia. Disputó varias veces el premio á Sófocles.

(4) Poeta de la Comedia nueva, al cual asignó la antigüedad el segundo lugar en el género, aunque algunos lo anteponian á Menandro. Sólo quedan fragmentos de sus obras.

(5) Simónides ó Epicarmo es el autor de este escolio, citado por Platón en el *Gorgias*.

bién aquellos versos que andan en boca de todos:

Higia, la más antigua de los dioses,
Pase á tu lado el resto de mi vida (1).

Si Higia es el más antiguo de los númenes, y si su obra es la salud, debe ésta ser preferida á los demás bienes.

7. Pudiera hacer mil citas de poetas, historiadores y filósofos que anteponen la salud á todas las cosas, pero no lo haré, temeroso de incurrir en pueriles necedades y de tratar de sacar un clavo con otro clavo. Sin embargo, recuerdo ahora algunos hechos de la historia antigua relacionados con el asunto y no creo inoportuno el referírtelos.

8. Cuando Alejandro se disponia á dar la batalla de Iso, según cuenta Eumenes de Cardias en su carta á Antipatro, entró Hefestión por la mañana en la tienda del príncipe, y, ó por olvido ó distracción como yo, ú obligado por alguna divinidad, dijo como yo: «Salud (ὕγιαίνε), oh rey, ya es tiempo de disponerse al combate.» Turbados los presentes por lo extraño del saludo, y medio muerto de vergüenza Hefestión, dijo Alejandro: «Acepto este augurio, pues nos promete que volveremos sanos del combate.»

9. Antioco Soter, á punto de pelear con los Gálatas, creyó ver en sueños á Alejandro, que le mandaba adoptar para grito de guerra la palabra «*Salud*» (ὕγιαίνεν), con la cual ganó, en efecto, una victoria admirable.

10. Tolomeo, hijo de Lago, al escribir á Seleuco, alteraba abiertamente el uso establecido, pues en el

(1) Principio del Peán de Arifrón de Sicione en honor de Higia, diosa de la salud.

principio de sus cartas decía *ὕγιαίνειν*, y al fin de ellas, en vez de *ἔρρωσθαι* (*pásalo bien*), *χαίρειν*, según afirma sus coleccionador Dionisiodoro.

11. Merece citarse el ejemplo del Epirota Pirro, que pasa por el más ilustre capitán después de Alejandro, y que experimentó tantos cambios en su fortuna. Siempre que oraba á los dioses y les ofrecía sacrificios ú oblaciones, no les pedía nunca las victorias, ni el acrecentamiento del reino, ni gloria, ni aumento de riquezas sino solamente salud; como si en esto se hallase todo comprendido, y lo demás viniese con ella como por añadidura. Y acertado andaba, á mi juicio, pensando que cuando la salud falta, todos los demás bienes son inútiles.

12. Está bien, dirá alguno; pero ahora hemos fijado ya el sentido de estas palabras y el tiempo en que deben emplearse. Al apartarte del uso corriente, no habrás cometido un disparate, pero no andas más exento de falta que quien se atase el casco á la pierna y las grebas al cráneo. Pero, amigo del alma, replicaría yo, razón tendrías si la salud no te fuese necesaria en todo tiempo. Á la mañana, al mediodía, á la noche y siempre, es indispensable á todos y mucho más á los que ejercéis el poder ó tenéis infinitos negocios, para los cuales se necesita mucho vigor corporal. Quien os dice «Alegraos», os dirige una palabra de buen agüero y un voto nada más; pero el que os dice «Tened salud» os presta un verdadero servicio, y recordándoos lo concerniente á la conservación de la salud, no se limita á expresar un voto, sino que nos da un buen consejo.

13. Por otra parte, en las órdenes que recibís continuamente del Emperador, ¿no se os manda lo primero que cuidéis de vuestra salud? Y nada más racional. ¿Para qué servirían las demás cosas, si aquella lle-

gase á faltaros? Pero vosotros mismos, si yo entiendo algo de la lengua latina, ¿no respondéis muchas veces á los cumplidos que se os dirigen deseando *salud*?

14. Digo todo esto, no con ánimo de suprimir la palabra *χαίρειν* sustituyéndola por la de *ὕγιαίνειν*, sino para demostrar que lo hice por distracción: seria ridículo, en efecto, que yo pretendiese cambiar el tiempo señalado por la costumbre á cada modo de saludar.

15. Doy gracias á los dioses porque mi error produjo un augurio más favorable, y un desliz hacia la parte mejor. Quizá fué inspiración de Higia ó del mismo Esculapio, que se sirvieron de mí para prome-
terte salud. Sin la voluntad de un númen, ¿hubiera podido ocurrir semejante cosa á quien en su larga vida no ha tenido nunca semejante desliz?

16. Mas si es preciso aducir alguna excusa dentro del orden natural, no es extraño que, deseando vivamente darme á conocer de manera favorable, me haya turbado hasta hacerme caer en el extremo opuesto mi afán de conseguirlo. Acaso también no es fácil á todos el conservar su serenidad ante aquella multitud de soldados, que unos nos empujan y otros nos saludan de un modo particular.

17. Pero bien sé que, aunque los demás atribuyeron el hecho á falta de juicio ó de educación, ó á chochez de anciano, tú lo consideraste como señal de sencillez y respeto de un alma no habituada al tumulto del foro, donde se adquiere ese aplomo poco distante de la temeridad y del descaro. ¡Ojalá no cometa nunca semejante falta, y si la cometo, que se convierta en agüero favorable!

18. Imperando el primer Augusto, dícese que ocurrió un caso parecido. Acababa aquél de dar un fallo justo, por el cual absolvía de la falsa imputación

de un crimen capital á un inocente, el cual queriendo manifestar su gratitud, dijo gritando: «Gracias te doy, Emperador, por haber juzgado mal é injustamente.» Llenos de indignación, querían despedazarlo los que rodeaban al Cesar; pero éste «Calmaos, dijo; es preciso mirar á la intención y no á las palabras.» Así habló Augusto. Tú si miras á la intención la hallarás benevolentísima, y si á las palabras, de augurio favorable.

19. Al llegar á este punto, sólo temo que algunas personas supongan que cometí adrede la falta para escribir su apología. ¡Ojalá, queridísimo Asclepio, parezca este discurso, más que una justificación, un pretexto para hacer gala de mis conocimientos!

XX.

HERMOTIMO, O DE LAS SECTAS.

LICINO Y HERMÓTIMO.

1. LICINO.—Por el libro y por lo precipitado de tu marcha se comprende, Hermótimo, que vas á casa de tu maestro. Ibas como reflexionando, movías los labios, murmurabas palabras, y dirigías la mano á un lado y á otro, como componiendo una refutación, preparando alguna pregunta capciosa, ó hilvanando una argumentación sofística, para no descansar ni en el camino, ni estar jamás ocioso, sino ocupado en cosas serias para el adelantamiento de tus estudios.

HERMÓTIMO.—Por Júpiter, Licino, sí que era eso. Iba repitiendo la conferencia de ayer y recordando todo lo que nos dijo el maestro. Debemos, creo, aprovechar el tiempo, conforme á la máxima del médico de Cos: «La vida es breve y el arte largo» (1). Y eso que él hablaba de la Medicina, ciencia fácil de aprender, mientras que á la Filosofía no se llega, ni aun después de mucho tiempo, si no se han pasado numerosas vigiliass con los ojos fijos y clavados en ella. Como que el dilema es terrible; pues se trata ó de ser

(1) *Hipócrates*, Aforismo primero.

desdichado y morir confundido con el vulgo ó de alcanzar, filosofando, el bien supremo.

2. LICINO.—Es un premio admirable, Hermótimo, y creo que no andas lejos de lograrlo, á juzgar por el tiempo que llevas de filosofar y por el trabajo incesante á que hace mucho me pareces dedicado. Si mal no me acuerdo, va para veinte años que no haces otra cosa que ir á casa de los maestros, inclinarte sobre los libros y escribir notas de conferencias, pálido y seco por el trabajo. Tan entregado á él estás, que, á mi juicio, ni durmiendo interrumpes tu estudio; por lo cual creo que dentro de poco poseerás el supremo bien, si no lo disfrutas ya á hurto nuestro.

HERMÓTIMO.—¿Cómo, si ahora comienzo á distinguir su camino? La Virtud, como dice Hesiodo (1), habita muy lejos; y el camino que á ella conduce es largo, escarpado y durísimo, y cuesta no poco sudor á los viajeros.

LICINO.—¿Aun no has sudado y caminado bastante?

HERMÓTIMO.—No, te digo. Nada me impediría gozar del supremo bien si estuviese en la cumbre; pero apenas si empiezo la subida.

3. LICINO.—Pues, según el mismo Hesiodo (2) dice,

Es el principio la mitad del todo.

Por consiguiente, no ando equivocado si aseguro que estás á la mitad de la subida.

HERMÓTIMO.—Todavía no: mucho habría adelantado si así fuese.

(1) *Las Obras y los Días*, v. 288 y siguientes.

(2) Horacio (*Ep.* I, II, v. 40) tradujo este proverbio:

Dimidium facti, qui cepit, habet.

LICINO.—¿Pues en qué parte estás?

HERMÓTIMO.—Al pie del monte, Licino, y esforzándome en subir; pero es áspero y resbaladizo, y necesito que me tiendan la mano.

LICINO.—Eso lo hará tu maestro. Como el Júpiter Homérico la cadena de oro (1), eche él desde la cumbre la cadena de sus lecciones, y sujetándote con ella, que te suba hasta sí y hasta esa Virtud á cuyo lado se remontó hace mucho.

HERMÓTIMO.—Eso es lo que hace, Licino. Por lo que á él toca, ya estaría yo en la cumbre viviendo con los sabios; mas por lo que á mí, me falta aún bastante.

4. LICINO.—¿Confianza y valor! El camino tendrá término, y alcanzarás la felicidad que en lo alto de él se halla, puesto que el maestro une sus esfuerzos á los tuyos. Mas ¿para cuándo te ha dicho que puedes esperar verlo terminado? ¿Acaso en el año próximo celebrarás ya en esa cumbre las Panateneas ó los grandes misterios?

HERMÓTIMO.—Poco dices, Licino.

LICINO.—Dentro de dos olimpiadas á lo sumo. Se os podría acusar de pereza si no os bastase este tiempo, suficiente para ir y venir tres veces de las columnas de Hércules á la India, aun no siguiendo la línea recta y deteniéndose á visitar los países intermedios. Porque la cumbre, residencia de la Virtud, ¿cuánto más alta y resbaladiza hemos de suponerla que la roca de Aornos (2), que Alejandro, sin embargo, expugnó en pocos dias?

5. HERMÓTIMO.—No hay paridad, amigo mío. La

(1) V. Homero, *Ilíada*, VIII, v. 18.

(2) Estaba cerca de Nisa, ciudad del Paropamiso. Ni el mismo Hércules, con ser hijo de Júpiter, la había podido tomar, según tradición de los naturales. (V. nuestra traducción de la *Anábasis*, de Arriano, tomo LVIII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, pág. 200 y siguientes.)

empresa no es como te figuras capaz de ser ejecutada y dominada en poco tiempo, aunque la acometiesen diez mil Alejandro. Muchos procuran subir; ahora mismo avanzan animosamente no pocos: unos se acercan algo, otros menos, otros mucho; pero cuando llegan á mitad del camino, y se encuentran entre mil asperezas y obstáculos, retroceden vencidos por la dificultad, jadeantes, bañados de sudor, impotentes para resistir la fatiga. Los que perseveran hasta el fin llegan á la cumbre, y disfrutan hasta la muerte de una felicidad maravillosa, viendo desde aquella altura á los demás hombres pequeñitos como hormigas.

LICINO.—¡Hola! ¡No nos achicas poco! Nos haces menores que pigmeos, rasando con el suelo y serpeando sobre la tierra. No me admira. Tan alto y sublime piensas. Nosotros, la rastrera turbamulta, os adoraremos con los dioses, desvanecidos en las regiones altísimas á donde os remontó vuestro deseo.

HERMÓTIMO.—¡Ojalá llegue á subir, Licino! Pero me falta mucho todavía

6. LICINO.—Aun no me has dicho cuánto, para poder calcular el tiempo.

HERMÓTIMO.—Con precisión no lo sé yo mismo, pero supongo que no han de trascurrir veinte años sin que llegue á la cumbre.

LICINO.—¡Mucho dices, por Hércules!

HERMÓTIMO.—Lo grande, Licino, no se consigue sin trabajos.

LICINO.—Cierto, y probablemente tu maestro te ha prometido que vivirás esos veinte años, pasados los cuales serás no sólo sabio, sino adivino y profeta, conocedor de la ciencia de los Caldeos; pues dicen que él entiende todo eso. No es creíble, en efecto, que sin la seguridad de vivir hasta llegar á la Virtud,

emprendieses tales trabajos, y te atormentases día y noche no sabiendo si, ya cerca de la cumbre, va el Destino á cogerte del pie para apartarte de la fallida esperanza.

HERMÓTIMO.—¡Calla! Tus palabras son de mal agüero, Licino. ¡Viva yo, aunque goce un solo día de la suprema felicidad que da el ser sabio!

LICINO.—¿Para compensación de tantos trabajos te basta ese solo día?

HERMÓTIMO.—Me basta un breve instante.

7. LICINO.—Pero ¿por dónde puedes saber que la felicidad de allí arriba sea tan grande que merezca todo género de sacrificios? porque tú jamás has subido.

HERMÓTIMO.—Pero creo cuanto me dice mi maestro: él lo sabe todo, como antiguo habitante de esa cumbre.

LICINO.—¿Y qué dice, por todos los dioses, de lo que allí pasa? ¿Cuál es la felicidad de que allá se disfruta? ¿Riquezas, gloria, ó inefables placeres?

HERMÓTIMO.—¡Bravo, amigo mio! Eso no es nada para una vida dirigida á la virtud.

LICINO.—¿Pues qué bienes son, si no son éstos, los prometidos al que llega hasta el fin del ejercicio?

HERMÓTIMO.—La sabiduría, el valor, lo bello, lo justo y el conocimiento seguro de cada cosa. Las riquezas, la gloria, los placeres y cuanto se refiere al cuerpo, todo lo deja abajo, para subir desnudo, como Hércules al abrasarse en el Eta para trocarse en dios. Así como este héroe, despojado de cuanto tenía de humano por parte de su madre, y depurada y limpia su divinidad por el fuego que la separó de la mortal levadura, voló á la morada de los dioses, así todos aquellos á quienes la Filosofía, como fuego divino, libra de cuanto parece digno de admiración á ex-

traviados criterios, se elevan hacia la cumbre y logran la felicidad, sin acordarse siquiera de las riquezas, de la gloria y de los placeres, y riéndose de los que creen en la existencia de estas cosas.

8. LICINO.—¡Magnífica, por Hércules Eteo, magnífica idea nos das del valor y de la beatitud de esos hombres! Pero dime, ¿descienden, si quieren, de la altura para disfrutar de lo que abandonan abajo, ó, una vez en ella, les es preciso vivir con la Virtud, riéndose de la riqueza, de la gloria y de los goces?

HERMÓTIMO.—No sólo eso, Licino. El hombre que ha subido al último grado de virtud, no es ya esclavo de la ira, del miedo y de los apetitos, ni sufre tristeza ó cualquiera otra pasión.

LICINO.—Sin embargo, á decir francamente la verdad..... Pero más vale, á mi juicio, hablar bien, no sea una especie de profanación el investigar las acciones de los sabios.

HERMÓTIMO.—De ningún modo. Dílo, sea lo que sea.

LICINO.—Observa, amigo mío, cuánto me cuesta.....

HERMÓTIMO.—Habla con libertad. Soy el único que te escucha.

9. LICINO.—Escuchaba, Hermótimo, tus palabras; creía que esos hombres se hacen esforzados, justos, etcétera, y me regocijaba tu conversación; pero cuando has dicho que desprecian la riqueza, la gloria y los placeres, y que están exentos de ira y de dolor, entonces he dudado..... ¿estamos solos de veras?..... al recordar lo que poco antes había visto hacer á..... ¿quieres que te lo diga, ó basta lo dicho sin el nombre?

HERMÓTIMO.—No vaciles. Nómbralo.

LICINO.—A tu propio maestro, hombre, por otra parte, digno de respeto, y anciano de avanzada edad.

HERMÓTIMO.—Pues ¿qué hacía?

LICINO.—¿Conoces á aquel forastero de Heraclea

que asiste desde hace mucho tiempo á sus lecciones de Filosofía, un rubio muy disputador?

HERMÓTIMO.—Lo conozco: se llama Dión.

LICINO.—El mismo. Por no haberle pagado á tiempo los honorarios convenidos, le echó una correa al cuello y lo arrastró ante el arconte. Gritaba el viejo é iba tan furioso, que sin la intervención de algunos amigos del joven, le arranca la nariz tu maestro. Tan frenético estaba.

10. HERMÓTIMO.—Porque ese Dión es siempre malo é ingrato, y no paga á sus acreedores. El maestro no ha hecho nunca eso con otros muchos discípulos, á quienes presta dinero porque le pagan con exactitud los intereses.

LICINO.—¿Qué haría si no se los pagasen? ¿Son esos cuidados para un hombre purificado por la Filosofía y sin necesidad de lo que abandonó al pie del Eta?

HERMÓTIMO.—¿Crees que á él, si estuviera solo, le importarían esas cosas? Pero tiene hijos pequeños, y procura no dejarlos en la miseria.

LICINO.—Debía subirlos á la mansión de la Virtud, y hacerlos participes de su dicha y de su desprecio á las riquezas.

11. HERMÓTIMO.—No tengo tiempo para hablar más, Licino. Corro á escuchar á mi maestro, no vaya á hacerse tarde.

LICINO.—Tranquilízate, amigo mío: hoy hay vacaciones. Te ahorro, pues, el resto del camino.

HERMÓTIMO.—¿Qué dices?

LICINO.—Que si se ha de creer al anuncio, hoy no verás á tu maestro. En la puerta hay colgada una tabla que dice en gruesos caractéres: «Hoy no hay clase de Filosofía.» Dicen que ayer cenó tu maestro en casa del famoso Eucrates, que celebraba el cumpleaños de su hija. Se filosofó mucho durante el ban-

qu Shore. Tu profesor discutíó acaloradamente con el peripatético Eutidemo, sobre los puntos en que disienten Aristotélicos y Estoicos. Le dolía la cabeza de de tanto gritar, y sudaba mucho, pues la disputa se prolongó, según dicen, hasta hora muy avanzada de la noche. Por otra parte, creo que para corresponder, como es natural, á las invitaciones de los comensales, bebió más de lo justo, y comió más de lo prudente en un anciano. Al volver á casa, vomitó copiosamente; y después de contar las viandas que había entregado al mozo colocado detrás de él, y de haberlas marcado cuidadosamente, se echó á dormir, mandando que no se admitiese á nadie. Esto es lo que he oído á su criado Midas, que se lo contaba á una porción de discípulos, de los cuales se retiraban muchos.

12. HERMÓTIMO. — ¿Quién salió vencedor en la disputa? ¿Mi maestro ó Eutidemo? ¿No lo ha contado Midas?

LICINO.—Dice que el combate estuvo dudoso al principio, pero que al fin fué vuestra la victoria y quedó triunfante vuestro anciano. Eutidemo se retiró cubierto de sangre, con una gran herida en la cabeza. Él, jactancioso y disputador, no quería dejarse vencer y resistía bravamente todos los argumentos, hasta que tu excelente maestro, echando mano á una copa digna de Néstor, la lanzó sobre su rival, que estaba próximo. Así fue suyo el triunfo.

HERMÓTIMO.—Bien hecho. No deben ser tratados de otra suerte los obstinados en no ceder ante quien vale más.

LICINO.—Nada más racional. ¿Por qué ese descomedido de Eutidemo se propasó á irritar á un anciano, siempre pacífico y dueño de sí, que tenía semejante copa en la mano?

13. Pero ya que tenemos vacaciones, ¿por qué no cuentas á tu amigo cómo fué tu primera vocación á la Filosofía, para que, si es posible, me ponga en camino con vosotros, principiando ahora mismo? Creo que no me excluiréis siendo un amigo.

HERMÓTIMO.—¡Ah, Licino, si quisieras! Pronto te adelantaría mucho á los demás. Todos, créeme, serían niños comparados contigo. Tanto los superaría en ciencia.

LICINO.—Por satisfecho me daría llegando dentro de veinte años á donde has llegado tú.

HERMÓTIMO.—No temas. Yo empecé á tu edad la Filosofía: cerca de los cuarenta, que son los que tendrás.

LICINO.—Cabalitos, Hermótimo. Guíame, pues, por tu camino, como es lo natural. Pero ante todo, ¿admitís objeciones cuando lo que decís no parece racional, ó no concedéis este derecho á los más jóvenes?

HERMÓTIMO.—No lo concedemos. Pero si quieres, puedes interrogarme y contradecirme: así aprenderás más fácilmente.

LICINO.—Bravo, Hermótimo, por Hermes (1), de cuyo nombre participa el tuyo.

14. Dime, pues, si el camino que conduce á la Filosofía es sólo el que seguís los Estoicos, ó si es cierto, como he oído, que hay otros muchos filósofos.

HERMÓTIMO.—Muchísimos: los Peripatéticos, los Epicúreos, los discípulos de Platón, algunos sectarios de Diógenes, los émulos de Antístenes, los de Pitágoras, y otros muchos.

(1) Aunque generalmente designamos con el nombre latino *Mercurio* la deidad llamada *Hermes* por los griegos, aquí ha sido preciso conservarlo para dar idea del juego de palabras que en el original existe.

LICINO.—Es verdad: muchos son. ¿Y sus preceptos son iguales, ó diferentes?

HERMÓTIMO.—Absolutamente diferentes.

LICINO.—Y, si no me engaño, todos se creen dueños de la verdad, aunque difieren en todos los puntos.

HERMÓTIMO.—Así es.

15. LICINO.—Responde ahora. Si al empezar la Filosofía se te franquearon muchas puertas, ¿por qué impulso de confianza preferiste la del Pórtico á las otras y te dirigiste por ella á la Virtud, como si fuese aquélla el único camino derecho y verdadero, y diesen éstas á tenebrosas sendas sin salida? ¿En qué argumentos te apoyabas entonces? Te ruego que, al contestarme, prescindas de lo que eres ahora, semisabio ó sabio completo, con criterio capaz de juzgar mejor que nosotros los del vulgo, y que te figures que eres lo que eras entonces, un novicio como yo.

HERMÓTIMO.—No comprendo lo que quieres decir, Licino.

LICINO.—Pues mi pregunta no tiene nada de capciosa. Siendo muchos los filósofos, como Platón, Aristóteles, Antístenes, y vuestros predecesores Crisipo y Zenón, y tantos otros, ¿por qué, digo, otorgando tu confianza á unos y despreciando á otros, elegiste entre todos el que elegiste, y filosofaste con arreglo á sus principios? ¿Acaso el oráculo de Apolo te mandó como á Querefón afiliarte á la escuela estoica, declarándola la mejor de todas? (1) Pues aquel dios acostumbra á designar la filosofía á que cada cual ha de consagrarse, como concedor, sin duda, de la que conviene á cada uno.

HERMÓTIMO.—No hay tal, Licino. No he consultado acerca de eso al numen.

(1) V. Platón, *Apología de Sócrates*, v.

LICINO.—¿Has creído que no merecía la pena de consultar al dios, ó has pensado que podías hacer por tí mismo la elección mejor que acudiendo al oráculo?

HERMÓTIMO.—Lo he pensado.

16. LICINO.—Siendo así, enséñame esto por de pronto: ¿cómo se conoce á primera vista cuál es la mejor y verdadera filosofía para aceptarla abandonando á las otras?

HERMÓTIMO.—Te lo diré. Vi la que tenía más discípulos, y conjeture que era la mejor.

LICINO.—¿Y cuál tenía más? ¿la Epicúrea, la Platónica ó la Peripatética? Los contarías como si fuesen votos.

HERMÓTIMO.—No los conté: conjeturé su número.

LICINO.—¿Cómo se ve que no quieres instruirme, sino engañarme! Dices que juzgaste por conjetura y por el número, para no revelarme la verdad.

HERMÓTIMO.—No por eso solo, Licino. Oía también que los Epicúreos eran muelles y voluptuosos, los Peripatéticos amantes del dinero y disputadores, los Platónicos finchados y codiciosos de gloria; en cambio, de los Estoicos decían muchos que eran fuertes y dueños de la ciencia universal. El que sigue su senda, es el único rey, el único rico, el único sabio, todo, en una palabra.

17. LICINO.—Eso te lo dirían los partidarios de otras escuelas. De otra suerte no hubieras dado crédito á alabanzas en boca propia.

HERMÓTIMO.—No, pero lo decían otros.

LICINO.—No serían, como es natural, sus adversarios.

HERMÓTIMO.—No.

LICINO.—Luego lo decía el vulgo.

HERMÓTIMO.—Justo.

LICINO.—¿Mira cómo me engañas otra vez y me

ocultas la verdad! ¿Disputas con algún Margites (1), capaz de creer que el discreto Hermótimo, entrado en los cuarenta, se fió tocante á la Filosofía y los filósofos de la opinión vulgar y conforme á ella prefirió lo mejor?

18. HERMÓTIMO.— Considera, Licino, que no sólo de otros, sino de mí propio me guié. Yo veía su medurado andar, su modesto vestir y su aspecto siempre reflexivo; la mirada varonil, la piel escrupulosamente rasurada de los más; la ausencia de molicie en su porte, sin el extremo contrario de dejadez en que los Cínicos suelen incurrir, siempre colocados en ese justo medio que, según opinión universal, es el mejor.

LICINO.—¿Y no los veías hacer lo que antes te he dicho que he visto yo hace poco á tu maestro? ¿Prestar á interés, exigir con dureza, disputar con furia en las reuniones y demás cosas que suelen darnos á entender? ¿Ó esto te importa poco, si el manto va bien plegado, la barba larga, y el cabello cortado hasta la piel? Tal será en adelante, según Hermótimo, el criterio infalible para juzgarlos: el traje, el modo de andar y la longitud del cabello caracterizarán á las personas virtuosas; quien careciere de tales prendas y de rostro pensativo y ceñudo, ha de ser rechazado como de mala ley.

19. Considera, Hermótimo, que sigues burlándote de mí, para ver si me dejo sorprender.

HERMÓTIMO.—¿Por qué dices eso?

LICINO.—Porque tu regla de juzgar por el exterior, es sólo aplicable á las estatuas, amigo mío. Las de actitud más noble y paños más elegantes, son, en efec-

(1) Se atribuye á Homero un poema contra Margites, único personaje ridículo de la *Ilíada*. Quedan del poema tres fragmentos incompletos.

to, obra de algún Fidias, Alcámenes ó Mirón (1), que las han modelado con las formas más perfectas; mas si hemos de guiarnos por tales signos, ¿cómo se valdrá el ciego que desee filosofar? ¿Cómo conocerá al que ha escogido la escuela mejor, si no puede ver su traje ni su modo de andar?

HERMÓTIMO.—Pero, yo no hablo con los ciegos ni me importa de ellos, amigo Licino.

LICINO.—En cosas tan grandes y de tanta utilidad debía, sin embargo, haber una señal común. Pero, si te agrada, quédense, puesto que no ven, fuera de la filosofía los ciegos, aunque para sobrellevar su desgracia les fuera más necesario el filosofar. Mas aun teniendo vista, y vista agudísima y perspicaz, ¿cómo es posible distinguir lo que pasa en el alma sólo por el aspecto exterior?

20. Quiero decir lo siguiente: ¿te acercaste á esos hombres por afición á su saber y en la idea de hacerte mejor?

HERMÓTIMO.—Así es.

LICINO.—¿Pues como por las señales de que hablabas pudiste distinguir los que filosofaban bien y mal? Esto no se manifiesta así como quiera: suele permanecer oculto y secreto, y sólo tarde y trabajosamente se descubre por las conversaciones, las disputas y los actos conformes con las palabras. Habrás oído, creo, la acusación que Momo hizo á Vulcano: si no la sabes, te la voy á decir. Cuenta la fábula que Minerva, Neptuno y Vulcano disputaron un día sobre quién tenía más habilidad. Neptuno hizo un toro, Minerva inventó la construcción de edificios; Vulcano formó el hombre. Presentáronse á Momo, á quien habían elegido para juez, y éste examinando

(1) Escultores célebres de la antigüedad.

las obras, dijo lo que sobraba y faltaba á cada cual. Tocante al hombre censuró á Vulcano su autor, por no haberle puesto una ventanita en el pecho para que todo el mundo pudiese ver lo que quería y pensaba, si mentía ó decía verdad. Momo, á causa de su mala vista, echaba esto de menos en los hombres, pero la tuya, más aguda que la de Linceo, penetra, según parece, al interior; el esternón es diáfano para tí, y no sólo sabes lo que piensa y quiere cada cual, sino lo que es mejor y peor.

21. HERMÓTIMO.—Te burlas, Licino. Un numen me inspiró la elección. No estoy arrepentido, y esto me basta.

LICINO.—Pero á mí no. ¿Me dejarás pues, morir confundido entre la multitud?

HERMÓTIMO.—Nada de lo que te diga ha de satisfacerte.

LICINO.—No, amigo mío. Es que no quieres decirme nada que me pueda satisfacer. Mas pues te empeñas en permanecer impenetrable, y temes, sin duda, verme filosofar á tu nivel, procuraré, por cuantos medios pueda, hallar por mí mismo la solución de esas cuestiones, y la escuela mejor. Oye, si quieres.

HERMÓTIMO.—Con mucho gusto, Licino. Sin duda vas á decir algo que importe conocer.

LICINO.—Atiende, pues, y no te rías si mis disquisiciones son como de un hombre sin instrucción. No tengo otro remedio. Tú que eres más sabio, no quieres hablar con claridad.

22. La Virtud es para mí una ciudad: sus habitantes, como diría tu maestro, llegado á ella hace poco, son felices, sabios en grado sumo, fuertes todos, prudentes, justos y, á poco, dioses: todo lo que abunda entre nosotros, robos, violencias, ambiciones, no hay quien lo intente en ella: sus moradores viven juntos

en armonía y paz. No es extraño: lo que en otras ciudades produce, á mi juicio, las sediciones y las rivalidades, y es causa de asechanzas recíprocas, ha desaparecido en ésta de raíz. No hay oro, ni placeres, ni gloria que puedan promover la discensión: hace mucho tiempo que, por innecesarias para la buena armonía de los ciudadanos, tales cosas fueron desterradas de la ciudad. Regidos por leyes justas, con igualdad, libertad y otros bienes, viven, pues, una vida tranquila y absolutamente feliz.

23. HERMÓTIMO.—¡Cómo, Licino! ¿No es justo que todos deseen alcanzar esa ciudad y no se arredren ante las dificultades del camino, ni desmayen por su mucha duración, sabiendo que en cuanto lleguen á ella han de figurar en su registro y han de obtener la ciudadanía?

LICINO.—Sí, por Júpiter, y eso ha de anteponerse á todo. Hemos de prescindir de los demás cuidados. Si la patria actual nos reclama, no hacer caso de ella; si los hijos ó los padres, el que los tenga, nos quieren detener con sus gemidos, exhortarlos primero á seguir nuestro camino y, si no quieren ó no pueden, abandonarlos é irnos derechos á la bienaventurada ciudad; si nos sujetan por el manto, dejarlo entre sus manos, y escapar. No hay miedo, en efecto, de que no te admitan porque llegues desnudo.

24. En otro tiempo oí á un anciano referir lo que pasa allá: me exhortó á seguirle; me guiaría, me inscribiría en llegando, y me colocaría en su tribu y en su patria para que disfrutase de la común felicidad; pero yo, fuese por mi ignorancia ó por mi juventud (hará de esto quince años), no me persuadí entonces; si no, estaría ya en los arrabales ó en las puertas. Decía el anciano, si bien recuerdo, entre otras muchas cosas, las siguientes: todos los habitantes son extran-

jeros venidos de fuera, ninguno nacido en la ciudad; hay muchísimos bárbaros, esclavos, deformes, pequeños y pobres; en una palabra, todo el que quiere es ciudadano; es ley allí el hacer la inscripción sin atender á la fortuna, al traje, á la estatura, á la belleza, al nacimiento, ni al abolengo ilustre, pues de ello no se cuidan, bastando á cualquiera para la obtención del derecho de ciudadano la inteligencia, el amor al bien, la afición al trabajo, la constancia y el ánimo que en las muchas dificultades del camino no ceda ni blande. Quien demuestra hallarse en posesión de estas cualidades, y recorre todo el camino que lleva á la ciudad, es al punto declarado ciudadano con iguales derechos que los otros, cualquiera que sea, por otra parte, su condición; por eso las palabras peor y mejor, noble y plebeyo, esclavo y libre, ó no existen, ó no pasan de palabras en esta ciudad.

25. HERMÓTIMO.—¿Ves, Licino, cómo no trabajo en el logro de una vana quimera al afanarme para ser ciudadano de tan hermosa y felicísima ciudad?

LICINO.—Yo también, Hermótimo, tengo ese mismo afán, y no hay cosa que más vivamente desee. Si estuviese cerca esa ciudad y manifiesta á todo el mundo, sin vacilar me hubiera dirigido á ella hace tiempo, y sería ya antiguo morador; pero como está muy lejos, según decís tú y el rápsoda Hesiodo, fuerza es averiguar el camino que á ella lleva, y elegir el guía mejor. ¿No te parece así?

HERMÓTIMO.—¿Quién puede llegar de otro modo?

LICINO.—Pero tocante á saber el camino y á ofrecerse para guías, encuentras una multitud de personas que acuden solícitas, echándoselas todos de naturales del país. Mas el camino que señalan no es el mismo, ni uno solo, sino muchos y diversos, y en nada semejantes unos á otros. Uno parece dirigirse al

Occidente, otro á Oriente; éste va al Norte, aquél derecho al Mediodía; uno cruza prados y arboledas umbrosas, y es fresco, amenísimo y nada difícil ni duro para el viandante; otro es pedregoso y áspero, y sólo brinda mucho sol, mucha sed y mucha fatiga. Dicen, sin embargo, que todos llevan á la decantada ciudad, aunque ésta es única y los caminos tienen salidas opuestas.

26. De esto nacen mis dudas. A cualquiera camino que me acerque, hallo de pie en la entrada un hombre digno de crédito que me tiende la mano, me exhorta á seguir su camino, diciendo que es el único conocedor del verdadero, pues los otros se extravían y no han llegado jamás á la ciudad, ni han querido nunca seguir á los que pudieron guiarlos. Si me acerco al vecino, oigo iguales elogios de su ruta, é iguales censuras á los otros; si paso al de al lado, me sucede lo mismo, y así sucesivamente con todos. La multitud y diversidad de caminos me causan turbación inmensa, y me llenan, como es natural, de dudas, sobre todo cuando oigo disputar á los guías y alabar cada cual el suyo. Entonces no sé ya á cuál dirigirme, ni qué guía escoger para llegar á la ciudad.

27. HERMÓTIMO.—Yo te libraré de esas dudas. Fíate de los que han andado antes el camino, y no te extraviarás.

LICINO.—¿De quiénes hablas? ¿Qué camino han seguido ó qué guía han llevado? La duda, bajo otra forma, es la misma, cuando de las cosas pasamos á las personas.

HERMÓTIMO.—¿Cómo dices eso?

LICINO.—Porque el que sigue el camino de Platón y va detrás de éste, lo elogia, como no puede menos; lo mismo el de Epicuro, otro el de otro, y tú el nuestro. ¿Quién no hace eso, Hermótimo?

HERMÓTIMO.—¿Por qué no?

LICINO.—No me has librado de la duda, porque ignoro á cuál viajero he de dar más crédito. Veo, en efecto, que todos, incluso el guía, no prueban más que un camino, y sin embargo lo ponderan y dicen que es el único que conduce á la ciudad; pero yo no sé si dicen la verdad. Concedo que haya llegado á un término y que haya visto una ciudad; pero ¿es la que debía ver? ¿Es la ciudad de la que tú y yo deseamos ser ciudadanos? ¿Debiendo ir á Corinto no ha podido llegar á Babilonia y creer que está á la vista de Corinto? Esto no se me ha demostrado todavía. Quien ve una ciudad, no ve á Corinto; porque Corinto no es la única ciudad del mundo. Lo que aumenta mi perplejidad es el saber que el camino es único, puesto que Corinto es una: todos los demás conducen á cualquiera parte menos á ella, si no deliramos hasta el extremo de suponer que el camino á los Hiperbóreos ó á las Indias puede llevarnos á Corinto.

HERMÓTIMO.—¿Cómo ha de ser eso posible? Cada camino va á sitio diferente.

28. LICINO.—Luego no es floja, buen Hermótimo, la deliberación que se necesita para la elección de guías y caminos. Aquí no sirve el proverbio «Adonde los pies vayan, allá iremos», pues si nos descuidáramos, podríamos tomar la ruta de Babilonia ó de Bactras por la de Corinto. Confiarlo todo al azar para que nos designe el mejor camino, tiene poco de discreto, y mucho menos el lanzarse sin maduro examen por cualquiera ruta. Es posible que tal suceda, y acaso en el largo transcurso del tiempo haya sucedido, en efecto. Pero en asuntos de tanta monta no debe juzgarse con temeraria ligereza, ni, como suele decirse, querer cruzar el Jonio ó el Egeo embarcando las esperanzas en un zarzo de mimbres. Sin razón acusaría-

mos á la fortuna si lanzando al acaso dardos y flechas, no diésemos en la verdad sola y única entre miles de mentiras; ni siquiera sucedió otro tanto al arquero Homérico (1) Teucro, si no me equivoco, que por herir á una paloma, cortó el hilo con la flecha. Mucho más lógico es esperar que de multitud de piezas demos á una cualquiera con el dardo, que no el herir una determinada entre todas. Si engañados por la esperanza de que el azar ha de elegir mejor que nosotros, tomamos por verdadera una vía falsa, corremos gravísimo peligro. Una vez levadas anclas y puesta al viento la vela, no es fácil retroceder y ampararse en el puerto; fuerza es ya dejarse llevar por las olas y soportar el mareo, la zozobra y la pesadez de cabeza producidos por el movimiento del navío; cuando lo que procedió era, antes de zarpar, haber subido á un lugar elevado para mirar si el viento favorecía ó no á los que querían ir á Corinto, y sobre todo, por vida mía, elegir el mejor piloto y una nave bien construída, capaz de resistir tanto oleaje.

29. HERMÓTIMO.—Eso es infinitamente mejor, amigo mio. Sin embargo, estoy seguro de que si los examinas á todos en círculo, no hallarías guías mejores, ni pilotos más prácticos que los Estoicos. Si deseas, pues, ir alguna vez á Corinto, síguelos y marcha sobre las huellas de Zenón y de Crisipo. Lo demás no es posible.

LICINO.—¿Ves cómo dices lo mismo que todos? Los que caminan con Platón y los sectarios de Epicuro y los otros dirían, como tú, que sólo con ellos podría llegar á Corinto. Por tanto, ó hemos de creer á todos, lo cual es ridículo, ó no hemos de dar crédito á nin-

(1) *Iliada*, XXIII, v. 865.

guno. Esto, hasta que hallemos la verdad, es lo positivamente seguro.

30. Porque supongamos que ignorando, como ignoro, cuál de ellos dice la verdad, elijo vuestra escuela, fiándome de ti, que eres mi amigo, pero que sólo conoces la filosofía estoica, sin haber frecuentado otro camino, y después un dios resucita á Platón, á Pitágoras, á Aristóteles y á los otros los cuales me rodean, me interrogan, y como culpable de injurias, me llevan, por vida mía, al tribunal, y dicen todos: «Oh excelente Licino, ¿por qué impulso propio ó por qué sugestión ajena das preferencia sobre nosotros, que somos mucho más antiguos, á Crisipo y Zenón, hombres de ayer, recién nacidos casi, sin habernos dirigido una palabra, ni haber hecho la menor investigación de nuestras doctrinas?» Si me hiciesen, digo, este cargo, ¿qué respondería? ¿Sería suficiente decir: «Me fié de Hermótimo, grande amigo mío? Responderían de seguro: «No sabemos lo que es ese Hermótimo, ni él sabe lo que nosotros somos. No debías, pues, habernos condenado á todos juzgándonos como en rebeldía y sin oírnos, fiado en un hombre que en filosofía sólo conoce un camino y que acaso no lo ha explorado suficientemente. Los legisladores, Licino, no mandan á los jueces obrar de modo que oigan sólo á una parte y no permitan á la otra exponer lo conducente á su defensa, sino oír por igual á ambas para averiguar más fácilmente, por la comparación de los alegatos, la verdad y la mentira. Si los jueces no proceden así, la ley concede el recurso de apelar á otros tribunales.» Esto probablemente me dirían.

31. Ó acaso alguno me interrogaría de este modo: «Dí, Licino, si un Etíope, que por no haber salido nunca de su país, no hubiese visto jamás hombres como nosotros, afirmase y sostuviese en una asam-

blea de Etiopes que en ninguna parte hay hombres blancos ó amarillos, sino en todas negros, ¿se le daría crédito? Sin duda, algún Etíope anciano le respondería:—Cómo puedes, atrevidísimo, saber eso, si jamás has salido de esta tierra, é ignoras seguramente lo que pasa en otras?» ¿No tendría razón el anciano? ¿Qué te parece, Hermótimo?

HERMÓTIMO.—Sí. El cargo me parece muy justo.

LICINO.—Y á mí también, Hermótimo. Pero no sé si te parecerá lo mismo la consecuencia. Yo la apruebo sin restricciones.

32. HERMÓTIMO.—¿Cuál es?

LICINO.—Insistirá el filósofo y me dirá poco más ó menos lo siguiente: «Supongamos de igual manera un hombre que, como tu amigo Hermótimo, conoce sólo la filosofía estoica, sin haber recorrido nunca el país de Platón, de Epicuro, ni otro alguno; si afirmase el tal que no hay nada tan bello ni tan verdadero en las otras escuelas como lo que enseña la del Pórtico y lo que ésta llama así, ¿no te parecería con razón un atrevido al hablar de todo, sin saber más que una cosa, por no haber salido jamás de su Etiopía?» ¿Qué le respondo?—«Es muy cierto que nosotros conocemos á fondo la doctrina estoica, para filosofar conforme á sus principios, pero no desconocemos la de los otros filósofos. El maestro suele hablarnos de ellos en la lección, y refuta sus errores con sus argumentos.»

33. No callarían con esto Platón, Pitágoras, Epicuro y los otros, sino que me dirían riendo: «Licino, ¿qué hace ese Hermótimo amigo tuyo? ¿Le merece crédito lo que nuestros contrarios dicen de nosotros, é imagina que nuestros principios son como, por ignorancia ó por mala fe, se los exponen? Si antes de la lucha viese á algún atleta ejercitándose en dar

patadas al aire y puñetazos á un adversario supuesto, ¿iría al punto, si fuese juez del certamen, á proclamarle invencible, ó, estimando que tales ejercicios son fáciles como juegos infantiles y sin peligro mientras no hay resistencia, suspendería la concesión del premio hasta que el atleta domine á su adversario y éste se dé por vencido? De otro modo no es posible. Así, pues, porque sus maestros nos ataquen en figura mientras estamos ausentes, no vaya á imaginarse Hermótimo que nos vencen y que nuestras doctrinas son de las que se echan por tierra fácilmente. Podría decirse lo mismo de esas casas que construyen los muchachos, que como las hacen poco firmes, las derriban prontamente; ó de los que para ejercitarse en tirar flechas, forman un manojo con pajas, lo atan á un palo y apuntan en seguida desde corta distancia, y si dan en el blanco y atraviesan el manojo, claman triunfantes, como si fuera hazaña maravillosa el haber atravesado las pajas. No hacen esto ciertamente los Persas, los Escitas y otros hábiles arqueros: por de pronto lanzan sus flechas cuando más los agitan sus caballos; después quieren que el objeto apuntado no esté fijo, como esperando la saeta, sino con la mayor movilidad posible, por lo cual prefieren asaetear bestias salvajes, y algunos hasta pájaros. Si les place probar en un blanco la fuerza de sus golpes, eligen un madero resistente ó un escudo hecho con la piel de un toro, y disparan contra él sus flechas, cerciorándose así de que son capaces de atravesar las armas. Dí, pues, Licino, á Hermótimo, de nuestra parte, que sus maestros disparan sobre manojos de paja y después se jactan de haber vencido á hombres armados, y que la emprenden á puñadas con nuestras imágenes, y en cuanto, como es natural, las derriban, se creen que nos han derribado. Sin embargo, cada

uno de nosotros pudiera aplicarle lo de Aquiles á Héctor (1):

Porque no ven la frente de mi casco.

Esto dirían todos juntos y cada uno por su parte.

34. Platón podría contarme también alguna anécdota de Sicilia, de la cual sabe muchas. Esta, pongo por caso. Á Gelón de Siracusa, dicen, le olía mal el aliento; pero no lo supo durante muchos años, porque nadie se atrevía á decírselo. Una extranjera que estuvo con él osó por fin declarárselo al tirano. Gelón al hablar á su esposa se enfadó porque no le había advertido un defecto que debía conocer como nadie, pero ella solicitó el perdón, porque como no había tratado ni hablado de cerca con otros hombres creía que todos olían lo mismo de la boca. «De la misma manera Hermótimo, que sólo ha vivido con los estoicos, me diría Platón, ignora, como es natural, cómo es la boca de los demás filósofos.» Crisipo me diría otro tanto ó más, si rechazándolo sin oírle me inclinase á Platón, fiado en la autoridad de alguno que sólo conociera la Academia. Por último, resumiéndolo todo en una palabra, digo: mientras no se ponga en claro cuál es la verdadera escuela filosófica, no debe seguirse ninguna: lo demás es injuriar á los otros.

35. HERMÓTIMO.—Por Vesta, Licino, dejemos en paz á Platón, á Aristóteles, á Epicuro y demás jefes de escuela, pues no me corresponde contender con ellos. Nosotros, tú y yo quiero decir, indaguemos por cuenta propia si la filosofía es ó no lo que yo digo. ¿Á qué traer á colación en nuestra conferencia al Etiope y á la mujer de Gelón de Siracusa?

(1) *Iliada*, XVI, v. 70.

LICINO.—Váyanse, puesto que los crees inútiles para nuestra conversación. Habla ya. Me parece que vas á decir algo notable.

HERMÓTIMO.—Creo, Licino, muy posible que uno que ha aprendido sólo las doctrinas estoicas, sepa por ellas la verdad, sin estudiar una por una las demás escuelas. Mira un ejemplo: Si uno te dice que dos y dos son cuatro, ¿tendrás necesidad de ir preguntando en derredor á cuantos entiendan de números por si algún aritmético sostiene que son siete ó son cinco? ¿No conocerías al instante que aquel hombre miente?

LICINO.—Al instante, Hermótimo,

HERMÓTIMO.—¿Pues cómo te parece imposible que quien sólo se acerca á los Estoicos pueda saber por ellos la verdad y prescindir de las escuelas restantes, estando seguro de que cuatro no pueden ser cinco, aunque io digan diez mil Pitágoras y Platones?

36. LICINO.—Eso nada tiene que ver con lo que discutimos. Confundes las verdades universalmente admitidas con aquellas en que hay disconformidad de opiniones, lo cual es muy diferente. ¿Qué dirás? ¿Has encontrado jamás alguno que sostenga que dos por dos son siete ú once?

HERMÓTIMO.—Nunca. Estaría loco quien dijese que no eran cuatro.

LICINO.—Pues bien, ¿has encontrado nunca (por las Gracias te pido contestación sincera) algún Estoico y algún Epicúreo que no estén desacordes respecto al fin y al principio.

HERMÓTIMO.—Nunca.

LICINO.—Pues cuida no me llesves al error con tus paralogismos, siendo tan buen amigo mio. Ambos buscamos á los poseedores de la verdad en Filosofía, y tú te anticipas á atribuírsela á los Estoicos, supo-

niendo que ellos son los que sostienen que dos por dos son cuatro. Pero no está claro que sea así. Los Epicúreos y los Platónicos podrían sostener en efecto, que ellos calculan de ese modo y que los que dicen siete ó cinco sois vosotros. ¿No te parece que hacéis eso cuando sostenéis que sólo lo bello es bueno, y los Epicúreos que sólo lo agradable, y que todo es corpóreo, enfrente de Platón, que afirma que existe lo incorpóreo en los seres? Tú, sin embargo, como antes he dicho, zanzas arrogantemente la cuestión, consideras indiscutible la doctrina estoica, y le atribuyes la resolución del problema, á pesar de la resistencia de los otros, que reivindicán para sí este derecho. Aquí es donde creo más necesario el fallo. Si se demuestra que los Estoicos son los únicos sostenedores de que dos por dos son cuatro, deben callar los otros; pero mientras se discuta este punto, hay que oír á todos por igual, si no queremos dar á entender que juzgamos por gracia.

37. HERMÓTIMO.—Me parece que no has entendido lo que quería decirte.

LICINO.—Habla, pues, claro, si tienes que decir algo distinto y no vas á repetir lo mismo.

HERMÓTIMO.—Vas á comprender al punto lo que digo. Supongamos dos hombres que entran en el templo de Baco ó en el de Esculapio; en seguida desaparece una copa sagrada: convendrá registrar á los dos para averiguar quién la tiene.

LICINO.—Sin duda.

HERMÓTIMO.—Porque uno de los dos la tiene.

LICINO.—¿Cómo no, si ha desaparecido?

HERMÓTIMO.—Y si se la hallas al primero, no desnudarás al otro, porque es evidente que no la tiene.

LICINO.—Es evidente.

HERMÓTIMO.—Y si no la hallamos en el regazo del

primero, el otro la tiene sin duda, y no hay necesidad de más registros.

LICINO.—No, porque la tiene.

HERMÓTIMO.—Por consiguiente, si hallamos la copa en los Estoicos, no tendremos ya necesidad de otros registros, puesto que tenemos lo que hace tiempo buscábamos, ¿ó hemos de continuar trabajando?

38. LICINO.—No, si la hallaseis, y si, una vez hallada, supieseis con seguridad que era la copa perdida, ó si la conocieseis perfectamente. Pero, amigo mío, en primer lugar no han sido sólo dos los que han entrado en el templo, de suerte que uno de ellos haya de tener precisamente el objeto robado, sino muchas personas; y en segundo lugar, no se sabe con precisión lo que se ha perdido, si una copa, un vaso ó una corona: cuantos sacerdotes hay allí, unos dicen una cosa, otros otra; ni siquiera están conformes respecto á la materia del objeto perdido: unos dicen que es de bronce, otros que es de plata, estos de oro, aquellos de estaño. Es necesario, por consiguiente, desnudar á todos los que han entrado en el templo, si se quiere hallar lo perdido; y aunque halles en seguida al primero la copa de oro, continuar desnudando á los otros.

HERMÓTIMO.—¿Por qué, Licino?

LICINO.—Porque no se sabe si es una copa el objeto perdido. Porque, aunque todos convengan en que es una copa, no todos dicen que es una copa de oro. Porque aunque todos convengan en que es una copa de oro, y tú la halles en poder del primer registrado, no debes suspender tus pesquisas, pues no es seguro que sea la copa del dios. ¿Crees que no hay muchas copas de oro?

HERMÓTIMO.—Ciertamente.

LICINO.—Será, pues, necesario ir registrando á to-

dos; depositar en medio lo que en cada cual se halle, y preguntarse luego cuál será por ventura el poseedor del objeto divino.

39. Porque lo que ha de producirnos suma incertidumbre es, que cada uno de los registrados tiene quién un vaso, quién una copa, quién una corona; y uno de bronce, otro de oro, otro de plata, y no se aclara cuál es el poseedor del objeto sagrado. Es, por consiguiente, imposible averiguar el autor del sacrilegio, pues aunque tuvieran todos objetos semejantes, no sería por eso menos difícil declarar quién había robado al numen, porque también hay copas de particulares. La causa de esta ignorancia es, á mi juicio, el no tener inscripción alguna la copa robada (supongamos que lo robado es una copa), pues si tuviese grabado el nombre del dios ó el del donante, nuestro trabajo disminuiría mucho, porque una vez hallada la copa de la inscripción, dejaríamos de registrar y de molestar á los otros. Creo, Hermótimo, que habrás presenciado muchas veces los juegos gímnicos.

HERMÓTIMO.—Crees bien: muchas veces y en muchos sitios.

LICINO.—¿No te has sentado alguna vez cerca de los jueces?

HERMÓTIMO.—Sí, por Júpiter: hace poco en los juegos olímpicos estuve á la izquierda de los Helanódicos (1). Evándrida, hijo de Eleo, me dió un asiento al lado de sus compatriotas, pues yo deseaba vivamente ver lo que hacían los Helanódicos.

LICINO.—Sabes, por consiguiente, cómo se sortean los que han de luchar en la palestra ó en el pancracio.

HERMÓTIMO.—Lo sé.

(1) Jueces encargados de adjudicar los premios.

LICINO.—Entonces podrás decirlo mejor que nadie habiéndolo visto de cerca.

40. HERMÓTIMO.—Antiguamente, cuando Hércules presidía estos juegos, unas hojas de laurel.....

LICINO.—Déjate de antigüedades, Hermótimo, y dinos lo que viste de cerca.

HERMÓTIMO.—En una urna de plata, consagrada al dios, echan unos pedacitos de madera, del tamaño de una haba, en los cuales va grabada una letra. En dos una A, en dos una B, en otros dos una C (1), y así sucesivamente dos á dos según el número de atletas, de modo que siempre haya dos pedacitos con la misma letra. Acércase cada luchador, invoca á Júpiter, mete la mano en la urna y saca una de las suertes: otro hace lo mismo, mientras un mastigóforo (2), en pie al lado de cada atleta, le sujeta la mano y no le permite ver la letra que ha sacado. Cuando todos tienen la suya el Alitarca (3), creo, ó uno de los Helanódicos (no recuerdo bien esto), va mirando las letras de los atletas, colocados en círculo, y designa al que tiene una A para combatir en el pancraccio ó en la palestra con el que tiene la otra; al que tiene una B con el que tiene otra B, y así sucesivamente los de las demás letras. Esto se hace cuando los combatientes son número par, como ocho, cuatro ó doce; si son nones, cinco, siete, nueve, se echa en la urna una letra impar, que no tiene su correspondiente respectiva, y al que le toca se sienta, y aguarda á que combatan los otros, pues no tiene letra correspondiente á la suya. Suerte dichosa, en verdad,

(1) Ponemos C por Γ para que el orden indicado por las letras se acomode á nuestro abecedario, en el cual la *g* no es la tercera letra como la γ correspondiente del alfabeto griego.

(2) Empleado armado de un látigo, como indica su nombre.

(3) Especie de Maestro de ceremonias.

pues ha de luchar de refresco contra adversarios quebrantados.

41. LICINO.—Detente: eso es lo que hacía falta. Hay, supongamos, nueve atletas, todos han sacado su suerte y la tienen en la mano. Tú das la vuelta (quiero en vez de espectador nombrarte helanódico), y miras cada letra, pero no podrás, á mi juicio, saber á quién ha de corresponder permanecer sentado hasta que no hayas visto y emparejado todas las letras.

HERMÓTIMO.—¿Qué dices, Licino?

LICINO.—Es imposible hallar en seguida la letra correspondiente al atleta sedentario (1); aunque la encuentres, no sabes si es ó no es la que buscas, porque no se ha dicho de antemano si la K, ó la M, ó la I son las elegidas para el caso. Al contrario, si encuentras una A, buscas al que tiene la otra, y en cuanto lo hallas, formas con los dos una binca; das con una B, é inquieres, para aparearlas, quién tiene igual letra, y así sucesivamente con los otros, hasta que te quedas con el luchador que, por haberle correspondido la letra única, no tiene antagonista.

42. HERMÓTIMO.—Y si encontrases esa letra á la primera ó á la segunda vez, ¿qué harías?

LICINO.—No lo sé; pero deseo saber lo que harías tú como Helanódico. ¿Dirías al instante: «Este es el sedentario», ó examinarías toda la rueda de luchadores para ver si había una igual? Porque sin ver las suertes de todos, no puedes saber cual es la del atleta sedentario.

HERMÓTIMO.—Fácilmente lo averiguaría. Porque si entre nueve encuentro la primera ó la segunda la E, ya sé que quien la tiene es el sedentario.

LICINO.—¿Cómo, amigo mío?

(1) Se le llamaba ἑφεδρος.

HERMÓTIMO.—Así. Dos tienen la A, otros dos la B y de los cuatro restantes, dos han sacado la C y dos la D: entre ocho combatientes han agotado cuatro letras, luego la E que les sigue es la impar, y quien la sacó el sedentario.

LICINO.—¿Qué hacer? ¿Aplaudiré tu inteligencia ó me permitirás replicarte lo que me parece, sea lo que quiera?

HERMÓTIMO.—¡Habla, por Júpiter! Aunque no entiendo qué argumento racional puedas oponerme.

43. LICINO.—Tú has hablado en el supuesto de que las letras se colocan por orden alfabético, es decir, primero la A, después la B y así sin alterar la serie, hasta que el número de luchadores acabe en una de ellas. Te concedo que se haga así en los juegos olímpicos. Pero si tomamos sin sujetarnos á ningún orden cinco letras, por ejemplo la M, la S, la Z, la K y la T, y escribimos cuatro duplicadas en los ocho trocitos de madera, y en uno solo la T para designar al sedentario, ¿qué harás si hallas la primera la Z? ¿Cómo averiguarás que á quien le ha correspondido esta letra es el sedentario, si no te acercas á todos y ves que no empareja con ninguna? Evidentemente el orden alfabético no te podrá servir, como hace poco, para ninguna conjetura.

HERMÓTIMO.—Es difícil responder á tu pregunta.

44. LICINO.—Consideremos la cosa bajo otro aspecto. Supongamos que en los taquitos de madera no grabamos letras, sino otros signos ó señales, como es uso frecuente en los Egipcios, que pintan cinocéfalos, ú hombres con cabeza de león, en vez de los caracteres alfabéticos; ó mas bien dejemos por monstruosos estos signos, elijamos otros sencillos y uniformes, y grabemos con la mayor igualdad posible dos hombres en dos trocitos, dos caballos en otros dos, dos

gallos en otros dos, dos perros en otros dos y por fin un león en el noveno. Si hallas el primero el trozo donde está grabado el león, ¿cómo podrás decir que éste designa al atleta sedentario, sin examinar antes todas las demás suertes para ver si alguna otra tiene grabada una figura semejante?

HERMÓTIMO.—Nada tengo que replicar, Licino.

45. LICINO.—Lo comprendo. No hay contestación plausible. Si queremos, pues, hallar al que tiene la copa sagrada, ó al atleta sedentario, ó al mejor guía para llevarnos á aquella Corinto, es de necesidad acercarnos á todas esas gentes, interrogarlas con sumo cuidado, desnudarlas y someterlas á un examen comparativo. Aun así, apenas si averiguaremos lo cierto. Si hubiese de tener en Filosofía algún consejero fidedigno, sería sólo aquel que conociera lo que dicen todos los filósofos: los demás son inútiles y no les daría crédito, aunque ignorasen una sola escuela, porque podría ser la mejor. Si alguno nos presentase un hombre hermoso diciendo que era el más hermoso de los hombres, no le creeríamos mientras no supiéramos que había visto á todos los hombres. Aquel es bello sin duda, pero que sea el más bello de los hombres no puede saberse sin haberlos visto todos. Y nosotros no necesitamos sólo un hombre hermoso sino el más hermoso de los hombres; como no lo hallemos de esta condición, nada adelantamos. No nos basta, en efecto, hallar cualquiera hermosura, pues buscamos la hermosura suprema, que necesariamente es única.

46. HERMÓTIMO.—Cierto.

LICINO.—Pues bien; ¿puedes nombrarme alguno que tanteados todos los caminos de la Filosofía, y conocidas las doctrinas de Platón, de Aristóteles, de Crisipo, de Epicuro y de los otros, haya elegido entre

todas la senda verdadera, y sepa experimentalmente que es la única rápida y segura de la suprema dicha? Si lo hallásemos, cesarían nuestras pesquisas.

HERMÓTIMO.—No es fácil hallar un hombre así.

47. LICINO.—¿Qué haremos, pues, Hermótimo? No creo que debemos desesperar si no hallamos ahora un guía de buenas condiciones. ¿No será lo mejor y más seguro comenzar por recorrer nosotros mismos todas las escuelas é investigar cuidadosamente las doctrinas de todos?

HERMÓTIMO.—Después de la discusión, así me parece. Sin embargo, veo para ello un inconveniente en lo que decías hace poco sobre la dificultad de retroceder después de haber partido á velas desplegadas. ¿Cómo recorrer los demás caminos si, como tú dices, hay que detenerse en el primero?

LICINO.—Te lo diré. Imitaremos á Teseo. Tomaremos el hilo de alguna trágica Ariadna, y nos internaremos en cada laberinto con la seguridad de salir, rehaciendo el ovillo.

HERMÓTIMO.—¿Quién será nuestra Ariadna y de dónde sacaremos el hilo?

LICINO.—Tranquilízate, compañero. Me parece haber hallado el que nos ha de procurar la salida.

HERMÓTIMO.—¿Cuál es?

LICINO.—No es invención mía; es de un sabio (1), que ha dicho: «Sé desconfiado y sobrio.» Si no damos crédito fácil á lo que oigamos, y obrando jurídicamente dejamos que cada cual hable por turno, escaparemos sin duda de aquellos laberintos.

HERMÓTIMO.—Dices bien: haremos eso.

48. LICINO.—Sea. ¿A cuál nos dirigiremos primero? ¿Ó es indiferente el principiar por cualquiera, verbi

(1) Epicarmo, poeta cómico.

gratia, por Pitágoras, si se nos antoja? ¿En cuánto tiempo crees que podríamos aprender toda la doctrina pitagórica, incluyendo en la cuenta los cinco años de silencio? Comprendidos éstos, creo que bastarían treinta: si te parecen muchos, sean veinte.

HERMÓTIMO.—Sean veinte.

LICINO.—Pongamos otros tantos para Platón, y después ni uno menos para Aristóteles.

HERMÓTIMO.—Ni uno menos.

LICINO.—Para Crisipo no te pregunto cuántos, pues hace poco te he oído que apenas bastan cuarenta.

HERMÓTIMO.—Así es.

LICINO.—En seguida hay que señalar tiempo para Epicuro y restantes filósofos. No supondrás que ando pródigo. Sabes cuántos Estoicos, Epicúreos y Platónicos octogenarios confiesan que aun no conocen suficientemente la doctrina de su escuela para dar por terminado su aprendizaje. Además Crisipo, Aristóteles y Platón te confesarán lo mismo, y antes que ellos Sócrates, no inferior á ninguno, el cual gritaba á cuantos querían oírle que no sólo no lo sabía todo, sino que sólo sabía que no sabía nada. Volvamos á nuestro cómputo. Hemos puesto veinte años para Pitágoras, otros tantos para Platón, y así sucesivamente para los demás filósofos. ¿Qué total de años resulta, suponiendo que haya sólo diez escuelas filosóficas?

HERMÓTIMO.—Más de doscientos, Licino.

LICINO.—¿Quieres que rebajemos la cuarta parte, por si bastan ciento cincuenta años, ó lo reducimos á la mitad?

49. HERMÓTIMO.—Tú lo sabes mejor; pero veo que pocos hombres podrán recorrer todas las escuelas, aunque empiecen á estudiar desde la cuna.

LICINO.—¿Qué hemos de hacer, Hermótimo, si es así la cosa? Habremos de anular lo ya convenido, de

que es imposible elegir el guía mejor si no se ponen todos á prueba, y de que la elección sin este requisito se hace más por adivinación que por juicio sesudo? ¿No dijimos esto?

HERMÓTIMO.—Sí.

LICINO.—Tenemos, pues, absoluta necesidad de vivir mucho tiempo, si después de esa universal indagatoria hemos de elegir bien, y si después de elegir bien, hemos de filosofar, para alcanzar la felicidad filosofando. Antes de hacer esto, andaremos, como suele decirse, danzando en la obscuridad, chocando con todo lo que topemos, y creyendo que cuanto cae en nuestras manos es la cosa buscada, pues no conocemos cuál lo es en realidad, y aunque por acaso feliz diéramos con ella, no estaremos ciertos todavía de si lo es, puesto que hay muchas cosas semejantes todaspreciadas de que son la verdad.

50. HERMÓTIMO.—No lo sé Lucino. Tienes, á mi ver, mucha razón; aunque, hablando sinceramente, me causas profundo disgusto discurriendo y argumentando sin necesidad con tanto rigor. En hora mala, sin duda, he salido hoy de casa, pues te he encontrado, y al realizar casi mi esperanza, me has sumido en la duda demostrándome, por necesitarse para ello tantos años, la imposibilidad de descubrir la verdad.

LICINO.—Pero, amigo mío, con más razón te irritarás contra tu padre Menécates y contra tu madre, llámese como se llame, pues yo no lo sé, ó mejor aún contra nuestra propia naturaleza, por no haberte dado, como á Titón (1), una vida larguísima y multiseular, sino limitada á cien años, que es cuanto un

(1) Hijo de Laomedonte y esposo de la Aurora. Llegó á extremada vejez, y fué al fin de ella transformado en cigarra.

hombre puede vivir. Yo no he hecho más que sacar la consecuencia de vuestros principios.

51. HERMÓTIMO.—No. Siempre eres un burlón, y aborreces, no sé por qué, la Filosofía y te ríes de los filósofos.

LICINO.—Vosotros los sabios, tú y tu maestro, diréis mejor lo que es la verdad: yo sólo sé que no es grata de oír y que anda siempre disfrazada bajo el error. Este es más hermoso, y por consiguiente más grato. Aquélla, como no admite ningún fraude, habla siempre sin rebozo á los hombres, por lo cual éstos la miran con desamor. Tú mismo acabas de enfadarte porque yo, discurrendo sobre las cosas en que te ocupas, te he dicho con verdad cuán poco fácil es el logro de lo que vivamente deseamos tú y yo. Es como si amases una estatua y soñases con gozarla creyéndola un ser real, y por advertirte yo benévolamente, para que cesase tu irrealizable amor, que era un mármol ó un bronce, me creyeses de torcida intención, por no haberte dejado en el engaño entregado á tu quimérico esperar.

52. HERMÓTIMO. — ¿Dices, pues, que no debemos filosofar, sino vivir á la buena de Dios y como el vulgo nada más?

LICINO.—¿Cuándo me has oído decir semejante cosa? Yo no digo que no debemos filosofar; lo que digo es que debiendo filosofar y habiendo varios caminos con pretensiones cada cual de conducirnos á la filosofía y á la virtud, no está claro cuál es el verdadero, y por consiguiente hay que elegirlo con suma precaución. Nos ha parecido imposible primero la elección del mejor, sin experimentar antes todos los demás: luego ha resultado algo larga esta experimentación. Ahora te pregunto de nuevo: ¿Qué quieres hacer? ¿Seguirás al primero que encuentres y filoso-

farás con él, para que te mire como un hallazgo feliz?

53. HERMÓTIMO.—¿Qué te he de responder? Dices que nadie puede juzgar por sí como no viva lo que el Fénix, y recorra uno á uno todos los sistemas por vía de experimentación, y no quiera dar crédito á los que antes los han experimentado, ni á la multitud de personas que testifican en su loor.

LICINO.—¿Pero dónde está esa multitud de personas que los han recorrido y experimentado todos? Una sola me basta: no necesito más. Pero si hablas de una multitud que no los conoce, no me pueden inspirar confianza, bien ignoren todas las escuelas, bien, sabiendo una sola, hablen con aplomo soberano de las demás.

HERMÓTIMO.—Tú eres el único que ha visto la verdad: todos los filósofos carecen de sentido común.

LICINO.—Me calumnias, Hermótimo, al suponer que pretendo sobreponerme á nadie, ni siquiera ponerme entre los sabios. Olvidas mi confesión, de que no sólo no conozco mejor la verdad, sino que la ignoro como todos.

54. HERMÓTIMO.—Es muy fundada, Licino, la necesidad de ir á todas las escuelas, experimentarlas y no elegir de otra manera la mejor; pero hallo ridículo el consagrar tantos años á la prueba de cada una, como si no fuese posible por un poco conocer todo lo demás. A mi me parece esto enteramente fácil y que no exige mucha detención. Dicen, en efecto, que un escultor, Fidias creo, en viendo sólo la uña de un león, juzgaba del tamaño del animal y lo reconstituía en vista de ella (1). Tú mismo, si te mostrasen una sola mano de hombre, dejando oculto lo demás, sabías, creo, que lo tapado era un hombre, aunque no vieses todo el

(1) De aquí probablemente el adagio *ex ungue leonem*.

cuerpo. Del mismo modo es fácil aprender en pocas horas de un día los puntos capitales de cada escuela, de los que todos hablan: tocante á los sutiles que exigen largas investigaciones, no son necesarios para la elección de lo mejor y pueden ser juzgados con arreglo á los primeros.

55. LICINO.—¡Bravo, Hermótimo! ¡Con qué firmeza dices que por la parte se puede juzgar del todo! Mas yo recuerdo haber oído lo contrario: quien conoce el todo, conoce la parte; pero el que sólo conoce una parte, no conoce por eso el todo. Respóndeme, pues: ¿al ver Fidias la uña de un león, hubiera conocido que era de león si jamás hubiese visto un león entero? ¿Ó tú, viendo una mano humana, podrías decirnos que lo era, sin haber conocido ó visto hombres antes? ¿Por qué callas? ¿Ó quieres que dé por tí la contestación oportuna, ya que no se te ocurre? Tu Fidias corre peligro de irse sin hacer nada, diciéndote, sin haber podido reconstituir el león: «Eso nada tiene que ver con Baco:» ¿Qué paridad hay entre esto y aquello? Fidias y tú no podéis conocer la parte sino previo el conocimiento del todo, del hombre ó del león digo, mientras que en Filosofía, en la estoica, por ejemplo, ¿cómo por una parte podrás conocer el resto? ¿Cómo asegurarás que sus principios son hermosos, si desconoces el todo de que forman parte?

56. Respecto á ser fácil aprender en pocas horas de un día los puntos capitales de cada escuela, como los principios, el fin, las opiniones acerca de los dioses y del alma, la corporeidad de todos los seres, según unos, la incorporeidad de algunos, según otros, la felicidad suprema puesta por éstos en el placer, por aquéllos en el bien, por otros en la belleza, y otras cuestiones semejantes, no hay duda que sin esfuerzo se entienden y repiten; pero saber la escuela que dice

la verdad, mira no sea cosa de muchos días y no de parte de uno. ¿Para qué, si no, habrá escrito cada filósofo centenares y millares de libros, con intento de demostrar esas pocas verdades que te parecen tan fáciles y obvias para cualquiera? Creo, pues, que necesitarás un adivino para la elección de lo mejor, si has de evitar la tardanza consiguiente á un examen atento y minucioso de todas y cada una de las escuelas. Sería un procedimiento sumarísimo, sin ambajes ni tardanzas, el de llamar un adivino y á cada punto capital que expusiera, inmolar una víctima. El dios te evitaría infinitas molestias mostrándote los que debes elegir en el hígado de la res sacrificada.

57. Pero, si quieres, voy á indicarte un medio menos trabajoso todavía. Sin inmolar víctimas, sin ofrecer sacrificios, sin llamar á ningún sacerdote de los que sirven á altos precios, echa en una urna los nombres de todos los filósofos, escritos cada uno en una tablilla; llama á un niño que tenga padre y madre, hazle acercarse á la urna y sacar la primera tablilla que le venga á la mano, y en seguida ponte á filosofar con arreglo á los preceptos del maestro cuyo nombre ha salido, cualquiera que sea.

58. HERMÓTIMO.—Eso, Licino, son chocarrerías, indignas de tí. Dime, ¿has comprado vino alguna vez?

LICINO.—Muchas.

HERMÓTIMO.—¿Y recorrías todas las tabernas, gustando, comparando y juzgando los vinos?

LICINO.—No por cierto.

HERMÓTIMO.—Te contentarías, creo, con hacerte llevar el primero que hallases bueno y barato.

LICINO.—Efectivamente.

HERMÓTIMO.—¿Y después de haber bebido una pequeña cantidad, podrías decir cuál era el gusto de todo?

LICINO.—Podría.

HERMÓTIMO.—Pues si dijeras á los taberneros: «Como quiero comprar un cotilo (1), dadme cada uno un tonel, para que después de beberlo todo, sepa cuál de vosotros tiene mejor vino y de quién debo adquirirlo»; si les hablastes así, digo, ¿crees que no se reirían en tus barbas, y que si persistías en tu broma no te darían un buen baño de agua?

LICINO.—Lo creo y no podría quejarme.

HERMÓTIMO.—Pues lo mismo es la Filosofía. ¿Qué necesidad hay de apurar un tonel, cuando por el gusto de una pequeña parte podemos averiguar el sabor del todo?

59. LICINO.—¡Qué lagartón eres, Hermótimo, y cómo te me escurres de entre las manos! Sin embargo, vienes en mi ayuda. Queriendo escaparte, has caído en la nasa.

HERMÓTIMO.—¿Cómo?

LICINO.—Porque comparas una cosa clara y conocida de todos, como el vino, con las que en nada se le asemejan, pues son obscuras y discutidísimas. No hallo, pues, como tú, punto de comparación, entre la filosofía y el vino, como no sea el de que los filósofos adulteran y miden mal sus doctrinas, como los taberneros el vino. Examinemos ahora tus palabras. Dices que es igual todo el vino de una cuba, lo cual por vida mía, no es absurdo: añades que si se prueba una pequeña cantidad del mismo, se conoce al punto cómo sabrá todo: la consecuencia es lógica, y no le opondré nada. Pero considera lo siguiente: la filosofía y los filósofos, como tu maestro, ¿os dicen diariamente lo mismo acerca de las mismas cosas, ó varían

(1) Medida de capacidad equivalente en el sistema ático á litros 5,4, y en el Jileterio á litros 9,7.

de asuntos y opiniones? Porque está claro, que tienen muchas, amigo mío. Si dijesen lo mismo no hubieras empleado en rondar y divagar en derredor de tu maestro veinte años, como Ulises, pues con oír las cosas una vez hubiera sido suficiente.

60. HERMÓTIMO.—¿Es posible de otra manera?

LICINO.—¿Pues cómo pudiste conocerlo todo al primer sorbo, si no son siempre las mismas cosas, sino continuamente nuevas, al paso que el vino es siempre idéntico? Por tanto, compañero, mientras no te bebas toda la cuba, andarás ebrio dando traspiés por nada, pues yo creo que en el fondo mismo del tonel, bajo las heces, ha ocultado un dios lo que hay de bueno en filosofía. Habrá, pues, que agotarlo completamente, si has de hallar ese néctar de que me pareces sediento hace tiempo. Tú, sin embargo, lo crees tal, que sólo con gustarlo y beber de él cuatro gotas, adquirirías al punto la ciencia universal, como la Sibila délfica, la cual, apenas bebe de la fuente sagrada, se llena, según dicen, del espíritu del dios y responde á quienes se le acercan. Pero, al parecer, en esto no es igual: tú mismo, después de bebida más de media cuba, confiesas que estás todavía al principio.

61. Observa que la Filosofía se asemeja más á lo que voy á decirte. Conservemos el tendero y la cuba, pero no echemos en ella vino, sino toda clase de semillas: trigo arriba, después habas, luego cebada, debajo lentejas, en seguida garbanzos y otros granos. Te acercas, supongamos, á comprar de estas semillas, y el tendero, sacando trigo del sitio en que está te pone para muestra un puñado en la mano: ¿podrás viéndolo decir si los garbanzos son limpios, cochías las lentejas y llenas las habas?

HERMÓTIMO.—De ningún modo.

LICINO.—Luego no podrás por la primera cosa que te diga cualquiera, conocer lo que es toda la Filosofía: en ella no es posible como en el vino al cual la comparas, pedir que el total sea como una muestra: existe entre ambas cosas una diferencia digna de no superficial examen. Porque de comprar mal vino se pierden dos óbolos, pero el perderse en la vil multitud es, como al principio decías, no leve desdicha. Además, quien quisiera beberse una cuba para comprar después un cotilo, perjudicaría al tabernero si satisficiera su absurdo capricho; pero la Filosofía, por el contrario, no está expuesta á semejante perjuicio: cuanto más bebas, menos mengua la cuba y menos pierde el tabernero: si mucho cavas, como dice el adagio, más honda el agua: es el reverso del tonel de las Danaides, que dejaba escapar todo lo que se le echaba, pero en el de la Filosofía, cuanto más se le quita más le queda.

62. Voy á hacer otra comparación sobre la manera de probar la Filosofía: no me llames maldiciente, si te digo que la hallo semejante á un veneno peligroso, como la cicuta, el acónito ú otro parecido. Estos, aunque mortíferos, no matan cuando se toman en pequeñísima cantidad, como la que puede arrancarse con la punta de una uña; y si no se toma la dosis necesaria y en debida forma, no se pierde la vida. Tú, en cambio, dices que basta una partícula insignificante para conseguir cabal conocimiento de todo.

63. HERMÓTIMO.—Sea como quieras, Licino. ¡Pero cómo! ¿hay que vivir cien años y sufrir tantas fatigas? ¿No se puede filosofar de otro modo?

LICINO.—No, Hermótimo, y eso nada tiene de espantoso, si es verdad, como decías al principio, que «la vida es breve y el arte largo». No comprendo á

qué viene ahora el irritarte porque en un solo día, antes de ponerse el sol, no te conviertes en un Platón un Crisipo ó un Pitágoras.

HERMÓTIMO.—Me envuelves, Licino; me acorralas, sin haberte hecho la menor ofensa; sólo, sin duda, envidioso de que yo haya adelantado algo en la ciencia, mientras que á tu edad has descuidado el estudio.

LICINO.—¿Sabes lo que debes hacer? Considerarme como un demente, no prestarme atención y dejarme que delire, continuar tú el camino emprendido y terminarlo conforme á lo que te pareció bien al principio.

HERMÓTIMO.—Pero tú, hombre violento, no me dejas elegir sin haber experimentado antes todos.

LICINO.—Bien sabes que nunca he de decir otra cosa. Pero al llamarme violento me parece, como dice el poeta, que acusas á un inocente. Espero, pues, con ayuda de otro raciocinio, librarme de la acusación de violencia. He aquí otra razón más fuerte que las primeras; pero tú seguirás acusándome sin oírla.

HERMÓTIMO.—¿Cuál? Me admiraré si no lo has dicho todo.

64. LICINO.—Te dice esta razón que no basta haber recorrido y examinado todas las escuelas para hallarse en condiciones de elegir la mejor, pues falta lo más importante todavía.

HERMÓTIMO.—¿Qué?

LICINO.—Cierta método crítico é investigador, un ingenio agudo y una inteligencia cultivada é imparcial, adecuados para juzgar de tan importantes asuntos: de otra suerte, nuestra universal inspección sería inútil. Ha de darse para esto, dice la razón, mucho tiempo, y sacar á plaza todos los asuntos, y hacer la

elección con mucho pulso, dudas y consideraciones, sin atender á la edad, al exterior ó la fama de sabiduría de los oradores, como los jueces del Areópago que juzgan de noche y á obscuras, sin ver á los que hablan, atentos sólo á sus razones. Entonces por fin podrás filosofar, después de una elección segura.

HERMÓTIMO.—Después de la vida, sin duda, porque de lo que dices se desprende que no ha de bastar la existencia más larga para recorrer todas las escuelas, estudiarlas cuidadosamente una por una, juzgar lo estudiado, elegir lo juzgado, y filosofar conforme á lo elegido. Así, y no de otro modo, puede hallarse la verdad, según tú dices.

65. LICINO.—Siento tener que decirte, Hermótimo, que eso no basta todavía, pues nos hemos equivocado creyendo hallar algo sólido, cuando en realidad no hemos hallado nada. Los pescadores, después de echar muchas veces las redes, si sienten un peso las sacan, esperando coger mucha pesca; pero suele ocurrir que tras grandes esfuerzos, encuentran un pedrusco ó un vaso de arcilla lleno de arena. Mira no hayamos sacado nosotros lo mismo.

HERMÓTIMO.—No comprendo adónde pretendes ir á parar con tus redes; sólo veo que tratas de pescarme con ellas.

LICINO.—Pues procura evadirte. Gracias á los dioses, sabes nadar como cualquiera. Pero aunque recorramos todas las escuelas y las experimentemos, nunca será evidente que alguna de ellas tenga lo que buscamos ó que lo ignoren igualmente todas.

HERMÓTIMO.—¿Qué dices? ¿Ninguna tiene la verdad?

LICINO.—No lo sé de cierto. ¿Crees acaso imposible que se engañen todos, y que la verdad sea cosa distinta, y que ninguno la haya hallado?

66. HERMÓTIMO.—¿Cómo puede ser eso?

LICINO.—Así. Supongamos que la verdad es el número veinte: si un hombre, por ejemplo, coge veinte habas, y con la mano cerrada pregunta á diez personas: ¿cuántas habas tengo en la mano? y los interrogados dicen siete, ó cinco, ó treinta, ó diez, ó quince, en una palabra todos número distinto, es posible que alguno diga el número verdadero, ¿no es cierto?

HERMÓTIMO.—Sí.

LICINO.—Pero tampoco es imposible que todas digan números diferentes, todos falsos, sin acertar ninguno que aquel hombre tiene veinte habas en la mano. ¿Qué dices?

HERMÓTIMO.—No es imposible.

LICINO.—Del mismo modo todos los filósofos buscan la felicidad, y sustentan distintas opiniones, diciendo que está en el placer, ó en el bien, ó en otras cosas. Es probable que la suprema felicidad se halle en una de estas cosas, pero tampoco es absurdo que pueda estar en otra. Parece, pues, que contra lo natural, sin hallar el principio, queremos correr hacia el fin. Convenía, á mi ver, asegurarse primero de que la verdad es conocida perfectamente por alguno de los filósofos, y buscar en seguida cuál es el digno de crédito.

HERMÓTIMO.—Opinas, por lo visto, que si recorriéramos una á una todas las escuelas filosóficas, aun no podríamos hallar la verdad.

LICINO.—No me lo preguntes, amigo mío; preguntáselo á la misma razón, y te responderá seguramente que eso es imposible mientras no se evidencie que hay algo de verdad en lo que los filósofos dicen.

67. HERMÓTIMO.—A tu juicio, nunca la hallaremos, ni filosofaremos por consiguiente. Deberemos vivir la vida del vulgo y desistir de la filosofía. Dedúcese, en efecto, de lo que dices, la imposibilidad de ser filósofo, pues no puede alcanzarlo hombre nacido. Exiges pri-

meramente al que va á serlo la elección de la mejor filosofía, lo cual, á tu parecer, no puede lograrse sin recorrer todas las escuelas para adoptar la más cierta. Calculas en seguida los años precisos para cada una, y te pasas del límite, prolongando tus disquisiciones á otras generaciones, de suerte que la verdad no llega hasta después de nuestra vida. Y, en fin, declaras que la verdad misma no está libre de duda, por cuanto aseguras que no está demostrado que la hayan hallado los filósofos.

LICINO.—¿Jurarías tú que la han hallado?

HERMÓTIMO.—No juraría.

LICINO.—Sin embargo, ¡cuántas cosas me he callado de intento, bien necesitadas por cierto de detenido examen!

68. HERMÓTIMO.—¿Cuáles?

LICINO.—¿No oyes á los que se llaman Estoicos, Epicúreos ó Platónicos decir unos que conocen todos los puntos de su doctrina, y otros que no los conocen todos, siendo todas personas fidedignas?

HERMÓTIMO.—Es verdad.

LICINO.—Pues bien; ¿no te parece muy difícil distinguir los que saben de los que no saben, pero preciados de sabios?

HERMÓTIMO.—Muy difícil.

LICINO.—Convendrá, pues, si quieres conocer al mejor de los Estoicos, que te acerques, si no á todos, á la mayor parte de ellos, los sondees y elijas para tu director al más experto, ejercitándote antes en juzgarlos, para no elegir incautamente el menos diestro. Considera cuánto tiempo no necesitarás para esta pesquisa, que he callado adrede porque no te enfades, aunque el tiempo, necesario para todo, lo es muchísimo más, á mi juicio, en cosas como éstas, dudosas y obscurísimas de suyo. La única esperanza fiel y se-

gura de hallar la verdad es ésta: no hay otro medio de conocer y de separar lo verdadero de lo falso, y de discernirlos, como los ensayadores en metales, que saben distinguir las piezas falsas de las legítimas. Si adquieres este arte y esta habilidad, podrás proceder á tu examen; si no, ten entendido que, sin obstáculo te llevará de la nariz todo el que quiera, que irás como un borrego detrás de la rama que te pongan delante, que parecerás más bien agua vertida en una mesa, fácil de llevar á todos lados con el dedo, ó caña, en fin, nacida á la orilla de un río, doblándote, por levísimo que sea, al soplo de todos los vientos.

69. Si encontrases un maestro que conociese el arte de aclarar y decidir las cuestiones dudosas y te lo enseñase, cesarían tus trabajos. Lo mejor se te revelaría al instante, y la verdad aparecería mediante su método demostrativo: la mentira quedaría al descubierto, y tú, eligiendo con seguridad, formas tu juicio, filosofas y logras la codiciada felicidad, en posesión de todos los bienes reunidos.

HERMÓTIMO.—Bien, Licino. Lo que acabas de decir es mucho mejor y me inspira no pequeña esperanza. Hay que buscar ese hombre que nos instruya en el arte de discurrir, de juzgar y, lo que es más, de demostrar. Lo que á esto siga será ya fácil, expedito y hacedero. Te agradezco mucho que me hayas indicado este camino corto y excelente.

LICINO.—No me debes gracias: nada he hallado ni indicado que haga adelantar tus esperanzas; al contrario, ahora estamos más lejos que antes, y, como dice el refrán, «tras mucho trabajo, ni subo ni bajo.»

HERMÓTIMO.—¿Qué dices? Hay un no sé qué de triste y desesperado en tus palabras.

70. LICINO.—Aunque hallemos un hombre que pretenda poseer el método demostrativo y que quiera

enseñárnoslo, no hemos de darle crédito al instante, sino que buscaremos otro capaz de juzgarle y de conocer si dice la verdad ó miente; y aunque demos con éste, todavía será dudoso de si es juez en condiciones para poder apreciar las del primero; de modo que para juzgar al segundo juez necesitaremos un tercero. ¿Cómo, pues, podremos juzgar quién puede juzgar con más acierto? ¿Ves hasta dónde se extiende esto, y cómo la imposibilidad de detenerse y de comprender se prolonga indefinidamente? Observarás además que las mismas demostraciones que podríamos hallar son dudosas y sin fundamento sólido, pues la mayor parte de ellas se apoyan para forzar nuestra inteligencia en principios muy discutidos; otros unen á proposiciones evidentes, razonamientos oscuros que en nada les atañen y les llaman, sin embargo, demostraciones, como, por ejemplo, cuando se cree demostrar que hay dioses porque hay altares consagrados á ellos. Hemos, pues, yo no sé cómo, amigo mío, vueltos, como los que corren en círculo, á la misma duda y al punto de que partimos.

71. HERMÓTIMO.—¿Qué has hecho, Licino? ¿Has convertido en carbones mi tesoro! ¿Cuánto tiempo y trabajo perdidos!

LICINO.—Tu dolor será menos intenso, Hermótimo, si consideras que no eres el único desheredado del esperado bien, pues, por decirlo así, todos los filósofos combaten por la sombra de un asno. ¿Puede alguno caminar por todos los laberintos de que he hablado? Tú mismo lo has declarado imposible. Pareces ahora un hombre que llora y se lamenta de su suerte por no poder subir al cielo, ó echarse al fondo del mar en Sicilia para reaparecer en Chipre, ó ir en un día, á vuelo, de Grecia á las Indias. La causa de su dolor sería, á mi juicio, una loca esperanza, nacida de haber

visto aquello en sueños, ó de habérselo fingido en su imaginación, sin considerar si lo que apetece es realmente asequible ó cabe en la naturaleza humana. Tú también, amigo mío, soñabas maravillas: la razón te despierta, y sales sobresaltado de tu sueño, y te enfureces contra ella, sin poder casi abrir los ojos y arrancado con dificultad de tus dulces visiones. Es lo que sucede á cuantos se forjan una felicidad imaginaria. Si mientras se creen ricos desentieran tesoros, reinan y gozan de otras dichas que fácilmente nos envía el deseo, Dios munificentísimo, que jamás contradice á nadie, así quiera ser ave voladora, ó adquirir la estatura de un coloso, ó encontrar montes de oro; si mientras deliran de esta suerte, digo, se les acerca un esclavo y les pregunta algo indispensable, como, por ejemplo, con qué ha de comprar el pan, ó qué ha de responder al casero que pide el alquiler de la casa, largo tiempo esperado, se enfurecen como si esta pregunta repentina les arrebatase en realidad aquellos bienes, y falta poco para que de un mordisco arranquen la nariz al importuno.

72. No me acometas tú con igual furia, si viéndote desenterrando tesoros, volando ó revolviendo en tu imaginación proyectos imposibles é irrealizables esperanzas, no he querido, siendo amigo tuyo, dejarte consumir toda la vida en un sueño, dulce, es verdad, pero al fin sueño, y te he despertado para que te ocupes en lo necesario y pases cómodamente el resto de tu existencia pensando en las cosas ordinarias. Lo que hacías y pensabas hace poco no difería en nada de los Hipocentauras, las Quimeras y las Górgonas, y otros seres fantásticos que en uso de su libertad fingen pintores y poetas, pero que no han existido ni existirán nunca. Sin embargo, la mayor parte del pueblo cree en su existencia, y da gusto el

verlos y oírlos porque son peregrinos y monstruosos.

73. Tú mismo, al oír á algún mitógrafo que existe una mujer de sobrenatural hermosura, superior á la de Venus Urania y las Gracias, no te has cuidado de ver si dice la verdad, ni si hay tal mujer en el mundo, y te has enamorado repentinamente de ella, como Medea, que, según dicen, se prendó de Jasón viéndolo en sueños. Tu pasión y la de cuantos aman como tú á esa criatura fantástica nació, á juicio mío, en cuanto juzgasteis digno de crédito al hombre que de ella os hablaba. Todo lo demás os pareció lógica consecuencia de lo que os dijo primero. A esto sólo mirabais, y por lo mismo pudo llevaros cogidos de la nariz, una vez que le disteis este asidero, y conduciros á vuestra amada por el camino que él llamaba más corto. Lo demás le ha sido fácil, creo: ninguno de vosotros, volviendo el pensamiento á la entrada del camino, se ha parado á considerar si era el verdadero, ó si inadvertidamente habría tomado el que no debía; sino como las ovejas siguen al pastor, vais detrás de vuestros predecesores, cuando lo procedente era haber examinado la puerta por si convenía ó no el utilizarla.

74. Con una comparación entenderás mejor lo que digo. Si un atrevido poeta asegura, supongamos, que hubo un hombre con tres cabezas y seis manos, y tú lo crees sin dificultad, y no te paras á reflexionar sobre la posibilidad de lo que cuenta, podrá añadir el narrador, como consecuencia natural, que aquel hombre tenía seis ojos, seis orejas, que emitía tres voces á un tiempo, que comía á la vez por tres bocas y que tenía en las manos treinta dedos y no diez como nosotros; que si había de pelear, llevaba en tres de sus manos, en una el pelta, en otra el escudo de mimbres, en otra la rodela, y que de las tres restantes

se servía simultáneamente para dar hachazos, disparar flechas y esgrimir la espada: ¿quién se negará ya á creer estas cosas? Conviene con lo primero, acerca del cual debía haberse discutido si era admisible y real. Pero una vez admitido lo primero, lo demás es cosa corriente y difícil de negar, puesto que son consecuencias lógicamente deducidas del principio que se concedió. Lo mismo os sucede á vosotros. Arrastrados por el amor y la pasión, penetrasteis en una senda filosófica sin examinar lo que había á cada puerta, y seguís llevados por la consecuencia, no advirtiendo si ésta y el principio son falsos. Como si alguno te dice, por ejemplo, que cinco por dos son siete, y tú le crees sin hacer por tí la cuenta, añadirá con razón que cinco por cuatro son cuarenta, y todo cuanto quiera. Hecha así, sale una linda geometría. Sienta principios absurdos, exige la concesión de inconsistentes postulados, de puntos indivisibles, de líneas sin latitud y cosas por el estilo; levanta luego sobre estos corroidos cimientos un edificio que se les asemeja, y pretende demostrar la verdad partiendo de la mentira.

75. De igual manera vosotros, admitidos los principios de una escuela, admitís sus consecuencias y las tenéis como signo de verdad, aunque también sean falsas. Algunos de los vuestros mueren en medio de sus esperanzas antes de ver la verdad y de conocer á sus engañadores: otros, tarde ya y viejos, comprenden el engaño, pero no se atreven á retroceder, por no sufrir la vergüenza de confesarse entretenidos á su edad en pueriles bagatelas. Un mal entendido pundonor les retiene en su estado, y alaban lo presente, y tratan de tener muchos imitadores, para no ser los únicos engañados y recibir el consuelo que da el ver participar á gran número de personas

de nuestra mala suerte. Temen, además, si son francos, no aparecer ante el vulgo como hombres de peso, ni disfrutar de las mismas consideraciones. No confesarán, pues, por su voluntad, aunque lo saben, las perdidas ilusiones y lo poco que difieren de los otros. Acaso halles algunos bastante varoniles para confesar que han sido engañados y disuadir á los demás de empresas semejantes. Si encuentras uno así, llámale amigo de la verdad, hombre de bien, justo y hasta, si quieres, filósofo: no me opondré á que él solo tenga el honor de este nombre. Los demás, ó ignoran la verdad creyendo saberla, ó si la saben, la ocultan por temor, por vergüenza ó por vanagloria.

76. Dejemos ya, en nombre de Minerva, todo lo que hemos dicho; olvidémoslo como lo acontecido antes del arcontado de Euclides (1); supongamos que la Filosofía estoica es verdadera, y que no hay otra, y veamos, en fin, si se puede llegar á ella y conseguirla, ó si pierden lastimosamente su trabajo cuantos la codician. Conozco la felicidad estupenda prometida á los que llegaren á su cima, únicos poseedores futuros de cuanto de buen resultado existe. Lo que sigue, mejor lo sabes tú, si has encontrado algún estoico, como el de la cima, indiferente al placer y al dolor, superior á la cólera y á la envidia, despreciador de la riqueza, feliz, en una palabra, y como debe ser el ajustado á una vida regulada siempre por la virtud más pura. A cualquiera que le faltara la menor de estas cualidades, aunque tuviese todas las demás sería imperfecto, y siendo imperfecto, no puede ser feliz.

77. HERMÓTIMO.—No lo he visto tal.

LICINO.—Aplaudo tu sinceridad, Hermótimo. Pero si ves que ni tu maestro, ni el maestro de tu maestro,

(1) En tiempo de este arconte se concedió la amnistía de Trasíbulo

ni el de éste, ni nadie, aunque te remontes á la décima generación, ha sido sabio completo y por ello feliz, ¿para qué filosofas? No podrás decir que el aproximarte á la felicidad te es suficiente: ningún provecho habría en ello: lo mismo está fuera de la casa y á la intemperie el que se halla cerca de la puerta, como el que se encuentra lejos: sólo difieren, acaso, en sufrir más el que está más próximo á la inasequible ventura. ¿Y para acercarte á la felicidad (te hago esta concesión) trabajas, y te destrozas tanto? Gran parte de tu vida ha transcurrido sin que te cuides de tí mismo, encorvándote ya hacia el suelo cansancios y vigiliias, ¿y aún trabajarás, dices, lo menos veinte años, para que cumplidos los ochenta (¿quién sale fiador de que los cumplas?) seas uno de los que no son felices todavía? A no ser que pienses ser el único que alcance un bien no logrado por otros muchos y buenos y más ligeros, que á pesar de ir delante de tí no lo alcanzaron.

78. Pero lógralo, si te parece, y poséelo por completo. ¿Dónde hay, en primer lugar, un bien capaz de compensar tales fatigas, y, por otra parte, cuánto tiempo habrás de gozarlo si eres viejo, fuera de sazón para el placer y estás con un pie en la sepultura, como suele decirse? Acaso, amigo mío, te estés ejercitando para otra vida, y tu intento es, con las lecciones que aprendes en ésta, conducirte en aquélla mejor. Lo cual es como, si preparándote y acicalándote para asistir á más opípara cena, te dejases morir de hambre olvidado de comer.

79. A mi juicio, tú no has reparado, sin duda, que la virtud consiste en las obras, esto es, en los actos de justicia, de prudencia y de valor; pues vosotros (al decir vosotros me refiero á los filósofos jefes de escuela), olvidados de estas prácticas disquisiciones, os

ejercitáis en miserables juegos de palabras, en silogismos, en cuestiones llenas de perplejidades, y gastáis en esto la mejor parte de vuestra vida, estimando que quien en ello sobresale es el más insigne vencedor. Por eso, sin duda, digo, admiráis tanto á ese anciano preceptor vuestro, que envuelve en mil perplejidades á los que con él conversan y conoce al dedillo el arte de la sutileza y del sofisma y de encerrar al adversario en un callejón sin salida. Despreciando, pues, el fruto contenido en la práctica, os afanáis en derredor de la cáscara y no hacéis en vuestras discusiones otra cosa que tiraros hojas á la cabeza. ¿Hacéis todos otra cosa desde la mañana hasta la noche?

HERMÓTIMO.—Eso hacemos.

LICINO.—¿No tendrá razón quien diga que, dejando el cuerpo, cogéis la sombra, y la camisa de la serpiente en vez de la serpiente misma, ó mejor aún, que sois como un hombre que echando agua en un mortero la majase con mano de hierro creyendo hacer un trabajo muy útil y oportuno, sin advertir que el agua es agua, aunque, como suele decirse, á fuerza de machacar se deshaga los hombros?

80. Permíteme ahora que te pregunte si, exceptuada la ciencia, querrías parecerte en lo demás á tu maestro, siendo tan iracundo, tan mezquino, tan disputador y tan lujurioso como él, aunque no sea ésta la opinión del vulgo. ¿Por qué callas, Hermótimo? ¿Quieres que te refiera lo que hace poco oí decir en pro de la Filosofía á cierto anciano á cuya casa acuden muchos jóvenes á aprender la sabiduría? Reclamaba á uno de sus discípulos el pago de sus lecciones, y se irritaba porque éste había diferido la entrega de lo estipulado, que debía haberse verificado diez y seis días antes, el primero de aquel mes, según lo convenido.

81. Presente un tío del joven, hombre rústico y desconocedor de vuestros asuntos: «Cesa, hombre estupendo, dijo, de gritar que se ha cometido contigo una enorme injusticia por no haberte pagado aún el precio de tus palabras. ¿No tienes todavía lo que nos vendiste? ¿Ha disminuído algo tu ciencia? En cambio el mozo no se ha corregido en aquello para cuya enmienda te lo hemos encomendado. Ha robado la hija de mi vecino Equécrates, y la ha desflorado, y mal hubiera salido del proceso por violación, si yo no hubiera zanjado el asunto dando un talento al padre, que es un pobre. Últimamente ha abofeteado á su madre, que le sorprendió llevándose un barril debajo de la túnica, sin duda para pagar su escote. Tocante á encolerizarse, enfurecerse, desvergonzarse, atreverse y mentir, era mucho mejor el año anterior que éste. Preferiría que le enseñases á dominar estas pasiones, que no las sandeces con que sin necesitarlas maldito nos aburre todos los días cuando cenamos, como, por ejemplo: «Un cocodrilo ha arrebatado un niño y promete devolverlo si el padre le responde no sé que»; ó «es de necesidad que siendo de día, no sea de noche», y además el mozo nos pone á lo mejor cuernos, envolviéndonos en no sé qué argumento inextricable. Esto nos hace reir, y sobre todo, cuando tapándose los oídos medita para sí complexiones y relaciones y comprensiones y fantasías y cosas por el estilo. Le oímos decir que Dios no está en el cielo, sino infundido en todo, en la madera, en las piedras, en los animales y hasta en los objetos más viles. Si su madre le pregunta para qué son todas aquellas sandeces, riéndose de ella le responde: «Si aprendo con cuidado estas sandeces, nada me impedirá ser el único rico y el único rey, y que comparados á mí los demás, sean inmundicia y hato de esclavos.»

82. Cuando acabó de hablar el hombre, oye, Hermótimo, la respuesta del filósofo, bien propia de un anciano: «Si ese joven no se hubiera puesto bajo mi dirección, ¿crees que no habría cometido crímenes mayores, haciéndose, por vida mía, acreedor á que se le entregase al verdugo? La Filosofía le ha impuesto ya cierto freno, y el respeto que le tiene os lo hace más templado y aun tolerable. Le inspira, en efecto, cierto temor de mostrarse indigno del traje y del nombre de filósofo, cosas que le siguen siempre y le sirven como de pedagogos. Merezco, pues, que me pagéis, si no por su enmienda, por lo que ha dejado de hacer contenido por la Filosofía, pues las nodrizas opinan que los niños deben ser enviados de parvulitos á la escuela, donde si no pueden aprender todavía nada bueno, tampoco, mientras están allí, hacen nada malo. Creo, por otra parte, haber cumplido todos mis compromisos. Elige cualquiera de los que conocen nuestra doctrina, vente con él mañana y verás cómo interroga, cómo responde, cuántas cosas sabe y qué de libros ha leído sobre los axiomas, los silogismos, la comprensión, los deberes y otros varios asuntos. ¿Ha pegado á su madre? ¿ha robado doncellas? ¿A mí qué? No me habéis hecho su pedagogo.»

83. Así se explicaba respecto á la Filosofía aquel anciano. Dirás acaso que el filosofar para no hacer obras peores es ya muy suficiente. ¿Mas por ventura principiamos á filosofar con otro objeto, ó sólo por distinguirnos de los demás hombres? ¿Por qué no contestas á esto?

HERMÓTIMO.—¿Por qué, sino por estar á punto de llorar amargamente? La verdadera razón ha penetrado hasta el fondo de mi alma: deploro el tiempo miserablemente perdido y las sumas enormes con que además he pagado mis trabajos: como hombre que

vuelve á su juicio después de la embriaguez, veo cuáles son realmente las cosas que amaba, y los dolores por ellas soportados.

84. LICINO.—¿ Y por qué has de llorar, mi buen amigo? Mejor consejo me parece el de una fábula contada por Esopo. «Un hombre, dice, sentado á la orilla del proceloso mar, contaba sus olas, y habiéndose equivocado, se puso muy enfadado y triste, hasta que una zorra se le acercó y le dijo: «¿Á qué afligirte, buen hombre, por las olas pasadas, cuando debes empezar por éstas sin cuidarte de aquéllas?» De igual modo tú, lo mejor que puedes hacer en lo sucesivo, si así te parece, es procurar vivir como todo el mundo, dejándote de peregrinas y vanas esperanzas. No te avergüence, si eres hombre sensato, el cambiar de opinión en la vejez, y convertirte á lo que te parece más bueno.

85. No pienses, por lo demás, que cuanto he dicho es porque yo me halle predispuesto contra la Filosofía del Pórtico, ó por especial animadversión contra sus partidarios. Mis argumentos se dirigen á todos los filósofos, y lo mismo te hubiera dicho si siguieses á Platón ó á Aristóteles, y condenases sin oirlas á las escuelas restantes. Como preconizaste la Estoica, contra ella parecía enderezado mi razonamiento, aunque en realidad nada tenga de concreto.

86. HERMÓTIMO.—Tienes razón; sin dar un paso más, me voy desde aquí á mudarme de traje. No me verás ya mucho con esta barba despeinada y larguísima, ni con este modo de vivir tan severo, sino en todo suelto y libre. Acaso hasta me vista de púrpura, para que sepan todos cómo me he apartado por completo de aquellos delirios. ¡Ojalá pudiera vomitar todo lo que les he oído! No vacilaría en beber el heléboro, aunque para efecto contrario al de Crisipo, con

tal de no recordar nada de cuanto me han dicho. No pocas gracias te debo, Licino, por haberme sacado del turbio y peñascoso torrente, en el momento en que, cediendo á su violencia, me dejaba arrastrar por el ímpetu del agua, apareciéndote como un dios de tragedia. Paréceme, pues, que me sobra razón para tonsurarme el cabello como salvado de un naufragio, y para celebrar como festivo el día en que he recobrado la salud, al disiparse la obscurísima nube de mis ojos. Si en adelante y mal mi grado encuentro algún filósofo en mi camino, lo evitaré y me apartaré de él como de un perro rabioso.

XXI.

HERODOTO O AECIÓN.

1. ¡Ojalá pudiese imitar en algo á Herodoto! No en todo, digo, pues sería demasiada ambición, sino en una de sus bellas cualidades: en la gracia del estilo, por ejemplo, ó en la armonía de la frase, en la innata y familiar dulzura del jónico, en la abundancia de ideas, ó en aquel peregrino conjunto de primores que no hay quien tenga esperanza de imitar; pero en lo que hizo respecto á sus libros y para darse á conocer pronto de los Griegos, tú y yo le podemos fácilmente seguir. Navegando hacia Grecia desde su casa de Caria, se preguntaba cómo podría rápida y expeditamente lograr la celebridad para él y sus escritos. Hacer un viaje circular y recitárselos sucesivamente á los Atenienses, á los Corintios, á los Argivos y á los Lacedemonios, le parecía trabajoso, pesado y obra de mucho tiempo. No quiso, pues, dar largas al asunto, ni adquirir su reputación por fracciones pequeñas, sino procurar, á ser posible, presentarse ante todos los Griegos reunidos en un punto. Acercábanse los juegos olímpicos: Herodoto creyó aquella ocasión la deseada. Cuando vió, pues, que la reunión estaba completa y que habían llegado de todas partes los hombres más eminentes, presentóse por detrás del

templo, no como espectador, sino como aspirante á los premios, y recitó sus historias, las cuales encantaron á los oyentes hasta el punto de dar el nombre de las Musas á sus libros, que eran nueve.

2. Desde entonces Herodoto fué mucho más conocido que los mismos vencedores de Olimpia; no había quien ignorase su nombre, unos por haberlo oído en los juegos, otros por boca de los que regresaron de Olimpia: donde quiera que topaban con él, lo señalaban con el dedo. «Ése es, decían, aquel Herodoto que ha escrito en jónico las guerras médicas, y ha cantado nuestros triunfos.» Esto fué lo que recogió de sus obras. Obtuvo en una reunión pública el voto unánime de toda Grecia y vió su nombre proclamado, no por un solo heraldo, sino en cada ciudad de donde acudieron espectadores á Olimpia.

3. Considerando lo rápidamente que lleva á la fama este camino, lo siguieron después Hiplas, sofista natural del mismo país de los juegos; Pródico de Ceos, Anaxímenes de Quíos, Polo de Agrigento y otros muchos, que, pronunciando discursos en las grandes solemnidades, lograron acreditarse en breve tiempo.

4. Mas ¿para qué citarte sofistas, historiadores y logógrafos antiguos, cuando recientemente Aeción, habiendo pintado, dicen, las bodas de Alejandro y de Rojana, llevó su cuadro á Olimpia, lo presentó á los concurrentes, y obtuvo tal éxito, que uno de los jueces, encantado de la habilidad del pintor, lo escogió para yerno?

5. Pero ¿qué maravilla encerraba aquella pintura, preguntará alguno, para que el juez del certamen diese su hija á un pintor extranjero? El cuadro existe en Italia; lo he visto y puedo describíroslo. En una hermosísima cámara hay un lecho nupcial: sentada en él está Rojana, doncella bellísima, con los ojos

bajos, llena de pudor en presencia de Alejandro: en derredor juguetean algunos Amorcillos sonrientes; uno, colocado á la espalda de Rojana, la desprende el velo de la cabeza y la muestra al esposo; otro, haciendo de esclavo servicial, la desnuda un pie, como para inducirla á acostarse; otro, cogiendo á Alejandro por el manto, lo empuja con toda su fuerza hacia Rojana. El Rey mismo ofrece una corona á la doncella; á su lado, como paraninfo, aparece Hefestión, con una antorcha encendida, apoyado en un hermosísimo muchacho, que debe ser Himeneo, aunque no está escrito el nombre. En la otra parte juegan con las armas de Alejandro otros Amores: dos llevan su lanza imitando á mozos de carga, abrumados bajo el peso de una viga; otros dos, haciendo carro del escudo sobre el que va otro dándose aires de rey, lo arrastran por las asas; otro, en fin, metido en la coraza, que está en el suelo, parece acechar el momento de asustarlos cuando se le acerquen.

6. Esto juegos infantiles no son extraños al asunto, ni puestos sin designio por el pintor, pues indican los gustos guerreros de Alejandro, y cómo, á pesar de su amor á Rojana, no ha perdido el de las armas. Por otra parte, el cuadro tiene verdaderamente espíritu nupcial, puesto que dió á Aeción la hija de Proxénida, de suerte que el artista se marchó después de celebrar sus bodas, consecuencia, por decirlo así, de las de Alejandro, que en cierto modo sirvió de paraninfo al artista, siendo el precio de la pintura de bodas un matrimonio verdadero.

7. Herodoto, pues (á él vuelvo), creía la reunión de los juegos olímpicos adecuada para granjear reputación de historiador admirable á quien relatase en ella á los Griegos, como lo hizo él, las victorias conseguidas por Grecia. Tocante á mí..... pero, por el dios

de la amistad, no vayáis á creerme tan loco que ose poner mis escritos en parangón con los suyos; ¡séame propicio aquel grande hombre! Yo, digo, estoy en igual situación que Herodoto. La primera vez que he venido á Macedonia he reflexionado sobre el modo de realizar mis deseos. Quería darme á conocer á todos vosotros, y mostrar lo que soy al mayor número posible de Macedonios. El ir durante un año de ciudad en ciudad, me parecía incómodo. Pensé, pues, que debía esperar esta reunión general y presentarme en ella para recitar algún discurso, en la confianza de ver cumplidos así todos mis votos.

8. Lo principal de cada ciudad, la flor y nata de los Macedonios, estáis ya reunidos en este recinto, en nada semejante, por Júpiter, al aldeón de Pisa, con sus chozas, sus barracas y su calor sofocante, sino en una ciudad grandiosa; la concurrencia, además, no se compone de la hez del pueblo, ganosa sobre todo de ver á los atletas y oyendo á Herodoto por puro pasatiempo, sino de oradores, historiadores y distinguidísimos sofistas: por lo cual mi situación es mucho más desventajosa que la de aquél en Olimpia; porque si me comparáis á Polidamas, á Glauco ó á Milón, me tendréis por hombre temerario; pero si prescindís completamente de ellos para juzgarme simplemente por lo que soy, acaso no os parezca merecedora del azote la audacia de presentarme en tan gran estadio. Con esto me satisfaré.

XXII.

ZEUXIS O ANTIOCO.

1. Retirábame últimamente á mi casa después de haberos recitado un discurso; acercáronse muchos de mis oyentes (nada me impide referir este hecho á vosotros que sois ya amigos míos); acercáronse, digo, con urbanidad y como llenos de admiración. Acompañáronme largo trecho dando voces y deshaciéndose en aplausos que llegaron á avergonzarme, temeroso de que no fuesen merecidos. Tema principal de sus elogios y objeto de entusiasmo para todos eran la singularidad de mis trabajos y lo nuevo de mi manera de escribir. Recordaré algunas de sus exclamaciones: «¡Qué novedad! decían; ¡por Hércules, es un asombro! ¡Qué hombre tan ingenioso! ¡Nunca se ha oído nada semejante!» Esto y cosas tales decían conmovidos aún por mi lectura, ¿pues qué otro motivo pudieran tener para mentir y lisonjear á un extranjero, que por lo demás debía serles completamente indiferente?

2. Pero (lo confesaré) su alabanza me causó mucha pena; así es que cuando se retiraron y me quedé solo, me dije:—Luego el único mérito de mis escritos estriba en la originalidad y en apartarse por completo del camino trillado por otros. Aquella feliz elección de vocablos perfectamente dispuestos en la frase,

aquel ingenio agudo, aquella sutileza de imaginación, aquella gracia ática y la armonía y el arte, en fin, característicos de los escritos antiguos, no existen indudablemente en los míos. No olvidarían, si no, cualidades de tal valor para prendarse sólo de lo singular y peregrino de mis composiciones. Y yo, necio de mí, creía que cuando se levantaban á aplaudirme no era por hacer bueno el verso de Homero,

La canción nueva es grata á los oyentes (1),

y por el solo atractivo de la novedad, sino que ésta era á modo de accesorio ú ornamento, no desaprobado en cuanto contribuía á la perfección del conjunto, pero siempre pospuesto á las otras cualidades de que he hecho mención, á las cuales imaginaba enderezados principalmente los aplausos del auditorio. Por ello estaba no poco envanecido, y á dos dedos de creer que era, como me decían, único en mi clase entre los Griegos, y otras lisonjas de esta especie. Pero como dice el refrán, «el oro, señor, se ha vuelto carbón,» y poco falta para que me elogien como á embaucador charlatán.

3. A propósito de esto, voy á deciros lo que hizo un pintor. Zeuxis, el eminente artista, ó no pintaba nunca, ó sólo rara vez asuntos comunes y vulgares, como héroes, dioses y batallas; buscaba siempre la novedad, y cuando concebía alguna idea extraña y peregrina, desplegaba en su desarrollo todas sus asombrosas facultades. Entre varias obras atrevidas, pintó un hipocentauro hembra dando de mamar á dos recién nacidos gemelos. Se conserva en Atenas una

(1) *Odisea*, I, v. 354. Cf. Pindaro, *Olimpiada IX*, y Suetonio, *Noli ego semper idem capiti*.

copia de este cuadro, fiel reproducción del original: éste, con otras pinturas, fué remitido á Roma por el general Sila, y cerca de Malea, si no me equivoco, se hundió en el mar con la nave que lo conducía. Yo conozco la copia y voy á describírosla, no como inteligente en pintura, sino como se me alcance, pues la recuerdo bien por haberla visto recientemente en casa de un pintor en Atenas. La profunda admiración que me produjo me ayudará á describírosla con más viveza.

4. La centauro aparece sobre una alfombra de verdura: toda la parte hípica de su cuerpo, tendida en tierra con los pies hacia atrás; la parte superior, que es de mujer, yérguese sobre un codo; los pies delanteros no están derechos como los de un animal tendido de costado: uno, como de quien está de rodillas, se halla vuelto, escondido el casco; el otro se endereza y se apoya en el suelo, como el de los caballos cuando intentan levantarse. La centauro sostiene en sus brazos á uno de los pequeños y le da de mamar como las mujeres, presentándole un pecho; el otro, á manera de potrillo, mama debajo de la madre. En la parte superior del cuadro aparece como de centinela un centauro, marido sin duda de la que lacta á los gemelos. Se sonríe, y sólo deja ver la mitad humana de su cuerpo. En la mano derecha tiene un cachorro de león, que levanta sobre su cabeza como para divertirse con el miedo de los centaurillos.

5. Las otras bellezas del cuadro, difíciles de advertir para personas imperitas, aunque constituyen la perfección del arte, como la corrección exquisita del dibujo, la acertada combinación de los colores, el bien entendido contraste de luces y de sombras, la proporción de las partes con el todo y la armonía del con-

junto, alábenlas los hijos de los pintores (1) cuya misión es entender de estas cosas; yo me limito á aplaudir en Zeuxis el haber desplegado en un solo asunto las múltiples riquezas de su arte, dando al centauro aspecto terrible y feroz, arrogantes crines, cuerpo hirsuto, no sólo en la parte hípica, sino en la humana, anchos hombros, y rostro, aunque sonriente, enteramente salvaje, montaraz é indomesticable.

6. Así es el centauro. La hembra parece en parte una de esas bellísimas yeguas de Tesalia, no domada ni montada todavía; la parte superior de mujer es muy hermosa, excepto las orejas, que son como las de los sátiros. La mezcla y confusión de las dos naturalezas en la línea donde la de caballo se convierte en humana, se verifica suavemente, sin brusquedad alguna, y engaña á la vista, incapaz de percibir la divisoria. Los dos gemelos, á pesar de su tierna infancia, tienen algo de feroz en medio de su dulzura, y es de admirar, en mi concepto, el que fijen sus ojos infantiles en el leoncillo sin soltar la teta de su madre, y apretándose á ella fuertemente.

7. Al exponer su cuadro creía Zeuxis que los espectadores quedarían asombrados de su arte. Así fué, en efecto; los gritos de admiración fueron unánimes: ¿cómo no, en presencia de tan bellísimo trabajo? Pero todos alababan principalmente lo mismo que poco hace habéis aplaudido en mí, lo extraño de la invención, la singularidad de un asunto nunca hasta entonces tratado. Por lo cual, comprendiendo Zeuxis que sólo la novedad les ocupaba, distrayéndoles de apreciar debidamente los primores de su arte: «Ea le dijo

(1) *Los hijos de los pintores*, por los pintores mismos, expresión habitual de Luciano, observada ya por sus imitadores, sino es autentico como se supone el tratado de *Los Amores*, cuya traducción se publicara en el tomo III.

á su discípulo Mición, rolla el cuadro y llevémoslo á casa; esas gentes sólo elogian el lodo del oficio: de sí la pintura es bella y ajustada al arte, que es lo que debieran aplaudir, no se dan cuenta sin duda; lo exquisito de la ejecución desaparece para ellos ante lo peregrino del asunto.»

8. Esto hizo Zeuxis acaso con excesivo enojo. Una cosa parecida ocurrió después de una batalla con los Gálatas, á Antíoco, llamado Soter. Os la referiré si os place. Conocía el valor de sus enemigos y su extraordinario número, y tenía á la vista su compacta falange con veinticuatro hombres de fondo, situados al frente, armados de escudos y corazas de bronce; veinte mil caballos en cada ala, y ochenta carros falcados dispuestos á precipitarse, más doble cantidad de otros de dos caballos, en el centro, lo cual le hizo perder la esperanza y considerar invencible aquel ejército. Desalentábale el que el suyo, apresuradamente reunido, no guardaba proporción con la magnitud de aquella guerra, pues además de tener pocos soldados, eran casi todos peltastas (1) y psilites (2), componiéndose de infantería ligera más de la mitad de su ejército, por lo cual Antíoco pensaba ya en un pacto ó en otro medio decoroso de terminar la guerra.

9. Pero el Rodio Teódotas, valiente general y táctico peritísimo, no consintió que estando él presente se desesperase del éxito. Antíoco tenía diez y seis elefantes: Teódotas mandó esconderlos todo lo posible

(1) Soldados del ejército griego, cuyas armas eran el escudo redondo llamado *πέλτη*, chuzo y casco más ligero que el de los hoplitas ó pesadamente armados.

(2) Infantería ligera. Sus armas eran el arco y la honda. Escaramuceaban al frente ó en torno de la falange-núcleo. (V. nuestra traducción de la *Historia de Alejandro*, por Arriano, tomo LVIII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, páginas 336 y 337.)

para que no se les viese por encima del ejército, con orden de que al sonar el clarín, al principiar el ataque y venir á las manos los ejércitos, en el momento de cargar la caballería enemiga y de dividirse la falange gálata para abrir paso á sus carros, se lanzasen cuatro elefantes sobre los caballos de cada ala y los otros ocho sobre los carros armados de hoces y sobre los de dos caballos. «De este modo aterraremos, decía, los caballos del enemigo, que se precipitarán, al huir, sobre los mismos Gálatas» Así fué, en efecto.

10. Como los Gálatas y sus caballos nunca habían visto elefantes, sintieron tal terror á su aparición inesperada, que á larga distancia todavía, con sólo oír sus gritos y ver sus colmillos cuya blancura se destacaba más sobre lo negro del cuerpo, y sus trompas levantadas en actitud amenazante, retrocedieron antes de llegar á tiro de dardo y huyeron á la desbandada: los infantes se clavaron mutuamente con sus flechas: la caballería, al retroceder con toda velocidad, los pisoteó atrozmente; los carros, precipitados hacia los suyos, abrieron calles sangrientas, y como dice Homero:

Cayeron con estrépito espantoso (1).

Los caballos, una vez fuera del camino derecho, no pudiendo resistir á los elefantes, despidieron violentamente á sus conductores, arrastraron con fragor los vacíos carros (2) y cortaron y despedazaron con las hoces á cuantos amigos hallaban por el suelo, que fueron muchísimos en el terrible tumulto. Los elefantes, mientras, continuaron su avance, aplastando,

(1) *Ilíada*, xvi, v. 379.

(2) Tomado de la *Ilíada*, xi, v. 160.

lanzando al aire con sus trompas y despedazando con sus colmillos á cuantos enemigos encontraron, ganando, en fin, una victoria completa para Antíoco.

11. Parte de los Gálatas perecieron en la matanza horrible, parte quedaron vivos y fueron cautivados, menos unos pocos que lograron huir á las montañas. Todos los Macedonios que iban á las órdenes de Antíoco le rodearon entonando el peán, ofreciéndole coronas y proclamándole vencedor ilustre. Pero el rey, llorando, según cuentan, exclamó: «Avergoncémonos, soldados, de haber debido nuestra salvación á esas fieras. Si lo extraño de su aspecto no hubiera aterrado á los enemigos, ¿qué hubiera sido de nosotros?» Mandó después que sobre el trofeo sólo se grabara la figura de un elefante.

12. Tócame considerar ahora si yo no tengo como Antíoco mas que aprestos deficientes para el combate, elefantes y espantajos nuevos para los espectadores y palabras prestigiosas; pues esto me alaban todos, sin cuidarse para nada de otras cosas con que yo había contado. Asímbrense sólo de que se haya pintado un centauro hembra, porque les parece la obra peregrina y extraña: ¿saldrán vanos los demás primores de ejecución de Zeuxis? No por cierto. Vosotros, peritos en pintura, miráis con arte lo que se le refiere, siempre que las obras sean dignas del teatro donde se hayan presentado.

XXIII.

HARMONIDES.

. El flautista Harmónides (1) preguntó un día á su maestro Timoteo (2): «Dime, Timoteo, ¿cómo podré hacerme célebre en el arte? ¿Qué debo hacer para que me conozcan todos los Griegos? Mucho te debo ya: me has enseñado á tocar afinadamente la flauta, á tener buena embocadura, á sacar melodiosos sonidos, á subir y bajar ágil y oportunamente los dedos, á marchar á compás, á ir acorde con el coro y á conservar á cada modo su aire característico, al frigio el entusiasmo, al lidio el báquico furor, al dórico la majestad y al jónico la gracia. Todo esto lo he aprendido de tí; pero lo principal, lo que me indujo á ser flautista, no veo cómo me lo puedas conseguir: la gloria popular, digo, el distinguirme entre la multitud, el ser señalado con el dedo y el ver en cualquier lugar donde me presente volverse al instante todos hacia mí

(1) Vivió en tiempo de Filipo de Macedonia y de su hijo Alejandro.

(2) Hubo dos Timoteos, ambos músicos famosos: el más antiguo nació en Mileto, el año 446 antes de Jesucristo, y murió en Macedonia á la edad de noventa años. Perfeccionó la cítara, á la que añadió dos cuerdas ó cuatro, y se distinguió en la poesía lírica y dítirámica. El segundo, maestro de Harmónides, nació en Tebas de Beocia y vivió en tiempos de Alejandro Magno, del cual fué, por decirlo así, músico de cámara.

y exclamar designándome por mi nombre: «¡Ese es Harmónides! ¡el flautista mejor!» De este modo fuiste tú honrado, Timoteo, cuando recién venido de Beocia tocaste la flauta en la *Pandionida* (1) y venciste en el *Ajax Furioso* (2), cuya música había compuesto un colombrño tuyo: no hubo desde entonces quien desconociese el nombre de Timoteo el Tebano: adonde quiera que te presentas, acuden todos á tí, como á la lechuza los pájaros. Por esto quise ser flautista; por esto he trabajado tanto. Separada de la celebridad, no hubiera admitido la habilidad en el arte: renuncio, si he de vivir obscurecido, á ser un Olimpo ó un Marsias: ¿Para qué vale, dicen, la música oculta y callada? (3). Enséñame, pues, lo que he de hacer, y cómo he de usar de mi arte. Mi agradecimiento será doble por haberme enseñado la música, y sobre todo, por haberme hecho con ella famoso.

2. Respondióle Timoteo: «No es de poca monta lo que deseas, Harmónides; alabanza, fama, gloria y universal notoriedad. Para lograr tu intento pudieras presentarte en público y hacerte oír; pero el medio es largo, y además no todos te llegarían á conocer. ¿Dónde hay teatro ó circo bastante espacioso para que te oigan tocar todos los Griegos? Atiende un consejo para que puedas lograr tus votos y darte á conocer. Toca alguna vez en los teatros, pero cuídate poco de la multitud. El camino más fácil y breve para llegar á la gloria es elegir por oyentes los Griegos más distinguidos, ese corto número de personas que son

(1) Se ignora el autor de esta tragedia, cuyo asunto serían probablemente las desdichas de Progne y Filomela, hijas de Pandión, rey de Atenas.

(2) Tragedia de Sófocles.

(3) Nerón repetía de cuando en cuando este proverbio griego. (V. Suetonio, *Nerón*, xx.)

como los corifeos de la opinión, gentes de mérito incontestable, cuyo juicio tiene fuerza de ley; hazles oír tus cantos, digo, y si te los aplauden, ten por seguro que dentro de poco te conocerán todos los Griegos. Escucha la razón: si los hombres conocidos y admirados por todos saben que eres excelente flautista, ¿para qué necesitas de la multitud cuyo juicio se amolda exactamente al de los que juzgan mejor? Esta multitud se compone, en efecto, de hombres ignorantes de lo bueno, artesanos sin educación en su mayor parte, los cuales, si sus superiores aplauden á alguno, lo creen merecedor del aplauso y lo aplauden también. En los juegos públicos hay, es verdad, muchos espectadores para silbar ó aplaudir, pero sólo juzgan cinco ó siete á lo más.» Harmónides no pudo utilizar este consejo: arrebatado por su afán de gloria, sopló con tal violencia la primera vez que se presentó en público, que exhalando en la flauta su último aliento, murió en escena sin lograr la corona, siendo aquella la primera y última vez que terció en las Dionisiacas.

3. Tocante al consejo de Timoteo no me parece exclusivamente enderezado á Harmónides y á los flautistas, sino á todos los que, codiciosos de gloria, quieren mostrarse en público y captarse el favor popular. Habiendo concebido yo un proyecto semejante al de Harmónides, y buscado los medios de conseguir pronto universal notoriedad, miré, conforme al consejo de Timoteo, quién era en esta ciudad la persona más distinguida, objeto de la confianza de todos y conteniendo en sí la representación de los demás. Tú, en quien concurren, dicen, la inteligencia, fundamento de todo valer, y el criterio seguro para estas cosas, eras el que con toda justicia debieras parecerme así. Si yo, pues, te mostraba mi ciencia y tú

la aplaudías (¡ojalá así suceda!), vería cumplida mi esperanza, obteniendo todos los sufragios en uno. Luego á no estar loco ¿se puede preferir otro á tí? Porque sí en apariencia me someto á la decisión de un solo hombre, en realidad doy á conocer mis obras como en un teatro donde hay congregada extraordinaria multitud. En colectividad ó aislado, es evidente que tú sobrepujas á todos los demás. Los reyes de Lacedemonia, mientras los demás sólo emitían un voto, tenían el exclusivo derecho de emitir cada uno dos: tú reunes los de los éforos y los de los ancianos, y tratándose de bellas letras, tienes uno de incalculable valor, porque siempre llevas la piedra blanca de la salvación. Esto me inspira confianza ahora en que la temeridad del intento me impone justo temor. Aliéntame asimismo la idea de que mis obras no te son del todo extrañas, pues yo he nacido en aquella ciudad muchas veces favorecida por tí con beneficios particulares primero, después públicos, y por último extensivos á toda la nación. Por consiguiente, si acaso mientras diserto, los votos adversos superando á los propicios se inclinan á la condenación, echa tú el de Minerva, suple lo que falte, y considera como asunto de tu servicio particular el juicio á mi favor.

4. Porque no me basta haber sido admirado por la multitud, haber adquirido celebridad y haber visto aplaudidos mis discursos. Todo esto, como se dice, son sueños, vapores, sombras de palabras. La verdad va á demostrarse hoy. La inapelable decisión, el juicio definitivo é indudable de mis trabajos, será, ó que soy el más ingenioso de los eruditos, si tal es tu opinión, ó bien..... pero al empeñarme en combate de tal importancia, séame lícito emplear sólo palabras de agüero feliz: Hacedme, oh dioses, parecer digno de

estimación; confirmad los elogios que he recibido en otras partes é inspiradme confianza para presentarme en lo sucesivo ante reuniones numerosas; pues todo certamen es menos temible para el que en los grandes juegos olímpicos ha salido vencedor.

XXIV.

EL ESCITA O EL PROXENO (1).

1. No fué Anacarsis (2), el primero que, deseoso de conocer la ciencia helénica, vino de Escitia á Atenas, pues le precedió Toxaris, hombre sabio, amante de las artes bellas y aficionado á instruirse en los nobles trabajos, aunque no de casa real, ni pilóforo (3), sino Escita del común del pueblo, uno de los que en su país llaman *octápodos*, es decir, dueños de dos bueyes y un carro. Este Toxaris no volvió nunca á Escitia; murió en Atenas; y poco después de su muerte (4) fué puesto entre los héroes, ofreciéndosele sacrificios por los Atenienses, bajo la advocación de el *Médico Extranjero*; nombre que recibió al ser deificado. El origen del sobrenombre, de la apoteosis y de la creencia de que Toxaris descendía de Esculapio merece ser referido, para que sepáis que no sólo los Es-

(1) Llamábase πρόξενος, próxeno, el magistrado encargado de acoger á los extranjeros que llegaban á Atenas.

(2) El Escita Anacarsis fué hijo de Gnuro y hermano de Caduıda, rey de Escitia. Su madre fué griega. Véase su biografía en Diógenes Laercio, lib. 1.

(3) Que lleva un sombrero de fieltro, signo de dignidad entre los Escitas.

(4) No obstante lo afirmado por Luciano, se conjetura que transcurrieron más de ciento treinta años entre la muerte de Toxaris y la gran peste que diezmó á Atenas y arrebató á Pericles.

citados divinizan á los mortales y envían mensajeros á Zamolxis (1), sino que también los Atenienses en el centro mismo de Grecia, pueden deificar á los Escitas.

2. Cuando la peste grande, la mujer de Arquíteles, juez del Areópago, creyó ver á Toxaris que le mandaba decir á los Atenienses que cesaría la plaga si regaban con mucho vino las calles. Se hizo así muchas veces (pues los Atenienses no desatendieron el consejo), y la peste cesó, bien porque el olor del vino disipase los vapores nocivos, ó por otra virtud, conocida como médico por el entendido semidios que ministró el remedio. Págatele todavía el precio de la curación sacrificando sobre su tumba un caballo blanco en el lugar donde se apareció á Diméneta recomendándole el empleo del vino. Allí se encontró sepultado á Toxaris, reconociéndosele no sólo por la inscripción, aunque no estaba entera, sino por la columna fúnebre en la cual aparecía esculpido un Escita, con un arco tendido en la izquierda y un libro al parecer, en la derecha. Aun se conservan hoy más de la mitad del cuerpo, el arco completo y el libro: la parte superior de la columna y el rostro del hombre han sido casi borrados por el tiempo. Hállase á poca distancia del Dipilo (2), á la izquierda según se va á la Academia, sobre una alturita. La columna del monumento está caída, pero siempre con alguna corona; y se dice que algunas personas atacadas de fiebre se han curado allí, lo cual no es increíble, por Júpiter, tratándose de quien en otro tiempo curó á una ciudad entera.

3. Me ha hecho recordar á Toxaris la circunstan-

(1) Discípulo de Pitágoras y legislador de los Tracios y de los Escitas, que le tributaron honores divinos.

(2) Puerta del Cerámico, por donde se iba á la Academia.

cia de que aun vivía cuando Anacarsis, recién desembarcado, subió del Pireo (1), lleno de turbación como extranjero y bárbaro, ante tantas cosas desconocidas, estremeciéndose al menor ruido y no sabiendo qué hacerse: notaba en efecto que los transeuntes se reían de su atavío; no encontraba á nadie conocedor de su idioma; y se arrepentía ya de su viaje, hallándose decidido á volverse atrás en cuanto viese á Atenas y á reembarcarse, emprendiendo el camino del Bósforo, de donde no era grande la distancia á su casa en Escitia. En esto pensaba Anacarsis, cuando un verdadero genio tutelar se le apareció en el Cerámico (2), en la persona de Toxaris. Llamóle á éste la atención el traje nacional, y conoció á Anacarsis fácilmente, porque era personaje distinguido y de los más conspicuos en Escitia. En cuanto á Anacarsis, ¿cómo había de adivinar un compatriota en aquel hombre vestido á la griega, rasurada la barba, desarmado y sin ceñidor, y ya algo gárrulo como Ateniense autóctono? ¡Tanto le había cambiado el tiempo!

4. Pero Toxaris, dirigiéndole la palabra en escita: «¿No eres tú, dijo, Anacarsis hijo de Dáncetes?» (3) Anacarsis, llorando de gozo por haber encontrado uno que hablaba su idioma y sabía quién era en Esci-

(1) Puerto que Temistocles unió á Atenas con una muralla de treinta y cinco estadios (seis mil trescientos metros). Se subdividía en tres puertos distintos llamados: el *Cántaro* ó escarabajo, el *Afrodisio* y los *Cinco pórticos*.

(2) Cerámico, de κέραμος, *teja*, era un suburbio de Atenas donde recibían sepultura los soldados muertos en el campo de batalla. Los sepulcros estaban á ambos lados del camino con sendas inscripciones. Este era el Cerámico exterior. Había en el interior de la ciudad otro paraje del mismo nombre, donde vivían las mujeres públicas.

(3) Herodoto, Diógenes, Laercio y Suidas dicen que el padre de Anacarsis fué Gnuro.

tia, replicó: «¿Y tú, extranjero, de dónde me conoces?» A lo que el otro dijo: «Soy también de tu país; me llamo Toxaris, pero no soy noble, para que puedas conocerme.»—¿Cómo! dijo Anacarsis, ¿eres tú aquel Toxaris de quien yo he oído que, apasionado por Grecia, dejó en Escitia su mujer y sus hijuelos, y se vino á Atenas donde reside apreciado de todos?—El mismo soy, respondió Toxaris, si es que aun se habla de mí en Escitia.—Pues bien, siguió Anacarsis, te advierto que yo soy tu discípulo y tu celoso rival en el amoroso deseo de visitar la Grecia. El mismo objeto me ha hecho emprender el viaje y traído á tí, sufriendo trabajos sin número en los países intermedios. Si no te hubiera encontrado, estaba decidido á volver al barco antes de ponerse el sol para regresar á mi patria; ¡tan turbado me tenían la novedad y extrañeza de todo cuanto he visto! Mas por Acinaces (1) y Zamolxis, nuestros númenes, te lo pido encarecidamente, oh Toxaris: sírveme de guía; enséñame cuanto de hermoso haya en Atenas y en los restantes lugares helénicos; dame á conocer las mejores leyes, los hombres más ilustres, las costumbres, las reuniones, la vida privada, la administración pública; aquello, en fin, que á tí primero y á mí después, nos ha decidido á emprender tan largo viaje, y no me permitas volver sin haberlo examinado todo.

5. Eso de querer partirse después de haber llegado á la puerta, no es de amantes muy finos, replicó Toxaris. Pero tranquilízate, Anacarsis: ni te irás como decías, ni esta ciudad te soltará fácilmente: sus atractivos retienen dulcemente al extranjero, y te cautivarán, sin duda, hasta el punto de hacerte olvidar la mujer y los hijos, si los tienes. Tocante á ver

(1) Significa alfanje. Acinaces sería alguna deidad guerrera.

pronto todo Atenas, ó más bien toda Grecia, con cuantas bellezas contiene, voy á darte un consejo. Hay aquí un sabio (1), natural del país, pero que ha viajado mucho por Asia y por Egipto, y ha tratado con los hombres más eminentes. No es, sin embargo, rico, sino enteramente pobre; un anciano vestido, como yo, plebeyamente. Mas por su sabiduría y sus otras virtudes goza de honor grandísimo, al extremo de ser el legislador de la ciudad y de haberse avenido los ciudadanos á someterse á sus leyes. Si puedes granjearte su amistad y llegar á comprender el valor de ese hombre, hazte cuenta de que tienes toda la Grecia en él y de que sabes cuanto de bueno se contiene en ella. El mejor servicio que puedo hacerte es, en mi concepto, presentarte á ese anciano.

6. No tardemos, dijo Anacarsis; llévame inmediatamente á su casa. Pero temo que no sea fácilmente accesible y que tu recomendación no me valga.— ¡Nada de palabras de mal agüero! repuso Toxaris; se me figura que ha de agradecerme la ocasión de mostrar su benevolencia á un extranjero. Sígueme; verás su cortesía hospitalaria, su afabilidad y benevolencia. ¡Pero un dios nos lo envía! ahí se acerca meditabundo, hablando consigo mismo.» Entonces, aproximándose á Solón: «Te traigo, le dijo, un regalo de gran precio: un extranjero que necesita de tu amistad.

7. «Es un Escita de noble linaje, y, sin embargo, todo lo ha abandonado por venir á vivir aquí entre nosotros y conocer cuanto de bello hay en Grecia. Yo he creído camino más breve para que llegue á conocerlo todo y á tratar con los hombres más dis-

(1) Solón. V. su biografía en Plutarco, *Vidas Paralelas*, traducción de Ranz Romanillos, tomo XXI de la BIBLIOTECA CLÁSICA, págs. 159 y siguientes. La relación de Plutarco difiere de la de Luciano.

tinguidos, el presentártelo á tí. O yo no conozco á Solón, ó le has de prestar este servicio, le darás hospitalidad y harás de él un ciudadano griego. Tú, Anacarsis, como ha poco te decía, ya lo has visto todo habiendo visto á Solón: él es Atenas, él es toda Grecia: tú no eres ya un extranjero; todos te conocen y todos te aman. ¡Tanto vale este anciano! Pronto, si vives con él, olvidarás cuanto hayas dejado en Escitia. Lograste la recompensa de tu viaje y el objeto de tu afán: la regla de conducta de los Griegos, y el modelo de la filosofía ateniense. Serás, en fin, el más dichoso de los hombres si vives con Solón y logras su amistad.»

8. Sería largo de contar lo grato que fué á Solón el obsequio, lo que dijo, la íntima relación que hubo desde entonces entre ambos: uno, Solón, dando á conocer á su huésped todo lo bueno, procurándole la amistad de los Griegos, y no perdonando medio de hacer agradable su residencia en Grecia; otro, Anacarsis, admirando la sabiduría del anciano y no apartándose un palmo de él sin verdadero disgusto. De esta suerte, como Toxaris le había prometido, por el solo conocimiento de un hombre adquirió en breve tiempo el de todas las cosas y personas y la estimación de éstas. Los elogios de Solón no eran, en efecto, de poca autoridad; todos los adoptaban como si fuesen leyes, y amaban á los que él estimaba, y los creían, sin más, excelentes personas. Por último, Anacarsis fué el único bárbaro que después de adquirir la ciudadanía, fué admitido en los misterios, si ha de creerse el relato del historiador Teóxeno, y, á mi juicio, jamás hubiera regresado á Escitia si Solón no hubiera muerto.

9. ¿Queréis que complete ahora mi discurso para que no resulte acéfalo? Tiempo es ya, efectivamente,

de que sepáis por qué he hecho venir de Escitia á Macedonia á Anacarsis y Toxaris, que se han traído de Atenas al anciano Solón. A mí me pasa ahora lo mismo que á Anacarsis; pero, en nombre de las Gracias, no os incomodéis porque me iguale á un varón de regia estirpe: él y yo somos bárbaros; un Sirio vale (nadie sostendrá otra cosa) tanto como un Escita, pero yo no me comparo en nobleza, sino en lo demás solamente. Al entrar por primera vez en vuestra ciudad, he quedado atónito ante su extensión, su hermosura, su multitud de habitantes y su magnificencia y esplendores. Mi asombro era tan grande, que se me sobreponía, como ocurrió á aquel joven isleño (1) en la mansión de Menelao. Mi sorpresa era lógica á la vista de una ciudad tan próspera, á la cual llamó el poeta (2) florida,

Con todo bien que en las ciudades crece.

10. En tal situación reflexionaba lo que debía hacer, pues había determinado hace tiempo recitaros algunos de mis discursos. ¿A quién dirigirme si atravesaba, sin hablar, una ciudad como ésta? Indagaba, pues (no quiero ocultároslo), quiénes eran los ciudadanos más distinguidos, cuya acogida, patrocinio y recomendación me pudieran ser útiles para todos los otros; y hallé, no uno sólo y ése bárbaro, como el Toxaris de Anacarsis, sino una multitud de ciudadanos que me dijeron todos lo mismo, aunque con distintas expresiones: «Extranjero, esta ciudad tiene muchos hombres buenos é ingeniosos, en número mayor que

(1) Telémaco. V. Homero, *Odisea*, IV, v. 74 y siguientes, y la nota 8.^a á dicho libro en nuestra traducción, tomo I, pág. 339.

(2) Poeta desconocido.

en ninguna otra parte; pero hay dos sobre todo eminentísimos, superiores á los demás en dignidad y linaje y comparables en doctrina y elocuencia á los diez oradores áticos: su popularidad es grandísima, y universal el amor que se les tiene: cúmplase su voluntad en todo, pues siempre va enderezada á los comunes intereses. De su bondad, de su cortesía para con los forasteros, de su grandeza inaccesible á la envidia, del respeto inspirado por su benevolencia, de su dulzura, de su afabilidad, podrás hablar á los demás, cuando, dentro de poco, las hayas puesto á prueba.

11. »Y lo que más ha de admirarte, es que son los dos de la misma casa, padre é hijo: aquél te parecerá un Solón, un Pericles ó un Arístides; éste, con su gallardo continente y varonil hermosura, te subyugará en cuanto lo veas, y si habla, encadenará tus oídos, pues la misma Venus parece residir en su elocuente labio. El pueblo entero le escucha con la boca abierta cuando se adelanta para hablar, como dicen que sucedía en Atenas con el hijo de Clinias; con la diferencia, sin embargo, de que los Atenienses hubieron de arrepentirse de su amor á Alcibíades, mientras que nuestra ciudad no sólo ama á este joven, sino le considera y respeta como una felicidad pública de extremada utilidad para todos. Por consiguiente, si éste y su padre te otorgan su amistad, toda la ciudad es tuya: tiéndante no más la mano, y tu feliz éxito es seguro.» Esto (lo juro por Júpiter, si se permite jurar en un discurso) es lo que me han dicho todos, y yo por propia experiencia he visto que de lo que hay en realidad, apenas me decían una pequeña parte.

Lejos la silla, pues, lejos la duda,

como dijo el vate de Ceos (1); tiempo es ya de poner manos á la obra sin perdonar esfuerzo, y de hacer y decir lo necesario para que sean mis amigos. Si lo logro, el cielo se serena, la navegación se asegura, el mar sosiega sus olas, y estoy próximo al puerto.

(1) Baquílides, sobrino de Simónides de Ceos.

XXV.

COMO HA DE ESCRIBIRSE LA HISTORIA.

1. Reinando ya Lisímaco (1), los Abderitanos fueron acometidos de una extraña enfermedad, mi querido Filón (2): toda la ciudad fué invadida por fiebre intensa y sin intermisiones al principio, pero á los siete días cesaba, mediante fuerte hemorragia nasal en unos, y en otros con copiosísimo sudor. Mas la calentura perturbaba la mente de los invadidos con una ridícula manía: todos hacían aspavientos trágicos, todos declamaban yambos á grito pelado, ó cantaban para sí versos de la *Andrómeda* de Eurípides, alternando con aquel parlamento de Perseo. La ciudad estaba llena de una multitud pálida y extenuada de trágicos de una semana que iban gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Oh, Amor, de hombres y númenes tirano!

y otros apóstrofes interminables, hasta que el in-

(1) General de Alejandro, á quien se adjudicó la Tracia después de la batalla de Ipsos, el año 301 antes de Jesucristo. Abdera era una de las ciudades marítimas más importantes de aquel reino.

(2) No se tienen noticias de este amigo de Luciano.

vierno, trayendo un gran hielo, dió fin á esta locura. Causa de ella fué, á mi juicio, Arquelaos, trágico entonces famoso, que en el rigor del verano y con un calor terrible, les había representado la *Andrómeda* (1), de tal modo que muchos al salir del teatro tenían ya calentura y al levantarse cayeron en seguida en la tragedia, por haberse afianzado *Andrómeda* en la memoria de todos y andarles Perseo con Medusa revoloteando por las mientes.

2. Si, como dicen, la comparación es lícita, la manía abderitana ha vuelto á apoderarse ahora de muchos eruditos, no en el sentido de hacerles representar tragedias (el estar henchidos de yambos ajenos y de bastante mérito fuera locura tolerable), sino en el de que, desde los sucesos últimos, desde la guerra contra los bárbaros, digo, y desde el fracaso de Armenia (2) y triunfos sucesivos, no hay quien no escriba historia: todos son Tucídides, Herodotos y Jenofontes, lo cual confirma la verdad del dicho (3): «La guerra es madre de todo», como que de un golpe ha producido tantos historiadores.

3. Al verlos, amigo mío, y al oírlos, me he acordado del filósofo de Sínope. Cuando anunciaron que estaba ya cerca Filipo con su ejército, todos los Corintios, aterrados, se pusieron á trabajar: unos preparaban armas; otros traían piedras; éste reponía el muro; aquél consolidaba las almenas; cada cual, en fin, hacía lo que creía más útil. Diógenes, viendo esto, y

(1) Tragedia de Eurípides, de la cual sólo quedan escasos fragmentos.

(2) La guerra á que se refiere Luciano se verificó el año 162 después de Jesucristo, segundo del imperio de Marco Aurelio. Quedan de este suceso escasas noticias, debidas á Xifilino, compendiador de Dión Casio. El fracaso mencionado fué la derrota del ejército romano de Severiano por Otirades, general de los Partos.

(3) Se atribuye á Empédocles.

que él nada tenía que hacer, porque nadie le empleaba para nada, ciñóse el manto á la cintura, é hizo rodar desde la cumbre del Cranio (1) hasta el pie de la colina el tinajón donde vivía entónces. Preguntóle un amigo: «¿Qué haces ahí, Diógenes?» y contestó: «Hago rodar mi tinaja para, entre tantos ocupados, no ser el único ocioso.»

4. Así yo, amigo mío, para no ser el único mudo en tiempos tan gárrulos, ni comparsa teatral que con tanta boca abierta no dice esta boca es mía, he creído que también debía hacer rodar mi tinaja, aunque no para escribir historias ni relaciones de hechos. No soy tan atrevido, y nada temas de mí por esta parte. Conozco el peligro de echar á rodar por los guijarros cosas débiles y quebradizas como mi tinajuela, pues el canto más pequeño que la diese, me obligaría recogerla, hecha cascós.

Te diré mi intento, y cómo pienso tomar parte en la guerra, libre de sus riesgos, y desde sitio á donde no alcancen las flechas. Me abstendré discretamente

..... Del humo y de las olas (2),

y de los cuidados anejos á todo historiógrafo; pero haré alguna advertencia y daré algunos preceptos á los autores de historias, para coadyuvar á sus construcciones, sin que mi nombre se inscriba en el edificio, pues sólo con la punta de un dedo habré tocado la argamasa.

5. La mayor parte creen, sin embargo, que esto es cosa tan poco necesitada de advertencias, como de

(1) Gimnasio situado en una colina próxima á Corinto. Diógenes murió en él.

(2) Homero, *Odisea*, XII, v. 219.

arte el andar, ver ó comer: el escribir historia es, á su juicio, lo más fácil y asequible para todo el que pueda expresar lo que piensa. Tú, compañero, por propia experiencia sabes que la composición histórica no es de los trabajos que pueden hacerse sin dificultad y á la ligera: exige, por el contrario, como ningún otro, profunda meditación, si ha de ser cosa imperecedera, como dice Tucídides (1). Sé que he de disuadir á pocos, y que he de parecer molesto á algunos, sobre todo á los que hayan terminado su historia y la hayan dado al público. Locura sería, en efecto, si han sido aplaudidos ya por su auditorio, esperar que cambiasen ó volviesen á escribir lo una vez aprobado y archivado, como quien dice, en reales palacios. Con todo, no haré mal en dirigirme á ellos, para que si estalla alguna otra guerra de los Celtas contra los Getas ó de los Indios contra los Bactrios (pues contra nosotros nadie se atreverá estando ya todo dominado), tengan cánones á que ajustar sus escritos, y puedan componer mejor, aplicando á sus obras las reglas que les dicto, si les parecen aceptables; y si no, que las midan con el mismo rasero que ahora, pues el médico no ha de llorar porque todos los Abderitanos se obstinen en representar la *Andrómeda*.

6. Mi obra tiene dos objetos: enseña las cualidades que se han de buscar y los vicios de que se ha de huir. Trataré primeramente de lo que el historiador debe evitar y rehuir con extremo cuidado: después diré lo que ha de hacer para no apartarse de la línea recta, y seguir el verdadero camino, y cómo ha de principiar, qué orden ha de seguir, á qué medida se ha de ajustar, qué ha de callar, en qué ha de insistir, sobre qué ha de pasar con rapidez, cómo ha de ex-

(1) Libro I, 22.

presarlo todo y cómo lo ha de enlazar. Estos preceptos y otros semejantes vendrán en segundo lugar. Ahora tratemos ya de los defectos propios de un mal historiador. Porque de los vicios comunes á toda clase de estilos, en la elocución, en la composición, en los pensamientos, y de otros defectos semejantes, sería largo el tratar aquí, y extraño á mi asunto además (pues la falta de lenguaje y de composición son, como he dicho, comunes á todos los estilos).

7. Pero las faltas que se cometen en la historia echarás de ver, si te fijas, que son las mismas observadas por mí en muchas lecturas, sobre todo si atiendes á las escritas ahora. No será inoportuno citar aquí por vía de ejemplo algunas de estas obras. Examinemos en primer lugar su principal defecto. La mayor parte de estos historiadores omiten la narración de los hechos y se detienen en elogios de príncipes y generales, ensalzando á los suyos y deprimiendo sin medida á los enemigos: ignoran que no un istmo estrecho, sino un inmenso muro separa la historia del elogio; ó como dicen los músicos, hay entre ellos dos octavas de intervalo: único cuidado del escritor de elogios es alabar y agradar al encomiado, y el faltar á la verdad le importa poco, con tal de lograr su objeto; pero la historia admite la mentira más pequeña con mayor dificultad que el conducto llamado por los hijos de los médicos (1) traquearteria admite lo que en él penetra.

8. También, á juicio mío, ignoran que la poesía y los poemas tienen cánones y principios propios, distintos de los de la historia. Allí hay libertad ilimitada, y la única ley es el capricho del poeta: hállase éste lleno del espíritu divino y poseído de las Musas, y si le

(1) Por los médicos mismos, como más adelante los hijos de los pintores.

place enganchar á un carro alados corceles, ó echar á correr otro sobre el agua (1) ó rodar sobre la raspa de las espigas, nadie le censura; ni cuando su Júpiter levanta la tierra y el cielo colgados de una cadena (2), nadie teme que se rompa y que el universo se destruya con la caída; ni si se proponen alabar á Agamenón (3), se opondrá nadie á que le den la cabeza y los ojos de Júpiter, el pecho del hermano de Júpiter, Neptuno, y la cintura de Marte, y á que el hijo de Atreo y de Eope sea un compuesto de todos los dioses, porque ni Júpiter, ni Neptuno, ni Marte pueden dar aisladamente idea cabal de su belleza. Pero si la historia admitiese este linaje de adulaciones, ¿qué sería sino una poesía pedestre privada de la magnificencia del estilo, y una serie de invenciones cuya falsedad haría más visible la falta de versificación? Es, pues, grande, ó mejor dicho, grandísimo defecto el no saber separar lo que conviene á la poesía de lo propio de la historia, y el de dar á ésta los adornos de aquélla, como los encomios, las fábulas y sus peculiares exageraciones. Es como si á un atleta robustísimo, duro como un roble, se le vistiese con el traje de púrpura y demás atavíos de una cortesana, y se le refregase el rostro con aibayalde y colorete: ¿no estaría ridículo, por Hércules, y afeado por los mismos adornos?

9. No pretendo, sin embargo, proscribir absolutamente el elogio en la composición histórica; pero ha de ser oportuno, circunscrito á ciertos límites, hecho, en suma, de manera que no ofenda á los lectores de tiempos sucesivos, y ajustado, en fin, á las reglas que

(1) Homero, *Ilíada*, xx, v. 228.

(2) Id., *ibid.*, VIII, v. 5 y siguientes.

(3) Id., *ibid.*, III, v. 478.

se expondrán más tarde. Los que piensan acertar dividiendo la historia en dos partes, una agradable y otra útil, y en su consecuencia introducen en ella el elogio como cosa grata y deleitosa para los lectores, ¡qué equivocados andan! Su distinción es, en primer lugar, falsa: el único objeto, el único fin de la historia es la utilidad, que sólo de la verdad se desprende: bueno es que á la utilidad acompañe el deleite, como la hermosura al atleta: así, nada impide incluir en la descendencia de Hércules al hijo de Isídoto, el vigoroso Nicóstrato, vencedor de todos sus contendientes, aunque fuese feísimo y hubiese tenido por competidor al hermoso Alceo de Mileto, amado, segun dicen, por el mismo Nicóstrato. La historia, pues, si añade la hermosura á la utilidad, tendrá muchos apasionados; pero aunque no tenga más belleza que la propia, ó sea la de la verdad, no ha de inquietarse por la hermosura.

10. He de añadir que ni agradable siquiera es en historia lo completamente fabuloso: esto y el encomio inoportuno repugnan á los oyentes no vulgares y de la hez del pueblo, sino verdaderos jueces, y aun no sé si diga acusadores, atentos á notar el menor descuido, más perspicaces que Argos, y con ojos, como él, por todo el cuerpo, y dispuestos á ensayar en la piedra de toque toda palabra, para rechazarla si es falsa, ó si es legítima, exacta y bien acuñada, declararla corriente. Quien escribe ha de imaginar que lo hace para auditorios de esta naturaleza; de los de otra no ha de importársele aunque se deshagan á aplausos. Porque si, desdeñando á aquéllos, condimentas tu historia con elogios, fábulas y adornos postizos, tu historia se parecerá á Hércules en Lidia, al cual supongo habrás visto en alguna pintura vestido con traje impropio y sirviendo á la bella On-

fale (1), que, remedándole, tiene la clava y la piel de león del héroe, mientras éste, con túnica roja y amarilla, hila lana á sus pies y se deja golpear con la sandalia; siendo lo que más repugna á la vista el traje tan impropio del personaje y que afemina indecorosamente al varonil semidiós.

11. El vulgo aplaudirá acaso tu obra; pero esos pocos que desdeñas se reirán á placer y con toda su alma de tu composición absurda, incongruente y mal combinada. La hermosura, en efecto, consiste en dar á cada cosa lo que le es propio; y si tú das á una lo que conviene á otra, seguramente harás una obra fea. Y no digo que las lisonjas, gratas acaso á uno solo, á aquel á quien van dirigidas, molestan á los demás, principalmente si son exageradas, como las de esos adocenados escritores que, andando á caza del favor de los elogiados, no los dejan hasta que la adulación salta á la vista de todos. No saben, en efecto, adular con arte y velar la lisonja, y lanzan impetuosamente y en crudo las cosas más increíbles y estupidas.

12. Con lo cual no consiguen lo que tanto desean; porque los elogiados los aborrecen y los rechazan por aduladores; en lo que hacen bien, sobre todo si son de ánimo esforzado, como ocurrió á Aristobulo, que habiendo descrito el singular combate de Alejandro con Poro, y estando leyendo su trabajo al Macedonio, en la creencia de que le granjearían el favor del príncipe las mentiras que había forjado para aumentar su gloria, y las exageraciones con que daba á lo ocurrido más realce, el rey le arrancó el libro de las manos y lo arrojó al Hidaspes por donde entonces navegaban, diciendo: «Lo mismo debía ha-

(1) Reina de Lidia.

cer contigo, Aristobulo (1), para que aprendas á sostener por mí tales peleas y á matar con una flecha un elefante.» Natural era esta indignación en Alejandro, que no había tolerado la audacia del arquitecto (2) que le propuso tallar su estatua en el Atos, y convertir en simulacro del rey esta montaña: comprendió al punto que aquel hombre era un adulator, y no le volvió á emplear más en su servicio.

13. ¿Pueden, en efecto, tener algún atractivo estas lisonjas para quien no sea tan mentecato, que guste de unos elogios cuya falsedad salta á la vista? ¿No sería equipararse á esos hombres feos, ó más bien, á esas mujeres que recomiendan á los artistas que las pinten muy hermosas, creyendo que serán más bellas si el pintor hace florecer el carmín de su cutis y mezcla mucho blanco en su paleta? Así obran la mayor parte de nuestros historiadores, que se hacen esclavos del momento actual y de su particular interés y del provecho que piensan obtener de la historia, siendo dignos de aborrecimiento, como adutores á vista de ojos é ignorantes respecto al presente, y respecto al porvenir, y como testigos cuya exageración hace sospechosos los relatos. Si se cree, sin embargo, indispensable de todo punto el amenizar la historia..... se hará empleando aquellos adornos compatibles con la verdad usados en otros escritos, de los cuales se desentiende el vulgo de nuestros historiadores para dar cabida

(1) La historia de Aristobulo, citada por Arriano en el proemio de la de las *Expediciones de Alejandro* (V. nuestra traducción en el tomo LVIII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, pág. 5), se ha perdido, excepto algunos trozos conservados por Ateneo, Arriano, Estrabón, Menandro y Plutarco. Parece que la escribió siendo ya de edad muy avanzada.

(2) Se llamaba Dinócrates, según Vitruvio (*De Arquitectura*, pref. del libro II), y Estasicrates, según Plutarco (*Vida de Alejandro*, LXXII).

en sus obras á otros de flagrante inoportunidad.

14. Te referiré ya algunos rasgos que he oído últimamente en Jonia, y también en Acaya, á los historiadores de la guerra actual. No dudéis, por las Gracias, de la veracidad de mis palabras: juraría que eran ciertas, si en un escrito estuviese bien el jurar. Uno principió invocando á las Musas, para que escribiesen con él la obra. ¡Exordio oportuno! ¿no es cierto? ¡adecuadísimo á la historia, y como anillo al dedo en este género de composición! Poco más adelante comparaba á nuestro jefe (1) con Aquiles, y al Rey de los Persas con Tersites, ignorando, sin duda, que Aquiles era más ilustre como vencedor de Héctor que si hubiese matado á Tersites, y que cuando huye un valiente guerrero (2),

Es su perseguidor más valeroso.

Después ingería el escritor su propio panegírico, presentándose como digno de referir tan brillantes acontecimientos. Un poco más adelante, elogiaba á Mileto, su patria, añadiendo que él obraba mejor que Homero, que en ningún lugar había hecho mención de la suya. Por último, al pie de su premio ofrecía en términos claros y explícitos ensalzar todo lo posible nuestras cosas, hacer la guerra á los bárbaros con toda su fuerza; principiando de este modo su historia y la exposición de las causas de la guerra: «El perversísimo Vologeso, merecedor del más infamante suplicio, ha principiado la guerra por esta causa.»

15. Así éste. Pero otro, ciego imitador de Tucídides, alardeando de haberse formado en el mismo

(1) Lucio Vero.

(2) *Ilíada*, II, v. 216.

molde que el ilustre Ateniese, se nombra como él al principio de su historia, exordio elegante de veras y que huele á tomillo del Ática. Óyelo: «Crepereyo Calpurniano, Pompeyopolitano, escribió la guerra que tuvieron los Partos y los Romanos, unos con otros, comenzando desde el principio de ella.» Después de tal exordio ¿necesitaré hablar del resto, y decirte que cuando se pronuncia un discurso en Armenia, sale á relucir el orador de los Corcirenses; cuando se envía una peste á los Nisibenos, que no habían sido partidarios de Roma, se copia al pie de la letra la descripción de Tucídides, salvo aquello del Pelásgico y de Largos-muros (1), en que habitaban los entonces atacados? Por lo demás, dice de ella: «Había principiado en Etiopía, y después descendió á Egipto y se extendió largamente por los dominios del gran rey» (2); y se detiene allí y hace bien. Yo, sabiendo de antemano lo que seguiría, me retiré, dejándole en el acto de sepultar en Nisibe á los desdichados Atenieses. Achaque frecuente es ahora, insistiendo en lo mismo, el hacerse muchos historiadores la ilusión de que imitan Tucídides, sin más que emplear, con pequeños cambios ciertas frasecillas y expresiones, que le son propias, como aquella de «estaba á punto de omitir». El mismo escritor de quien hablaba adopta para las máquinas de guerra los nombres de los Romanos, y dice, como ellos, un foso, un puente, y términos análogos. Dime ahora, si es digno de la Historia y propio de Tucídides, el intercalar entre expresiones áticas nombres latinos, como si fuesen fajas de púrpura capaces de

(1) Barrios de Atenas.

(2) Este trozo y los siguientes están copiados casi literalmente de Tucídides.

realzar la hermosura de aquellas y de añadirseles sin ningún esfuerzo.

16. Otro de la pandilla resume los sucesos en un relato desnudo, pedestre y rastrero como el diario de un soldado, de un obrero ó de un tabernero que siguiese al ejército. Este indocto escritor es, sin embargo, más tolerable que los otros, porque al menos se manifiesta tal cual es, desde el primer instante, y trabaja para otro más elegante y apto para el caso. Sólo le censuro el haber dado á sus libros un título pomposo como de tragedia, y superior á su verdadero alcance. «Historias Párticas de Calimorfo, médico de la sexta de Contóforos» (1), con su nombre al fin de cada libro. El proemio de la obra, insulso á todas luces, tiene esta conclusión: «Es natural que un médico escriba historia, siendo Esculapio hijo de Apolo, y Apolo director de las Musas, y maestro de todas las ciencias.» Principia por escribir en dialecto jonio; luego, no sé por qué, usa de pronto el común, diciendo primero *ἰητρειήν* (*medicina*), *πειρήν* (*prueba*), *ὅκόςτι* (*todo lo que*) y *νόσοι* (*enfermedades*), y empleando luego las palabras más vulgares y de callejuela.

17. Ahora debo hacer mención de un sabio, cuyo nombre callaré, aunque hable del intento y escritos que le oí en Corinto poca ha, y que exceden á cuanto pueda imaginarse. En su exordio, casi en el primer período del proemio, acomete á sus lectores con una cuestión, y se esfuerza en probarles con argumentación vigorosísima que sólo el sabio debe escribir la historia. En seguida viene otro silogismo, y luego otro, y así todo el preámbulo en argumentaciones de variadas formas, todo para adular baja y ridículamente, sin salirse de una cadena no interrumpida de

(1) Armados de picas.

argumentos silogísticos. Pero lo más indecoroso, á mi ver, y lo más indigno de un sabio de larga barba canosa, es el decir en su exordio que nuestro emperador será notable porque los filósofos se dignaron escribir sus hechos. Reflexión que, aunque fuese cierta, debía haber dejado que la hiciéramos, y no escribirla.

18. No debo pasar en silencio el exordio de otra, que comienza: «Vengo á hablaros de Romanos y de Persas»; y poco después: «Debía ocurrir una desgracia á los Persas»; y en fin: «Era Osroes, que los Griegos llaman Oxiroes», y frases análogas (1). ¿Lo ves? Éste es como aquél. Sólo se diferencia en que aquél copiaba á Tucídides, y éste saquea á Herodoto.

19. Otro insigne por su vigoroso estilo, igual ó acaso algo mejor que el de Tucídides, después de haber descrito perfectamente todas las ciudades, todos los montes y todos los llanos y ríos, acaba con esta exclamación, enérgica á su juicio: «¡Que un dios protector vuelva todo esto sobre la cabeza de nuestros enemigos!» ¿Habrá cosa más fría en las nieves del Caspio, ó en los carámbanos célticos? La descripción del escudo del emperador apenas cabe en un libro, con su Gorgona de ojos verdes, blancos y negros en el centro, irisado el tahalí y los dragones retorcidos y rizados como los cabellos (2). Pues ¿y las bragas de Vologeso y el freno de su caballo? ¿cuántos miles de palabras no exigen cada uno! ¿Y la cabellera de Osroes, al pasar el Tigris á nado? ¿Y el antro en que se refugió, con sus yedras, mirtos y laureles, brindándole, estrechamente enlazados, impenetrable escondrijo? ¡Cosas indispensables en la historia, pues sin ellas, no podríamos comprender los sucesos!

(1) Copiados textualmente de Herodoto, lib. 1, 8.

(2) Imitación de Homero, *Ilíada*, XI, v. 25 y siguientes.

20. Por debilidad de ingenio ó por ignorancia de lo que importa decir, acuden estos escritores á la descripción de grutas y países; y cuando han de referir hechos numerosos y trascendentales se parecen á un esclavo recién enriquecido por la herencia de su señor, que ni sabe llevar el traje ni conducirse bien en un banquete; pues á menudo, cuando sirven ave, ó cerdo ó liebre, se lanza sobre algún salsucho ó sobre alguna salazón, y se atraca de él hasta reventarse. El historiador de que se trata inventa heridas increíbles y muertes peregrinas, como la del soldado que, herido en el dedo grueso del pie muere instantáneamente, ó la de veintisiete enemigos que caen exánimes á una sola voz del general Prisco (1). Pero donde sus mentiras se oponen principalmente á los partes de los generales, es en la enumeración de de muertos. «Cerca de Europo (2), pongo por caso, dice, murieron setenta mil doscientos treinta y seis enemigos, y los Romanos sólo tuvieron nueve heridos y dos muertos.» ¿Lo creerá quien esté en su sano juicio?

21. Tengo que delatar un no pequeño abuso. Su excesiva afición al aticismo y su nimia pureza de lenguaje le induce frecuentemente á alterar los nombres romanos para traducirlos al griego, y decir, por ejemplo, *Κρόνιον* (*hijo de Saturno*), en vez de Saturnino, *Φρόντιν*, por Frontón, y *Τιτάκιον* por Ticiano, y otros cambios todavía más ridículos. Este mismo es el que acerca de la muerte de Severiano sostiene que yerran cuantos creen que murió de una estocada, pues se dejó morir de hambre, muerte que le pareció menos

(1) Terminó la guerra de Armenia el año 164 de Jesucristo, con la toma de Artaxate (hoy *Ardech*) capital del país beligerante.

(2) Ciudad de la Media, aquende el Eufrates.

dolorosa; ignorando, sin duda, que Severiano había estado sin comer sólo tres días, y que muchas personas han resistido el hambre hasta los siete; á no ser que piense que Osroes estuvo esperando á que el general muriese de inanición, y que por lo mismo no se murió hasta que los siete dias traspasasen.

22. ¿Dónde pondré, mi querido Filón, á los que les da por usar expresiones poéticas en la historia? Esos dicen: «Rechinó la máquina, y al hundirse el muro tronó espantosamente», y de nuevo en otra parte de su brillante historia: «Retumbaba ya Edesa con el estrépito de las armas, el fragor y el tumulto resonaban por doquiera» y «el general revuelve en su mente los medios de acercarse al muro.» Y entre estos primores, muchas frases bajas y triviales, y propias de mendigos sin decoro. Ejemplos: «El jefe del ejército ha mandado una carta al amo.» «Los soldados mercaban lo que les cumplía.» «Después de lavarse las patas, volvían á ellos», y otras por el estilo. En fin, como un actor trágico con un pie calzado del alto coturno y el otro de una sandalia.

23. Hay otros que escriben proemios brillantes, sublimes y larguísimos, que hacen esperar maravillas sin cuento en el resto de la obra, y luego el cuerpo de la historia lo hacen tan encanijado y mezquino que parece un rapazuelo divirtiéndose, como Cupido, en esconder la cabeza en una máscara de Titán ó de Hércules. «El Parto de los montes», suelen decir en seguida los oyentes. Esto no es bueno, á mi juicio: las diferentes partes de una obra deben tener cierta semejanza, cierta coloración parecida, y la necesaria proporción entre la cabeza y el cuerpo, de suerte que no sea el casco de oro, y la coraza de harapos ó de cueros podridos cosidos ridículamente, el escudo de mimbre y las grebas de piel de cerdo.

Hay, en efecto, muchos escritores que ponen la cabeza del coloso de Rodas sobre el cuerpecillo de un enano; y otros, á la inversa, forman cuerpos acéfalos, y se lanzan sin exordio á la narración de sucesos. Creen imitar con esto á Jenofonte, que principia «Darío y Parisates tenían dos hijos» (1), ó á otros autores antiguos. Pues ignoran que hay cosas equivalentes á prólogos, aunque se oculten á la generalidad, como en otro sitio diremos.

24. Mas estos defectos de estilo y de composición todavía son tolerables; pero el mentir respecto á los lugares, no sólo en unas cuantas parasangues, sino en jornadas enteras, ¿á qué cosa buena se parece? Porque uno de estos historiadores ha compuesto su historia con tal indolencia, que no habiendo hablado jamás con un natural de Siria, ni habiendo oído hablar de este país ni en las barberías, como suele decirse, dice respecto á Europa lo siguiente: «Europa se halla en la Mesopotamia, á dos jornadas del Eufrates: fué fundada por los Edesios.» Y aun no le basta, pues el famoso narrador levanta en el mismo libro á Samosata, mi patria, con la ciudadela y las fortificaciones, y se la lleva á Mesopotamia, y me la pone entre los dos rios que corren á cada lado de su recinto, casi lamiendo las murallas. ¿No sería chistoso, amigo Filón, que tuviera que sostener ante tí que no soy de Partia ni de Mesopotamia, á donde me ha llevado ese escritor admirable?

25. Tampoco puede ponerse en duda lo que el mismo autor dice respecto á la muerte de Severiano, puesto que jura haberlo oído á uno de los que huyeron del combate. El general, según él, no quiso matarse atravesándose con una espada, ni tomando un

(1) Así principia el libro primero de la *Anábasis*, de Xenofonte.

veneno, ni ahorcándose con un lazo, sino con muerte trágica y de novedad peregrina. Tenía casualmente bellísimas copas de cristal, de gran tamaño, y cuando determinó suicidarse, quebró la mayor, y se mató con uno de los trozos rasgándose la garganta. El general no halló, pues, dardo ni puñal con que darse varonil y heroica muerte.

26. En seguida, como Tucídides (1) pronunció cierta oración fúnebre de los primeros que murieron en la guerra, nuestro historiador se cree en el deber de hacer lo mismo respecto á Severiano; pues todos estos escritores tratan de competir con Tucídides, aunque en éste no se halle la causa de los desastres armenios. Luego, pues, de haber sepultado magníficamente á Severiano, pone junto al sepulcro á cierto Afranio Silón, centurión, émulo de Pericles, que dice tantas y tales cosas, que me hicieron llorar de risa, sobre todo cuando el orador Afranio, hacia el fin del discurso, recuerda con lágrimas y sollozos aquellas suntuosas cenas y bebidas, y acaba, plagiando el Ajax, esgrimiendo la espada generosa, como no podía menos de ser la de Afranio, y matándose sobre el sepulcro, en presencia de todos. Merecía, sin embargo, por tan bello discurso, haber perecido antes. «Esto, dice el historiador, admiró á los presentes, que aplaudieron extraordinariamente á Afranio.» Yo no le perdono que no hablase casi de otra cosa que de guisos y de platos, y que llorase al recordar los pasteles, pero sobre todo que, antes de morir, no hubiese tenido la precaución de matar al autor de semejante farsa.

27. Pudiera, amigo mio, continuar enumerando otros autores semejantes; pero, mencionados estos

(1) Lib. II, caps. XXXIV-XXXVI.

pocos, pasará ya á tratar del otro punto prometido, ó sea del consejo para escribir mejor la historia. Hay algunos que omiten los hechos notables y dignos de recuerdo, ó pasan rápidamente sobre ellos, y que por ignorancia, ó por falta de gusto, ó por desconocimiento de lo que se ha de callar y de lo que se ha de decir relatan con exactitud y prolijidad los sucesos más menudos, como quien, no percibiendo las múltiples y grandes bellezas del Júpiter Olímpico, dejase de elogiarlas y de hacerlas comprender á los que no las han visto, y se admirase sólo de la regularidad y pulimento del pedestal, de las buenas proporciones del zócalo, empleando en describirlos todo su esmero.

28. Yo he oído á uno que contaba rápidamente, en siete líneas no cabales, la batalla de Europa, y gastaba veinte ó más medidas de agua (1), en la narración glacial é inoportuna de las aventuras de un jinete moro llamado Mausacas. Acosado por la sed y perdido entre montes, topó con ciertos campesinos de Siria, los cuales, estando disponiéndose á comer, se espantaron al pronto, pero después le invitaron á acompañarles cuando lo reconocieron por amigo, pues casualmente uno de ellos había viajado por Mauritania con ocasión de ser un hermano suyo soldado en aquella tierra. De aquí interminables fábulas y narraciones de cómo anduvo de caza en el país de los moros y vió muchos elefantes paciendo juntos, de cómo estuvo á punto de ser devorado por un león, y de los grandísimos peces que compró en Cesarea. El admirable historiador, sin cuidarse de

(1) Alusión á la clepsidra, vaso provisto en su fondo de un agujerito, por el cual salía lentamente el agua en un tiempo determinado. Se usaba para las alegaciones forenses.

las terribles matanzas que había cerca de Europo, ni de los encuentros, ni de las treguas forzosas, ni de las guardias de ambos ejércitos, se aleja hasta la noche para ver cómo el sirio Malquión compra casi de balde en Cesarea magníficos escaros; y si la noche no se le hubiera echado encima, quizá se hubiera quedado á cenar con él, pues dejó los peces preparados. Si el autor no nos los hubiera referido cuidadosamente en su historia, ignoraríamos estos sucesos importantes, y daño intolerable para Roma hubiera sido el que el sediento moro Mausacas regresase al campamento sin beber ni probar bocado. ¡Cuántas otras cosas necesarias me callo de intento! Que una flautista vino expresamente de la aldea próxima; que se hicieron mutuos regalos, dando el Moro su lanza á Malquión y éste un broche á Mausacas, y otros muchos detalles parecidos sobre la batalla de Europo, aunque los indicados son los más importantes. Con razón podría decirse que tales hombres son de los que no ven las rosas, pero examinan atentísimamente las espigas próximas á las raíces.

29. Otro historiador estupendamente ridículo, que jamás puso el pie fuera de Corinto, ni llegó hasta Cencres (1), y mucho menos vió la Siria ó la Armenia, principia así, pues bien lo recuerdo: «Los oídos son menos fidedignos que los ojos: escribo, pues, lo que he visto, no lo que me han contado.» Y tan bien lo había visto todo, que al hablar de los dragones de los Partos, enseñas militares que guían entre ellos, cada una, si no me equivoco, mil soldados, dice que son enormes serpientes vivas que se crían en Persia un poco más arriba de Iberia. Al principio las llevan atadas á grandes perchas y levantadas en alto, para

(1) Aldea á unos doce kilómetros de Corinto.

aterrar desde lejos, cuando se dirigen al combate; y una vez trabado éste las sueltan contra los enemigos, y así fueron devorados muchos de los nuestros, y otros ahogados y triturados por los inmensos anillos de los dragones. Todo esto lo vió él de cerca, aunque con seguridad, desde la copa de un altísimo árbol. Hizo bien, á fe mía, en no habérselas de cerca con los monstruos, pues no tendríamos un escritor tan admirable, autor, asimismo, en esta guerra de grandes y brillantísimas hazañas; pues ha corrido efectivamente muchos riesgos, y fué herido cerca de Sura, probablemente al pasear de Lerna (1) al Cranio (2). Sin embargo, leyó todo esto á los Corintios, perfectamente enterados de que no había visto la guerra ni pintada en un muro. Por lo mismo, no conoce ni las armas, ni las máquinas, ni la táctica, ni las voces de mando de los ejércitos, y le importa poco llamar oblicua á la falange derecha, y decir marcha sobre el flanco, en vez de marcha de frente.

30. Hay otro, excelente de veras, que resume en quinientos renglones, no cabales, todo lo acontecido en Armenia, Siria, Mesopotamia, y sobre el Tigris y en Media, y luego dice que ha escrito una historia, y le pone este título, casi tan largo como la obra: «Noticia de los hechos contemporáneos de Roma en Armenia, Mesopotamia y Media por Antioquiano, vencedor en los juegos sagrados de Apolo.» Creo que de joven había ganado en ellos un premio en la carrera.

31. He oído á otro que ha escrito su historia en forma de prōfecía, prediciendo la cautividad de Vologeso, y la muerte de Osroes entregado á los leones, y sobre

(1) Fuente próxima á Corinto.

(2) Gimnasio de Corinto antes citado.

todo el codiciadísimo triunfo, y así, como arrastrado por sibilítico furor, corre al fin de su libro. Antes, sin embargo, funda en Mesopotamia una ciudad grande de toda grandeza y hermosa de toda hermosura; preguntase aún y reflexiona si la llamará Nicea (*Victoria*), Homonea (*Concordia*) ó Ireneia (*Pacífica*) (1), y al fin nada resuelve, dejando sin nombre aquella ciudad bellísima, llena de delirios y de necedades históricas. Ha prometido escribir todo lo que nos habrá de suceder en la India, y en la circunnavegación del mar externo: y no es sólo promesa, pues ya ha compuesto el preámbulo de su *Índica*, y la tercera legión, los Celtas, y una pequeña parte de los Moros con Casio (2), han atravesado ya el Indo: lo que harán después, y cómo resistirán la acometida de los elefantes, nos lo escribirá pronto desde Musiris (3), ó desde los Oxídracas (4), este historiador portentoso.

32. En tales desvaríos incurren por ignorancia los historiadores que no ven lo digno de verse, ó si lo ven, no aciertan á expresarlo como es debido, fingiendo y arreglando todo lo que, según dice el refrán, se le ocurre á una lengua inoportuna. Procuran darse importancia con el número de sus libros, y sobre todo con los títulos que les ponen; pero los hay ridículos del todo. Vaya una muestra: «*De las Victorias Párticas, tantos libros*; y luego otra vez: *De las Párticas. Libro Primero*, y segundo, en fin como el autor (5) de la *Átida*. Otro es mucho más ingenioso (lo he leído): *Las Parto-*

(1) Nicea, de Νικαῖος, *victorioso*; Homonea, de ὁμόνοια, *concordia*; Ireneia, de εἰρήνη, *paz*.

(2) General de Marco Aurelio.

(3) Ciudad mercantil de la India.

(4) Pueblo de la India, que ocupaba el ángulo formado por el Acesines y el Indo (hoy distrito de *Ulche*). V. Arriano, *Anábasis*, VI, 14.

(5) Filósofo, hijo del ateniense Cieno.

nécicas de Demetrio Salagasense. No hago estas citas sólo por gusto de censurar y poner en ridículo tan bellas historias, sino con fin más útil; pues quien sepa evitar estos y otros defectos semejantes, tendrá andada ya mucha parte del camino para escribir bien la historia, ó por mejor decir, le faltará muy poco para conseguirlo, si es verdad el principio dialéctico de que cuando no hay medio entre dos cosas, el apartarse de una lleva necesariamente á la otra.

33. Limpio del todo está el campo, dirá alguno; desbrozado ya de abrojos y de espinas; libre de escombros y liso y llano, desaparecidas las asperezas de su suelo; por tanto edifica algo en él, para que se diga que tu talento arquitectónico no sólo consiste en demoler las obras de otros, sino en erigir obra tan perfecta, que ni el mismo Momo pueda hallarle pero (1).

34. Digo, pues, que el buen escritor de historia ha de tener dos condiciones esenciales, á saber: grande inteligencia política y vigorosa elocución. La primera no se aprende, es un don natural; la segunda puede adquirirse con mucho ejercicio, asiduo trabajo y gran deseo de imitar á los escritores de la antigüedad. No pueden ser suplidas por el arte, ni necesitan de mis consejos: mi libro no ha prometido hacer agudos y sagaces á los que no le sean por don natural: de tanto y tan inestimable valor sería este secreto, como el de poder cambiar y rehacer las cosas, hasta el punto de hacer oro del plomo, plata del estaño, un Titormo (2) de

(1) Hay en el original un juego de palabras entre *Μῶμος* y *μωμήσασθαι*.

(2) Sansón, helénico. Entre los varios hechos que demostraban su fuerza, citaremos el de haber sujetado por una pata á dos toros furiosos, que en vano trataron de huir.)

un Conón, y un Milón (1) de un Leotrófides (2).

35. ¿Dónde está, pues, la utilidad de tu arte y tu consejo? No en crear lo que debe existir, sino en prescribir cómo ha de usarse. Es como si Ico, Heródico, Geón ó cualquier maestro de gimnasio, tomase á su cargo á Perdicas, no al que se enamoró de su madrastra y fué víctima de su pasión; pues esta historia es la del hijo de Seleuco, Antíoco y de la bella Estratónice, para hacer de él, no un vencedor de los juegos olímpicos, rival de Teágenes de Tracia ó de Polidamas de Escotusa, sino un hombre robusto, prometiendo mejorar por medio de su arte y desarrollar la fuerzas concedidas por la Naturaleza á su discípulo. Así nosotros nada presuntuoso prometemos al decir que hemos hallado un arte aplicable á tan grande y dificultoso objeto: con esto no queremos decir que podemos coger á cualquiera y hacer de él un historiador, sino que, al inteligente por naturaleza, ingenioso y de elocución excelente, le podemos indicar ciertos caminos derechos por los cuales, en caso de que así le parezcan y los siga, llegará con mayor prontitud y facilidad al fin propuesto.

36. Tampoco dirás que un hombre inteligente no necesita arte ni lecciones para las cosas que ignora: pues de ser así, tañería la cítara ó la flauta sin haberla aprendido y sabría todas las cosas. Sin aprendizaje nada hará, pero con el auxilio de un maestro aprenderá fácilmente y se perfeccionará en el arte.

37. Entréguenos, pues, un discípulo pronto en entender y expresarse; agudo de vista y capaz de dirigir la administración pública; con inteligencia mili-

(1) Atleta célebre por su fuerza extraordinaria.

(2) Mal poeta ateniense, de proverbial delgadez. Aristófanes se burla de él en *Las Aves*, v. 1.405. (V. nuestra traducción, tomo xxxiv, pág. 292.)

tar unida á la ciencia civil; perito por práctica en estrategia; un hombre por vida mía, que haya estado alguna vez en los campamentos, que haya visto los ejercicios y la instrucción de las tropas, que conozca los armamentos y máquinas, que sepa lo que son flancos, frentes, batallones y escuadrones, maniobras y evoluciones; y, en una palabra, no queremos un discípulo que jamás haya salido de su casa, y que todo lo sepa por ajeno testimonio.

38. Pero ante todo y sobre todo sea libre en sus opiniones y á nadie tema ni de nadie espere, pues de otro modo sería como esos jueces malos que, por dinero, sentencian inspirándose en el favor ó en el odio. No le importe el que á Filipo le dejase tuerto (1) en Olinto la flecha de Aster, arquero Anfipolitano, y píntelo tal cual era: no le pese el haber descrito con vivos colores la muerte que Alejandro dió á Clito en un banquete (2): no tema á aquel Cleón (3), soberano de la asamblea y jefe de la tribuna, si dice que era violento y peligroso: ni á toda la república Ateniese, si refiere la rota de Sicilia, el cautiverio de Demóstenes, la muerte de Nicías (4) y como los soldados tuvieron sed, y bebieron, y mientras bebían fueron muertos la mayor parte. Pensará, como es justo, que ninguna persona de juicio le censurará porque cuente tal cual se verificó una empresa infeliz ó mal dispuesta. El historiador no inventa como poeta los hechos, sino que los refiere. Así pues, cuando los Atenienses son vencidos en un combate naval, no es él

(1) Diodoro de Sicilia, lib. VII, dice que esto ocurrió en el sitio de Metona.

(2) Vid. Quinto Curcio, VIII, cap. I y siguientes, y Arriano, *Anábasis*, IV, páginas 8 y 9.

(3) V. nuestra traducción de *Los Caballeros*, de Aristófanes, tomo XXVII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, pág. 119.

(4) Tucídides, VII, cap. 82 y siguientes.

quien echa á pique los navíos; y cuando huyen, no es él quien los persigue. Todo lo más podrá recriminársese si no hizo votos en ocasión propicia. Porque si al historiador le fuese lícito callar los sucesos desgraciados ó corregirlos á su gusto, facilísimo le hubiese sido á Tucídides, con una leve plumada demoler las fortificaciones de Epípolis, sumergir la trirreme de Hermócrates y atravesar de parte á parte al infame Gilipo cuando cortaba las comunicaciones y caminos; y encerrar, por último, á los Siracusanos en las canteras, y hacer circunnavegar á los Atenenses por las costas de Italia y de Sicilia, conforme al proyecto primitivo de Alcibiades (1). Pero los hechos, una vez consumados, ni Cloto puede volverlos á devanar, ni á hilarlos Átropos.

39. El único deber del historiador es narrar con veracidad los hechos. Pero no podrá cumplirlo si teme á Artajerjes, de quien es médico (2), ó espera una túnica de púrpura, un collar de oro ó un caballo de Nisea en premio de las lisonjas de su escrito. No harán esto Jenofonte, historiador imparcial, ni Tucídides. Si tiene enemistades particulares, las pospondrá al interés común, y la verdad vencerá al odio, y las faltas se dirán, aunque sean de un amigo. El decir la verdad, repito, es el único deber del historiador, á ella debe posponerse todo cuando de historia se escribe, y única regla, en fin, y única medida exacta es no mirar sólo á los que actualmente nos escuchan, sino á los que, en lo sucesivo, leerán nuestras obras.

40. Pues si alguno lisonjea al presente, con justicia se le incluye en aquella grey de aduladores, ha tiempo detestados por la historia no menos que por

(1) Idm., LXXXII, *ibid.*

(2) Alusión á Ctesias de Cnido.

la gimnasia los adornos. Cítase una frase de Alejandro á Onesícrito: «Con placer resucitaría poco después de mi muerte, le dijo, para oír cómo juzgan los hombres de entonces el relato de mis hechos. No me admiro de que los elogien y ensalcen ahora, pues cada cual espera pescar mi benevolencia con semejante cebo.» Aunque Homero haya contado muchas fábulas respecto á Aquiles, algunos se inclinan, sin embargo, á creerlas, convencidos de su veracidad por el argumento poderoso de que, no habiendo escrito de un vivo, no había motivo para que mintiera.

41. Así ha de ser el historiador exento de temor, incorruptible, independiente, amigo de la franqueza y de la verdad, llamando, como dice el cómico, al higo, higo, y al esquife, esquife; sin conceder nada á la amistad ni al odio; sin perdonar nada por compasión, vergüenza ó respeto; juez imparcial, benévolo con todos, sin excederse para nadie de lo justo; extraño á sus libros, sin rey, sin ley y sin patria, y sin preocuparse de lo que éste ó aquél pensará, refiriendo verazmente los hechos.

42. Con razón, pues, adoptó Tucídides por ley este precepto, y distinguió la buena de la mala historia, viendo la admiración á Herodoto, llevada hasta el extremo de dar á sus libros los nombres de las Musas. Su obra, dice (1), está escrita para siempre, no para placer del momento: no busca lo fabuloso, sino dejar á la posteridad un relato de hechos verídicos; y añade que, para toda persona sensata, la utilidad es el único fin de la historia, pues ha de escribirse con la mira de que si en el porvenir sobrevienen acontecimientos parecidos, se pueda, viendo los pasados, proceder con acierto en los presentes.

(1) Libro I, 22; II, 48; VII, 56.

43. Dadme un historiador que piense de esta manera. Tocante al estilo y á la fuerza de la expresión no ha de haber en la historia vehemencia, ni rudeza, ni continuidad de períodos, ni capciosos argumentos, ni artificio alguno retórico inconveniente, sino tranquilidad y nobleza. El sentido conciso y sustancioso, la dicción clara y urbana, y perfectamente expresiva de los hechos.

44. Porque así como hemos dicho que la franqueza y la verdad han de ser el fin á donde el ánimo del historiador se enderece, así el único blanco de su estilo será la exposición clara y luminosa del asunto, sin reticencias, sin dicciones desusadas, pero tampoco recogidas en plazas y tabernas; tales, en fin, que las entienda el vulgo y las aplaudan los instruídos. Permítese el adorno de las figuras, pero oportunas y no rebuscadas, pues de otra suerte, el escrito parece á un manjar que por exceso de condimentos desagrada.

45. El pensamiento del historiador participe de la poesía y acérquese á ella en lo que tiene de magnífico y grandilocuente, sobre todo cuando describa formaciones de ejércitos y batallas terrestres y navales. Para esto hace falta cierto soplo poético que hinche las velas de la nave y la haga deslizarse con suavidad sobre la cima de las olas. La dicción, sin embargo, no ha de levantarse de la tierra: elévese con la hermosura y la magnificencia del asunto, y equipárese á él en lo posible, pero sin salirse de su terreno, ni incurrir en entusiasmo inoportuno; porque se pondría en grave peligro de perder la razón y de precipitarse en desatinado furor poético. Conviene, pues, obedecer al freno, procurar la sobriedad y tener presente que la fogosidad es tan funesta en los discursos como en los caballos. Lo mejor será que la

expresión, para no quedarse atrás en el suelo, corra á pie, sujeta á la silla del corcel en que cabalgue el pensamiento.

46. En la colocación de las palabras se ha de observar también cierto temperamento y justo medio: ni se han de separar demasiado, lo que resulta duro, ni se han de juntar sin armonía, como casi todos hacen; lo uno es defecto, lo otro es ingrato al auditorio.

47. Los hechos no se han de reunir como quiera, sino con esmero detenido y muchas veces penoso, previa severa crítica. El historiador, sobre todo, ha de haber sido testigo presencial de ellos; si no sólo se fiará de quienes los relaten con fidelidad incorruptible, y no den motivo alguno á sospechas de que por odio ó amistad quiten ó añadan algo á los sucesos. Para esto el autor necesita discernimiento agudo, y gran tacto para admitir los hechos más probables.

48. Luégo que los haya recogido todos ó la mayor parte, los reunirá primero en una especie de memoria, formando un cuerpo informe, sin la debida proporción en sus miembros, y lo ordenará y hermoseará después con el colorido de la dicción, el adorno de figuras y la armonía de los períodos.

49. En una palabra, á la manera del Júpiter Homérico, que ora dirige la vista á los Tracios hábiles domadores de corceles, ora á los Misios (1), el historiador considerará aparte, ora nuestros movimientos que referirá tal cual los vea desde su atalaya, ora los de los Persas, y en seguida los de ambos, si llegan á atacarse. En un mismo ejército no ha de mirar á una sola parte, ni á un infante, ni á un jinete, como no sea un Brásidas saltando á la orilla, un Demóste-

(1) *Ilíada*, XIII, v. 4.

nes (1) rechazando al enemigo, sino lo primero á los generales; y si dan una orden, oirla y saber cómo, por qué y con qué objeto la han dado. Cuando se libra el combate, el historiador lo verá en conjunto, y pesará los sucesos como con una balanza, y huirá, en fin, con los fugitivos y perseguirá con los perseguidores.

50. Todo con medida, evitando la saciedad, sin exceder de lo justo, ni relatar puerilmente, sino con expedición y soltura: fijados los hechos en un punto conveniente, pase, si urge á los otros; vuelva, tratados éstos, á donde los primeros le reclaman: camine rápidamente en todo; avance en cuanto sea posible sobre los pasos del tiempo; vuele de la Armenia á la Media, y de un solo aletazo acuda á Iberia y á Italia, sin permitir que nada se le adelante.

51. Pero sobre todo sea su pensamiento como un espejo brillante, sin mancha, perfectamente centrado, y reproduzca tal cual en él se refleja, la forma de los hechos, sin deformarla, sin añadirle colores, ni figuras extrañas. El historiador, en efecto, no escribe como los oradores, pues se limita á expresar hechos ya sucedidos, reduciéndose su misión á ponerlos en orden y contarlos. No necesita, pues, buscar lo que debe decir, sino cómo ha de decirlo. En una palabra, el autor de historias debe considerarse semejante á Fidias, á Praxíteles, á Alcámenes ó á cualquier otro artista de esta clase. Estos no fabricaban el oro, la plata, el marfil ó las otras materias que empleaban; sino que las tenían á su disposición, suministradas por Elios, Argivos ó Atenienses: limitábanse á darles forma, á serrar el marfil, á pulirlo, á pegarlo, á ajustarlo y á realzarlo engastándolo en oro. Su arte con-

(1) Tucídides, lib. iv, 11 y 12.

sistía en disponer convenientemente la materia; y el trabajo del historiador consiste, de igual modo, en disponer los hechos bellamente, y en darlos á luz con la mayor brillantez posible. Cuando el que los oye, cree que los ha visto realmente y aplaude, puede decirse que el trabajo es una obra maestra, y que merece el elogio tributado al Fidias de la historia.

52. Preparados ya todos los materiales, puede á veces comenzarse la narración sin preámbulos, sobre todo si la naturaleza del asunto no lo exige, aunque entonces la misma fuerza de la exposición ilustra á manera de proemio lo que habrá de decirse.

53. Cuando se empiece por un exordio se le dividirá sólo en dos partes, no en tres como los oradores, omitiendo la relativa á la benevolencia, para procurarse la atención y la docilidad de los oyentes. Atenderán éstos si comprenden que se les va á hablar de hechos importantes, necesarios, interesantes ó útiles. Lo siguiente se hará inteligible y claro, si se comienza por exponer las causas de los hechos y un resumen de los sucesos capitales.

54. Los mejores historiadores han empleado esta clase de exordios. Herodoto para que «el tiempo no desvanezca hechos tan grandiosos y admirables», refiriéndose á las victorias de los griegos y á las derrotas de los bárbaros. Tucídides porque piensa que la guerra del Peloponeso será más grande y más digna de memoria que las anteriores; pues ocurrieron en ella terribles desgracias.

55. Después del exordio, breve ó largo á proporción de los sucesos, se pasará con arte y facilidad á la narración; porque todo el cuerpo de la historia no es más que una narración extensa. Deberá, pues, ir adornada con todas las cualidades que le son propias y caminar con paso suave, regular y uniforme, sin

prominencias ni concavidades. Florecerá en la dicción esa claridad producida, como he dicho, por la buena encadenación de los hechos, la cual dará soltura y perfección á todo. Un trozo bien tratado traerá otro que se le unirá como el anillo á la cadena y no habrá disgregación alguna, ni varias relaciones superpuestas, sino que el segundo se enlazará al primero, no sólo por la simple yuxtaposición, sino por la comunidad y fusión completa de sus extremos.

56. La brevedad, útil siempre, lo es mucho más cuando no hay poco que decir; pero ha de procurarse no tanto en palabras y frases, cuanto en los hechos; por lo cual se tocarán superficialmente los faltos de interés y se insistirá lo preciso en los importantes, y habrá muchos que se deberán omitir. Pues si hechos tus preparativos, das á tus amigos un banquete, no irás, entre pasteles, aves, jabalíes, liebres, vientres de cerdo y platos exquisitos á servirles, porque también estén preparados, guisado ó sardinas, sino que suprimirás este manjar ordinario.

57. La sobriedad es sobre todo necesaria en la descripción de montes, ríos y murallas, para no dar á entender que uno se complace torpemente en alardear de elocuencia, y en hacer sus propios negocios sin pensar en la historia. Se tocarán, pues, superficialmente estos pormenores, cuando la claridad lo exija, y se pasará de largo para evitar su atractivo que sujeta como liga. Así lo hace el sublime Homero: aunque tan gran poeta pasa rápidamente por Tántalo, Ixión, Ticio y los otros (1); pero si Partenio (2), Euforión ó Calímaco, hubiesen tratado estos asuntos,

(1) *Odisea*, XI, v. 375 y siguientes.

(2) Partenio de Nicea vivía hacia el año 73 antes de Jesucristo. Fué autor de una corta novela.

¿cuántos versos crees que hubieran necesitado para llevar el agua á los labios de Tántalo? ¿Cuántos para mover la rueda de Ixión? Hay más. El propio Tucídides usó poquísimo la descripción: nota la rapidez con que procede, bien al explicar una máquina, bien la forma de un asedio, diciendo sólo lo útil y preciso, sea que describa la figura de la Epípolis (1), ó el puerto de Siracusa. Si acaso su descripción de la peste te parece larga, considera la naturaleza del suceso, y verás que en realidad camina apresurado, pues aunque va como huyendo, las numerosas circunstancias del hecho le detienen.

58. Si acaso es necesario hacer hablar á algun personaje, sus palabras serán adecuadas á su carácter y á los acontecimientos, y además sumamente claras. En esto, sin embargo, podrás lucir tu elocuencia y tus dotes oratorias.

59. Los elogios y las censuras deben ser moderados, circunspectos, expresivos, breves y oportunos, pues de otra suerte no son justos, é incurrirías en el mismo defecto que Teopompo, el cual, por cierta propensión al odio, acusa á casi todas las personas de que habla, y de tal modo se excede, que más parece un acusador que autor de historias.

60. Si en la narración se interpone alguna fábula, puedes decirla, pero sin darle crédito: déjala intacta, para que el lector la juzgue conforme á su criterio: tú estás seguro sin inclinarte á un lado ni á otro.

61. En suma, acuérdate (muchas veces te diré lo mismo) de que no debes escribir sólo para el momento actual y por conseguir aplausos y honores de tus contemporáneos, sino poner tu mira en los siglos futuros, escribir para la posteridad y esperar de ella

(1) Colina de Siracusa.

la recompensa de tus trabajos y que digan de tí: «Fué un hombre independiente, lleno de franqueza, sin adulación ni servilismo y la pura verdad en todo.» Esto es lo que toda persona de buen criterio antepone á las efímeras esperanzas del presente.

62. ¿Ves lo que hizo aquel arquitecto Cnidiense? Había construído la grande y maravillosa torre de Faro, desde lo alto de la cual una hoguera iluminaba á los navegantes muy adentro del mar, para que no se dejasen arrastrar á las rompientes de la costa impracticable y llena de escollos del Paretonium. Terminada la obra grabó su nombre profundamente en las piedras de la misma, y lo cubrió con una capa de cal sobre la que inscribió el nombre del monarca reinante, previendo que, como así fué en efecto, al cabo de algunos años, caería la cal con las letras, y aparecería esta inscripción: «El Cnidiense Sótrato, hijo de Dexifanes, á los dioses salvadores, por los navegantes.» Así, este arquitecto, no miró sólo el momento presente, ni á lo breve de su vida, sino al tiempo actual y al futuro, mientras con la torre subsista la obra de su ingenio.

63. Así debe escribirse la historia. Es preferible, diciendo la verdad, ganar el aprecio de los tiempos futuros, á obtener el aplauso de los contemporáneos, con los atractivos de la adulación. Esta es la regla, esta la balanza reguladora de la historia imparcial. Si se ajustan á ellas los autores, tanto mejor, no habré trabajado sin fruto; si no, habré hecho rodar mi tinaja por el Cranio.

XXVI.

HISTORIAS VERDADERAS.

LIBRO PRIMERO.

1. Así como los atletas y los que se dedican á ejercicios corporales no se cuidan exclusivamente del gimnasio y de conservar sus fuerzas, sino de oportunos descansos que consideran como parte principal de su ejercicio, creo yo que á los consagrados á las letras les conviene, después de largas y serias lecturas, dar algún reposo al pensamiento, vigorizándolo de esta suerte para nuevos trabajos.

2. Y esta remisión de quehaceres les será provechosa, si leen obras no simplemente recreativas por su ingenio y gracia, sino que reúnan la ciencia á la amenidad del arte, como sucede, si no me equivoco, en la presente. Esta, en efecto, ha de agradar á los lectores, no sólo por lo peregrino de su asunto, por la gracia de la idea, por las variadas ficciones con visos de verdad que en ella hemos introducido, sino porque en todos sus hechos se alude satíricamente á algunos antiguos poetas, historiadores y filósofos autores de estupendos y fabulosísimos relatos. Hubiera citado sus nombres, si no los debieseis comprender sin dificultad por la lectura.

3. Ctesias de Cnido, hijo de Ctesíoco, ha escrito de la India y de sus habitantes cosas que no ha visto ni oído. Yambulo ha referido muchos portentos del Océano en una obra cuya ficción es evidente para todos, pero no desnuda de atractivo. Otros muchos siguiendo igual sistema, han descrito como suyos ciertos viajes y aventuras, donde hablan de animales monstruosos, hombres crueles y rarísimas costumbres. Jefe y maestro de esta bufonería es el Ulises de Homero, que cuenta en casa de Alcínoo historias de la servidumbre de los vientos, de hombres monóculos devoradores de carne cruda y salvajes á manta, de policéfalos monstruos, de metamorfosis de sus compañeros por medio de ciertos filtros, y otras mil maravillas relatadas á los sencillos Feacios (1).

4. Al leer todos estos autores, no los he vituperado agriamente por sus mentiras, considerando que éstas son ya frecuentes en lospreciados de filósofos, y sólo me ha pasmado en ellos el que hayan creído que no iba á conocerse que no escribían la verdad. Por lo cual yo mismo, deseoso de dejar algo mío á la posteridad, y de no ser el único que no ejercitase el derecho de fingir, me he decidido, á falta de sucesos verdaderos que contar, pues no me ha ocurrido nada digno de mención, á ejercitarme también en una mentira mucho más razonable que la de los demás; pues cuando menos habrá una verdad en mi libro: la confesión de que voy á mentir. Con ella creo eximirme de la acusación que á los otros narradores acabo de hacer. Cuento, pues, cosas que no he visto, aventuras que no me han sucedido y que no he oído que hayan sucedido á nadie, y añado cosas que ni existen ni pueden existir. Los lectores no de-

(1) V. *Odisea*, desde el libro ix.

berán, por consiguiente, darles el menor crédito.

5. Partiendo un día de las columnas de Hércules (1) hacia el Océano Occidental, navegué con favorable viento. Causa é intención de mi viaje eran la vana curiosidad, el afán de ver cosas nuevas, y el deseo de conocer cuál es el límite del Océano y cómo son los hombres de la orilla opuesta. Con este objeto había embarcado muchas provisiones y suficiente cantidad de agua; me había asociado cincuenta compañeros iguales á mí en edad y designios; me había provisto de gran número de armas; por una gruesa suma había contratado á un buen piloto, y había hecho aparejar nuestro navío, que era un navío de carga, de manera que pudiera resistir larga y violenta travesía.

6. Un día y una noche navegamos con viento favorable, sin perder de vista la tierra ni avanzar violentamente; pero al día siguiente, al salir el sol, arreció el viento, hincháronse las olas, nos envolvió la obscuridad y nos fué imposible recoger las velas. Obligados á entregarnos á merced del viento, sufrimos el embate de la tempestad durante setenta y nueve días; pero al octogésimo brilló de improviso el sol y descubrimos á corta distancia una isla elevada y selvosa, contra la cual se rompían mansamente las olas, pues la tempestad ya casi había cedido. Nos dirigimos á la orilla, desembarcamos, y como sucede tras larga fatiga, estuvimos echados mucho tiempo en tierra. Nos levantamos por fin, designamos treinta compañeros para guardar el navío, y los otros veinte para que me acompañasen á explorar el interior de la isla.

7. Penetramos á traves de la selva, y á unos tres

(1) Los montes Calpe y Abila, á uno y otro lado del *fretum gaditanum* ó *Herculeum*, hoy estrecho de Gibraltar.

estadios (1) del mar, hallamos una columna de bronce, sobre la cual, en caracteres griegos difíciles de leer y medio borrados, había la inscripción siguiente: «Hasta aquí llegaron Hércules y Baco.» Cerca, en una roca, había la huella de dos pies (2), una de una yugada, la otra más pequeña; me pareció que ésta sería de Baco, y de Hércules aquélla. Adoramos á los dioses, y proseguimos. No habíamos avanzado mucho cuando encontramos un río de vino muy semejante al de Quió. Era ancho y caudaloso y á trechos navegable. Nos sentimos mucho más inclinados á dar crédito al epígrafe de la columna, al ver tales señales de la presencia de Baco. Antojóseme saber de dónde nacía el río, y dirigíme contra la corriente, pero no hallé fuente alguna, sino muchas y grandes cepas llenas de racimos, de cuyo pie corría gota á gota un vino líquido de donde se formaba el río. Vi en él muchos peces de gusto y color de vino. Pescamos algunos y los comimos, pero nos embriagaron. Es de advertir que al abrirlos los encontramos llenos de heces. En adelante tuvimos la precaución de mezclarlos con peces de agua para aminorar la fuerza excesiva de este alimento.

8. Pasamos el río por un vado, y hallamos una prodigiosa casta de vides: el tronco, en la parte próxima al suelo, era alto y grueso; y en la superior salían mujeres, cuyos miembros de la cintura para arriba eran perfectos. Así suelen representarnos á Dafne, cambiada en laurel en el momento de ser alcanzada por Apolo. De la extremidad de los dedos les na-

(1) Unos 540 metros.

(2) Luciano se burla de Herodoto, que asegura en su Historia (Melpómene, LXXII), haber encontrado la huella del pie de Hércules, que tenía dos codos de longitud.

cian sarmientos llenos de racimos, y en la cabeza, en vez de cabellos, tenían rizos llenos de uvas y pámpanos. Al acercarnos, nos saludaban, nos estrechaban la mano y nos hablaban unas en lidio, otras en indio, y la mayor parte en griego. Nos daban besos en la boca, y el que los recibía se embriagaba y perdía el juicio. No permitían que cogiésemos de sus frutos, pues si se les arrancaba alguno daban gritos dolorosos. Algunas nos brindaban al amor; pero dos de nuestros compañeros que aceptaron, quedaron sujetos por el miembro viril: plantados junto á ellas, echaban raíces, y en un momento sus dedos se transformaron en sarmientos y se retorcieron en pámpanos, y parecía que iban á dar fruto.

9. Los abandonamos y huimos á la nave, donde referimos á los que se habían quedado la metamorfosis de los compañeros y su incorporación á las vides. Tomamos algunas ánforas é hicimos provisión de agua, y al propio tiempo de vino sacado del río, junto al cual pernoctamos. A la siguiente mañana zarparamos con viento poco fuerte. Pero hacia al mediodía, cuando ya no veíamos la isla, una súbita borrasca asaltó nuestra nave con tal ímpetu, que la levantó á unos tres mil estadios sin dejarla caer al mar, pues la fuerza del viento, obrando en las velas, nos hacía navegar por el aire.

10. Siete días y siete noches caminamos de esta suerte, y al octavo vimos en el aire una gran tierra, á manera de isla, brillante, esférica é iluminada por vivísima luz. Arribados á ella, desembarcamos, reconocimos el país y lo hallamos habitado y cultivado. Durante el día no pudimos distinguir nada desde allí; pero á la noche, vimos otras muchas islas próximas, mayores y menores, todas de color de fuego, y debajo de nosotros otra tierra con ciudades y ríos, ma-

res, montañas y bosques. Supusimos que esta tierra era la nuestra.

11. Pensábamos internarnos, cuando fuimos encontrados y cogidos por los allí llamados Hipogipos (1), que son unos hombres llevados por buitres enormes, de los cuales se sirven como de caballos. Los buitres son grandísimos y de tres cabezas la mayor parte. Para tener idea de su tamaño, baste saber que cada una de sus plumas es más larga y más gruesa que el palo mayor de un gran navío de carga. Nuestros Hipogipos tenían orden de rondar por la isla y llevar al Rey á cualquier extranjero que encontrasen. Nos apresan, pues, y nos llevan al monarca. Éste nos examina, é imaginándose lo que éramos, por el traje. «Extranjeros, dijo, vosotros sois griegos.» Nosotros lo confesamos. «¿Cómo, añadió, habéis venido atravesando tanto aire?» Nosotros le contamos lo que nos había ocurrido. El, á su vez, nos refirió su historia. Era hombre y se llamaba Endimión (2), y estando durmiendo había sido arrebatado de nuestra tierra y le habían nombrado á su llegada rey de aquel país, que no era otro que el que nosotros llamamos aquí abajo la Luna. Nos dió ánimo y nos aseguró que no corríamos peligro alguno, y prometió sumiústarnos cuanto necesitásemos.

12. «Si hago bien, prosiguió, la guerra que ahora emprendo contra los habitantes del Sol, pasaréis á mi lado la vida más feliz.» Preguntámosle quiénes eran sus enemigos y la causa de la disensión. «Faetón, nos dijo, rey de los habitantes del Sol (porque el

(1) Hipogipo, nombre formado de ἵππος, caballo, y γύψ, γυπός, buitre.

(2) Pastor de la Caria, nieto de Júpiter: fué condenado á dormir treinta años. Diana bajaba del cielo todas las noches á visitarle y tuvo de él muchos hijos.

Sol está habitado como la Luna), nos hostiliza hace tiempo. Principió por el motivo siguiente: Había reunido yo todos los pobres de mi reino, con intención de enviar una colonia al Lucero de la Mañana, que está deshabitado y desierto; pero Faetón, por envidia, se opuso, y á mitad del camino nos salió al encuentro con los Hipomirmecos (1). Vencidos por la superioridad numérica, nos retiramos. Mas ahora quiero emprender nuevamente la guerra y enviar la colonia. Podéis, si os place, tomar parte en mi expedición. Os daré sendos buitres reales y el restante armamento. Mañana emprenderemos la marcha.»—Se hará como te parece, le dije.

13. Nos quedamos á cenar en su palacio. Al amanecer del día siguiente nos levantamos y formamos en batalla, advertidos por los espías de la proximidad del enemigo. Nuestro ejército tenía cien mil soldados, además de los bagajeros, los maquinistas, la infantería y los auxiliares extranjeros: de éstos eran ochenta mil Hipogipos y veinte mil montados en Lacanópteros (2). Son los Lacanópteros unas aves grandísimas, cubiertas, en vez de plumas, de legumbres, con alas muy parecidas á hojas de lechuga. Junto á ellos formaban los Cencróbolos (3) y los Escorodómacos (4). De la estrella del Norte habían venido también Psilotóxotes (5) y cincuenta mil Anemódromos (6). Los primeros cabalgan en enormes pulgas (de aquí su nombre), cada una del tamaño de doce elefantes: los segundos son de infantería, y corren, sin alas, por el

(1) De ἵππος, caballo, y μύρμηξ, μύρμηκος, hormiga.

(2) De λάχανον, legumbre, y πτερόν, ala.

(3) De κέγχρος, mijo, y βάλλειν, lanzar: jaculatores milii.

(4) De σκόροδον, cabeza de ajo, y μαχεσθαί, pelear: allis pugnantes.

(5) De ψύλλα, pulga, y τοξότης, arquero: pulici sagittarii.

(6) De ἄνεμος, viento, y δρομεύς, corredor: venticursores.

aire. He aquí como: llevan túnicas rozagantes; las recogen; penetra en ellas el viento como en las velas y los empuja, á modo de barcas, por el aire. Casi todos usan peltas en el combate. Decían también que habían de venir de los astros que estaban sobre Capadocia setenta mil Estrutobalanos (1) y cincuenta mil Hipogeranos (2). Estos no los vi, pues no vinieron. No me atrevo, por tanto, á describirlos; porque contaban de ellos maravillas increíbles.

14. Estas eran las fuerzas de Endimión. Todos los combatientes tenían igual armamento: los cascos eran de habas, que son muy grandes y duras en aquellos países: las corazas, en forma de escamas, todas de altramuces, pues las hacen de pieles de altramuz cocidas, que allí son tan impenetrables como el cuerno: los escudos y las espadas, semejantes á los griegos.

15. En el momento oportuno, el ejército se formó de la manera siguiente: en el ala derecha los Hipogipos y el Rey, rodeado de los más valientes, entre los cuales figurábamos nosotros; en el ala izquierda los Lacanópteros; en el centro las tropas aliadas, cada una en su sitio. Los infantes, cuyo número sería de unos sesenta millones, fueron colocados de este modo: críanse allí infinitas arañas, mucho mayor cada una que las Cicladas: ordenóles el Rey tejer una tela desde la Luna al Lucero matutino, y en cuanto la hicieron, que fué pronto, se colocó en aquel campo de batalla la infantería, mandada por Nicterión (3), hijo de Eudianax (4), con otros dos generales.

(1) De στρουθός, *avestruz*, y βάλανος, *bellota*: *passeriglandes*.

(2) De ἵππος, *caballo*, y γέρανος, *grulla*: *equigrues*.

(3) Nicterion, de νυκτέριος, *nocturno*.

(4) Eudianax, de εὐδῖος, *sereno*, y ἀναξ, *príncipe*.

16. En el ejército enemigo ocupaba el ala izquierda Faetón con los Hipomirmecos, que son unos animales con alas, parecidos á nuestras hormigas, excepto en el tamaño, pues el mayor de ellos era por lo menos de dos yugadas. No sólo combaten los que los montan, sino ellos mismos con sus cuernos. Habría cincuenta mil, según nos dijeron. En la derecha enemiga estaban los Aeroconapos (1), también en número de unos cincuenta mil, todos arqueros, montados en mosquitos enormes: detrás se colocaron los Aerocordacios (2), infantería ligera, pero muy belicosos: lanzaban de lejos, con las hondas, rábanos colosales: el combatiente á quien alcanzaban, resistía poco tiempo, pues le mataba el hedor que despedían al instante sus heridas: decíase que untaban los dardos en jugo de malva. Cerca de los Aerocordacios se colocaron diez mil Caulomicetes (3), hoplitas que peleaban de cerca, cuyo nombre les viene de usar hongos para escudos, y cabos de espárragos para lanzas. A su lado se pusieron los Cinobalanos (4), enviados por los habitantes de Sirio, en número de cinco mil. Son hombres con cabeza de perro, que combatían bajo grandes bellotas con alas. Decíase que faltaban algunos auxiliares, los honderos de la Vía láctea y los Nefelocentauros (5). Estos llegaron cuando la batalla estaba empeñada (¡ojalá no hubieran venido!). Los honderos no parecían, por lo cual se dice

(1) De *ἀήρ*, *aire*, y *κώνωψ*, *κώνωπος*, *mosquito*: *aëroculices*.

(2) De *ἀήρ*, *aire*, y *κόρδαξ*, *κόρδακος*, *baile de la antigua comedia*. Se supone, con fundamento, que el segundo componente de este vocablo debe ser *κόραξ*, *κόρακος*, *cuervo*.

(3) De *καυλός*, *tallo en general y tallo de espárrago*, y *μύκης*, *hongo*: *caulifungi*.

(4) De *κύων*, *κυνός*, *perro*, y *βάλανος*, *bellota*: *caniglandarii*.

(5) De *νεφέλη*, *nube*, y *κένταυρος*, *centauro*: *nubicentauri*.

que Faetón, irritado, abrasó su país más adelante. Con estas fuerzas se apercibía á combatir el rey del Sol.

17. Llega el momento de pelear: yérguense las enseñas militares; los asnos de ambos ejércitos rebuznan, pues los usan para clarines, y comienza la batalla. El ala izquierda de los Heliotos (1) huye, sin poder resistir el empuje de los Hipogipos, y la perseguimos haciendo gran matanza: su derecha, en cambio, arrolla nuestra izquierda y los Aeronócopos la atacan y llegan en su persecución hasta nuestra infantería. Adelántase ésta para auxiliarla, y los obliga á retirarse en desorden, sobre todo al comprender que su izquierda ha sido vencida. La fuga es general: son hechos prisioneros muchos, y muchísimos son muertos, y la sangre llueve copiosamente sobre las nubes, que toman ese tinte rojizo con que se coloran cuando el sol se pone. Mucha cayó hasta la tierra, por lo cual creo que algún acontecimiento semejante, ocurrido en otra ocasión en las regiones celestes, sería el que hizo pensar á Homero que Júpiter llovía sangre por la muerte de Sarpedonte (2).

18. Vueltos de la persecución, levantamos dos trofeos, uno sobre la tela de araña, por el combate de la infantería, otro en las nubes, conmemorativo de nuestra victoria aérea. En el momento de concluirlos, anuncian los vigías la llegada de los Nefelectauros, que debían haber venido á auxiliar á Faetón antes de la batalla. Al acercarse, nos dejó por de pronto estupefactos la vista de aquellos seres, mitad hombres y mitad caballos con alas. Su grandor es tal, que la parte humana iguala á la mitad superior del Coloso

(1) De ἥλιος, *sol*.

(2) *Ilíada*, XVI, v. 459.

de Rodas, y la de caballo al mayor navío mercante. Su número tan grande, que no lo consigno, por temor de que no se me crea. Mandábalos el Sagitario del Zodiaco. Apenas supieron la derrota de sus amigos, enviaron á decir á Faetón que reanudase el combate; fórmanse ellos en batalla; caen sobre los Selenitas (1) desbandados, errantes y dispersos en la persecución y despojo de los enemigos. Ponen en dispersión á todos; persiguen hasta la ciudad á Endimión, y le matan casi todas las aves de combate. Derriban después los trofeos, recorren todo el campo fabricado por las arañas y me llevan cautivo con dos de mis compañeros. Faetón llega en aquel instante. Erigen otros trofeos nuestros vencedores, y nos llevan en el mismo día prisioneros á los dominios del Sol, atadas atrás las dos manos con un hilo de araña.

19. No quisieron poner sitio á la ciudad. Limitáronse á volver y á construir en el espacio un muro que impidiese á los rayos del Sol llegar hasta la Luna: este muro era doble y hecho de nubes; y produjo en la Luna un eclipse total, y obscuridad perpetua. Endimión, agobiado por estos males, envió una embajada suplicando que se derribase el muro y que no le hiciesen vivir en las tinieblas. Prometía pagar tributos á Faetón, ser su aliado, no hacerle la guerra, y ofrecía rehenes en prenda del tratado. Faetón reunió dos veces su consejo: en la primera junta, llenos de ira, no cedieron en nada; en la segunda opinaron de otro modo, y se ajustó la paz en estos términos:

20. «Se hace un tratado entre los Heliotas y sus aliados y los Selenitas y los suyos, con las condiciones siguientes: los Heliotas demolerán el muro de interposición; no harán nuevas irrupciones en la Luna,

(1) De Σελήνη, *luna*.

y devolverán los prisioneros mediante el rescate convenido para cada uno. Los Selenitas por su parte respetarán la autonomía de los demás astros; no harán la guerra á los Heliotas, auxiliándose mutuamente en lo sucesivo ambas naciones; el Rey de los Selenitas pagará al de los Heliotas un tributo anual de diez mil ánforas de rocío y le dará en rehenes igual número de súbditos. La colonización del Lucero matutino se hará en común por los que quieran de cada pueblo. El tratado se grabará en una columna de ámbar, puesta en el aire, en el límite de ambos estados. Han jurado, por los Heliotas: Pirónides, Tirites y Flogio (1); por los Selenitas: Níctor, Menio y Polilampes (2).»

21. Así se hizo la paz. El muro fué demolido y nosotros entregados. Cuando volvimos á la Luna salieron á recibirnos nuestros compañeros, y nos abrazaron llorando. Lo mismo hizo Endimión, el cual nos rogó que permaneciésemos á su lado y que nos estableciésemos en la colonia: me prometió, además, la mano de su hijo, porque allí no hay mujeres. No me dejé persuadir, y le supliqué que nos bajase al mar. Viendo que no podía convencerme, nos dejó partir al cabo de siete días de obsequios.

22. Durante mi permanencia en la Luna, vi cosas estupendas y peregrinas, que voy á referir. En primer lugar, allí no nacen de mujeres, sino de hombres: los matrimonios se verifican sólo entre varones, pues ni siquiera de nombre saben lo que es mujer. Hasta los veinticinco años hacen todos de esposas, y desde

(1) *Pironides*, de πῦρ, πυρός, *fuego*; *Terites*, de θέρος, *estío*; *Flogio*, de φλόξ, φλογός, *llama*. En latin *Ignæus*, *Aestivus*, *Flammeus*.

(2) *Nictor*, de νύξ, νυκτός, *noche*; *Menio*, de μήν, μηνός, *mes*; *Polilampo*, de πολύς, *mucho*, y λαμπάς, *lámpara*. En latin *Nocturnus*, *Menstruus* y *Multilucius*.

esta edad el opuesto papel. La gestación no se verifica en el vientre, sino en la pantorrilla: verificada la concepción, la pantorrilla aumenta de volumen; poco después, en el plazo conveniente, la sajan, y extraen un niño muerto; lo cuelgan al aire con la boca abierta, y así le dan vida. De esto proviene, á mi ver, el nombre griego *gastrocnemia* (1), pues la pantorrilla, en vez del vientre, es la preñada allí. Pero aun contaré una cosa mayor. Hay en la Luna una casta de hombres llamados Dendrites (2), que nacen como voy á decir: cortan el testículo derecho de un hombre y lo plantan en tierra; nace de él enseguida un árbol grande y carnoso, como un falo, echa hojas y ramas: y sus frutos son bellotas de un codo de magnitud. Cuando están maduras, las cogen y sacan hombres de ellas. Sus partes genitales son postizas; unos las tienen de marfil, otros, los pobres, de madera; y cumplen con ellas lo relativo á la procreación.

23. Cuando un hombre llega á la vejez, no muere, sino se disuelve en el aire, como el humo. Comen todos lo mismo: encienden fuego, y asan sobre las ascuas ranas volátiles, que se crían allí en gran cantidad. Siéntanse en derredor del fuego como si fuera una mesa, aspiran el olor del asado y así se regalan. Este es su alimento sólido. Su bebida consiste en aire comprimido en un vaso, en el que da un líquido semejante al rocío. No orinan, ni defecan, ni tienen, como nosotros, conductos para el caso. Sus muchachos no son accesibles al amor sino por las pantorrillas, donde está la *gastrocnemia*. Entre ellos es hermoso ser calvo y no tener ni un pelo, pues tienen por las cabelleras verdadero horror. En

(1) De γαστήρ, *vientre*, y κνήμη, *pierna*.

(2) Derivado de δένδρον, *árbol*.

cambio en los Cometas, según contaron algunos viajeros, gozan los cabelludos de mucha estimacion. La barba les llega casi hasta la rodilla: carecen de uñas en los pies, y tienen todos un solo dedo. Sobre las nalgas les nace una gran berza, á manera de cola, siempre verde, y que no se rompe aunque caigan de espaldas.

24. De la nariz les fluye una miel acre; y cuando trabajan ó se ejercitan, todo su cuerpo suda leche, con la cual fabrican quesos, echándole un poquito de miel. Extraen de la cebolla un aceite muy craso, aromático como un perfume. Tienen muchas viñas que dan agua, con uvas como granizos; por lo cual creo yo que cuando el viento las agita, cae en nuestra Tierra el granizo, que procede de aquellos racimos desgranados. El vientre les sirve de alforja, donde guardan cuanto necesitan, pues lo pueden abrir y cerrar á voluntad: no se ven en él intestinos, ni hígado, sino que es veloso y peludo por dentro, tanto que los recién nacidos se meten en él si tienen frío.

25. El vestido de los ricos es de cristal blando; el de los pobres un tejido de cobre: aquella región produce mucho este metal, que trabajan como lana mojóndolo un poco. Respecto á los ojos, no sé si decir cómo los tienen, pues temo que por lo increíble de la cosa sospechen que miento. Diré, sin embargo, esto. Los tienen separables, y el que quiere se los quita hasta que necesite ver algo: entonces se los ponen y ven. Muchos cuando pierden sus ojos compran los de otros, y miran con ellos. Los ricos suelen tener muchos de repuesto. Tienen las orejas de hoja de plátano, excepto los nacidos de bellotas, que las tienen de madera.

26. En el palacio real vi otro prodigio. Era un grandísimo espejo colocado sobre un pozo no muy

profundo. Quien baja al pozo oye todo cuanto se dice en nuestra Tierra, y el que mira al espejo ve todas las ciudades y todas las naciones como si estuviese en medio de cada una. Yo vi también á mi familia y toda mi patria: no puedo asegurar si me verían á mí. Quien no lo crea, vaya allí, y verá que digo la verdad.

27. Después de haber saludado al rey y á sus amigos nos embarcamos y partimos. Endimión nos regaló dos túnicas de cristal y cinco de cobre, y una armadura completa de altramuces, pero todo me lo dejé en la ballena. Nos dió también una escolta de mil Hipogipos, que nos acompañaron quinientos estadios.

28. En la navegación costeamos otros muchos países, y arribamos al recién colonizado Lucero matutino, donde desembarcamos para tomar agua. Dirigímonos al Zodiaco, dejando á la izquierda el Sol, y navegamos casi á flor de tierra, pero sin poder bajar á ella, á pesar del vivo deseo de mis amigos, por impedirnoslo el viento. Divisamos, sin embargo, una región verde, fértil, abundante en agua, y llena de muchos bienes. Viéronnos, entonces, los Nefelocentauros, mercenarios de Faetón, y volaron á nuestra nave; pero enterados de que estábamos comprendidos en la alianza, se retiraron.

29. También se habían retirado ya los Hipogipos. Navegamos una noche y un día, y al caer de la tarde, después de habernos dirigido hacia abajo, llegamos á Licnópolis (1). Esta ciudad se halla situada en el aire entre las Pléyades y las Hiades, bastante más abajo que el Zodiaco. Desembarcamos y no vimos hombre alguno, sino muchas lámparas que andaban

(1) Nombre formado de *λυχνός*, lámpara, y *πόλις*, ciudad.

por la plaza y por el puerto. Unas eran pequeñas, ó como si dijéramos pobres; otras, pocas (los ricos y poderosos), muy claras y brillantes. Tenía cada cual su habitación ó linterna, y su nombre, como las personas. Las oímos hablar. Lejos de hacernos daño, nos brindaron hospitalidad. Pero no nos atrevimos á aceptarla, ni á cenar ni dormir ninguno. El palacio del rey se levanta en medio de la ciudad. El príncipe está sentado en él toda la noche, llamando por su nombre á cada una, y la que no responde es condenada á muerte, por abandono de su puesto. La muerte es ser apagada. Fuimos al palacio y vimos lo que ocurría, y oímos las defensas de muchas que exponían la causa de su tardanza. Reconocí entre ellas la lámpara de mi casa; le pregunté cómo estaba mi familia, y me dió noticias de todo. Permanecimos allí aquella noche. Zarpamos al día siguiente y navegamos cerca de las nubes. Descubrimos en ellas y admiramos la ciudad de Nefelecoccigia (1), pero no desembarcamos por ser contrario el viento. Decíase que reinaba actualmente en ella Corono, hijo de Cotifión (2). Recordé al poeta Aristófanes, hombre docto y veraz, á cuyos escritos se intenta inútilmente no dar crédito. Á los tres días vimos ya distintamente el Océano; pero ninguna tierra fuera de las del aire, y éstas de color de fuego, y sumamente brillantes. Á la mitad del cuarto día, el viento cedió y cesó suavemente, y bajamos al mar.

30. Cuando tocamos el agua, ¡qué placer y qué alegría sentimos! Ante el gozo presente, lo dimos todo

(1) Ciudad fundada por Euepides y Pistetero, en *Las Aves*, de Aristófanes. (V. nuestra traducción de esta comedia en el tomo XXXIV de la BIBLIOTECA CLÁSICA.)

(2) Corono, de κορώνη, *corneja*: Cotifión, de κόττυφος, *mirlo*.

por bien empleado; nos arrojamos al mar y nadamos. El tiempo estaba sereno y la mar tranquila. Pero á menudo el mejoramiento de suerte suele ser principio de males mayores; porque tras dos días de navegación plácida, al salir el sol del tercero, se presentaron de repente infinidad de monstruos marinos y ballenas, de las cuales la mayor era de mil quinientos estadios. Venía hacia nosotros nadando con la boca abierta, revolviendo el mar á gran distancia, levantando montes de espuma, y mostrando los dientes, mucho mayores que nuestros falos, agudos como picas, y blancos como el marfil. Nos dirigimos la postrer palabra, nos abrazamos y esperamos. Llegó la ballena y nos tragó con nave y todo. Sin embargo, no nos hizo pedazos entre los dientes, y la nave se deslizó por sus instersticios.

31. Dentro ya, estaba obscuro al principio y nada veíamos. Después, cuando abrió la boca el cetáceo, vimos una gran caverna, muy alta y muy ancha, y capaz de contener una ciudad con diez mil moradores. En el centro había un montón de peces pequeños, de restos de animales diversos, de velas y áncoras de navíos, de huesos humanos y de cargamentos, y en el mismo lugar tierra y colinas, formadas, á mi parecer, por el limo que la ballena deglutía. Habíase formado en ellas una selva con árboles de toda especie; crecían también legumbres lozanas, y todo se asemejaba á un campo en buen cultivo. El perímetro de aquella tierra era de doscientos cuarenta estadios. Veíanse también aves marinas, gaviotas y alciones que criaban sus pollitos en los árboles.

32. Entonces lloramos copiosamente. Animo, por fin, á mis compañeros, anclamos la nave, hacemos fuego por medio del pedernal, y preparamos la cena con lo que hallamos á mano: había por allá peces

de toda clase en abundancia, y nos quedaba todavía agua del Lucero matutino. Al día siguiente, al levantarnos, siempre que abría la boca la ballena, veíamos unas veces tierras, otras montes, otras sólo cielo, y á menudo islas, y conocíamos por esto que el monstruo recorría rápidamente todos los mares. Habitados ya á nuestra morada, penetro en la selva con siete compañeros para explorarlo todo. No habría andado cinco estadios (1), cuando encuentro un templo consagrado á Neptuno, como su inscripción indicaba, y poco más lejos, muchos sepulcros con sus cipos, todos cerca de una fuente de agua muy clara. Oímos además el ladrido de un perro, y vimos humo á distancia, de lo cual colegimos que había por allí alguna casa.

33. Avanzamos rápidamente, y hallamos á un anciano y á un joven que trabajaban con afán en una huerta, y en dirigir á ella el agua de la fuente. Alegres y espantados á la vez, nos detenemos: ellos, conmovidos, como es de suponer, por iguales sentimientos que nosotros, se detienen también, sin decir una palabra. Pasado un momento, pregunta el anciano: «¿Quiénes sois, extranjeros? ¿Sois dioses marinos ó mortales infortunados como nosotros? Porque nosotros somos hombres, habitantes un día de la tierra y hoy del mar, en que nadamos dentro del monstruo que nos encierra, sin saber á ciencia cierta nuestra suerte; pues pensábamos que habíamos muerto, y creemos, sin embargo, que vivimos.» Le respondí: «Nosotros, anciano, somos hombres recién venidos, tragados antes de ayer con nuestra nave. Ahora veníamos á reconocer esta selva, que nos ha parecido dilatada y frondosa. Un dios, sin duda, nos

(1) Unos 900 metros.

ha guiado para que te viéramos, y supiésemos que no éramos los únicos encerrados en el monstruo. Pero cuéntanos tus aventuras; dinos quién eres y cómo has entrado.» Él repuso que nada nos diría ni nos oiría antes de que recibiésemos los dones de la hospitalidad de que disponía; y cogiéndonos de la mano nos lleva á una casa que había logrado hacer bastante cómoda, con sus lechos y otros muebles necesarios. Nos sirvió allí frutas, legumbres, peces y vino, y después de saciado el apetito, preguntó qué nos había sucedido, y yo le referí, sin omitir detalle, la tempestad, las aventuras de la isla, la navegación, la batalla y todo lo demás hasta nuestra bajada á la ballena.

34. Lleno de admiración, comenzó el anciano á su vez la narración de sus aventuras. «Extranjeros, dijo, yo soy natural de Chipre. Salí de mi patria, por negocios de comercio, con este hijo que aquí veis y muchos servidores, y me dirigí á Italia, llevando mi cargamento en un gran navío, cuyos restos habréis visto, quizá, en la boca de la ballena. Nuestra navegación fué feliz hasta Sicilia. Asaltados allí por un fuerte viento, fuimos llevados en tres días al Océano, donde encontramos esta ballena, y fuimos tragados los hombres y la nave, muriendo todos nuestros compañeros y salvándonos nosotros dos sólo. Sepultamos nuestros muertos y erigimos un templo á Neptuno, y empezamos á vivir cultivando legumbres en el huerto y comiendo, además, frutas y peces. Esa selva, como veis, es muy extensa y tiene también muchas vides que dan vino gratisimo; y ya habréis visto quizá una fuente de agua muy fría y clara. Hacemos la cama de hoja, tenemos mucho fuego, cazamos las aves que vuelan en derredor nuestro, y pescamos peces vivos metiéndonos por las branquias del

cetáceo, en las cuales nos bañamos también cuando queremos. No lejos de ellas hay, en efecto, una laguna de agua salada, como de veinte estadios (1) de circuito, con peces de toda clase, en la cual nadamos, y nos paseamos en un pequeño esquife que yo he hecho. Han pasado veintisiete años desde que fuimos tragados.

35. »Nuestra situación sería, sin embargo, tolerable; pero nuestros vecinos, que habitan cerca de nosotros, son intratables, molestos, insociables y muy fieros.—¡Cómo! le dije ¿hay otros habitantes en el cetáceo?—Muchos, me respondió, y muy inhospitarios, y de horrible aspecto. Al Occidente de la selva, hacia la cola, habitan los Taricános (2), gente de ojos de anguila y cara de cangrejo, guerrera, audaz y crudívora. Al otro lado, hacia el costado derecho, están los Tritonomendetes (3), semejantes al hombre en la parte superior de su cuerpo, y en la inferior á la comadreja. Son los menos feroces. En la izquierda viven los Carcinoquiros (4) y los Tinnocéfalos (5), unidos por una alianza ofensiva y defensiva. La parte media está ocupada por Pagúridas (6) y Psetópodos (7), raza batalladora y velocísima. Los países orientales, próximos á la boca, están casi desiertos por motivo de las inundaciones marítimas. Yo disfruto de esta parte mediante un tributo de quinientas ostras que pago anualmente á los Psetópodos.

(1) 3.600 metros.

(2) De τάριχος, *salazón*: *Salsamentarii*.

(3) De Τρίτων, *Tritón*, deidad marítima, y μένδης, nombre del *chivo* en Egipto, según Herodoto (lib. II, 46): *Capritritonici*.

(4) De καρκίνοσ, *cangrejo*, y χείρ, *mano*: *Cancrimani*.

(5) De θύννοσ, *atún*, y κεφαλή, *cabeza*: *Thunnicipites*.

(6) De πάγοσ, *costra* y ούρα, *cola*.

(7) De ψήττα, especie de *rodaballo*, y ποῦσ, ποδός, *pie*: *Rhombipedes*.

36. Tal es el país. Tenemos que defendernos contra toda esa gente, y ver cómo nos procuramos la subsistencia.—¿Cuántos son? le pregunté.—Más de mil, dijo.—¿Qué armas tienen?—Ninguna, sólo emplean espinas de pescados.—Pues lo mejor será atacarlos, ya que no tienen armas y nosotros las tenemos. Porque si vencemos, podremos en adelante vivir tranquilos.» Así se acordó, y fuimos á la nave á hacer nuestros preparativos. Motivo de la guerra sería el negarse al pago del tributo, cuyo plazo vencía por suerte entonces. Ellos enviaron embajadores para cobrarlo, y el anciano los despidió con altanería. Los Psetópodos y los Pagúridas, furiosos, vinieron los primeros en tumulto contra Escíntaro (así se llamaba el anciano).

37. En previsión del ataque, esperábamos armados y dispuestos, después de haber enviado una avanzada de veinticinco hombres con orden de mantenerse emboscados hasta que el enemigo los rebasase. Hicieronlo así; cayeron sobre la retaguardia enemiga y la destrozaron. Nosotros, en igual número de veinticinco, pues Escíntaro y su hijo se nos habían agregado, les salimos al encuentro, y atacándolos vigorosa y denodadamente, trabamos un combate dudoso. Por fin les hicimos huir, y les perseguimos hasta sus cavernas. El enemigo tuvo ciento setenta muertos: nosotros solamente uno, el piloto, al que una especie de salmonete atravesó el costado.

38. Permanecimos aquel día y la noche siguiente en el campo de batalla, en el cual erigimos un trofeo hecho con la seca espina dorsal de un delfín. Al otro día, los restantes, sabedores de lo ocurrido, se presentan, ocupando el ala derecha los Tarícanos, á las órdenes de Pelamo (1); la izquierda, los Tinnocé-

(1) De *πηλαμύς*, especie de atún.

falos, y el centro los Carcinoquiros. Los Tritonomendetes no se habían movido y permanecían neutrales. Les salimos al encuentro cerca del templo de Neptuno. Les acometimos dando grandes gritos, que retumbaban como en una caverna en el vientre del cetáceo. Les hicimos huir por falta de armas, los perseguimos por la selva, y dominamos, por fin, la comarca.

39. Poco después nos envían heraldos para recoger los muertos y hacer amistoso pacto. Nos negamos á admitir tregua alguna, y al día siguiente invadimos sus tierras y damos muerte á todos, excepto á los Tritonomendetes. Pero éstos, viendo lo ocurrido, saltan al mar, corriendo por las branquias del cetáceo. Recorrimos todo el país, limpio ya de enemigos, y vivimos en él tranquilamente, dedicados á diversos ejercicios, cazando mucho, cultivando las viñas y recogiendo la fruta de los árboles, lo mismo, en fin, que personas que viven regaladas y libremente en una cárcel inmensa, de donde es imposible fugarse. Así pasamos un año y ocho meses.

40. En el quinto día del noveno mes, hacia la segunda apertura de la boca de la ballena, pues es de advertir que el cetáceo abría la boca á cada hora, lo que nos servía para medir el día; á la segunda apertura, digo, oímos de repente un gran tumulto y gritería, como de maniobra y voces de remeros. Turbados, como es natural, nos arrastramos hasta la boca del monstruo, y desde los huecos de los dientes contemplamos el más extraño y maravilloso espectáculo que en mi vida he visto: unos hombres como de medio estadio de altura, navegando, como en trirremes, sobre grandes islas. Comprendo que esto parecerá increíble, pero lo diré, sin embargo.

Las islas eran más largas que altas, y tendría cada

una sobre cien estadios de circuito. Las tripulaban ciento veinte de aquellos gigantes. Unos, sentados á lo largo de la orilla, manejaban, á guisa de remos, grandes cipreses con hojas y ramas; detrás, como en la popa, el piloto sobre una alta colina, manejaba el timón de bronce, de un estadio de largo; en la proa, cubiertos de armas y como apercebidos á combatir, iban unos cuarenta guerreros, enteramente iguales á los hombres, excepto en las cabelleras, que eran de fuego y flameantes, por lo cual no necesitaban de casco. En vez de velas, cada isla tenía en el centro un bosque espesísimo, en el cual penetraba el viento, llevándola á donde el piloto quería. Tenían un jefe de remeros, y éstos trabajaban con vigor, como se acostumbra para mover los grandes navíos.

41. Al principio sólo veíamos dos ó tres; después aparecieron unas seiscientas, que, separándose en dos escuadras, comienzan un combate marítimo. Atácanse muchas proa á proa; la violencia del choque echa á pique gran número; enlázanse otras fuertemente, y con dificultad se sueltan; los combatientes de las proas alardean de audacia, saltan á las naves enemigas y matan sin compasión. No se hace ningún prisionero. En vez de férreas mazas, arrójanse madejas de pulpos enormes que, agarrándose á las selvas, detienen las islas; y se hieren con ostras grandes como carros, y esponjas de la extensión de una yugada.

42. Mandaba una de las escuadras Eolocentauro (1), y la otra Talasópotes (2). Un robo era, al parecer, la causa de la guerra. Decíase que Talasópotes había quitado á Eolocentauro muchos rebaños de delfines.

(1) Αἰόλος, *Eolo*, y κένταυρος, *centauro*.

(2) Significa *que bebe la mar*.

Así lo comprendimos por los gritos de los combatientes, que nos hicieron saber también el nombre de los caudillos. Vencen, por fin, los soldados de Eolo-centauro, que echa á pique cerca de ciento cincuenta islas enemigas, y apresa tres con todos sus tripulantes. El resto huye, con las popas quebradas. Los vencedores las persiguen algún tiempo, y vuelven á la tarde al sitio del naufragio. Apodéranse de los restos de las naves enemigas y recuperan sus propios bienes, pues no habían perdido menos de ochenta de las suyas. Erigen luégo un trofeo conmemorativo de esta batalla de islas, colgando una de los enemigos en la cabeza de la ballena. Pasan aquella noche junto al cetáceo, sujetando en él sus amarras, sus fuertes áncoras de cristal muy grueso, y á la mañana siguiente, después de ofrecer un sacrificio encima de la ballena y de enterrar en ella sus muertos, parten gozosos, entonando una especie de himno de victoria. Así fué la batalla de islas.

XXVII.

HISTORIAS VERDADERAS.

LIBRO SEGUNDO.

1. Desde entonces se me hizo insoportable la vida que teníamos en la ballena y horrible la permanencia en el cetáceo. Busqué, pues, un modo de evadirme. Primero nos pareció que bastaría abrir un agujero en el costado derecho, y comenzamos á practicarlo; pero después de llegar inútilmente á una profundidad de cinco estadios, desistimos de este proyecto, y resolvimos incendiar la selva. Así moriría el monstruo, y entonces nuestra evasión era segura. Principiamos, pues, por dar fuego á las partes próximas á la cola; durante siete días y siete noches no dió muestras la ballena de sentir el calor; al octavo día y al noveno comprendimos que estaba enferma, porque abría la boca con dificultad, y si la abría la volvía á cerrar inmediatamente; al décimo y undécimo estaba moribunda y olía mal. Al duodécimo advertimos, por fin, que si no interponemos algún obstáculo para impedirle cerrar por completo la boca, corríamos peligro de quedar encerrados dentro del cadáver y de morir con ella. Apeamos para ello sus mandíbulas con vigas enormes, preparamos la nave, cargándola

con toda la cantidad de agua que pudimos y con lo demás necesario, y encomendamos el timón á Escíntaro. Al dia siguiente la ballena ya había muerto.

2. Sacamos nuestro navío, lo pasamos por los intersticios de los dientes, lo suspendemos de ellos y lo hacemos bajar al mar plácidamente. Subimos entonces al dorso, ofrecemos un sacrificio á Neptuno, y por falta de viento permanecemos allí tres días junto al trofeo; al cuarto día zarpamos. Vimos por allá muchos cadáveres de la batalla naval, y tropezamos con algunos, los medimos y nos asombró su tamaño. Continuamos algunos días navegando con un tiempo magnífico; pero después sopló impetuosamente el Bóreas, y produjo un frío tan grande que se heló todo el mar, no sólo en la superficie, sino hasta una profundidad de cuatrocientas brazas, de modo que pudimos bajar del navío y andar por el hielo. Persistiendo el viento, y siendo insoportable, tomamos la resolución, sugerida por Escíntaro, de abrir en el agua una gran cueva, donde permanecemos treinta días, encendiendo fuego, y comiendo peces que, sin más que cavar, cogíamos. Faltos ya de lo necesario, volvemos al navío, lo sacamos del hielo y nos damos á la vela, haciéndolo deslizarse blanda y ligeramente sobre la superficie congelada. Al quinto volvió el calor, derri-tióse el hielo y el mar se convirtió en agua.

3. Habíamos andado unos trescientos estadios, cuando llegamos á una pequeña isla desierta. Hicimos provisión de agua, que ya empezaba á faltarnos, y matamos á flecha dos toros salvajes. Estos toros no tenían los cuernos en la cabeza, sino debajo de los ojos, como quería Momo. Poco después penetrábamos en un mar no de agua, sino de leche, con una isla muy blanca llena de vides. Esta isla era un queso enorme, muy duro, como observamos después al co-

merlo, de veinticinco estadios de circuito. Las vides estaban llenas de uvas, pero al exprimirlas daban leche en vez de vino. En el centro de la isla había un templo consagrado á la nereida Galatea (1), como la inscripción decía. Permanecimos allí algún tiempo; nos servía de comida la misma tierra y de bebida la leche de los racimos. Decíase que Tiro (2), hija de Salmoneo, reinaba en la isla, habiendo conseguido este honor de Neptuno, cuando la abandonó este numen.

4. Permanecimos allí cinco días; levamos anclas el sexto, y bogamos con viento favorable sobre un mar tranquilo. A los ocho días, cuando ya no navegábamos por el mar de leche, sino por un piélago de agua salada y cerúlea, vimos que corrían sobre el mar muchos hombres, semejantes á nosotros en todo, en cuerpo y en estatura, excepto en los pies, que los tenían de corcho, de donde les viene sin duda el nombre de Felópodos (3). Nos asombraba el que no se hundiesen en el agua, sobre la cual se sostenían y caminaban sin miedo. Algunos se nos acercaron y nos saludaron en lengua griega, diciéndonos que se dirigían á Felo, su patria, y nos acompañaron algún tiempo, corriendo junto al navío. Luégo cambiaron de dirección, y se despidieron de nosotros deseándonos feliz viaje. Poco después vimos varias islas, y cerca de nosotros, á la izquierda, la de Felo, adonde aquéllos sedirigian aprisa. Es una ciudad construída sobre un grandísimo corcho redondo. A lo lejos, un poco más á la derecha, distinguimos cinco islas muy grandes y elevadas, de las cuales salía un fuego continuo.

(1) El nombre de esta ninfa es un derivado de γάλα, *leche*.

(2) Tíirno significa *queso*.

(3) De φελλός, *corcho*, y ποῦς, ποδός, *pie*: *Suberipedes*.

5. Hacia la proa había una ancha y baja, á unos quinientos estadios. Nos acercamos á ella, y percibimos un olor admirable, suave y gratisimo, como el que dice que sale de la Arabia Feliz el historiador Herodoto (1). El perfume que regalaba nuestro olfato era tan suave como una mezcla de rosa, narciso, jacinco, azucena, violeta, mirra, laurel y flor de vid. Deleitados por él, esperamos hallar la dicha tras largos trabajos. Nos acercamos á la isla. La vemos llena de puertos grandes y seguros, surcada de diáfanos ríos que desaguan plácidamente en el mar, y embellecida por praderas y bosques. Infinitas aves de melodiosa voz cantan sin cesar en las orillas y en los árboles. Un aire leve y suavísimo cercaba la comarca; las más dulces brisas removían blandamente las selvas y producían entre el follaje prolongados y dulcísimos sonidos, semejantes á los de flautas oblicuas en lugares solitarios. Mezclábase á ellos un rumor no desacorde y tumultuoso, sino como el que se produce en un banquete, cuando á las notas de flautas y de cítaras se mezclan alabanzas y aplausos.

6. Arribamos, hechizados por todas estas cosas; anclamos en el puerto y desembarcamos, dejando en la nave á Escíntaro, con dos compañeros. Nos adelantamos por un prado florido, y unos guardas nos apresan y nos llevan al rey, atados con guirnaldas de rosas, que son las cadenas más duras que allí se conocen. En el camino nos dijeron que aquella era la isla de los Bienaventurados, regida por el cretense Radamanto. Nos presentaron á él, y se señaló para nuestra causa el cuarto turno.

7. El primer juicio era el de Ajax de Telamón, sobre si había de ser admitido entre los héroes. Se le

(1) Lib. III, 92.

acusaba de haberse suicidado en un arretrato de ira. Por fin, después de muchas alegaciones por ambas partes, falló Radamanto que se le hiciese beber el heléboro y se le entregase al médico de Cos, Hipócrates, y que cuando recobrase la razón se le admitiera al banquete.

8. El segundo juicio era una cuestión de amores. Teseo y Menelao litigaban acerca de Helena, á cuya posesión aspiraban ambos. Radamanto se la adjudicó á Menelao, en atención á los muchos trabajos y peligros que había sufrido con motivo de su matrimonio. Teseo, por otra parte, ya tenía otras mujeres, la Amazona aquella y las hijas de Minos.

9. El tercero fué sobre preferencia entre Alejandro, hijo de Filipo, y el cartaginés Aníbal. Se sentenció á favor de Alejandro, á quien se puso silla junto á Ciro I de Persia.

10. En cuarto lugar fuimos llamados nosotros. Se nos preguntó por qué causa habíamos penetrado, aun vivos, en la región sagrada. Nosotros referimos todas nuestras aventuras. Ordenó Radamanto que nos apartásemos un poco, y trató de nuestro asunto con algunos asesores. Estaban presentes muchos, entre ellos el ateniense Aristides el Justo. Conforme á su parecer, se decretó que á nuestra muerte se nos impondría por nuestra curiosidad y viaje el condigno castigo, y que por de pronto pudiéramos detenernos en la isla y disfrutar del banquete de los héroes durante un plazo determinado, pasado el cual partiríamos. Se dispuso que nuestra permanencia no podría exceder de siete meses.

11. Entonces las guirnaldas que nos sujetaban se desataron por sí mismas, y fuimos llevados á la ciudad y al festín de los Bienaventurados. Esta ciudad es toda de oro y la rodea un muro de esmeralda. Tie-

ne siete puertas, cada una de un solo trozo de cinamomo: el pavimento es de murallas adentro de marfil; todos los templos de los dioses están fabricados de berilo, y en sus aras, hechas de una gran amatista, se inmolan hecatombes. Corre en derredor de la ciudad un río de perfumes: su aroma es deleitoso; su anchura de cien codos regios, y su profundidad de cincuenta, de modo que se nada en él perfectamente. Los baños son allí magníficos edificios de cristal, perfumados con cinamomo: en vez de agua, las cisternas están llenas de rocío templado.

12. Usan trajes de sutilísimas telas de araña, teñidas de púrpura. Los bienaventurados no tienen cuerpo, son impalpables, carecen de carne, son pura apariencia, y sin embargo de su carencia de cuerpo, pueden estar de pie, moverse, pensar y hablar, pareciéndose, en suma, á un alma vestida con una apariencia de cuerpo. Si no se les toca, no se convence uno de que aquello que ve no es realmente cuerpo, pues son á modo de sombras erguidas, pero no sombras negras. Ninguno envejece; todos conservan la edad que tenían á su llegada. Allí no hay noche, ni día del todo claro. Un crepúsculo parecido al de la aurora, predecesora del sol, alumbra aquella tierra. Conocen una sola estación en el año: allí es siempre primavera; y siempre sopla el mismo viento, el céfiro.

13. El campo está lleno de toda clase de flores y de plantas cultivadas y silvestres. La vid fructifica doce veces al año, y se las vendimia una vez todos los meses. Los melocotoneros, los manzanos y los demás frutales decían que daban anualmente trece cosechas, una doble en el mes consagrado á Minerva. En vez de trigo, las espigas producen panes que se pueden comer sin más, como los hongos. Alrededor de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua,

otras tantas de miel, quinientas de perfumes, aunque éstas más pequeñas, siete ríos de leche y ocho de vino.

14. Destinado á festines, hay fuera de ia ciudad un paraje llamado el Campo Elíseo. Es un prado hermosísimo, rodeado de muchos árboles frondosos, á cuya sombra se tienden los convidados sobre alfombras de flores. Los vientos están encargados de todo el servicio del banquete, menos de escanciar el vino. Para esto no hacen falta, porque en torno del festín hay grandes árboles del cristal más diáfano, llenos de frutos de diversas formas y tamaños que sirven para copas. Cada comensal, al acercarse al banquete, coge una ó dos de estas copas, las coloca delante de sí, y al momento se llenan de vino, y así beben. En vez de coronas, los ruiseñores y otras aves cantoras dejan caer de sus picos sobre los convidados flores recogidas en las vecinas selvas, y las esparcen como si fuesen nieve, cantando y revoloteando al mismo tiempo. Perfúmase también de este modo: nubes densas absorben los aromas de las fuentes y del río, se suspenden después sobre el lugar del convite, y suavemente comprimidas por los vientos, llueven una especie de finísimo rocío.

15. La música y el canto amenizan el convite. Cántanse principalmente versos de Homero, que se halla presente, y participa del festín, recostado un poco más arriba que Ulises. Los coros son de muchachos y doncellas: los dirigen y conciertan Eúnomo de Locres (1), Arión de Lesbos (2), Anacreonte y Estesícoro. Vi, en efecto, á éste, reconciliado ya con Helena. Cuando termina este primer coro, viene otro de cisnes, golon-

(1) Músico famoso.

(2) Músico natural de Metimna en la isla de Lesbos. Se le atribuye la invención ó el perfeccionamiento del ditirambo.

drinas y ruiseñores. Mientras cantaba éste, toda la selva, dirigida por los vientos, hacía un acompañamiento de flautas.

16. Pero lo que hace más agradables los festines, es que cerca del lugar donde se verifican hay dos fuentes, una del Placer y otra de la Risa, de las cuales beben todos los comensales al principiar el banquete, y pasan el resto de él llenos de placer y de risa.

17. Quiero decir también todos los grandes hombres que allí he visto. Todos los semidioses y los jefes de la guerra contra Troya, excepto Ajax de Locres, el cual era el único, decían, que estaba castigado en el lugar de los impíos (1). De los bárbaros estaban los dos Ciro, el escita Anacarsis, el tracio Zamolxis y el italiano Numa, y además Licurgo de Lacedemonia, los atenienses Foción y Telo, y los sabios, á excepción de Periandro. Vi también á Sócrates, hijo de Sofronisco, conversando con Néstor y Palamedes; y á su alrededor al lacedemonio Jacinto, al tespiense Narciso, á Hilas y á otros muchos jóvenes hermosos. Me pareció prendado de Jacinto, pues todas las apariencias parecían demostrarlo. Radamanto, según se decía, estaba muy irritado contra Sócrates, y le había amenazado muchas veces con expulsarle de la isla, si no cesaba en su charla, y si durante el festín no dejaba su perpetua ironía. Sólo faltaba Platón, el cual vive en su ciudad imaginaria usando de la república y de las leyes por él escritas.

18. Aristipo y Epicuro disfrutaban de los más distinguidos honores, en consideración á su dulzura, á su gracia, y á sus excelentes condiciones para comensales. Estaban también el frigio Esopo, sirviendo de

(1) Por haber violado á Casandra.

bufón á los demás, y Diógenes de Sínope, pero tan cambiado de costumbres que se había casado con la cortesana Lais, y ebrio con frecuencia, se levantaba para bailar y hacía todas las locuras propias de la embriaguez. No había ningún estóico: decíase que aun estaban subiendo la ardua cuesta de la virtud. De Crisipo se susurraba que el ingreso en la isla le estaba prohibido hasta que tomase el heléboro por cuarta vez, y de los académicos, que deseaban venir, pero que se abstenían todavía y consideraban, por no haber podido comprender aún si realmente existía la isla. Por otra parte, como niegan todo criterio, temen el juicio de Radamanto, á mi ver. Contábase, sin embargo, que muchos habían tomado carrera para seguir á los que venían acá, pero que desmayaron antes de conseguir la comprensión, y á mitad de camino se volvieron atrás.

19. Estos eran los presentes más dignos de mención. Honran en primer término á Aquiles, y á Teseo después. Expondré ahora lo que piensan acerca de los placeres del amor. Hombres ó mujeres se mezclan públicamente, en presencia de todos, no viendo en ello ninguna liviandad. Sólo Sócrates protestaba con juramento de la pureza de su intención, pero la opinión de que juraba en falso era muy común. Muchas veces Jacinto y Narciso lo confesaban, pero él se obstinaba en negar. Todas las mujeres son comunes, y nadie tiene celos del vecino, siendo en esto platónicos á carta cabal. Los muchachos son muy amables y no niegan ningún favor.

20. Aun no habían pasado dos ó tres días, cuando me acerqué al poeta Homero, y estando los dos sin qué hacer, le pregunté, entre otras cosas, de dónde era, diciéndole que ésta era entre nosotros una obscurísima cuestión. Él contestó que ya sabía que unos

le creían natural de Quios (1), otros de Esmirna y muchos de Colofón, pero que era de Babilonia, y que en su país no se llamaba Homero, sino Tigranes; pero hallándose en rehenes (2), en Grecia, cambió de nombre después. Preguntéle además si había escrito los versos que solían quitarse de sus poemas, y me dijo que eran de él, por lo cual no pude menos de censurar las insulsas discusiones de los gramáticos Aristarco y Zenódoto. Satisfecha en este punto mi curiosidad, volví á preguntarle por qué había principiado su poema por la palabra venganza, y él me dijo que porque era la primera que se le había ocurrido sin pensar. Insistí en si, como muchos piensan, había escrito la *Odisea* antes que la *Iliada*, y contestó que no. Respecto á que no fué ciego, como se asegura, lo sabía por mí mismo, pues tenía hermosa vista, lo cual excusaba mi interrogación. Otras muchas veces cuando lo hallaba desocupado, le dirigí preguntas y él me respondía siempre con prontitud, sobre todo desde que había sido absuelto de una acusación. Tersites había presentado contra él querrela de injurias por las burlas del poema; pero Homero, defendido por Ulises, obtuvo la absolución.

21. Por aquel tiempo llegó el samio Pitágoras, metamorfoseado siete veces, después de haber vivido en otros tantos cuerpos y de haber recorrido todos los períodos señalados al alma. Todo su lado derecho era de oro. Se le juzgó digno de admiración, dudándose únicamente sobre si se le llamaría Pitágoras ó Euforbo. Vino también Empédocles lleno de quemadu-

(1) Siete ciudades, según un antiguo dístico, se disputaban la gloria de ser cuna de Homero: Esmirna, Quios, Colofón, Salamina, Ios, Argos y Atenas.

(2) "Ὅμηρος" significa *rehenes*.

ras y con todo el cuerpo asado. No fué admitido á pesar de sus súplicas.

22. Andando el tiempo llegó el de celebrar los juegos allí llamados de las Tanatusias (1). Aquiles los presidía por quinta vez, y Teseo por séptima. Sus detalles serían largos de referir, y contaré sólo lo más importante.

El heráclida Caro venció en la lucha, ganando la corona á Ulises, que se la disputaba. En el pugilato quedaron iguales los dos contendientes, Epeo y el egipcio Ario, cuyo sepulcro está en Corinto. No hay allí premio para el pancracio: el de la carrera no recuerdo quién lo consiguió. Entre los poetas, aunque Homero sobresalía realmente mucho por encima de Hesiodo, fué éste declarado vencedor. Los premios de todos los certámenes son coronas hechas con plumas de pavo real.

23. Apenas terminados los juegos, anuncian que los que sufrían castigos en el lugar de los réprobos habían roto sus cadenas y atropellado sus guardias y se dirigían á la isla capitaneados por Fálaris de Agrigento, Busiris de Egipto, Diomedes de Grecia, Escirón y Pitiocampto. Al oírlo forma Radamanto los héroes en la costa, á las órdenes de Aquiles, Teseo y de Ajax Telamonio, que ya había recobrado el juicio. Trábase la pelea, combátese con desnudo y vencen los héroes, gracias principalmente al acertado mando de Aquiles. Sócrates, colocado en el ala derecha, se batió denodadamente, mucho mejor que de vivo junto á Delium, pues al acercarse los enemigos, no sólo no huyó, sino que ni volvió la cara. Por lo cual se le concedió, como premio distinguido á su valor, un grande y hermoso jardín en el suburbio. Sócrates lo

(1) Fiestas de los muertos, de θάνατος, *la muerte*.

usó para reunir á sus amigos y discutir con ellos, y llamó Necracademia (1) á aquel sitio.

24. Los vencidos, apresados y encadenados, son devueltos para sufrir mayor castigo. Homero describió la batalla en un poema que me dió al marchar para que se lo entregase á mis compatriotas. Pero se me ha perdido con otras muchas cosas. El poema principiaba de este modo:

Ahora dime, oh Musa, la batalla
De los héroes muertos.

Cociéronse en seguida habas, según es uso allí cuando se termina felizmente una guerra; hubo un banquete para solemnizar la victoria, y se celebró una gran fiesta. Pitágoras fué el único que no participó del festín. Estuvo apartado sin comer, á causa de su aversión á las habas.

25. Habían transcurrido ya seis meses, y estábamos hacia la mitad del séptimo, cuando aconteció un suceso imprevisto. Ciniras, hijo de Escíntaro, hermoso y gallardo joven, estaba prendado hacia tiempo de Helena, la cual daba á entender que también le amaba con vehemencia. Se hacían señas á menudo en el banquete, brindaban el uno por el otro, y se levantaban de la mesa para pasear solos en el bosque. La violencia de su pasión y la imposibilidad de satisfacerla de otro modo, sugirieron á Ciniras la idea de robar á su amada y de huir con ella. Helena accedió, y decidieron refugiarse en cualquiera de las islas vecinas, en Felo ó en Tiroesa (2). Tiempo hacía que contaban para el caso con la ayuda de mis tres más

(1) Academia de los muertos.

(2) Este nombre vale tanto como *semejante á un queso*.

atrevidos compañeros. Ciniras no había dicho nada á su padre, en la seguridad de que se opondría. Ejecutaron su proyecto como lo habían concebido. Al hacerse de noche, en el momento en que yo no estaba presente, pues por casualidad me había dormido de sobremesa, llegan á hurto de los demás, cogen á Helena y se apresuran á alejarse.

26. A eso de media noche despertóse Menelao y observó que su mujer no estaba en el lecho. Dió una gran voz, y en compañía de su hermano dirigióse al palacio de Radamanto. Al amanecer, los vigías dijeron que á gran distancia ya se veía una nave. El Rey mandó en persecución de los fugitivos un nave hecha de un solo trozo de asfodelo (1), tripulada por cincuenta héroes, los cuales navegaron con tal ardor, que hacia la mitad de aquel día dieron caza á los prófugos cuando entraban ya en el mar de leche de Tiroesa. ¡Tan poco faltó para que huyeran! Amarraron su navío con una cadena de rosas y volvieron al puerto. Helena lloraba, se ruborizaba y se envolvía en el velo. Ciniras y sus cómplices fueron interrogados por Radamanto acerca de si había algún otro complicado en el rapto. Dijeron que no; y atados por las vergüenzas, fueron relegados á la región de los impíos, previa una flagelación con malvas.

27. Decretóse al propio tiempo nuestra salida de la isla, permitiéndonos permanecer en ella solo hasta el día siguiente. Yo lloraba y me desesperaba al verme privado de tales bienes para volver á caminar á la ventura. Los héroes, para consolarme, me decían que volvería dentro de pocos años, y me señalaban mi silla y mi lecho futuros cerca de los más eminentes.

(1) Asfodelo ó gamón, planta de que los poetas llenaban los prados de los muertos. Cf. Homero, *Odisea*, XI.

Acudí suplicante á Radamanto, rogándole que me predijera el porvenir y que me marcara la verdadera ruta. Me respondió que tras largos viajes y trabajos volvería á mi patria; pero no quiso decirme cuándo, y mostrándome unas islas próximas (cinco más cerca y otra á más distancia), añadió: «Esas islas cercanas, de donde incensantemente sale fuego, son las de los impíos: la sexta es la ciudad de los Sueños; después está la isla de Calipso, pero no la ves todavía; cuando las hayas pasado llegarás á un gran continente opuesto al habitado por vosotros. Te acontecerán en él muchas cosas; recorrerás diferentes países, tratarás con hombres salvajes, y llegarás por fin al otro continente.» Esto me dijo.

28. Y sacando de la tierra una raíz de malva, me la entregó, mandándome invocarla en los peligros mayores. Me recomendó también que, si llegaba á esta tierra, nunca revolviese el fuego con la espada, ni comiese altramuces, ni tuviese relaciones con mancebos de más de diez y ocho años. Si cumplía estos preceptos, podía esperar volver á la isla. Hice entonces mis preparativos de viaje; á la hora de comer tomé parte en el convite. A la mañana siguiente me acerqué al poeta Homero y le pedí que me hiciera una inscripción en dos versos. La hizo y la grabé en una columna de berilo que erigí en el mismo puerto. Este era el dístico:

Amado por los númenes, Luciano,
Vió estos lugares y tornó á su patria.

29. Permanecí, pues, aquel día en la isla. Al siguiente hice levar anclas. Los héroes nos despidieron. Ulises me entregó, á hurto de Penélope, una carta para Calipso en la isla Ogigia. Radamanto me

dió por piloto á Nauplio, para que si arribábamos á aquellas islas no se nos apresase por infundadas sospechas. En cuanto salimos del ambiente perfumado, sentimos un olor insoportable, como de asfalto, azufre y pez quemados juntos, y nos vimos envueltos en un humo irresistible y repugnante como de hombres quemados. El aire era obscuro y caliginoso, y destilaba sobre nosotros rocío de brea. Oíase un espantoso ruido de azotes y de quejidos humanos.

30. No nos acercamos á todas las islas. Desembarcamos sólo en una cuya descripción haremos. Rodeada completamente de un acantilado inaccesible, erizada de rocas y de picos, carece de agua y de árboles. Arrastrándonos por los precipicios logramos subir, y llegamos, por un sendero lleno de espinas y obstruído por zarzas, á una región de horrible aspecto. De allí fuimos llevados á la cárcel, lugar de los suplicios. Nos admiraba en primer lugar la disposición del terreno. El suelo produce en todas partes espadas y venablos. Lo cercan tres ríos, uno de fango, otro de sangre y el tercero de fuego. Este es inmenso é infranqueable, corre como el agua y forma olas como alborotado piélago; tiene muchos peces, semejantes unos á tizonos encendidos y otros á ascuas: llámanlos licniscos (1).

31. Sólo hay una entrada angosta, guardada por Timón de Atenas. Entramos, no obstante, guiados por Nauplio, y vimos castigar á muchos reyes y á muchos particulares, de los cuales conocimos á algunos. Entre estos á Ciniras, que colgado por las vergüenzas sufría fumigaciones asfixiantes. Nuestros guías nos contaban las vidas de los precitos y las causas de sus tormentos. Los más castigados eran los

(1) *Λυχνίσκος* significa *lámpara pequeña*.

que en esta vida han dicho mentiras ó escrito falsedades. Entre éstos se hallaban Ctesias de Cnido, Herodoto y otros muchos. Al verlos, concebí lisonjeras esperanzas para el porvenir, al no remorderme la conciencia por mentira alguna.

32. Regresé rápidamente al navío (aquel espectáculo me era insoportable); me despedí de Nauplio, y zarpamos. A poco, vimos cerca la isla de los Sueños, muy borrosa y apenas perceptible. Sucedió con ella lo mismo que con los sueños: se alejaba al acercarnos, se desvanecía, y aparecía más lejos. La cogimos, por fin, y entramos en el puerto del Sueño, cerca de las puertas ebúrneas y del lugar donde Alectrión (1) tiene un templo. Desembarcamos de noche, entramos en la ciudad y vimos muchos y variados sueños. Hablaré lo primero de esta ciudad, nunca antes de mí descrita. Homero es el único que ha hecho mención de ella (2), pero sin la exactitud necesaria.

33. Está completamente circuida de una selva, cuyos árboles son gigantescas adormideras y mandrágoras, entre las cuales se crían infinitos murciélagos, único animal con alas que se conoce en la isla. Cerca de ella corre un río llamado Nictíporo (3) por los naturales, y junto á las puertas fluyen dos fuentes, cuyos nombres son Negretos y Panniquia (4). El recinto de la ciudad, alto y de diversos colores, es semejante al iris. Las puertas no son dos, como dice Homero (5), sino cuatro. Dos de éstas miran al campo de la Molicie, siendo una de hierro y otra de arci-

(1) Este nombre significa el gallo.

(3) En la *Odisea*, XIX, v. 562.

(2) *Noctivagus*.

(4) *Que no vela* (*Inexperrectus*), y *que duerme toda la noche* (*Pernox*). Este último nombre se halla usado en Homero, *Iliada*, II, v. 2.

(5) *Odisea*, XIX, v. 510. V. nuestra nota á este trozo homérico.

lla, y por ellas, según se nos dijo, salen los sueños terribles, sangrientos y crueles; las otras dos, una de cuerno y otra de marfil, dan al puerto y al mar. Nosotros entramos por la primera. Al entrar en la ciudad, se halla á mano derecha el templo de la Noche, que es allí la divinidad más venerada, juntamente con Alectrión, cuyo altar está en el puerto. A la izquierda se halla el palacio del Sueño. Este es el jefe del país, y lo gobierna por medio de dos sátrapas, Taraxión, hijo de Mateógeno, y Plutocles, hijo de Fantasión (1). En medio de la plaza pública está la fuente que llaman Careotis, y cerca los dos templos del Engaño y de la Verdad. Tienen cada uno un santuario y un oráculo, cuyo sacerdote es el interpretador de sueños Antifón, á quien el rey de la isla ha concedido este empleo.

34. La naturaleza y la figura de los Sueños no es igual: unos son largos, blandos, hermosos y de buen aspecto; otros pequeños, duros y deformes; unos parecían de oro; otros, humildes y de poco precio. Los hay con alas, extrañas formas, ó vestidos como para una pompa triunfal; de reyes, quiero decir, de dioses, ó de personajes por el estilo. Reconocimos algunos que ya habíamos visto hacía tiempo; se nos acercaron y nos saludaron como amigos; nos cogieron de la mano, nos durmieron y nos trataron con discreción y esplendidez, tanto al recibirnos magníficamente, como al prometernos reinos y satrapías. Algunos nos llevaban á nuestra patria, nos mostraban á nuestros parientes y amigos y nos volvían en el mismo día.

(1) Taraxión de *ταράσσω*, *turbar*; Mateógeno, de *μάταιος*, *vano*, y *γένος*, *nacimiento*; Plutocles, de *πλοῦτος*, *riqueza*, y *κλεος*, *gloria*; Fantasión, de *φαντασία*, *imaginación*.

35. Durante treinta días y otras tantas noches permanecimos allí durmiendo y comiendo. Después, despertados súbitamente por un gran trueno, saltamos del lecho, acopiamos provisiones en la nave y partimos. Al tercer día de navegación tocamos en la isla Ogigia y saltamos á tierra. Lo primero que hice fué abrir la carta de Ulises y leer su contenido; era como sigue: «Ulises á Calipso, salud. Sabrás que en cuanto me alejé de tí en la balsa (1), naufragué, y salvado trabajosamente por Leucotea, llegué al país de los Feacios, que me llevaron á mi casa, donde encontré á mi esposa asediada de pretendientes, que disfrutaban de mi caudal. Dí á todos muerte; fuí muerto después por Telégono, hijo mío y de Circe, y habito ahora en la isla de los Bienaventurados. Mucho siento haber dejado de residir al lado tuyo, y no haber aceptado la prometida inmortalidad. En la primera ocasión huiré é iré á verte.» Esto decía la carta y algo de nosotros, recomendándonos á la deidad.

36. Me aparté algo de la costa, y hallé la gruta tal cual la describe Homero (2) y á la diosa ocupada en hilar. Tomó la carta, la leyó y rompió á llorar; nos ofreció después hospitalidad y nos trató magníficamente. Nos hizo preguntas acerca de Ulises y de Penélope, y de si era ésta tan hermosa y tan discreta como Ulises le solía ponderar. Procuramos responderle lo que pudiese agradarle.

37. Tornamos luego á la nave, y dormimos junto á la orilla. Por la mañana sopló el viento fuerte y zarparamos. Dos días reinó un deshecho temporal; al tercero topamos con los Coloquintopiratas. Son éstos una gente feroz, que desde las islas próximas se de-

(1) V. *Odisea*, v, al final.

(2) *Odisea*, v, v. 57.

dica á robos de mar. Usan para sus piraterías naves hechas con calabazas de sesenta codos de longitud. Cuando las calabazas están secas, las excavan, después de quitarles el interior, y las botan á la mar; usan cañas para mástiles, y en vez de velas hojas de cucurbitáceas. Se echaron sobre nosotros, y nos atacaron con dos naves, hiriendo con pepitas de calabaza á muchos de mis compañeros. Tras largo combate indeciso, vimos, cerca del mediodia, llegar por detrás de los Coloquintopiratas á los Carionautas. Eran, como lo demostraron, pueblos enemigos; pues en cuanto los Coloquintopiratas los vieron llegar nos dejaron y se fueron á atacarlos.

38. Nosotros desplegamos la vela y huimos, dejándolos mientras peleaban con furor. Era evidente que vencerían los Carionautas, pues eran más en número (tenían cinco naves perfectamente tripuladas) y con navíos de más sólida construcción. Estos navíos eran cáscaras de nuez partidas por medio y vaciadas. Cada mitad tenía quince orgias de longitud. Cuando estuvimos fuera de su vista, curamos nuestras heridas, y desde entonces estábamos siempre sobre las armas por temor á una sorpresa. No fué precaución vana.

39. Apenas se había puesto el sol, vimos destacarse sobre nosotros, desde una isla desierta, unos veinte hombres montados sobre grandes delfines. También eran piratas. Llevábanlos con toda seguridad los delfines, que saltaban y relinchaban como caballos. Cuando estuvieron cerca se dividieron en dos secciones, y nos dispararon calamares secos y ojos de cangrejos; pero cedieron á nuestras saetas y dardos, y huyeron á la isla casi todos heridos.

40. Hacia la media noche, estando el mar tranquilo, tropezamos inadvertidamente en un inmenso nido de alción. Tendría cerca de sesenta estadios de

perímetro. En él bogaba, incubando los huevos, una hembra poco menor que el nido. Al volar estuvo á punto de echar á pique nuestra nave con el viento de sus alas. Huyó dando un grito lúgubre. Al amanecer bajamos al nido, que nos pareció una almadía inmensa hecha con árboles corpulentos; contenía quinientos huevos, cada uno mayor que una tinaja de Quios. Los pollos se rebullían ya y piaban bajo la cáscara. Rompimos un huevo á hachazos, y sacamos un pollo implume, pero mayor que veinte buitres juntos.

41. Cuando nos apartamos unos doscientos estadios del nido nos ocurrieron diversos prodigios estupendos. La figura de ganso de la proa sacudió de repente las alas y dió un graznido, y al piloto Escíntaro, que era calvo, le volvió á salir el pelo. Pero esto es lo más asombroso: el mástil de la nave se llenó de brotes, echó ramas y produjo en la punta higos y uvas grandes, sin madurar todavía. Esto, como es de suponer, nos turbó extremadamente, y pedimos á los dioses que apartasen de nosotros lo funesto que pudieran tener tales augurios.

42. Aun no habíamos avanzado quinientos estadios cuando vimos una grande y espesa selva de pinos y cipreses. Creimos que era un continente; pero el mar carecía de fondo, y los árboles, sin raíces, estaban plantados en el agua y permanecían inmóviles y rectos, como si flotasen verticalmente. Nos aproximamos á la selva y la examinamos de cerca, quedando perplejos sobre lo que convenía hacer, pues entre árboles tan apiñados y continuos era imposible la navegación, y el retroceder era también muy difícil. Subí al árbol más alto para ver los ulteriores, y advertí que la selva tenía quinientos estadios ó poco más, y que luego aparecía nuevamente el Océano. Nos pareció

lo mejor poner la nave sobre las copas de los árboles, que eran muy frondosos, y llevarla, si podíamos, hasta el mar opuesto. Hicimos lo siguiente: la atamos con un gran cable, nos subimos á los árboles, la izamos hasta ellos con inmenso trabajo y la colocamos sobre las ramas, y desplegada la vela, bogamos sobre ellas, impulsados por el viento, como sobre el Océano. Entonces se me vino á la memoria el verso del poeta Antímaco, que dice en alguna parte:

Y navegando por las selvas vienen.

43. Logramos atravesar la selva y llegamos al mar, al cual botamos el navío por un procedimiento semejante, y navegamos sobre la linfa cristalina y pura hasta una sima inmensa, formada por la separación del agua. Parecía una de esas quebraduras que suelen producir los terremotos. Amainamos velas y detuvimos con trabajo la nave, que estuvo á punto de ser arrastrada. Alargamos la cabeza para ver el abismo. Tendría una profundidad como de mil estadios; era terrible en extremo y prodigioso: el agua permanecía en él vertical, como cortada. Mirando en torno nuestro, vimos á la derecha, y no muy lejos, un puente formado por el agua, que, uniendo las dos orillas del piélago, ponía en comunicación ambos mares. Viramos hacia él, y á fuerza de remo, lo pasamos trabajosamente, cosa que no esperábamos.

44. De allí pasamos á un mar tranquilo y á una isla de poca extensión, de fácil acceso y poblada. Vivían en ella unos salvajes llamados Bucéfalos, con cuernos, como nos pintan el Minotauro. Desembarcamos para proveernos de agua, y, á ser posible, de víveres, que ya se nos habían agotado. Hallamos agua cerca de la orilla, pero nada más vimos, oyendo sólo muchos

mugidos lejanos. Creyendo que sería una torada, nos adelantamos un poco y encontramos los hombres que he dicho. Al vernos, nos persiguen y nos cogen tres compañeros; los demás huimos á la orilla. Nos armamos allí todos, pues no quise abandonar sin venganza á mis amigos, y caemos sobre los Bucéfalos (1), que estaban repartiéndose la carne de los prisioneros: los espantamos, los perseguimos, matamos unos cincuenta, cogemos dos vivos y volvemos á la nave con los prisioneros. Pero no habíamos hallado víveres. Los demás querían que matásemos los cautivos: yo no fui de esta opinión, y los guardaba atados hasta que los Bucéfalos enviasen embajadores para tratar del rescate. Vimos, en efecto, que nos hacían señas y mugían lúgubrementemente, como suplicando. El rescate se hizo por quesos en gran cantidad, peces secos y cebollas y cuatro ciervos, de tres pies cada uno, dos traseros, y los dos delanteros reunidos en uno. Entregamos los prisioneros por este rescate, nos detuvimos un día en la isla, y partimos.

45. Ya encontrábamos peces, y veíamos volar aves, y observábamos otros indicios de aproximarnos á tierra, cuando vimos unos hombres que usaban un modo de navegar muy nuevo. Eran á la vez marineros y naves. Diré cómo navegaban. Tendidos boca arriba en el agua, mantienen derechas sus vergüenzas, que son muy grandes, y atan á ellas una vela, cuyas jarcias manejan con la mano; toman así viento, y bogan. Otros, sentados en corchos, á los que enganchan dos delfines, dirigen éstos por medio de bridas y les hacen caminar llevando los corchos. Estos navegantes ni nos hacían daño alguno ni huían. Acercábanse pacíficamente y sin temor, y examina-

(1) Cabeza de buey: de βούς, *buey*, y κεφαλή, *cabeza*.

ban con detención nuestra nave, admirados de su forma.

46. Al caer de la tarde llegamos á una isla pequeña, habitada por mujeres, ó al menos así nos lo parecían, que hablaban la lengua griega. Acércanse á nosotros, nos estrechan la mano y nos abrazan. Adornadas todas como las cortesanas, eran jóvenes y hermosas, y llevaban túnicas talares. La isla se llamaba Cabalusa, y la ciudad Hidramardia (1). Cada mujer se llevó á uno de mis compañeros y le dió hospitalidad en su casa. Yo vacilé un momento, porque el corazón nada bueno me presagiaba, y mirando con atención en torno mío, vi muchos huesos y cráneos humanos. No quise gritar, ni reunir á mis amigos, ni ponerlos sobre las armas. Saqué mi malva y le rogué encarecidamente que me salvase de los peligros que me amenazaban (2). Poco después, estando sirviéndome mi huésped, veo que sus piernas no son de mujer, sino que tiene pies de asno. Desenvaino la espada, sujeto á mi huésped, la ato y la obligo á confesármelo todo. Ella, aunque resistiéndose, me dice que son mujeres marinas, llamadas Onoscéleas (3), y que devoran á los extranjeros que llegan á su isla. «Los embriagamos, añadió; los llevamos á nuestro lecho y los matamos dormidos.» Oído esto, la dejo atada, subo al tejado y llamo con todas mis fuerzas á mis compañeros. Acuden, les revelo todo, les hago ver los huesos, y los entro á donde mi cautiva, que en aquel instante se convierte en agua y desaparece. Yo, por ver lo que era, hundo mi espada en aquella agua, y sale del agua sangre.

(1) No se ha hallado explicación satisfactoria de estos dos nombres.

(2) Burla de la virtud de la planta *moli*, entregada por Mercurio á Ulises para contrarrestar los encantamientos de Circe. V. *Odisea*, x.

(3) Nombre compuesto de ὄνος, *asno*, y σκέλος, *pierna*.

47. Corremos á nuestra nave, y partimos. Al amanecer vemos un continente, que suponemos será el opuesto al nuestro, al otro lado del mundo. Lo adoramos, le dirigimos nuestras súplicas, y deliberamos lo que debe hacerse. Unos quieren que, tras breve permanencia, retrocedamos; otros que, dejando allí la nave, nos internemos en el país y estudiemos sus moradores. Mientras discutimos, estalla una tempestad que arroja la nave contra la costa y la hace pedazos. A duras penas, con nuestras armas y con lo que cada que cual pudo coger, nos salvamos á nado.

Esto es lo que hasta mi llegada á aquel nuevo continente me sucedió en mi navegación á través de las islas, en el aire y en la ballena; y después de salir de ésta, en el país de los Héroe, en el de los Sueños, en el de los Bucéfalos y en el de las Onoscéleas. Mis aventuras en esta nueva tierra se referirán en los libros siguientes (1).

(1) Ó se han perdido estos libros, ó no fueron escritos por Luciano. D'Ablancourt se encargó de terminar esta historia.

XXVIII.

EL TIRANICIDA (1).

Un hombre sube al alcázar para matar al tirano. No lo halla, mata á su hijo y le deja la espada en el cuerpo. Llega el tirano, ve el cadáver de su hijo, y se mata con la misma espada. El que subió al alcázar y mató al hijo pide la recompensa como si hubiese sido realmente el matador del tirano.

1. Jueces, yo he dado muerte en un día á dos tiranos: uno anciano, otro en edad florida, muy apto para suceder al primero en sus crímenes, y vengo á pedir una sola recompensa por esta doble muerte. Soy el único de los tiranicidas que haya hundido de un solo golpe dos malvados, matando al hijo con la espada y al padre con el paternal cariño. El tirano ha recibido castigo digno de sus hechos. En vida, al fin

(1) Hay fundadas dudas de que este discurso sea de Luciano. Su asunto servía de ejercicio en las clases de retórica. El tono hinchado, las antítesis y otros rebuscados adornos que en él abundan difieren totalmente del estilo habitual del autor. Lo único que pudiera servir para atribuírselo es la idea de que tales defectos son intencionados para poner en ridículo la oratoria académica y forense de su tiempo. Entre las obras de Libanio se hallan dos opúsculos análogos á éste, con los títulos de *Κατὰ τυράννου* y *Ἐπὲρ τυραννοκτόνου*. Por esto y por otras varias declamaciones análogas de que Libanio es autor, se ha atribuido á Libanio la paternidad de ésta y de las siguientes.

de su existencia, ha visto á su hijo muerto delante de sí, y lo que es más asombroso, se ha visto obligado á ser tiranicida. El hijo ha muerto á mis manos, y ha ejecutado, después de muerto, mi otro homicidio. Vivo, fué cómplice de su padre; muerto, ha sido parricida, hasta donde podía serlo.

2. El que ha puesto fin á la tiranía soy yo; y la espada que ha realizado esta empresa es la mía. Pero cambié el orden de las muertes y escogí un modo nuevo de exterminar los malvados: al robusto y capaz de defenderse, lo maté por mi mano: al anciano lo dejé solo á cargo de mi espada.

3. Pensaba por esta acción recibir de vosotros más larga recompensa, y tantos premios, por lo menos, como muertes, pues no sólo os he librado de los males presentes, sino de los que os amenazaban para el porvenir, consolidando la libertad con el exterminio de todo sucesor de maldades. Véome, no obstante, en peligro de retirarme sin premio alguno por mi servicio insigne, siendo así el único á quien no beneficien las leyes cuya restitución ha conseguido. Páreceme que mi adversario no obra, como pretende, por servir al interés público, sino dolido de los muertos y deseoso de vengarlos en el autor de su muerte.

4. Permitidme, oh jueces, una breve exposición de los males de la tiranía, aunque os son perfectamente conocidos: así, á la vez que apreciaréis la magnitud de mi servicio, gozaréis mucho, considerando la servidumbre de que os habéis redimido. Nosotros, como á menudo ocurre en otros pueblos, no soportábamos una sola esclavitud y una sola tiranía; no sufríamos los caprichos de un solo señor. Únicos entre los sometidos á condición tan dura, teníamos dos tiranos en vez de uno solo, y éramos víctimas desdichadas de una doble maldad. Pero más

moderado el anciano, era menos vehemente en la ira, más tardo en los castigos y menos fogoso en los deseos, pues la edad contenía sus ímpetus y refrenaba sus ardientes apetitos. Hasta en sus injusticias decíase que obraba, más que por voluntad propia, por instigación de su hijo, y que no siendo tiránico de suyo, cedía por el extremado amor paternal, de que dió buena muestra. Su hijo lo era todo para él: le obedecía en todo; cometía cuantas injusticias le ordenaba, castigaba á cuantos quería el hijo; era su esclavo, y sufría, en una palabra, la tiranía de todos sus caprichos, y era su satélite sumiso.

5. El joven, por respeto á la edad, dejaba al padre los honores del mando, y no le usurpaba el nombre de jefe, pero en realidad era el señor absoluto y la propia cabeza de la tiranía. Así, la autoridad del anciano afianzaba el ejercicio del poder en el joven, que recogía solo el fruto de sus maldades. El hijo contenía á los satélites, reforzaba las guardias, agobiaba á los sumisos, despedazaba á los descontentos, mutilaba nuestros muchachos, ultrajaba nuestros tálamos. Á él eran llevadas nuestras doncellas. Todos los asesinatos, destierros, expoliaciones, tormentos y violencias eran obra del joven temerario. Complaciale el viejo, participaba de sus crímenes, y le aplaudía actos intolerables para nosotros, porque cuando las pasiones tienen en su apoyo la autoridad soberana, no hallan dique para sus delitos.

6. Angustiábanos, sobre todo, el considerar que nuestra servidumbre iba á ser larga, ó mejor dicho, eterna; que nuestra ciudad pasaría de señor en señor, y que el pueblo sería herencia de tiranos perversos. Porque no es pequeño alivio para otros pueblos el poder decir: «¡Pero ya se acabará! ¡Pero ya se morirá, y pronto seremos libres!» Nosotros no podíamos

tener esta esperanza, pues veíamos preparado ya el sucesor de la tiranía. Por lo mismo, ninguno de nuestros buenos conciudadanos se atrevía á realizar lo que como yo pensaban. Toda esperanza de libertad se había desvanecido, y la tiranía parecía invencible ante la idea de luchar contra tantos.

7. Pero á mí no me espantaron los riesgos, ni desistí ante las dificultades del intento, ni retrocedí atemorizado por el peligro. Solo, sí, solo, digo, contra una tiranía tan fuerte y tan múltiple, pero no solo, sino acompañado de mi espada, me lanzo, auxiliado por ella, para matar al tirano, con la muerte en perspectiva, pero seguro al menos de rescatar con mi sangre la libertad de mi pueblo. Me arrojo sobre la primera guardia, la hago huir no sin dificultades, mato á todo el que encuentro, despedazo á todo el que me resiste, y llego al fin á lo capital de mi empresa, á la única fuerza de la tiranía, á la causa de nuestros males. Ataco vivamente á este último defensor del alcázar; lo veo defenderse y resistirse bravamente, lo acribillo á estocadas y lo mato.

8. La tiranía había concluído; mi obra había tenido digno coronamiento; desde aquel instante todos éramos libres; quedaba un viejo solo, inerme, sin guardías, perdido aquel su fuerte defensor, abandonado, indigno de morir á manos de un valiente. Decía yo entonces para mis adentros, oh jueces: «Todo está bien, todo está concluído, todo dichosamente terminado. ¿Cómo castigaré al que resta? Es siempre indigno de mí y de mi diestra, y mucho más á raíz de mi primera ilustre, juvenil y heroica hazaña. Su muerte la obscurecería. Fuerza es buscar verdugo digno de él: no es justo que obtenga éste provecho después de su desgracia. Vean sus ojos; castíguese él; quede la espada á su vista; á ella encomiendo lo

que resta.» Adoptada esta resolución, me retiro; y la espada, como yo lo había previsto, cumplió su cometido; mató al tirano y coronó mi obra.

9. Heme aquí. Os traigo la democracia, os devuelvo la tranquilidad, os anuncio libertad gratisima. Recoged ya el fruto de mis trabajos. Limpio de perversos, como veis, está el alcázar, nadie tiraniza; podéis conceder honores y decir y contradecir en juicio conforme á las leyes. Todo esto lo debéis á mi esfuerzo, todo á mi audacia y á la muerte de un tirano, al cual no ha podido sobrevivir su padre. Reclamo, pues, por este servicio la recompensa debida. Ni el interés, ni la avaricia, ni el afán de conseguir un premio han impulsado mi patriotismo; anhelo sólo que este premio sea como la sanción de mi hazaña, para que ni se me vitupere, ni se me tache de poco gloriosa, lo cual sucedería si no la consideraseis merecedora de recompensa.

10. Objeta mi adversario que obro contra razón al pedir un honor y al reclamar un premio; que ni soy el matador del tirano ni he hecho nada de lo exigido por la ley, y que falta á mi acción lo que me autorizaría á exigir recompensa. Pero yo le pregunto: ¿Qué más me puedes exigir? ¿No adopté la resolución? ¿No subí? ¿No maté al tirano? ¿No os he libertado? ¿Manda alguien? ¿Tiraniza alguien? ¿Despotiza alguien? ¿Se me escapó algún perverso? No podrás responderme. La paz reina por doquier; prevalecen las leyes; y hay libertad completa. La democracia está afirmada; seguros de ultrajes los tálamos, de mutilaciones los manebos, de violencias las vírgenes. Toda la ciudad en fiestas por el común regocijo. ¿Y quién es la causa de todos estos bienes? ¿Quién ha puesto término á aquellos males? ¿Quién os ha procurado esta ventura? Si hay alguien más digno de honra que yo, le cedo el pre-

mio, renuncio á la recompensa; pero si yo he sido el que lo he hecho todo, atreviéndome, afrontando el peligro, subiendo al alcázar, matando, castigando, vengándoos del uno por medio del otro, ¿por qué censuras tan hermosa acción? ¿por qué induces al pueblo á mostrármeme ingrato?

11. Pero tú no has muerto al tirano, se me dice, y la ley da premio al tiranicida. ¿Y qué diferencia hay, respondo yo, entre matarlo por mi propia mano ó haber sido la causa de su muerte? Yo ninguna veo. El legislador sólo tuvo en cuenta la libertad, la democracia y la terminación de los desafueros. Esto honró; esto consideró merecedor de recompensa, y esto no podréis decir que no lo he hecho. Porque si maté á aquel sin el cual el tirano no podía vivir, claro está que he muerto al tirano. Su muerte es obra mía, y su mano mi instrumento. No sutilices, pues, sobre su género de muerte, ni inquietas de qué modo feneció, sino atiende sólo á si no existe y á si se debe á mí el que haya dejado de existir. De otra suerte, parecerá que sólo intentas calumniar á los beneméritos de la patria, alambicando sobre si la espada, la piedra, el palo ó cualquiera otra cosa han matado á su opresor. Si yo le hubiese atacado por hambre hasta hacerle morir, ¿me exigirías también que le hubiese muerto por mi mano y dirías que no estaba mi acción dentro de las condiciones de la ley, precisamente cuando el perverso había recibido la clase de muerte más atroz? Investiga, exige y averigua esta sola cosa: ¿Queda algún malvado? ¿queda alguna sospecha de temor? ¿queda algún monumento de desgracias? Luego si todo está purificado y pacífico, tú eres un calumniador al querer investigar cómo se ha logrado esto, sin más fin que el de privarme de la recompensa asignada á mi hazaña.

12. Yo recuerdo que nuestras leyes dicen terminantemente, si nuestra larga servidumbre no me las ha hecho olvidar, que el homicidio se comete de dos modos: ó matando á alguno por su propia mano, ú obligándole á matarse por sí mismo, proporcionándole la ocasión y los medios. La ley estima que ambas especies de homicidios son igualmente punibles, lo que es justo, y les impone castigo igual. Es, por consiguiente, inútil el averiguar la forma en que el homicidio se perpetró. Ahora bien: tú crees justo que un homicida en la forma en que yo lo he sido, sea castigado, y no consientes su impunidad; ¿cómo, pues, pretendes que quien ha empleado el mismo procedimiento en beneficio de la ciudad, no sea conceptuado benemérito de la misma, como otros que la han favorecido de un modo igual?

13. No podrás objetarme que yo obré simplemente, y que si obtuve un feliz resultado fué sin que para ello interviniera mi voluntad. Pero ¿qué miedo podía yo tener, una vez exterminado el más fuerte de los dos? ¿Por qué dejé mi espada en la herida, sino porque adivinaba cuanto iba á suceder? A no ser que digas que no era tirano el muerto; que nunca se le había llamado así, y que no había asignada gran recompensa para su exterminador. Pero no lo dirás. El tirano ha sido muerto; ¿negarás recompensa al que le ha obligado á morir? ¡Buen modo de entender las cosas! ¿Te importa algo cómo ha muerto, si disfrutas de libertad? ¿Al que ha restablecido la democracia, que más le puedes exigir? La ley, según confiesas, sólo investiga el hecho capital; prescinde de inútiles detalles y de toda vana curiosidad. Ahora bien: ¿el que se limita á expulsar un tirano, no recibe el premio del tiranicidio? Sí, y con justicia, puesto que ha restablecido la libertad y abolido la esclavitud. Pues

mi obra no ha sido simple destierro, con la posibilidad de una restauración, sino destrucción perfecta del tirano y de su raza y extirpación absoluta del mal.

14. Examinad, por los dioses inmortales, examinad desde el principio hasta el fin todo lo que he hecho, y ved si he omitido algo de lo exigido por la ley y si me falta ninguna circunstancia de las precisas para ser realmente matador del tirano. En primer lugar, se necesita corazón generoso y patriótico, dispuesto á afrontar peligros por el interés común y decidido á comprar con su muerte la salud general. ¿He desmayado yo? ¿He blandado siquiera? ¿La previsión de los peligros de mi intento me ha hecho desistir un instante de él? No lo podrás decir. Pues considera sólo este punto, y hazte cuenta de que no he hecho más que querer y proyectar, sin haber conseguido nada útil, y que por esto sólo reclamo con justicia el premio de mi bella acción. Si yo no he realizado el proyecto, si otro después de mí ha dado muerte al tirano, sería irracional ó absurdo que se me otorgase una recompensa, sobre todo si yo dijese: «Ciudadanos, concebí el proyecto, lo acepté, traté de ejecutarlo, dí pruebas de mi resolución, y por sólo el intento soy acreedor á recompensa.» ¿Qué responderías entonces?

15. Pero ahora no digo esto, sino «Subí al alcázar, expuse mi vida é hice mil hazañas antes de matar al joven» No creáis cosa fácil y hacedera el atropellar las guardias, vencer los satélites, dispersar uno solo á tantos hombres. Esto es precisamente lo difícil y lo capital en un tiranicidio. Lo grande y dificultoso no es coger y exterminar al tirano, sino á los guardianes y defensores de la tiranía. El que los vence, ya lo hizo todo, porque es muy poco lo que por hacer le

resta. Imposible me hubiera sido llegar hasta el tirano, sin vencer y sujetar antes todos sus servidores, guardias, satélites y lanceros. No digo más, y vuelvo á detenerme en este punto: atropellé la guardia, vencí á los lanceros, dejé al tirano desguarnecido, inerme, desnudo. ¿No soy digno de recompensa por ello, ó exiges que le haya dado muerte?

16. ¿Muerte exiges? Pues no falta en mi acción, ni yo estoy limpio de sangre. Muerte he hecho, grande y heroica, matando en la flor de su edad á un joven formidable para todos: el tirano vencía con él todas las conspiraciones, en él tenía ciega confianza, y él le valía como mil soldados. ¿No habré merecido, pues, el premio de mi valor y me quedaré sin honores después de acción tan grande? ¡Cómo! Si yo hubiese dado muerte á un solo lancero del tirano, á un solo servidor, á un solo esclavo querido, ¿no valdría nada el haber subido al alcázar y haber dado muerte, en medio de las armas á cualquier amigo del tirano? Considera ahora quién es el muerto. Era el hijo del tirano; más intratable que su padre, más despótico y feroz, más cruel para los castigos, más violento para injuriar, y sobre todo heredero y sucesor universal del tirano, para prolongar indefinidamente nuestra afflictiva situación.

17. ¿Quieres que yo no haya hecho otra cosa y que el tirano se me haya escapado y viva aún? Pues pido premio por esto. ¿Qué decís? ¿no lo daréis? ¿No aborrecíais á aquel joven? ¿no era déspota? ¿no era insoportable? ¿no era cruel? Considerad, pues, este punto capital. Lo que exige mi adversario lo hice tan perfectamente como me fué posible, y maté al tirano con la muerte del otro, y no sencillamente ni con un golpe, lo cual, después de sus infinitos y horribles crímenes, le hubiera parecido más tolerable. ¡No!

Comencé por despedazarle con espantoso dolor, poniendo ante sus ojos el cadáver de su amadísimo hijo, joven aún, aunque perverso, en la flor de la edad, tendido miserablemente en el suelo, manchado de sangre y polvo. ¡Estas son heridas para corazones paternos! ¡ésta es espada de tiranicida que quiera ajustarse á la ley! ¡ésta es muerte digna de déspotas! ¡éste es castigo digno de tanto crimen atroz! Pero morir instantáneamente, perder al punto el conocimiento, no contemplar tal espectáculo, no es bastante castigo para la tiranía.

18. Porque yo no ignoraba, hombre estupendo, yo no ignoraba, como no ignoraba nadie, el extremado amor que el tirano tenía á su hijo, y su resolución de no sobrevivirle un instante. Todos los padres son así respecto á sus hijos; pero éste sentía hacia el suyo más cariño, y con mucha razón, como que era el único mantenedor y guardián de la tiranía, el único defensor de su padre, el único baluarte de su poder. Sabía, pues, yo á ciencia cierta que si no el amor, cuando menos le mataría la desesperación, al considerar que falto de la seguridad que le daba su hijo, la vida le era inútil de toda inutilidad. Asestéle, pues, de una vez todos los golpes mortales; la naturaleza, el dolor, la desesperación, el terror, el miedo del porvenir [han sido mis fuertes auxiliares]; con ellos le reduje á aquella extrema resolución. Se os ha muerto sin hijos, agobiado de dolor, gimiendo y llorando, con luto breve, pero bastante para un corazón paternal, y lo que es todavía más terrible, ha perecido por su propia mano, muerte desdichadísima y mucho más miserable que la causada por ajeno puñal.

19. ¿Dónde está mi espada? ¿La reconoce alguno por suya? ¿Pretende alguien que es de su propiedad? ¿Quién la subió al alcázar? ¿Quién la esgrimió á vista

del tirano? ¿Quién la dirigió contra él? ¡Oh espada mía, compañera, continuadora de mis hazañas, después de tantas muertes, después de tantos peligros, se nos desdeña y se nos considera indignos de merced! Sin embargo, si yo reclamase para ella sola este honor, si os dijese: «Conciudadanos, al querer suicidarse el tirano, no hallaba á mano arma alguna y ésta se le brindó, coadyuvó al restablecimiento de la libertad», ¿no la juzgaríais digna de recompensa y de honor, y juntamente con ella al dueño de acero tan popular? ¿No me remuneraréis? ¿No me inscribiréis entre los beneméritos? ¿No pondréis mi espada entre los objetos sagrados? ¿No la adoraréis como á un dios?

20. Atended ahora lo que ha debido hacer y lo que ha debido decir el tirano antes de expirar. Al caer el hijo, lleno de heridas que le inferí en las partes más visibles del cuerpo, con objeto de que su vista aumentase el dolor del tirano y le matase sin más, lanzó un grito de angustia y llamó á su padre, no para que le auxiliara ó defendiese, pues bien conocía su debilidad y vejez, sino para que fuera espectador de los males de la casa. Yo, autor de toda la tragedia, me había retirado, dejando á cargo del actor muerto la escena, la espada y la prosecución de la dramática acción. Llega el tirano; ve á su hijo, á su único hijo, respirando apenas, ensangrentado, cubierto de heridas, hecho una llaga continua y mortal, y exclama: «Hijo, perecimos, morimos; sacrificados han sido los tiranos ¿dónde está el matador? ¿para qué me reserva? ¿para qué me guarda, hijo mío, si me ha muerto ya con matarte á tí? ¿Me desprecia por viejo, ó quiere prolongar mi agonía y matar lentamente al que debiera castigar?»

21. Buscaba, al decir esto, una espada, pues confiado en su hijo estaba desarmado. La mía no le faltó.

Allí estaba hacía tiempo preparada por mí, dispuesta á la atrevida acción. El anciano saca la espada del cuerpo de su hijo, y separándola de la herida, le dice: «Acaba de matarme, espada; da fin á mi dolor; consuela la aflicción de un padre; ayuda la débil mano de un viejo; mata, extermina al tirano, y líbralo del dolor. ¡Ojalá me hubieses encontrado el primero para que dispusiera la prelación de las muertes! Hubiera muerto, sí, pero como tirano, con la esperanza de que dejaba un vengador. Ahora ¡ay! perezco sin hijo; ahora perezco sin tener siquiera quien me pueda matar!» Dicho esto, se clava la espada, trémulo, impotente para arrancarse la vida con prontitud, falto de fuerzas para lograr su resolución.

22. ¡Cuántos castigos! ¡cuántas heridas! ¡cuántas muertes! ¡cuántos tiranicidios! ¡cuántas recompensas! Todos habéis contemplado tendido al joven, víctima no pequeña ni fácil de derribar; habéis visto al anclano caído sobre él, y mezclada la sangre de ambos como libación por el triunfo de la libertad. Obra toda de mi espada, que puesta entre los dos, mostrábase digna de su dueño, testificando de haber sido su servidora fiel. Hecho todo por mi mano, sería de importancia menor; la novedad del caso lo realza mucho más. El destructor de toda la tiranía soy, por consiguiente, yo; en la obra, como en todo drama, ha habido más de un actor; yo he sido el principal, el segundo el hijo, el tercero el mismo tirano, la espada el servidor de los tres.

XXIX.

EL DESHEREDADO.

Un hijo desheredado aprende medicina; su padre pierde el juicio y es desahuciado por otros médicos; el hijo lo cura con un medicamento y es admitido nuevamente en la casa. Enloquece después la madrastra, mandándole que la cure, declara que no le es posible, y lo vuelven á desheredar.

1. No debe pareceros nueva ni extraordinaria, oh jueces, la conducta observada por mi padre en la presente ocasión; no es la primera vez que, encolerizado contra mí, gusta de acudir á esta ley y acostumbra á presentarse ante este tribunal. Pero lo nuevo en mi desgracia actual es que no se me imputa delito alguno, sino que se me expone á sufrir una pena por la profesión que ejerzo, si no puede dar todo lo que de ella se quiere obtener. ¿Hay cosa más absurda? Se pretende que cure á voluntad de mi padre; no acomodándome á lo que en medicina es posible, sino á lo que se le antoje á él. Quisiera tener medicamentos no sólo para curar á los locos, sino á los que se encolerizan sin razón, y sanaría á mi padre de esta enfermedad. Su antigua demencia ha desaparecido por completo, pero su ira es cada día mayor, siendo lo triste, que mientras para los demás es moderado, se enfurece sólo contra mí, que le curé. Así se paga, como veis, mi curación; me desheredan por segunda vez;

me excluyen nuevamente de la familia, en la cual parece que he sido admitido un breve tiempo sin otro fin que el de hacer más deshonrosa mi segunda expulsión.

2. En lo que me es posible, no suelo aguardar órdenes; por eso vine á curar á mi padre, aunque no se me llamó; pero en los casos desesperados no quiero ni mover una mano. El estado de esa mujer me cohibe mucho más; preveo, en efecto, lo que me espera de mi padre, si no logro curarla, cuando me deshereda sin haber comenzado la curación. Siento mucho, oh jueces, la enfermedad de mi madrastra, excelente mujer, y la tristeza que le causa á mi padre; pero siento mucho más el que se atribuya á desobediencia la imposibilidad de cumplir por la debilidad de mi arte y la fuerza de la enfermedad. Es injusto, por tanto, que se me desherede á causa de no haber principiado lo que no he de poder terminar.

3. Las causas de mi desheredación primera fácilmente se pueden colegir de las de la actual. De aquellas me justifiqué suficientemente con mi conducta ulterior; pero estoy resuelto á combatir con todas mis fuerzas la presente acusación, recordándoos al efecto algo de mi vida anterior. Este hijo intratable y desobediente, vergüenza de su padre y afrenta de la familia, no respondió entonces más que pocas palabras á las extensas declamaciones de su acusador. Al salir de mi casa creía que mi más grande y más verídico tribunal podría ser mi conducta ulterior, y he demostrado la injustificación de los cargos de mi padre dedicándome á honorísimos estudios y tratando sólo con personas excelentes. Preveía lo que hoy sucede, y sospechaba ya que mi padre, cuya razón no estaba muy sana, llegaría á irritarse injustamente contra mí y á hacerme falsas imputaciones de delitos. Había algu-

nos que tomaban como síntomas de la locura, que poco después padeció, sus amenazas, su odio insensato, sus continuas invectivas, mi triste condena, sus gritos, sus furoros, y su bilis en incesante hervor. Todo lo cual me hacía creer que pronto sería necesaria la intervención de la ciencia de curar.

4. Hice viajes; traté con los mejores médicos extranjeros, trabajé mucho y estudié sin descanso; y aprendí perfectamente mi arte. Al volver encontré á mi padre completamente loco y desahuciado por los médicos del país, que no viendo el fondo de las cosas, no podían juzgar bien de la enfermedad. Entonces, como es natural en un buen hijo, olvidé mi desheredación, y no esperé á que me llamasen. No tenía, por otra parte, nada realmente suyo de qué acusarle, pues todas sus injusticias para conmigo le eran en cierto modo ajenas, como producidas, como he dicho, por la enfermedad. Me presenté, pues, sin ser llamado, pero no procedí en seguida á la curación. No acostumbramos á obrar así, ni nos lo prescribe nuestra profesión, la cual nos manda hacernos primero cargo de todo, de si la enfermedad es curable ó incurable, y de si está dentro ó fuera del límite de nuestro poder. Si es curable, procedemos á la medicación, y no perdonamos medio para salvar al enfermo; pero si ha dominado ya y vencido al paciente, nada hacemos, cumpliendo la antigua ley de los padres de la medicina, según la cual no ha de tocarse al enfermo ya vencido por el mal. Viendo, pues, que mi padre ofrecía esperanzas de salvación, y que su dolencia no era imposible de curar, estudié detenida y minuciosamente todos sus síntomas y me enteré de todas sus fases, puse manos á la obra y le propiné audazmente un medicamento, despreciando las sospechas de muchos que calumniaban mis remedios

y hasta andaban ya preparando una acusación.

5. Presente estaba mi madrastra, temerosa y desconfiada, no porque me aborreciera, sino porque conociendo perfectamente la enfermedad de mi padre, no podía menos de temer; sólo ella sabía perfectamente todas las circunstancias del mal, como que había vivido con él en comunicación constante. Pero nada me hizo retroceder. Convencido de la evidencia de los síntomas y de la eficacia de la ciencia, comencé la curación en el oportuno momento, á pesar de que varios amigos me aconsejaron que no manifestase tanta confianza, no fuera que, frustrado mi empeño, se cebase en mi con más furor la calumnia, acusándome de que, resentido por los malos tratamientos de mi padre, había querido vengarme de él con aquella poción. Lo principal es que se curó en seguida, recobró el juicio, y conoció todo lo que le rodeaba. Admiráronse los presentes, alabóme la madrastra, y manifestó su alegría por mi buen éxito y por la curación de su marido. Mi padre entonces (debo hacer en su obsequio esta manifestación), sin detenerse ni consultar con nadie, en cuanto supo todo lo ocurrido, anuló la desheredación y me acogió nuevamente como hijo, llamándome su salvador y su bienhechor, confesando que la prueba era completa y disculpando su conducta anterior. Alegró esto mucho á las personas buenas que lo presenciaron, y contristó á otras para quienes es más grata la desheredación de un hijo que su admisión en la casa paternal. Bien veía entonces que no todos se regocijaban en igual grado, y que á alguno se le mudó el color, se le turbó la vista y se le vieron en el rostro las señales del odio, de la envidia y del furor. Nosotros, como es de suponer, nos entregamos por completo á la alegría de haber sido devueltos el uno al otro.

6. Pero la madrastra, oh jueces, empezó al poco tiempo á padecer una enfermedad singular y extraña. Yo observé el mal desde que principió. No era una simple y ligera locura; era un mal antiguo que, desarrollado en el fondo del alma, rompía sus cadenas y salía victorioso al exterior. La locura incurable se nos da á conocer por muchos síntomas, pero yo he observado uno nuevo en esta mujer. Es sumamente apacible y afable con todos, y no da señales de enfermedad; pero como vea un médico ú oiga nada más nombrarle, se enfurece de un modo atroz, lo cual es síntoma seguro de dolencia imposible de curar. Profunda pena me causó el ver esto, y me compadecí de aquella mujer, más digna de mi lástima que de su infortunio.

7. Pero mi padre, imperito en medicina, por lo cual desconoce el origen, la causa, y la intensidad del mal, me manda curarla, y darle la misma poción, creyendo que no hay más que una clase de locura, una sola enfermedad de esta especie, y un solo procedimiento para curarla; y al decirle, como es la pura verdad, que me es imposible devolver la salud á su mujer, dominada y vencida por el mal, se indigna, se enfurece, dice que la abandono voluntariamente, que la hago traición, me acusa por la insuficiencia del arte; y procede, en fin, como todas las personas afligidas, que se irritan contra los que les dicen francamente la verdad. Pero yo voy á defender, hasta, donde se me alcance, mi conducta y mi profesión.

8. Estudiaré primero la ley por la cual pretende desheredarme mi padre, para que sepa que no tiene el mismo poder que antes. El legislador, padre mío, no permite, en efecto, que los padres deshereden á todos sus hijos siempre que se les antoje y por cualquiera motivo; pues así como autoriza la indignación

de los padres, procura que los hijos no sean víctimas de una indignación injusta. Por eso no tolera que el castigo se imponga sin previa intervención de los jueces, y obliga á comparecer á ambas partes y nombra árbitros que, sin pasión ni calumnia, decidan lo que sea justo; pues no se ocultaba al legislador la frecuencia con que la ira nace de las más absurdas causas, ya de alguna calumnia, ya de dar crédito á un esclavo, ya de fiarse de una mujerzuela enemiga. No ha querido, pues, que el asunto se dirimiese sin intervención de los tribunales y que los hijos fuesen condenados sin ser oídos; ordena, por el contrario, echar el agua para ellos, les permite defenderse, y examina todo lo alegado.

9. Puesto que la ley sólo concede al padre el derecho de presentar la acusación, y deja á vuestro cargo, oh jueces, el decidir si acusa con razón, no consideréis por de pronto los cargos que me hace y los motivos de su ira, y principiad por dilucidar si tiene derecho á desheredar nuevamente el que ha usado ya una vez de esta facultad legítima y de esta prerrogativa de la patria potestad, y ha anulado después la desheredación. Porque yo digo que es injusto por demás el que se haga interminable el castigo de los hijos, múltiples sus condenas, perpetuo su temor si la ley favorece ahora el furor del padre, blande mañana con él, vuelve á prevalecer á poco, y anda hundiendo ó levantando todos los derechos para plegarse exclusivamente á los caprichos paternales. Justo es que una vez los favorezca, participe de sus iras, y les otorgue la facultad de castigar; pero cuando han usado una vez de este derecho, cuando han ejercido el privilegio que les concede la ley, cuando han satisfecho su cólera, si vuelven sobre su acuerdo convencidos de la bondad de su hijo y revocan su

primera resolución, esta segunda debe prevalecer, y no puede cambiar de opinión, ni mudar de consejo, ni revocar su decisión. Como no hay señal para conocer si el recién nacido será bueno ó malo, la ley concedió á los padres el derecho de expulsar de la familia á los hijos indignos de ella, criados mientras se desconocía su condición.

10. Pero cuando espontánea y libremente y de propio intento llama un padre y recibe á un hijo cuya condición ha experimentado, ¿qué medio le resta para cambiar de opinión? ¿qué nueva ley le queda que aplicar? El legislador podría decirte: «Si era malo y digno de ser desheredado, ¿por qué lo has vuelto á llamar? ¿por qué lo has vuelto á admitir en casa? ¿por qué has rescindido la ley? Libre eras y dueño de no obrar así. Pero no se te puede conceder que uses á tu antojo de las leyes, que llesves y traigas á tu capricho al tribunal, que hoy se deroguen y mañana se restablezcan las leyes, y que los jurados sean no jueces, sino testigos ó más bien servidores tuyos, y castiguen ó perdonen con arreglo á tu voluntad. Una vez engendraste, una vez educaste, y una vez, por consiguiente, puedes desheredar. En una ocasión has usado de tu derecho, porque te pareció justo; pero el recurrir al castigo continúa, perpetua é innecesariamente es ya excederse en el ejercicio de la patria potestad.»

11. No permitáis, oh jueces, por Júpiter soberano os lo pido, no permitáis que después de haberme admitido espontáneamente en la familia, de haber anulado los efectos de la sentencia anterior y de haber desistido de sus iras, me imponga otra vez mi padre la misma pena, y acuda á su autoridad, cuyos derechos han prescrito por lapso de tanto tiempo, y cuya eficacia se ha consumido y gastado en el mero hecho

de haberla ejercido ya. Considerad que en los otros litigios, sometidos á jueces designados por la suerte, la ley concede al que cree que no se le ha hecho justicia el derecho de apelar y acudir á otro tribunal; pero al que ha elegido por sí los jueces, al que ha prometido someterse á su fallo, no se le reconoce semejante facultad: porque á los primeros podía recusarlos, pero respecto á los segundos es de justicia el acatar su decisión. Así tú podías no haber admitido en tu familia al hijo que creías indigno de ella, pero si juzgándome bueno me has admitido nuevamente, no me puedes desheredar. Con tu propio testimonio has atestiguado que no merecía yo tal castigo y has confesado que soy bueno ya; no puedes, por consiguiente, arrepentirte de haberme llamado; la conciliación se confirma por lo largo de la deliberación, y por el fallo de dos tribunales, uno el que te autorizó para desheredarme, otro, sugerido por tí, el que ha anulado los efectos de la primera decisión. Al revocar la primera confirmaste la segunda. Persevera, pues, en la última, fiel á tu propio juicio. Debes ser padre: así lo has querido, así lo has consentido, así lo has sancionado.

12. Si yo no fuese hijo tuyo por naturaleza, sino por adopción, no creas que me podrías desheredar: porque una cosa que se puede dejar de hacer, no es justo, una vez hecha, que se pueda anular. Siendo yo hijo tuyo en el doble concepto de la naturaleza y de la voluntaria elección, ¿es justo que sea expulsado otra vez de tu casa, y privado de mis derechos de familia una y otra vez? Si yo fuese un esclavo, y tú creyéndome perverso me encadenaras, y luego convencido de mi inocencia me dices la libertad, ¿podrías, si te irritabas algún día, volverme á la antigua esclavitud? Nunca jamás. Las leyes quieren que tales decisiones

sean irrevocables á perpetuidad. Para demostrar, pues, que mi padre no tiene derecho á desheredar á aquel cuya primera desheredación espontáneamente revocó, haré punto aquí, aunque me quedan otras muchas razones que alegar.

13. Considerad ahora las condiciones de este desheredado. No alegaré que entonces era ignorante y que ahora soy médico; mi ciencia no es pertinente á la cuestión: ni que entonces era joven, y ahora soy entrado en años; la misma edad es argumento de que no habré faltado por indiscreción; pero acaso parecerá de poco peso esta razón. Solamente, pues, diré que entonces mi padre, sin haberle hecho ni daño ni beneficio, me arrojó, como he dicho, de su casa y que hoy me arroja cuando le acabo de salvar. ¿Hay mayor ingratitud? Salvado por mí, libre por mí de espantoso peligro, me da esta recompensa, sin acordarse para nada de su curación: la olvida por completo, y arroja de su casa al hijo que, en vez de regocijarse del motivo de su injusta expulsión, no sólo no recordó la injuria que le había hecho su padre, sino que le devolvió el juicio y la salud.

14. Porque no es un beneficio pequeño y de los que se hacen todos los días el que yo he dispensado á quien ahora me juzga digno de esta pena. Él ignora acaso cuál era su estado entonces, pero vosotros, jueces, lo conocéis. Sabéis lo que hacía, lo que sufría. Sabéis la situación en que estaba cuando me hice cargo de él, desahuciado de los médicos, abandonado de sus íntimos, que ni á acercársele se atrevían; y sabéis que yo lo he puesto en disposición de acusar y de discutir acerca de una ley. Pero á la vista tienes, padre mío, el ejemplo: hace poco estabas como tu mujer y yo te he devuelto la razón. ¿Es justo que me des semejante recompensa, y que sólo tengas el jui-

cio para proceder contra mí? Tu propia acusación evidencia que no ha sido pequeño mi favor. Pues si me detestas porque no curo á tu mujer, reducida al último extremo y agobiada por espantoso mal, ¡cuánto más no me debías querer por haberte sanado de idéntica dolencia! ¡Qué gratitud no merece el haberte librado de enfermedad tan atroz! Pero tú, ¡oh espantosa ingratitud! apenas recobrado el juicio, me traes al tribunal; apenas salvado, me castigas y resucitas el antiguo aborrecimiento y apelas á la misma ley. Así recompensas magníficamente la ciencia y pagas los medicamentos: ¡empleando contra el médico la recobrada salud!

15. Vosotros, jueces, ¿le permitiréis castigar á su bienhechor, expulsar á su salvador, aborrecer al que le ha restituído la razón, atormentar al que le ha devuelto la salud? No, si con justicia obráis. Hay más: aunque yo hubiese cometido ahora el delito mayor, el favor antes dispensado es tan grande, que basta para que, considerándolo mi padre, despreciase la falta actual y me la perdonase en seguida, mucho más si el beneficio superaba infinitamente á la falta cometida después. Esta es la ventaja que creo tener sobre él: lo he salvado y me debe la existencia, la razón, la inteligencia, que se las he devuelto precisamente cuando le habían desahuciado todos, declarándose impotentes contra la enfermedad.

16. Pero lo que aumenta el valor de mi beneficio es que cuando se lo dispensé no era ya hijo suyo, no tenía necesidad de curarle, [y sin embargo de ser libre, extraño á la familia, desatado de todo vínculo natural, no descuidé á mi padre: acudí á él de mi grado, sin llamarme, por propio impulso, y le asistí, le curé, le restablecí, me conservé á mi padre, me justifiqué de las causas de la desheredación, templé

su ira con mi bondad, deshice la ley con mi amor, compré con mi beneficio el reingreso en la familia, demostré mi cariño filial, y conseguí con mi arte una nueva adopción, mostrándome verdadero hijo en medio de la infelicidad. ¿Cuánto creéis que he sufrido? ¡Cuánto no he trabajado, siempre al lado del enfermo, sirviéndole, observando sus crisis, ora cediendo á la violencia del mal, ora aplicando los recursos de mi profesión cuando cedía la enfermedad! Porque es de los mayores peligros de la medicina el cuidar á enfermos de esta clase y acercarse á ellos cuando se hallan en semejante situación, pues á menudo en el paroxismo de su furia se desfogan contra los que están á su alrededor. Yo, sin embargo, ni suspendí un momento mi trabajo, ni me atemoriqué: ataqué de frente la enfermedad, la combatí de todas maneras, y la vencí, por último, con una poción.

17. Al oír esto, no vayáis á decir en vuestro interior: «¿Qué dificultad hay en administrar una poción?» ¡Oh! ¡Hay que hacer antes muchas cosas para preparar el camino! Disponer hábilmente el cuerpo á la curación, estudiar la naturaleza del enfermo, purgarlo, debilitarlo, someterlo al conveniente régimen alimenticio, prescribirle el ejercicio necesario, procurarle el sueño y el descanso; todo lo cual es fácil de lograr en los enfermos ordinarios, pero los locos, arrebatados por el trastorno de la inteligencia, son difíciles de dirigir y gobernar, y peligrosos para el médico, y refractarios á la curación. Por lo cual sucede á menudo que cuando más esperanzados estamos viéndonos cerca del fin, una pequeña imprudencia del enfermo ocasiona grave recaída, anula fácilmente todo el trabajo, retrasa la cura y deja en descubierto nuestra profesión.

18. Pues bien, yo he sufrido todos estos trabajos;

he luchado con la terrible enfermedad, he vencido al más invencible de los males, ¿y permitiréis que se me desherede? ¿toleraréis que un padre interprete leyes á su antojo contra su propio bienhechor? ¿le dejaréis atacar á la misma naturaleza? Yo, sumiso á la voz de ésta, salvo y curo á mi padre, á pesar de sus injusticias; y él, obedeciendo, como dice, á las leyes, pierde y priva de sus derechos de familia al hijo que le ha hecho tal favor. Él es enemigo de su hijo, yo amante de mi padre. Yo respeto la naturaleza, él la pisotea y conculca. ¡Oh padre lleno de aborrecimiento injusto! ¡Oh hijo amoroso también con injusticia! Porque yo, obligado por mi padre, me acuso también de que siendo detestado le amo más de lo debido, pues la naturaleza exige que los padres amen á los hijos más aún que los hijos á los padres. Pero el mío desprecia sin escrúpulo las leyes que mantienen en sus derechos de familia á los hijos intachables, y la naturaleza que puso en todos los seres un vehemente amor hacia los que les deben la existencia; y aunque tiene respecto á mí los mayores motivos de amor, lejos de manifestarme toda la ternura exigida por la equidad, ó de imitarme pagándome amor con amor, aborrece ¡oh desdicha! á quien le ama, arroja de su casa á quien bien le quiere, es injusto con su bienhechor, deshereda al hijo respetuoso, y echa mano de las leyes protectoras de los hijos y las vuelve, como enemigas, contra mí. ¡Qué batalla, padre mío, contra la naturaleza y la ley!

19. ¡No son, no son las cosas como tú pretendes! Interpretas mal, padre mío, las leyes bien establecidas: no hay conflicto entre la ley y la naturaleza cuando se trata del amor; se secundan, por el contrario, mutuamente, y se apoyan recíprocamente contra la injusticia. Al ultrajar á tu bienhechor, faltas

á la naturaleza, y al faltar á la naturaleza ¿no faltas también á la ley? Las leyes son buenas y justas y protectoras de los hijos, y tú no quieres que sean así, puesto que las invocas á cada paso contra un hijo como contra muchos descastados, y pretendes que castiguen sin cesar, cuando ellas desean conservar el amor entre padres é hijos, y no hay ninguna contra el que en nada faltó. En cambio hay leyes que autorizan para acusar de ingratitude al que no favorece á su bienhechor. Considerad cuál será la injusticia del que, lejos de reconocer los favores recibidos, quiere utilizarlos hoy para castigar al mismo que se los prestó. Sostengo, pues, que no se me puede desheredar de nuevo, después de haberse usado una vez contra mí de todos los derechos que al padre concede sobre este particular la ley, y creo por otra parte haber demostrado cumplidamente que es injusto arrojar-me y excluirme de la casa paterna después de haber sido tan insigne bienhechor.

20. Pero vengamos ya al motivo de la desheredación y examinemos la naturaleza de la falta que se me imputa. Necesitamos acudir de nuevo al espíritu del legislador. Concedo por un instante que me puedes desheredar cuantas veces quieras, y hasta que te sea permitido usar este derecho contra tu bienhechor; pero esta facultad no es absoluta, ni puede ejercitarse por cualquier motivo. El legislador no dice: «Cualquiera que sea la acusación del padre, será desheredado el hijo: basta que el padre lo desee y se querelle.» ¿Para qué haría falta el juicio? Al contrario, notad, oh jueces, que la ley os manda investigar si la cólera del padre es ó no causada por motivos justos y poderosos. Investigadlos, pues. Voy á principiar por lo ocurrido á raíz de la curación de mi padre.

21. Lo primero que hizo en cuanto recobró la salud, fué anular mi desheredación. Entonces era yo su salvador, su bienhechor, todo cuanto hay que ser. En lo cual no pudo haber, á mi juicio, ningún crimen. Tocante á lo ocurrido después, ¿de qué me acusas? ¿Qué cuidado, qué servicios filiales te negué? ¿qué noches he pasado fuera de casa? ¿qué excesos en bebidas ó comidas me puedes censurar? ¿dónde está mi relajación? ¿á qué rufian he apaleado? ¿quién me acusa, en fin? Ni uno siquiera. Pues éstas son las causas de desheredación según la ley. Pero mi madrastra comenzó á enfermar. ¡Cómo! ¿Me acusas por esto y me haces responsable de su enfermedad? «No», dice mi padre.

22. ¿Por qué, pues? «Te he mandado curarla, dices, y no me has obedecido: y por esta desobediencia mereces la desheredación.» Demostraré muy pronto que no he sido desobediente, puesto que me era imposible cumplir lo que se me ordenó. Por ahora me contentaré con decir:—Ni la ley permite á un padre mandar cuanto se le antoje, ni impone al hijo la obligación de obedecer en todo cuanto se le quiera ordenar. Entre tus diferentes mandatos hay algunos que no necesito cumplir, y otros cuya desobediencia me hace digno de tu castigo y de tu furor: como si estás enfermo y no te cuido; si me mandas administrar tu hacienda y la malgasto; si me ordenas inspeccionar los campos y no quiero. Todo esto y cosas semejantes son motivos racionales para la indignación paterna. Pero hay otras que son exclusivamente potestativas del hijo, como el ejercicio de su profesión, sobre todo si al hacer uso de ella no ofende en manera alguna á su padre. Supongamos que un padre dice á un hijo pintor: «Pinta esto y no pintes aquéllas»; á un hijo músico: «Ejecuta esa pieza

y no aquella»; á un hijo herrero: «Forja ese objeto y aquel no»; ¿habrá quien le crea autorizado para desheredar á su hijo, porque éste no haya trabajado conforme al capricho paternal? Seguramente que no.

23. La medicina es la profesión más honrada y más útil, y debe dar á los que la ejercen la necesaria libertad: esta independendencia es en ella una prerrogativa natural. Nadie puede ejercer coacción ni dominio sobre esta ciencia sagrada, revelada por los dioses y estudiada por los sabios: no está sometida á la servidumbre de las leyes, ni al temor ó al castigo de un tribunal, ni á la sentencia de un juez, ni á las amenazas de un padre, ni á las iras de un particular. Por tanto, aunque yo os dijese paladina y claramente:—Puedo, pero no os quiero curar: he aprendido mi arte sólo para mi padre y para mí, y quiero ser un ignorante para los demás; ¿qué tirano, por desafortado que fuese, me obligaría á ejercer contra mi voluntad? Con súplicas y ruegos, no con leyes, iras y tribunales, se ha de obtener nuestro auxilio. Al médico se le ha de persuadir, no mandar; ha de traérsele de grado, no por fuerza; no se le ha de compeler á la curación, sino ha de proceder á ella gustoso y por su voluntad. La profesión médica goza de inmunidad, y está emancipada del poder paterno, y hay médicos á quienes las ciudades conceden honores públicos, preferencia de asientos, inmunidades y prerrogativas.

24. Esto es cuanto hubiera podido decir en absoluto de mi arte; pero aun cuando tú hubieses procurado que me la enseñasen, aun cuando hubieses tenido muchos cuidados y hubieses gastado mucho en mi instrucción, yo siempre te hubiera contestado que la curación que me proponias era imposible de obtener. Mira, pues, cuán descaminado andas al no

permitirme usar libremente de mi propiedad. Yo aprendí mi arte cuando no era hijo tuyo, ni estaba sometido á tu ley: y sin embargo, la aprendí en obsequio tuyo, y tú has recogido sus primicias, aunque nada me habías dado para que la pudiera aprender. ¿Qué maestros ajustaste? ¿qué preparados medicinales has pagado? Ninguno. Pobre yo y privado de lo necesario, me enseñaban por compasión mis maestros. Mi padre sólo me ha dado para costear mis estudios tristeza, abandono, miseria, el aborrecimiento de la familia, el desvío de los parientes. ¿Y á cambio de esto quieres que emplee mi saber á gusto tuyo y erigirte en señor de lo que he adquirido cuando tú no eras mi dueño? Conténtate con los favores que sin deberte nada te he hecho espontáneamente, y no pretendas tenerme obligado por el más pequeño beneficio.

25. El hecho de haberte dispensado un favor, no me obliga á continuar favoreciéndote; ni mi voluntario beneficio te da derecho á exigirme los que quieras mal mi grado: no hay costumbre, á mi ver, de que el médico que ha curado á alguno una vez, haya de curar perpetuamente á todos los que el curado designe. De ser así, nos daríamos un señor en toda persona curada, y nuestra recompensa sería una servidumbre y obediencia absoluta á todos sus caprichos. ¿Hay cosa más injusta? ¿porque te he devuelto la salud gravemente quebrantada, te crees con derecho á abusar de mi ciencia?

26. Esto es lo que podría decir á mi padre cuando lo que me ordenara estuviera á mi alcance, porque no tengo obligación de obedecerle absolutamente en todo. Considerad ahora de qué naturaleza son sus órdenes: «Has curado mi locura, dice; mi mujer padece la misma enfermedad (así lo cree él), y está como yo

desahuciada por los otros médicos; tú, como lo has demostrado, lo puedes todo; cúrala, pues, y líbrala del mal.» Esto dicho así, parece sumamente racional, sobre todo á las personas ignorantes ó imperitas en medicina. Pero si os dignáis escuchar la defensa de mi profesión, veréis que ni nos es posible todo, ni son todas las enfermedades de igual naturaleza, ni idéntico su tratamiento, ni los mismos medicamentos eficaces en cualquiera circunstancia, y se pondrá de manifiesto cuánto distan el no querer del no poder curar á un enfermo. Permitidme, pues, que discurra sobre este punto, aunque sin molestaros con una disertación inepta, impertinente al litigio, inoportuna y extravagante.

27. En primer lugar la naturaleza y composición de los seres no son iguales, aunque producto de los mismos elementos; pues en unos predomina tal elemento que se halla en menor proporción en otros. Lo mismo digo de los cuerpos de los hombres: no los hay iguales ni semejantes en todo, ni en temperamento, ni en complexión, por lo cual las enfermedades varían en ellos de intensidad y de forma, y son en unos fáciles de curar y dóciles á los remedios, y en otros enteramente insuperables y dominadoras irresistibles del organismo del cual se han apoderado fácilmente. Pensar, pues, que todas las fiebres, todas las tísis, todas las pulmonías y todas las locuras son de la misma naturaleza, é iguales en todas las personas, no es de hombres sensatos que discurran con alguna razón sobre las cosas: la misma enfermedad fácil de curar en uno, es incurable en otro. Sucede en esto como con el trigo sembrado en campos diversos: en un terreno llano, bajo, bien regado, abrigado, defendido de malos vientos y cultivado, nacerá abundante y lozano y dará muchas espigas, otra cosa será en

una pendiente, ó en un pedregal, ó en un sombrío, ó al pie de una montaña, variando, en fin, la producción conforme á la diversidad de los lugares: así también las enfermedades, según los individuos que las sufren aumentan y se desarrollan con facilidad ó no prevalecen. Mi padre no haciendo alto en esto, y sin cuidarse de estas diferencias, pretende que la locura es igual en todas las personas, é idéntico su tratamiento terapéutico.

28. Pero prescindiendo de lo dicho, á cualquiera se le alcanza fácilmente que la constitución de la mujer es muy distinta de la del hombre, tanto respecto á las enfermedades, como á la posibilidad ó imposibilidad de curarlas. Los cuerpos de los hombres son fuertes, robustos, endurecidos por el trabajo y por el ejercicio al aire libre, y los de las mujeres, débiles, delicados, criados á la sombra, pálidos por falta de calor y de sangre y exceso de linfa. Hállanse, en consecuencia, más expuestas á enfermedades que los hombres, son más difíciles de curar y tienen más propensión á la locura. Como son más irascibles, más volubles, más débiles y más nerviosas, fácilmente contraen esta dolencia.

29. Injusto sería, por consiguiente, exigir á los médicos el mismo tratamiento para los dos sexos, cuando es evidente la inmensa distancia que los separa en obras é inclinaciones desde el principio de su vida y en todo el curso de ella. Por tanto, cuando dices: «está demente», añade «es mujer la demente»; y no confundas bajo una denominación común todas las variedades de la demencia; distínguelas, como la naturaleza las distingue y considera lo que en cada caso particular puede hacerse. Porque los médicos, como recordaréis que al principio de mi discurso he dicho, lo primero que estudiamos es la naturaleza y complexión

del enfermo, las cualidades que en él predominan, si es ardiente ó frío, si es joven ó anciano, si es grande ó pequeño, si es gordo ó flaco, y todo lo restante; y el que haya examinado previamente todas estas circunstancias, merece con seguridad ser creído cuando declare la curación posible ó imposible.

30. La locura, además, es de muchas clases, reconoce causas diversas y se distingue con diferentes nombres: no son lo mismo la insensatez, la demencia, la locura, el delirio furioso; todas estas denominaciones designan grados de mayor ó menor gravedad de esta dolencia. Las causas que la producen son distintas en los hombres y en las mujeres, en los jóvenes y en los viejos: en los jóvenes la produce casi siempre la plétora de vida; en los ancianos una calumnia fuera de razón, un acceso inmotivado de cólera contra individuos de la familia principian por perturbarles el ánimo, y los llevan poco á poco á la locura furiosa. A las mujeres las atormentan y enloquecen con facilidad muchas cosas; el odio extremado á una persona, la envidia á algún enemigo dichoso, un dolor ó un arrebató de ira, son pasiones que, como fuego bajo ceniza, crecen con el tiempo, y producen al fin la locura.

31. Esto es, padre mío, lo ocurrido á tu esposa: quizá haya experimentado hace poco algún pesar, porque ella no odiaba á nadie, y sin embargo está enferma y no hay médico capaz de curarla. Si alguno toma á su cargo la curación y la logra, aborreceme como si fuera culpable. No me importa tampoco el decirte que, aunque su situación no fuese desesperada aunque luciese todavía alguna esperanza de salvación, no me decidiría fácilmente á medicinarla, ni me atrevería sin maduro examen á propinarla la posición, temeroso del resultado y de la difamación con-

siguiente. ¿No conoces la generalizada idea de que existe siempre cierto odio entre hijastros y madrastas, y que éstas, aunque sean buenas, se dejan arrastrar á cierto furor femenino común á todas? Fácilmente, pues, si el mal se agravaba, y los medicamentos no eran bastante eficaces, se sospecharía que el tratamiento era fraudulento y malicioso.

32. Tal es, padre mío, la situación de tu esposa. Con toda rudeza te digo que nunca mejorará aunque tome mil pociones. Es inútil, pues, someterla á tratamiento alguno, como no me obligues á ello con objeto de verme fracasar y de llenarme de infamia. Deja que me envidien mis compañeros de profesión. Si me desheredas segunda vez, no te desearé ningún mal, aunque me vea abandonado de todos. ¿Y si (lo que no quiera el cielo) vuelve tu enfermedad? Esta clase de males suelen repetirse cuando se les excita. ¿Qué deberé hacer entonces? Acudiré en tu auxilio, no lo dudes, y no abandonaré nunca el puesto señalado por la naturaleza á los hijos, ni olvidaré jamás que lo soy tuyo. Después, cuando hayas recobrado el juicio, ¿podré esperar que vuelvas á admitirme? ¿Lo ves? Con tu conducta provocas á la enfermedad y llamas al padecimiento. Escapado ayer de la dolencia terrible, vociferas hoy y te agitas, y lo que es peor, te enfureces, te dejas arrastrar por el odio y acudes á las leyes. ¡Ay, padre mío, tales fueron los comienzos de tu primera locura!

X X X.

FALARIS.

DISCURSO PRIMERO.

1. Habitantes de Delfos: nuestro soberano Fálaris nos envía á presentar al dios este toro y á hablar con vosotros lo que nos parezca oportuno acerca del donante y de la ofrenda. Á esto venimos. He aquí la carta en que os lo comunica: «Habitantes de Delfos: como realmente soy, y no como me pintan lenguas de enemigos y envidiosos, quisiera á costa de mis riquezas que me conocieran los Griegos, y principalmente vosotros, que sois como sagrados y adscriptos á Apolo Pitio, y vivís, en cierto modo, bajo el mismo techo que el dios. Creo, en efecto, que si logro justificarme ante vosotros, y convenceros de que sin razón tengo fama de cruel, vuestra opinión será mi mejor apología para los demás Griegos. Pongo por testigo de lo que diga á ese mismo dios á quien no puede engañar ningún razonamiento capcioso, ni envolver mentira alguna. Fácil sería acaso engañar á los hombres; pero á un dios, y á un dios como éste, nada puede ocultarse.

2. »He nacido en Agrigento, de distinguidos padres, y soy, como el que más, noble; he recibido una

educación liberal; me he dedicado á estudios científicos; he sido siempre popular en mi ciudad, y justo y moderado con los que administraban conmigo los negocios públicos. Ni de violencia, ni de miras siniestras, ni de insolencias, ni de egoísmo, ni de nada semejante, me podrá acusar nadie en aquella época primera de mi vida. Pero cuando advertí que los del partido contrario al mío (nuestra ciudad se hallaba entonces dividida en dos bandos) me tendían asechanzas y procuraban mi muerte, no hallé otro refugio, otra seguridad ni otra salvación para la ciudad y para mí que apoderarme del mando para reprimir y contener á los sediciosos y hacer entrar á los ciudadanos en sendas de razón. Aplaudieron mi idea muchas personas patriotas y prudentes que conocían mi intento y la necesidad del golpe de Estado. Con tales auxiliares, realicé sin dificultad mi resolución.

3. »Cesaron desde entonces los tumultos, y fué reconocida mi autoridad: yo ejercía el poder, y la ciudad estaba libre de sediciones. No ordené matanzas, destierros ó confiscaciones de bienes ni aun contra aquellos que me habían tendido asechanzas, á pesar de que tales medidas suelen ser necesarias, sobre todo al inaugurarse un nuevo poder. La bondad, la dulzura, la afabilidad y el respeto á los derechos de todos me figuraba yo que eran los medios mejores para reducirlos á obedecer. Di, pues, treguas á mis resentimientos, hice la paz al instante con mis enemigos, y llegué á admitirlos muchas veces á mi mesa y á mis consejos. La ciudad, arruinada por negligencia de sus magistrados, era un foco de robos y rapiñas, y me dediqué á mejorarla con acueductos, á embellecerla con edificios, á fortificarla con un cinturón de murallas; aumenté las rentas públicas, encomendando su administración á inteligentes empleados;

cuidé de la instrucción de la juventud, atendí al amparo de la vejez, y entretuve al pueblo con espectáculos, distribuciones, festejos y banquetes públicos. Y tocante á violar doncellas, corromper mancebos, robar esposas, enviar satélites y amenazar como déspota, hasta el nombre de estas cosas me pareció abominable.

4. »Pensaba ya en dimitir el poder y en abdicar el mando, deliberando sólo acerca de la forma de lograrlo sin peligro. La misma autoridad suprema y la facultad de hacerlo todo comenzaban á serme molestas, como carga aumentada por la envidia, y buscaba el medio de que mi patria no necesitase más de mis servicios. Como hombre lleno de primitiva sencillez, pensaba en esto, digo, cuando ellos se levantaron contra mí, buscaron medios de consumir la sedición y la asechanza, y de ganar conjurados, de acopiar armas, de reunir dinero, acudiendo á los pueblos vecinos y enviando emisarios á Grecia, á los Espartanos y Atenienses. Mi suerte, si caía en su poder, estaba ya decretada: me despedazarían con sus propias manos y me harían sufrir otros suplicios, según se ha sabido por la confesión pública de los sometidos al tormento. El haberme librado de estos males se lo debo á los dioses que descubrieron la conspiración, y sobre todo á Apolo Pitio, que me la reveló en sueños y me dió noticias de cuanto se tramaba.

5. »Poneos en mi lugar, habitantes de Delfos, y decidme qué hubiera debido hacer cuando, á punto de ser sorprendido, hube de buscar mi salvación en aquellas circunstancias. Trasladaos un instante en espíritu á mi palacio de Agrigento; ved los preparativos de los conjurados; oid sus amenazas, y decidme lo que debo hacer. ¿Queréis que todavía use blandura con ellos y los perdone y los tolere, cuando han es-

tado á punto de matarme? ¿ó bien que les presente el cuello desnudo y vea morir á mi vista á los seres más queridos? Juzgaríais insensata esta conducta. Un hombre esforzado, de pensamientos varoniles y prudentes, á quien le hierva la bilis á la menor injusticia, debia castigarlos, y proveer á su seguridad futura con los recursos presentes. Esto es lo que me hubierais aconsejado.

6. »¿Qué hice después? Mandar que me fuesen traídos los culpables, permitirles defenderse, presentarles las pruebas, convencerlos de las circunstancias menores, aunque ni ellos mismos las negaban, y castigarlos, doliéndome, más que de su conspiración, de la necesidad en que me ponía de renunciar á mi primitivo plan de conducta. Desde entonces continúo velando por mi seguridad y castigando á los que atentan á mi vida. Los hombres me acusan por esto sin mirar de quién ha partido el primer golpe, si de ellos ó de mí. Pasando por alto las circunstancias y las causas de los castigos, sólo execran las penas y las crueldades que en ellas ven. Es como si alguno, viéndose despeñar á un sacrílego no se parase á investigar si penetró de noche en el templo y robó las ofrendas ó puso la mano en la estatua del dios, y os acusase de ferocidad extremada porque, preciándoos de Griegos y de sagrados, permitíais que un Griego, cerca del santuario, pues la roca, según he oído, no está lejos de la ciudad, sufriese tal castigo (1). Os reiríais, supongo, de semejante acusación, y todos los demás aplaudirían vuestro rigor contra los impíos.

(1) Esta roca se llamaba *Yampeia*. De ella sólo eran despeñados los sacrílegos. Luciano parece aludir sarcásticamente al crimen de los habitantes de Delfos, que, enojados contra Esopo, le acusaron de haber robado una copa de Apolo y lo condenaron á muerte.

7. »Los pueblos, en general, sin examinar las cualidades del que manda, ni ver si es justo ó injusto, aborrecen hasta el nombre de tiranía y de tirano; y aunque éste sea un Eaco, un Minos ó un Radamanto, procuran perderle lo mismo, pues fijándose solamente en los tiranos perversos, confunden con ellos á los buenos y los envuelven en el mismo odio por la igualdad del nombre. Oigo, sin embargo, que en Grecia han ejercido el poder muchos sabios que, con el odioso nombre de tiranos, han dado pruebas de humanidad y virtud, y que algunos han grabado en vuestro templo breves máximas, como adornos y ofrendas en honor de Apolo Píto.

8. »Veis también que los legisladores casi todo lo sancionan con penas, pues estiman completamente eludible la ley sin el miedo al castigo correspondiente á su infracción. Pero los tiranos, como gobernamos contra la voluntad general, y regimos súbditos que nos aborrecen y procuran derribarnos, forzosamente tenemos que usar más de los procedimientos de rigor, cuando vemos la inutilidad de vanas amenazas y que la fábula de la hidra se renueva contra nosotros, pues cuanto más cortamos nacen más ocasiones de castigar. Necesitamos, pues, cortar las que renacen y quemarlas, como Iolas, si queremos vencer. Una vez adoptado este sistema, es imposible abandonarlo, so pena de morir por perdonar á los demás. ¿Pensáis que si no fuera por esto, pudiera haber un hombre tan feroz y cruel que gozase flagelando á los demás, escuchando alaridos y contemplando ejecuciones sin gravísimo motivo de castigar? ¡Cuántas veces he llorado al ser azotados otros! ¡Cuántas me veo obligado á lamentarme de mi suerte como de la pena más larga y más atroz! Para un hombre afable por naturaleza y severo por

necesidad, es menos duro el ser castigado que el tener que castigar.

9. »Pero hablando con franqueza os diré, que si me dieran á elegir entre castigar injustamente á algunos ó morir, preferiría, sin vacilar, mi muerte al injusto castigo de otro. Pero si se me dijera: «Fálaris, ¿quieres morir injustamente, ó castigar con justicia á los »conspiradores?» aceptaría la última proposición. Acudo de nuevo á vuestros consejos, ciudadanos Delfenses, y pregunto: ¿qué os parece mejor, morir injustamente, ó salvar injustamente al que atenta contra mí? Nadie habrá seguramente tan insensato que no prefiera vivir, á morir por salvar á sus enemigos. ¡A cuantos, sin embargo, convictos de haber conspirado contra mí les he otorgado mi perdón! A Acantes, por ejemplo, á Timócrates y á su hermano Leógora, en recuerdo de nuestra antigua amistad.

10. »Si me queréis conocer mejor, preguntad á los extranjeros que vienen á Agrigento cómo los trato y si me conduzco con afabilidad, teniendo en los puertos personas encargadas de averiguar quiénes son y de dónde vienen, para recibirlos y despedirlos con el debido honor. Algunos Griegos sapientísimos vienen expresamente á visitarme, y no rechazan mi trato, como hace poco el sabio Pitágoras, que, á pesar de lo mal que había oído hablar de mí, se retiró, después de tratarme, aplaudiendo mi amor á la justicia y deplorando el que por necesidad tuviera que ser cruel. ¿Pensáis, pues, que un hombre tan bueno con los extranjeros trataría injustamente á los suyos, si no le hubieran hecho algún insigne mal?

11. »He dicho cuanto tenía que decir para justificar mi conducta: todo en ella es verdadero, justo y más digno de aplauso, creo, que de rencor. Tocante á mi ofrenda, oid ya cómo he llegado á poseer este toro sin

habérselo encargado á un escultor. No estoy demente, por fortuna, para desear la posesión de cosas semejantes. Había aquí un tal Perilao, buen escultor, pero mal hombre, el cual, muy distante de conocer mis sentimientos, imaginó, como si yo me complaciese en castigar, proporcionarme un placer con la invención de un nuevo suplicio. Hizo este toro y me lo presentó. Su figura es hermosísima y prodigiosa, la exactitud de la ejecución, faltándole sólo para parecer vivo el moverse y mugir. En cuanto lo vi, exclamé: «Es una obra digna de Apolo, y debemos ofrecerla al dios.» Entonces Perilao. «¿Pues qué será, me dijo, cuando sepas el artificio de su interior y el uso á que puede destinarse?» Y abriendo los lomos del toro: «Si quieres castigar alguno, añadió, mételo en esta máquina, ciérralo en ella, haz colocar estas flautas en los ollares del toro, y pon fuego debajo. El que esté dentro, lleno de espantoso dolor, gritará y aullará, pero al pasar su voz por las flautas producirá sonidos melodiosos, ejecutará una especie de canto fúnebre, á modo de lúgubre mugido, que te recreará dulcemente mientras el otro sufre.»

12. «Apenas lo oí, detesté la abominable máquina, aborrecí el ingenio de aquel hombre y resolví castigarlo con el suplicio de que había sido inventor. «Ea, le dije, pruébame, Perilao, que no son vanas tus promesas, y que es verdadero tu artificio: imita tú mismo la voz de un hombre atarazado por el dolor, y veamos si las flautas producen efectivamente melodiosos sonidos.» Obedeció Perilao, y cuando estuvo dentro, lo cerré y mandé poner fuego debajo del toro, diciéndole: «Recibe la recompensa digna de tu admirable invento, y cántanos la música de que eres autor.» Así fué justamente castigado, recogiendo el fruto de su

máquina ingeniosa. Hícele sacar cuando aún vivía y respiraba, para que no impurificase la obra muriendo dentro de ella, y mandé despeñarlo sin darle sepultura. Purifiqué el toro, y os lo envió para consagrarlo al dios, después de haber hecho grabar en él toda la historia: mi nombre como donante, el del artífice Perilao, su invención, mi justicia, el castigo que impuse, la música del sabio escultor y el primer ensayo de la misma.

13. »Y vosotros, Delfenses, obraréis como es justo ofreciendo con mis embajadores un sacrificio á nombre mío, y colocando mi ofrenda en digno lugar del templo, para que sepan todos cómo trato á los perversos y cómo castigo los excesos de su maldad. Para probar plenamente las condiciones de mi carácter, basta el castigo de Perilao, la dedicación del toro, no reservado para oír los cantos de otras víctimas, y sólo empleado en hacer resonar los mugidos del inventor, único en quien he experimentado este artificio, y dando con él fin á la bárbara é inhumana canción. Esto es lo que ahora consagro al dios: más tarde le dedicaré otras ofrendas, si me libra de tener que imponer otros castigos.»

14. Esto dice, oh Delfenses, la carta de Fálaris. Su contenido es verdad, los hechos están relatados con exactitud. Es justo que deis crédito á nuestra deposición, porque hemos sido testigos de su conducta, y no tenemos ahora ninguna necesidad de mentir. Pero si es preciso que interpongamos nuestras súplicas en favor de un hombre que, sin motivo, tiene fama de cruel y que se ve obligado á imponer castigos contra su voluntad, nosotros, ciudadanos de Agrigento, oriundos de Grecia, de los antiguos Dorios, os suplicamos que concedáis la amistad que desea á nuestro soberano Fálaris, dispuesto á hacer favores á la ciu-

dad en general y á cada uno de vosotros en particular. Admitid, pues, este toro, consagradlo al Dios, y haced votos por Agrigento y por Fálaris, y así, ni nos despediréis sin haber cumplido nuestra misión, ni ofenderéis á nuestro Príncipe, ni privaréis al numen de una ofrenda que es obra de arte y monumento de justicia á la vez.

XXXI.

FALARIS (1).

DISCURSO SEGUNDO.

1. Ni soy huésped público de los Agrigentinos, ni particular de Fálaris: no le estoy obligado por ningún favor, ni pienso conseguir nada de su amistad; pero oídos los mesurados y discretos discursos de sus embajadores, considerados el interés de la religión, la utilidad común, y más que todo, la dignidad de Delfos, me levanto para exhortaros á no injuriar á un hombre poderoso y lleno de piedad, y á no rehusar una ofrenda ya consagrada al dios, y que está destinada á perpetuar la memoria de la habilidad del artista, de su invención execrable y de su justo castigo.

2. Paréceme, oh Delfenses, que el dudar un momento acerca de este asunto, y el tratar, como los magistrados nos proponen, acerca de si se ha de recibir ó de si se ha de rechazar la ofrenda, es irreligioso, más aún, llega á los límites de una excesiva impiedad. Tal acción es realmente un sacrilegio mucho

(1) Este discurso se supone pronunciado por un sacerdote de Delfos, que aboga por la aceptación del regalo de Fálaris.

más grave que otros, por cuanto es menos impío robar una cosa ya consagrada, que impedir que se consagre la que se quiere dedicar.

3. Os ruego, pues, como habitante de Delfos y como partícipe de su buena fama, si la conservamos, ó de su difamación, si del actual asunto pudiera resultar, que no cerréis el templo á los piadosos, ni deshonréis ante el mundo entero nuestra ciudad, dando á entender que calumnia las ofrendas enviadas al dios y que somete á sus donantes al veredicto de un tribunal. Nadie se atreverá en adelante á ofrecer nada, sabiendo que el numen no admitirá su dádiva, si antes no decide Delfos que e la debe admitir.

4. Además, el mismo Apolo ha votado ya en favor de la justicia de este don. Si aborreciese á Fálaris, ó si abominase su ofrenda, muy fácil le hubiera sido hundirla en las aguas del mar Jonio, con la nave en que venía, y por el contrario, ha hecho reinar, según se nos ha dicho, el tiempo más favorable durante el viaje, hasta la llegada al puerto de Cirra (1).

5. Esto demuestra que acepta la piedad del monarca. Debéis, pues, votar de conformidad con el dios, y añadir este toro á los demás adornos del santuario; porque sería absurdo sobre toda ponderación que quien envía al numen tan magnífica ofrenda, obtuviese del templo un fallo condenatorio, y recibiese en premio de su piedad una decisión que le declarara indigno de ofrecer cosa alguna.

6. El sustentante de la opinión contraria, como si acabase de llegar de Agrigento, nos ha descrito en trágico tono las matanzas, las violencias, las rapiñas é incautaciones del tirano. Confiesa, sin embargo, que no las ha visto, como que no ha viajado nunca,

(1) Puerto de Fócida.

ni ha puesto en toda su vida el pie en un barco. Pero en cosas de esta naturaleza conviene no dar crédito pleno ni á los mismos que dicen que las han sufrido: es dudoso que cuenten la verdad: no debemos, pues, condenar lo que no conocemos.

7. Por otra parte, en Delfos no tenemos para qué cuidarnos de si tales ó cuales cosas han ocurrido ó no en Sicilia, á menos que pretendamos convertirnos de sacerdotes en jueces, y cuando se haya de hacer algún sacrificio, ó de dar culto al numen, ó de aceptar alguna ofrenda, nos constituyamos en tribunal y discutamos si son justos ó injustos los tiranos de allende el Jonio.

8. Obren los demás como les plazca: lo único que, á mi ver, necesitamos nosotros es conocer nuestros propios usos, saber cómo y cuándo fueron establecidos, si están todavía en vigor, y la manera mejor de aprovecharlos. Para probar que habitamos en un país lleno de precipicios y que labramos pedregales, no necesito acudir al testimonio de Homero (1); basta mirar, para convencerse de que á cuenta de nuestra tierra pereceríamos de hambre. El templo, el dios, el oráculo, los sacrificios, las ofrendas; éstos son los campos, las rentas, los tesoros y los alimentos de Delfos; de modo que, diciendo la verdad, para nosotros se cumple aquí el dicho de los poetas, y

Sin siembra y sin cultivo viene todo (2).

Apolo Pitio cultiva nuestro campo, y nos da, no sólo todos los productos de las demás tierras griegas, sino que hace llegar á Delfos los de Frigia, Lidia, Per-

(1) *Ilíada*, II, v. 90.

(2) *Odisea*, IX, v. 109.

sia, Asiria, Fenicia, Italia, y los de las regiones Hiperbóreas. Todos los pueblos nos dan culto después del dios, y vivimos felices. Así fué en lo antiguo; así es todavía; ¡ojalá sea siempre!

9. Nadie recordará que entre nosotros se haya sometido nunca á votación la admisión de una ofrenda, ni que se haya impedido á nadie hacer sacrificios ni oblaciones. La fama insigne del santuario y sus riquezas se deben, á mi juicio, á esta conducta. No hay, pues, razón para modificar lo establecido, ni para introducir leyes nuevas tocante á juzgar escrupulosamente los regalos é investigar su procedencia, su calidad y de dónde y por quién se nos envían; sino admitirlos sin oposición y consagrarlos, sirviendo simultáneamente al numen y á los piadosos donantes.

10. Paréceme, habitantes de Delfos, que lo mejor que puede hacerse en la presente ocasión es considerar ante todo el número y valor de los regalos. Se trata, en primer lugar, del dios, del templo, de los sacrificios, de las ofrendas, de los antiguos usos, de las vetustas leyes, de la fama del oráculo después; de los intereses de toda la ciudad, de toda la república, y de los particulares de cada Delfense, y en fin, y por encima de todo, de la buena ó mala reputación que vais á adquirir entre los hombres. Cosa más importante, ni más esencial, creo que, discurriendo con cordura, no la hallaréis, habitantes de Delfos.

11. Sobre esto debemos, por consiguiente, deliberar: no sólo sobre el tirano Fálaris, ni ese toro, ni esa masa de bronce, sino sobre todos los reyes y soberanos devotos de nuestro templo, y sobre el oro, la plata y otras muchas ofrendas de valor que habrán de ser consagradas en lo sucesivo á Apolo. Lo referente al dios debe ser colocado en primer término.

12. ¿Por qué, pues, no hemos de hacer ahora lo que

respecto á las ofrendas viene haciéndose desde los tiempos más remotos? ¿Qué hay de reprehensible en nuestros antiguos usos para que tratemos de innovarlos? ¿Por qué (lo que jamás se ha hecho desde que vivimos en esta ciudad, y responde el dios, habla el trípode y se inspira la Pitonisa), estableceremos ahora juicios é investigaciones acerca de los que traen ofrendas? Con la antigua costumbre, que á todos daba sin restricción este derecho, ya veis que se ha llenado el templo de riquezas, trayéndole todos donativos, y hasta dando algunos al dios más de lo que podían.

13. Pero si os constituís en jueces é investigadores de las ofrendas, temo que no haya á qué aplicar las investigaciones. Nadie querrá someterse á un juicio, ni sufrir indagatoria de sus gastos y dispendios, ni exponerse á perder la vida. Porque ¿cómo vivir después de haber sido declarado indigno de dedicar una ofrenda?

XXXII.

ALEJANDRO O EL FALSO PROFETA.

1. Acaso crees, queridísimo Celso (1), que es pequeño trabajo el que me has impuesto mandándome componer y enviarte un libro con la vida de Alejandro de Abonótico (2), y la relación de sus invenciones, fraudes é imposturas. Si quisiera contarlas puntualmente, mi obra sería tan larga como la historia de las hazañas de Alejandro, hijo de Filipo; pues, tanto como éste en valor, sobresalió aquél en malicia. Pero si piensas leerme con indulgencia y suplir con tus conocimientos lo que falta, emprenderé en tu obsequio el trabajo y procuraré limpiar, en la medida de mis fuerzas, el establo de Augias (3), recogiendo, si no toda su inmundicia, algunos cestos de ella, para que por la muestra te sea fácil juzgar qué inmensa can-

(1) Filósofo de la escuela de Epicuro, que compuso contra el Cristianismo una obra en ocho libros, titulada *Discurso verdadero*, Λόγος ἀληθής, refutada por Origenes. Sólo quedan de ella los fragmentos citados por el refutador.

(2) Ciudad de Paflagonia, en la costa del Ponto-Euxino, ó mar Negro.

(3) Rey de la Elida, que prometió á Hércules la décima parte de su ganado si le limpiaba los establos, en los que el estiércol, amontonado en cantidades enormes, infestaba el aire. Hércules lo consiguió haciendo pasar por ellos las aguas del Alfeo.

tividad de estiércol habrán podido producir tres mil bueyes durante muchos años.

2. Pero me avergüenzo por los dos, por tí y por mí: por tí, que crees digno de la historia el recuerdo de un hombre mil veces execrable; por mí, que he de trabajar en tal relato y en referir los hechos de quien no merecía ser conocido por lectores ilustrados, sino expuesto en un teatro donde zorros y monas lo despedazasen ante numeroso concurso. Pero si alguno nos acrimina, podremos disculparnos con el ejemplo de otro. Un discípulo de Epicteto, Arriano (1), insigne en Roma y consagrado toda la vida al estudio, hizo una cosa semejante, y puede servir para justificarnos. Escribió, en efecto, la biografía del ladrón Tilíboro. Nosotros vamos á componer la historia de un facineroso más terrible que Tilíboro, pues no ha ejercido sus rapiñas en selvas y montañas, sino en el corazón de las ciudades, ni ha recorrido sólo, saqueándolas, la Misia, el Ida y algunos despoblados de Asia, sino que, por decirlo así, ha hecho víctima de sus latrocinios todo el Imperio romano.

3. Antes de hablar de sus hechos, voy á trazarte su retrato con toda la exactitud posible, aunque no me precie de ser buen dibujante. Su estatura (principiemos por ella) era elevada; bello su rostro con un no sé qué de divino; el color blanco, la barba poco cerrada, los cabellos naturales mezclados á una peluca, tan bien arreglada que pocos conocían lo postizo; los ojos brillantes y relucientes con destellos sobrehumanos; la voz dulce y bien timbrada; en fin, en la parte física, completamente intachable.

4. Tal era su exterior. Pero su alma y su carácter,

(1) V. nuestra traducción de la *Historia de Alejandro*, por Arriano, tomo LVIII de la BIBLIOTECA CLÁSICA, advertencia preliminar.

¡oh Hércules, alejador de desdichas! ¡oh Júpiter defensor! ¡oh Dióscuros salvadores! antes caer en poder de mortales enemigos, que tropezar con semejante hombre. Su inteligencia, su sagacidad, su perspicacia eran muy superiores á las de todos; y reunía á ellas deseo de saber, facilidad para el estudio, memoria y aptitud para cualquiera ciencia, todo en grado supremo. Pero hacía mal uso de sus prendas, y tan nobles facultades sólo le sirvieron para ser el hombre más perverso del mundo, eclipsando la maldad de Cercope, Euribates, Frinondas, Aristodemo y Sostrato (1). Sin embargo, escribiendo en una ocasión á su yerno Rutiliano y hablando modestamente de sí mismo, se comparaba á Pitágoras. Pero, perdóneme el sabio y divino filósofo de Samos, mas si hubiera vivido en tiempo de Alejandro, hubiera sido á su lado un párvulo inocente. No creas, por las amables Gracias, que quiero injuriar á Pitágoras con esto, ó que intento comparar los hechos de ambos. Aun cuando se reuniesen todas las acciones malas y perversas que calumniosamente se imputan á Pitágoras, y á las que jamás daré crédito, no serían ni una pequeña parte de las debidas á la infernal astucia de Alejandro. Figúrate y represéntate en tu imaginación un alma del temple más flexible y tornadizo, mentirosa, fraudulenta, perjura, maestra en malas artes, rápida, audaz, desafiadora de peligros, paciente en la ejecución de los proyectos, persuasiva, hábil en inspirar confianza, hipócrita de la virtud, y fingidora de fines contrarios á sus verdaderos intentos. Nadie le vió una vez, que no se retirara convencido de que era el mejor y más justo de los hombres, y el más sencillo y franco.

(1) Bandidos célebres.

Añade á esto, cierto aire de grandeza y un no pensar nunca en cosas pequeñas, si no en elevadísimos proyectos.

5. De muchacho, según cuentan y como aún podía juzgarse por la paja (1), era muy hermoso, pero se prostituía sin pudor y se iba con quien le pagaba. Llevósele, entre otros, uno de esos impostores preciados de saber magia y encantamientos, confeccionadores de filtros eróticos y de fórmulas para librarse de enemigos, descubrir tesoros y coger herencias. Prendado de la inteligencia y universales aptitudes del muchacho, enamorado de las malas artes del maestro, como éste de la belleza del discípulo, se encargó de instruirle y lo tuvo constantemente á su lado, como sirviente, criado ó ayudante. El embaucador era además médico, y sabía

Mezclar las buenas y las malas plantas (2),

como la mujer del egipcio Tonis, de la cual era sucesor y universal heredero. El maestro y dueño de Alejandro era natural de Tiana, amigo íntimo de Apolonio Tiano (3), y conocedor de toda su trágica maquinaria. Mira en qué escuela se formó nuestro hombre.

6. Apuntábale el bozo cuando murió el mágico Tiano. Quedó Alejandro en la miseria, marchita ya la flor de juventud de que había vivido, y empezó á

(1) Alusión al verso 214 del libro XIV de la *Odisea*. Dice en ella Ulises:

Hoy ya perdí mis bríos, aunque creo
Que juzgarás del grano por la paja.

(2) Homero, *Odisea*, IV, v. 252.

(3) Famoso impostor, biografiado por Filóstrato.

concebir grandes proyectos. Asocióse en Bizancio á un escritor de anales, llamado, creo, Coconas, hombre de infame condición, que solía recorrer todos los certámenes; y anduvieron ambos ejerciendo sus artes y adivinaciones y esquilando borregos, expresión con que la jerga mágica designa á las personas vulgares. En estas circunstancias hallaron una Macedonia rica, y ya madura, pero que quería ser amada, vivieron á su costa algún tiempo, y la acompañaron de Bitinia á Macedonia. Era la mujer natural de Pela (1), ciudad rica en tiempo de los reyes macedonios, pero ya con pocos y pobres habitantes.

7. Vieron en aquel país unas culebras muy grandes, pero tan domesticables y mansas, que son alimentadas por las mujeres, duermen con los niños, se dejan pisar y manosear sin enfurecerse, y chupan como niños de teta los pechos de las madres. Hay muchas de esta especie, y de esto ha debido originarse, en mi concepto, la fábula de Olimpias, la cual dormía, sin duda, con alguna de estas culebras cuando estaba en cinta de Alejandro (2). Compraron por pocos óbolos una de las mas hermosas.

8. Y aquí, como dice Tucídides (3), fué el principio de la guerra. Los dos atrevidos bribones, capaces de cualquier crimen, habían comprendido, al asociarse, que la vida de los hombres está sujeta á dos poderosísimos tiranos, el miedo y la esperanza, y que quien explote oportunamente el uno ó la otra, puede enriquecerse pronto. Sabían que quien teme ó espera, desea ardientemente y por encima de todo conocer el porvenir: sabían que esta necesidad había

(1) Capital de Macedonia. Hoy ruinas cerca del lago Ostrovo.

(2) V. Plutarco, *Vidas paralelas*, Alejandro.

(3) Libro II, cap. 1.

dato fama y riquezas antiguamente á Delfos y á Delos, Claros y los Bránquidas: sabían que los dos tiranos que he dicho, la esperanza y el miedo, llevan siempre al templo personas que, por averiguar el porvenir, sacrifican hecatombes y ofrecen ladrillos de oro. Comunicáronse estas ideas, trataron de ellas en común y pensaron en establecer un oráculo y un templo. Si lograban éxito feliz, pensaban ser en breve ricos y dichosos, como en efecto sucedió, superando el resultado á lo que creían al principio y á las más halagüeñas esperanzas.

9. Trataron luego del lugar y del modo y forma en que comenzarían la empresa. Coconas creía adecuada al caso Calcedonia, como centro de contratación muy concurrido, próximo á la Bitinia y á la Grecia y no muy apartado de Asia y de la Galogrecia y de todos los pueblos circunvecinos. Alejandro prefería su patria, porque decía, con razón, que para dar comienzo á su empresa necesitaban habérselas con estúpidos é ignorantes, circunstancias que, según él, tenían los Paflagonios, finítimos de los Abonóticos, hombres casi todos ricos y supersticiosos, hasta el punto de que en cuanto ven un flautista, un cimbalista ó un tamborilero, siquiera prediga el porvenir con un cedazo, se le quedan alrededor con la boca abierta y lo miran como á un enviado del cielo.

10. Después de alguna discusión, prevaleció la idea de Alejandro. Llegados á Calcedonia, ciudad que les pareció útil para sus planes, enterraron en el templo más antiguo, que es el del dios Apolo, unas láminas de bronce que decían que Esculapio con su padre Apolo llegaría en breve al Ponto y fijaría su residencia en Abonótico. Halladas estas láminas en la ocasión oportuna, divulgaron la nueva por toda la Bitinia y por el Ponto, y en particular por Abonó-

tico. Decretóse en seguida la creación de un templo y comenzaron á abrirse los cimientos. Coconas en tanto permanecía en Calcedonia escribiendo oráculos dudosos, ambiguos y enigmáticos, pero murió pronto, creo que de la mordedura de una víbora.

11. Presentóse, mientras, Alejandro con los cabellos rizados y tendidos, vestido de una túnica purpúrea rayada de blanco, con manto blanco sobre los hombros, y una espada corva como la de Perseo, de quien se hacía descendiente por parte de madre; y aquellos desdichados Paflagonios, aunque conocían la humilde y obscura condición de sus padres, le creyeron como á un oráculo cuando dijo:

Progenie de Perseo, á Apolo caro,
Retoño del ilustre Podaliro (1),
El divino Alejandro se presenta.

Y el tal Podaliro era un hombre lujurioso, tan dominado por la lascivia, que se vino desde Trica (2) á Paflagonia, por gozar de la madre de Alejandro. Hallóse también una profecía en la cual una especie de Sibila se expresaba de esta suerte:

Junto á Sinope, á orillas del Euxino,
En las torres que á Ausonio obedecieron
Un adivino habrá: la unidad simple
Primero, mas la década tres veces,
Cinco unidades luégo, y triplicada
La veintena, después el cuaternario
Del nombre salvador seguidos forman (3).

(1) Hijo de Esculapio y hermano de Macaonte. Ambos médicos famosos en el sitio de Troya.

(2) Ciudad de Tesalia, patria de Heliodoro, autor de la novela *Teágenes y Cariclea*.

(3) Este oráculo versa sobre el valor numérico de las cuatro primeras

12. Cuando Alejandro con todo este aparato teatral se presentó tras larga ausencia en su patria, logró hacerse admirar, fingiendo accesos de inspiración, que le llenaban la boca de espuma, cosa que él fácilmente lograba mascando raíz de membrillo, pero sobrenatural y terrible para los espectadores. Desde antes había hecho además con tela una cabeza de serpiente, bastante parecida á un rostro humano, perfectamente pintada y modelada, á la cual por medio de cerdas de caballo le abría ó le cerraba la boca, y le hacía sacar la lengua serpentina, negra, bisulca, y movida por el mismo artificio de las cerdas. Tenía además la culebra macedónica, y la alimentaba en casa, esperando ocasión de presentarla en escena y de darle el principal papel del drama.

13. Cuando hubo necesidad de principiarlo, se sirvió de la superchería siguiente: bajó de noche á los recién abiertos cimientos del santuario, en los cuales, ó procedente de filtraciones ó de lluvia, había agua detenida, y colocó un huevo de ganso previamente vaciado, en el cual había encerrado una recién nacida culebra. Lo escondió en un hueco lleno de lodo y volvió á su casa. Á la mañana siguiente corrió á la plaza pública, sin más vestido que un cinturón bordado de oro que le cubría las vergüenzas, esgrimiendo su espada corva, y sacudiendo la desgredada cabellera como los fanáticos en la festividad de la madre de los dioses. Subió á una especie de altar elevado, arengó al pueblo y felicitó á la ciudad por la próxima llegada de un dios protector. La concurrencia, en la que había niños, mujeres y ancianos, pues había acudido casi toda la población, llena de asom-

letras Α Α Ε Ξ del nombre griego Ἀλεξάνδρος. Α, vale uno; Α', treinta; Ε, cinco; Ξ', sesenta. El nombre entero significa *protector del hombre*.

bro, se deshizo en súplicas y adoraciones, y Alejandro, pronunciando algunas palabras ininteligibles, quizá fenicias ó hebreas, acabó de imponerse á aquellas gentes cándidas que sólo comprendían los nombres de Esculapio y de Apolo, con frecuencia citados.

14. Diríjese entonces al futuro templo, se hace bajar al hoyo, á la misma fuente del oráculo, entra en el agua cantando en alta voz himnos á Esculapio y á Apolo, y pidiendo al dios que venga á la ciudad con favorables auspicios. Pide una copa, dásela no sé quién, la introduce fácilmente en el agua, y saca del lodo el huevo donde estaba encerrado el dios, pues había cerrado el agujero con cera y albayalde. Tómalo entre sus manos, y clama que yá tiene á Esculapio. Los espectadores, muy asombrados de que haya hallado un huevo en el agua, fijan en él los ojos para ver lo que va á suceder. Rompe Alejandro el huevo en el hueco de la mano y les enseña la culabrilla. Al verla moverse y enroscarse en los dedos del embaucador prorrumpen en aclamaciones, saludan al numen, ponderan la dicha de la ciudad, y piden á voz en cuello y abriendo enormemente la boca, tesoros, riquezas, salud, y cuantos bienes son de apetecer. Alejandro torna en carro á su casa, llevándose su flamante Esculapio, dos veces nacido, cuando los demás hombres sólo nacen una vez, y no de Coronis (1), por Hércules, ni de una corneja, sino de un ganso. Todo el público le sigue, loco de fanatismo y de esperanza.

15. Permaneció algunos días encerrado en su casa, dando tiempo á que la noticia de lo ocurrido atrajese multitud de Paflagonios, y cuando la ciudad estuvo

(1) Hay un juego de palabras entre *Coronis*, nombre de la madre de Esculapio, y *χορίωνη*, corneja.

completamente llena de hombres sin seso ni corazón, en nada semejantes á los que de trigo se alimentan, y en todo, menos en la figura, á los carneros, colocóse en una pequeña habitación, sentado en un lecho, vestido con luenga túnica talar propia de un dios, y teniendo en el seno aquel Esculapio de Pela, que era, como dije, grande y hermosísimo. El cuerpo de la serpiente pasaba por detrás de la cerviz de Alejandro, y la cola asomaba por debajo de la túnica, pues el reptil era tan grande, que enroscado en el seno del embaucador llegaba hasta el suelo, y sin inquietarse tenía la cabeza bajo el sobaco de Alejandro, el cual mostraba por el lado opuesto la cabeza artificial aparentando que era la natural del ofidio.

16. Imagínate ahora en una cámara poco iluminada, á la que llegaba escasa luz, un desfile continuo de hombres perturbados, esperanzados y atónitos, asombrados, en cuanto entraban, de que la culebrilla hubiera podido hacerse en poco tiempo culebrón con cabeza humana y tan manso además. Los que venían detrás empujaban á sus predecesores y no les dejaban ver nada detenidamente, obligándoles á salir de la habitación. Para ello se había practicado frente á la puerta de entrada una salida, á modo de lo que se hizo en Babilonia cuando, gravemente enfermo Alejandro, los Macedonios que rodeaban el palacio quisieron verlo y hablarle por última vez (1). Por lo demás, no fué esta la única representación que dió el embaucador; al contrario, la repitió muchas veces, sobre todo cuando venían ricos no explotados.

17. Pero á decir verdad, amigo Celso, aquellos ignorantes y rudísimos Pónticos y Paflagonios son dignos de perdón, si después de tocar la serpiente,

(1) V. Plutarco, *loc. cit.*, al fin.

cosa que Alejandro permitía, y de ver á mala luz la cabeza que abría y cerraba la boca, se dejaban sorprender por el embaucador. Un Demócrito, un Epicuro, un Metrodoro ú otro filósofo cualquiera, de alma avezada á la incredulidad, fueran los únicos capaces de desconfiar y de descubrir el ardid, ó si no lo descubrían, estar de antemano convencidos, á pesar de no explicarse la impostura, de que todo era una farsa imposible de toda imposibilidad.

18. En poco tiempo acudieron muchísimos visitantes de Bitinia, Tracia y Galogrecia, y cada uno al regresar á su país se hacía lenguas, como es natural, de que había visto nacer al dios, de que lo había tocado después que en poco tiempo se había hecho grande, y de que tenía humano rostro. Hiciéronse pinturas, retratos y estatuas de plata ó bronce con el nombre del numen, que según el verso de un oráculo divino se llamaba Glicón (1); Alejandro, en efecto, había exclamado:

Yo soy Glicón, de Júpiter excelso
Generación tercera, luz del hombre.

19. Llegado el tiempo de realizar el plan á cuya preparación se enderezaba todo esto, ó sea de vaticinar y dar oráculos á quienes lo pidiesen, ajustó su conducta á la de Anfilocó (2), adorado en Cilicia. Este después de la muerte de su padre Anfiarao, ocurrida en Tebas, abandonó su patria y vino á Cilicia, donde ganó bastante prediciendo el porvenir á dos óbolos

(1) Hay medallas con la inscripción ΓΑΥΚΩΝ y una serpiente, que han sido explicadas por esta noticia de Luciano.

(2) Hijo de Anfiarao. Tomó parte en la guerra contra Troya: obtuvo honores divinos.

oráculo. A ejemplo, pues, de Anfíloco, anunció Alejandro á cuantos lo visitaban que el dios profetizaría en un día determinado. Ordenó á cada cual que escribiese en una lámina lo que deseara saber, y que la arrollase y la cerrase con un hilo sellado con cera, arcilla ú otra materia análoga. El recogería las láminas y las bajaría al santuario (ya estaba terminado el templo y preparada la escena): los consultantes serían llamados en orden riguroso por un heraldo y un sacerdote, y cuando el dios les respondiese recibirían su hoja, y escrita debajo de la pregunta la respuesta que el numen estaba dispuesto á dar á todos.

20. La traza para un hombre como tú, y si puedo decirlo, como yo, era bastante burda y manifiesta, pero para aquellos imbéciles de nariz embotada por la coriza, fué una cosa estupenda y misteriosa. Alejandro, que había hallado varios procedimientos para levantar los sellos, leía todas las preguntas, volvía á arrollar y á sellar las hojas y las devolvía con universal asombro. Era frecuente oírles: «¿Cómo puede saber lo que le he entregado bajo un sello tan difícil de imitar, sino siendo verdaderamente un dios que lo conoce todo?»

21. ¿Cuáles eran esas invenciones? me preguntarás acaso. Oye y aprende á descubrir estas astucias. Esta era la primera, amigo Celso. Con una aguja incandescente derretía la cera que estaba debajo del sello, quitaba ésta, leía la hoja, volvía á derretir la cera con la aguja y pegaba con facilidad la que estaba debajo del hilo á la del desprendido sello. La segunda consistía en emplear el procedimiento llamado del colirio, pasta hecha con pez brucia, asfalto piedra diáfana molida, cera y almáciga. Con estos ingredientes hacía Alejandro su colirio, lo calentaba al fuego, lo apretaba sobre el sello previamente hume-

decido con saliva, y obtenida la impresión, lo retiraba en cuanto se endurecía, desataba las hojas, las leía á su gusto, volvía á ponerles cera, y les marcaba un nuevo sello tan parecido al primero como si hubiese hecho la impresión con la misma piedra. Escucha el tercer medio. Con cal mezclada á la cola que se usa para pegar libros, formaba una masa como cera, la apretaba, blanda todavía, sobre el sello; la quitaba después (porque se seca al instante y queda más dura que el cuerno ó que el hierro), y luego hacía con el molde las reproducciones precisas. Otras muchas invenciones pudiera citarte, pero es mejor no mencionarlas, para que no me tenga por necio cualquiera, y sobre todo tú, que en tus libros (1) contra los mágicos, obra bella y utilísima, con más copia de datos que yo, has tratado ampliamente del asunto, para recomendar á tus lectores la necesaria cautela.

22. Daba, pues, oráculos, y profetizaba con extremada prudencia, procurando cierta verosimilitud en sus ficciones, para lo cual las respuestas eran unas veces ambiguas y dudosas, otras completamente incomprendibles, pero siempre con carácter profético bien definido. Disuadía de sus proyectos á los consultantes, ó los animaba según las circunstancias le parecían más ó menos ventajosas, y ordenaba á otros tal ó cual tratamiento ó tal ó cual régimen de vida, con arreglo á los conocimientos que tenía, según he dicho, de muchas y útiles medicinas. Recomendaba sobre todo las citmides, nombre dado á un unguento hecho consebo de cabra, para curar la fatiga. Tocante á esperanzas, aumentos de bienes y herencias, difería la contestación para más adelante, añadiendo: «Todo eso sucederá si yo quiero, y si mi profeta

(1) No se ha conservado esta obra.

Alejandro me lo pidiere y rogaré por vosotros.»

23. El precio de cada respuesta era un dracma y dos óbolos (1); pero no creas, amigo mío, que esta pequeña retribución le proporcionaba escaso rendimiento. Todos los años ganaba de setenta á ochenta mil dracmas, pues la insaciable curiosidad de los hombres le exigía de diez á quince oráculos diarios. Todo lo que cobraba no lo guardaba, sin embargo, para él solo, ni atesoraba caudales; tenía socios, confidentes, espías, redactores y archiveros de oráculos, escritores, fabricantes de sellos é intérpretes, y les pagaba según lo que valían.

24. Mandaba además á los países extranjeros cierto número de emisarios encargados de difundir la fama del oráculo, haciendo saber, sobre todo, que descubría y hallaba esclavos fugitivos, denunciaba ladrones y bandoleros, revelaba tesoros enterrados, sanaba enfermos y hasta había resucitado algunos muertos. Con tales incentivos la multitud acudía apresurada de todas partes y se multiplicaban los sacrificios, y se duplicaban los pagos al profeta discípulo del númen, que había dado este expresivo oráculo:

A mi vate y ministro honrar os mando:
No amo riquezas, amo á mi ministro.

25. Muchos hombres discretos, como despertando de profunda embriaguez, empezaron á protestar contra el impostor, distinguiéndose entre ellos los sectarios de Epicuro, que abundaban allí, é iban descubriéndose poco á poco en las ciudades todas las supercherías y tramoyas, lo cual obligó á Alejandro á lanzar contra sus enemigos un oráculo aterrador:

(1) Una peseta y veintidós céntimos.

«El Ponto, decía, está lleno de ateos y cristianos que blasfeman espantosamente contra mí. Quien desee tener propicio al numen, dispérselos á pedradas.» De Epicuro dió también el oráculo siguiente. Habiéndole hecho uno esta pregunta «¿Qué hace Epicuro en los infiernos?» respondió:

Con cadenas de plomo sujetado
Está sentado sobre inmundo cieno.

En vista de consultas tan discretas y profundas, ¿te asombrarás ya de la fama que logró el oráculo? Había declarado á Epicuro una guerra sañuda é implacable, y motivos tenía. Un embaucador, amigo de supercherías y enemigo de la verdad, ¿á quién debía combatir con más razón que á Epicuro, cuya inteligencia perspicaz descubría la naturaleza de las cosas y sólo conocía lo realmente verdadero de ellas? Los Platónicos, los Estoicos y los Pitagóricos eran amigos de Alejandro y vivían con él en profunda paz; pero el inflexible Epicuro (así lo llamaba) era su mortal enemigo, porque se reía y se burlaba de todos sus artificios. Por la misma razón odiaba á Amastris, más que á las otras ciudades del Ponto, porque en ella vivían Lépido (1) y otros muchos parecidos: así es que jamás dió oráculos á ningún Amastriano. En una ocasión tuvo el atrevimiento de responder al hermano de un senador y se puso en ridículo, porque ni pudo inventar contestación adecuada, ni hallar persona que se la suministrase á tiempo. Quejábase el consultante de dolores de estómago y queriendo mandarle que comiese pata de cerdo preparada con malvas, le dijo Alejandro:

Malva de cerdo en sacro vaso cuece.

(1) Probablemente el gobernador del Ponto.

26. A menudo, como antes he dicho, mostraba á los que lo pedían su culebra, pero no completamente, sino sólo la cola y la parte inferior del cuerpo, cuidando de tener escondida en el pecho la cabeza del reptil para que nadie la viese. Queriendo aumentar el asombro de la muchedumbre, anunció que el numen hablaría y daría oráculos por sí mismo, sin el intermedio del sagrado intérprete. Ató al efecto traquearterias de grulla, y las hizo pasar por la cabeza artificial, imitación de la humana; uno hablaba por ellas desde fuera, y cuando respondía á las consultas, pasaba su voz por el Esculapio de lienzo. Llamábanse estos oráculos autofonos (1), y no se daban á cualquiera indistintamente, sino á los pretextados, á los ricos y á los que ofrecían magníficos presentes.

27. De esta clase de oráculos autofonos fué el dado á Severiano (2), con motivo de su expedición á Armenia. Para animarle á la invasión le había dicho Esculapio :

Al claro Tíber, á la augusta Roma,
Diadema y lauros á la sien ciñendo,
Con Armenios y Partos domeñados
Por tu lanza cruel volverás pronto.

El necio Galo se dejó persuadir y realizó la invasión con resultado funesto, siendo con todo el ejército despedazado por Otirades. Alejandro hizo desaparecer el oráculo del archivo y lo sustituyó con el siguiente:

No ataques á la Armenia: algún guerrero
De traje mujeril, con flecha triste,
Puede la luz quitarte y la existencia.

(1) De αὐτός, mismo, y φωνή, voz.

(2) V. *Cómo ha de escribirse la historia*, 21.

28. Porque entre sus ingeniosas invenciones tenía Alejandro la de hacer oráculos después de los sucesos, para enmendar los yerros de las falsas predicciones. Muchas veces pronosticaba la salud á los enfermos, y si morían, tenía á punto un oráculo retractación del primero:

No busques ya remedio á tu dolencia,
Está el hado inflexible en tu presencia.

29. Como sabía que los oráculos de Claros, de Didimo y de Malo tenían mucha fama en un modo de vaticinar, igual al suyo, queriendo tenerlos propicios, les enviaba á muchos de sus consultantes, diciendo á unos:

Vé á Claros, para que oigas á mi padre;

á otros:

Acércate al santuario de los Bránquidas;

ó

En Malo el porvenir te dirá Anfíloco.

30. Todo esto sucedía dentro de la Jonia, la Cilicia, la Paflagonia y la Grecia. Cuando la fama del oráculo se extendió por Italia y llegó á Roma, no hubo quien, ó personalmente ó por medio de emisarios, no acudiese á consultarlo, sobre todo la gente acaudalada y poderosa. Principal y como corifeo de todos fué Rutiliano, hombre bueno y honrado, y distinguido en el desempeño de varios cargos públicos, pero enfermo de superstición y con tan absurdas creencias respecto

á los dioses, que en viendo una piedra ungida ó coronada, le tributaba adoración y se estaba horas enteras haciéndole votos y pidiéndole bienes. En cuanto tuvo noticia del oráculo, estuvo á punto de abandonar su cargo y volar á Abonótico; pero por fin se limitó á enviar emisarios tras emisarios. Eran éstos esclavos ignorantes, que fácilmente engañados, contaron á su vuelta lo que habían visto, con lo que habían creído ver y oír, exagerando y añadiendo mucho para congraciarse con su amo lisonjeando su manía. Excitáronle tanto, que Rutiliano llegó á caer en fortísima locura.

31. Relacionado con muchos y poderosos amigos, refirióles uno á uno cuanto por sus emisarios había sabido, añadiendo algo de su cosecha, de suerte que llenó la ciudad de patrañas, logró sobreexcitarla, y trastornó á la mayor parte de sus áulicos, que se apresuraron á ir para saber algo de sus futuros destinos. Alejandro los recibía con cortesía extremada, ganaba su favor con magníficos presentes y los despedía, dispuestos no sólo á publicar las respuestas del vate, sino á celebrar al dios y á mentir maravillas en obsequio del oráculo.

32. El execrable embaucador discurrió otra traza, impropia, por lo hábil, de un bandolero ordinario. Si al abrir y leer las hojas encontraba en las preguntas algo comprometedor ó peligroso, absteníase de contestar, pero no las devolvía; y así quedaban en su mano y á su discreción los imprudentes consultantes amedrentados por el recuerdo de lo que habían preguntado. Bien se te alcanza las consultas que podrían hacerle los ricos y poderosos. Le valió esto muchos regalos de los que se vieron cogidos en sus redes.

33. Quiero decirte algunos de los oráculos que dió á Rutiliano. Habiéndole preguntado qué preceptor

tomaría para un hijo de su primera mujer que estaba ya en edad de ser instruído, respondióle:

Dale por preceptor el gran Pitágoras
Y el cantor inmortal de los combates.

El muchacho murió á los pocos días, ¡y Alejandro estaba confundido, no hallando defensa para un oráculo cuya falsedad habían puesto de relieve las circunstancias; cuando el buen Rutiliano, abogando espontáneamente en favor del pronóstico, dijo que el dios le había manifestado que no diese maestro vivo á su hijo, sino los difuntos Pitágoras y Homero, con los cuales iba á instruirse verosímilmente el niño en los infiernos. ¿Merecía censuras Alejandro por haberle designado semejantes maestrillos?

34. En otra consulta preguntóle de quién procedía su alma, y le contestó el falso profeta:

De Peleo primero, de Menandro
Después nacida, llegará tu alma
A ser rayo solar cuando cumplieres
Tus ciento y ochenta años, Rutiliano;

Pero murió á los setenta de un ataque bilioso, sin aguardar á que se cumpliese la profecía.

35. El oráculo, sin embargo, era de los autofonos. En otra ocasión le preguntó con quién se casaría, y le dijo sin ambages:

Con la hija de Alejandro y de la Luna.

Alejandro había hecho correr hacía tiempo la voz de que la hija que tenía era de la Luna, la cual viéndole dormido se había enamorado de él, conforme á su

costumbre de enamorarse de bellos durmientes. El prudentísimo Rutiliano no vaciló un momento, hizo traer la muchacha, se casó con ella á pesar de sus sesenta años, se hizo propicia á su suegra la Luna con hecatombes completas, consumó el matrimonio, y se creyó uno de los númenes celestes.

36. Cuando logró hacerse lugar en Italia, inventó farsas mayores. Envió por todo el Imperio romano portadores de oráculos, prediciendo á las ciudades pestes, incendios y terremotos, y prometiéndoles ayudarles eficazmente para evitar tales desastres. Uno de los oráculos, autofono también, fué enviado á todos los pueblos con motivo de la peste. Era este verso:

La peste ahuyenta el bien crinado Apolo.

Y era cosa de ver este verso escrito en todas partes y sobre todas las puertas como preservativo de la plaga. Pero ocurrió á los más lo contrario de lo que esperaban. Casualmente las casas en que el oráculo estaba escrito fueron las más castigadas. No creas, sin embargo, que yo atribuyo la mortandad al verso, pero la casualidad así lo hizo. Quizá la mayor parte, fiados en el oráculo, vivieron desprevenidos y no observaron régimen severo, no ayudando en nada al versículo para contrarrestar la enfermedad, seguros de que aquellas sílabas les defenderían y de que el bien crinado Apolo ahuyentaría la peste con sus flechas.

37. Tenía Alejandro en la misma Roma multitud de espías, cómplices de sus amañes, que le enteraban del carácter de cada cual, de las preguntas que pensaban hacerle y de sus deseos dominantes, con lo cual antes de venirle á consultar, ya estaba preparada la respuesta.

38. Estos y otros semejantes amaños fueron los que empleó en Italia. Instituyó también ciertos misterios con marchas de antorchas y ceremonias sagradas, cuya celebración duraba tres días. En el primero, se hacía la proclamación, como en Atenas, con esta fórmula: «¡El ateo, el cristiano, el epicúreo que haya venido á espiar los misterios, vaya afuera! ¡los que creen en el dios, iníciense con felices auspicios!» En seguida principiaba la expulsión; él gritaba primero: «¡Fuera los cristianos!» y toda la muchedumbre respondía: «¡Fuera los epicúreos!» Después se representaba el parto de Latona, el nacimiento de Apolo, sus bodas con Coronis, y la venida al mundo de Esculapio. En el segundo día se celebraba la aparición y natividad del dios Glicón.

39. En el tercero eran las bodas de Podaliro y la madre de Alejandro: llamábase este día Dadis (1) y se encendían antorchas. Por último, se representaban los amores de la Luna y Alejandro y el nacimiento de la mujer de Rutiliano. Alejandro, haciendo el papel de Endimión, se presentaba con una antorcha y ministraba de hierofante. Tendíase en medio del templo y se dormía; entonces del techo, como si fuese el cielo, bajaba hasta él, haciendo de Luna, cierta hermosísima Rutilia, mujer de un intendente de César, verdadera amante de Alejandro que le correspondía, y á la vista del imbécil marido se hartaban de besos y de abrazos, y, á no ser por las muchas antorchas, acaso llegaran á extremos que por pudor se velan. Poco después Alejandro aparecía otra vez, en traje de sacerdote, en medio del más profundo silencio. «¡Io Glicón!» gritaba en voz alta, y el coro de Eumólpidas y heraldos, paflagonios de gruesos borceguíes,

(24) De δᾶς, δαδος, antorcha.

que apestaban á ajos, exclamaba á su vez: «¡Io Alejandro!»

40. A menudo, en la marcha de antorchas y en los bailes místicos dejaba ver adrede un muslo que parecía de oro, cubierto probablemente con una piel dorada que relucía al fulgor de las antorchas. Dos imbéciles, preciados de filósofos, entablaron por esto una disputa acerca de si Alejandro tenía el alma de Pitágoras, como tenía el áureo muslo, ú otra parecida. Consultado el mismo Alejandro, los sacó de dudas el regio Glicón, con este oráculo:

El alma de Pitágoras perece
Y renace otra vez. La del profeta
Es progenie de Júpiter. La envía
Para bien de los buenos el mandato
Del padre de los dioses, que á su seno
La volverá entre rayos.

41. Aunque, como cosa abominable, prohibía á todos el comercio con muchachos, véase cómo procedía el muy virtuoso. Ordenaba á las ciudades del Ponto y Paflagonia que, para servicio del culto y para cantar las divinas alabanzas, le enviaran en el trienio jovenitos de indiscutible nobleza, gallardía y hermosura, cuidadosamente elegidos. Encerrábase con ellos el embaucador y los trataba como si los hubiese comprado, infiriéndoles toda clase de afrentas. Había dado además una ley prohibiendo que, al saludarle, le besasen la boca los que tuvieran más de diez y ocho años: él presentaba la mano al beso de los demás, y sólo besaba á los muy jóvenes, los cuales decía que estaban comprendidos en la ley del beso.

42. Así abusaba, para su placer, de la imbecilidad de los hombres, corrompiendo sin pudor muchachos y mujeres. Sin embargo, era para cada cual grande

y apetecible honor el que mirase á su mujer , y como la considerase además digna de un beso , ya creía el marido que la buena fortuna iba á penetrar en su casa. Muchas mujeres se preciaban de haber tenido hijos de él , y sus maridos atestiguaban la verdad de lo afirmado.

43. Voy á referirte un coloquio que Glicón tuvo con un sacerdote Tianense, para que por las preguntas puedas juzgar del ingenio de este hombre. Lo leí, escrito en letras de oro, en Tío (1), en casa del sacerdote: «Oh, señor Glicón, dime quién eres.—Soy Esculapio el joven.—¿Distinto del primero quieres decir?—No te es lícito saberlo.—¿Cuántos años permanecerás profetizando entre nosotros?—Mil y tres.—¿Á dónde irás luego?—A Bactriana y sus finítimos: los bárbaros deben gozar también de mis peregrinaciones por el mundo.—¿Los otros oráculos, el de Didimo, el de Claros y el de Delfos son verdaderamente inspirados por tu abuelo Apolo, ó son los que los dan ahora unos embaucadores?—No pretendas saber eso, porque tampoco es lícito.—¿Qué seré después de esta vida?—Camello, después caballo, después filósofo y profeta no inferior á Alejandro.» Esto habló Glicón con el sacerdote. Al fin del coloquio pronunció Alejandro un oráculo en verso relativo á un Lépido que sabía que era amigo del sacerdote:

No te fies de Lépido: le aguarda
Un destino funesto.

Según he dicho antes, temía sobre manera á Epicuro, como enemigo sabio é ingenioso de sus supercherías.

44. En una ocasión puso en grave peligro á un Epi-

(1) Ciudad de Paflagonia.

cúreo que se atrevió á confundirlo en presencia de muchas personas. Acercósele el filósofo, y en voz muy alta: «¿Eres tú, le dijo, ese Alejandro que has hecho que un Paflagonio, cuyo nombre callo, enviase sus esclavos al gobernador de Galogrecia, para que les impusiera la última pena como matadores de un hijo que tenía estudiando en Alejandría? Pues el joven vive, y volvió sano y salvo después de muertos los esclavos echados por tí á las fieras.» He aquí lo que había pasado. El joven, que había subido por el Nilo hasta Clisma (1), halló allí una nave que iba á partir á la India, y se dejó llevar en la expedición. Sus infelices siervos, creyendo, por la tardanza, que el joven se había ahogado en el Nilo, ó había sido secuestrado por los ladrones, allí tan numerosos, volvieron y anunciaron su desaparición. Vino después el oráculo y la subsiguiente condena, y luégo se presentó el joven refiriendo su viaje. Esto le dijo el Epicúreo.

45. Alejandro, furioso al verse redargüido, y no pudiendo resistir la verdad de la reprensión, mandó á los presentes que apedreasen al filósofo, so pena de hacerse reos de impiedad y de ser llamados Epicúreos. Volaban ya las piedras, cuando un viajero, llamado Demóstrato, personaje de importancia en el Ponto, cogió al Epicúreo y lo libró de la muerte, á punto casi de ser apedreado. Y lo merecía, en verdad. ¿Qué necesidad tenía de ser sensato entre tanto insensato, y de exponerse sin causa á la necesidad de los Paflagonios? Esto fué lo ocurrido.

46. Si entre los consultantes convocados por turno

(1) Puerto de Egipto, en el mar Rojo. Estaba en comunicación con el Nilo por medio de un antiguo canal, que Trajano hizo limpiar durante su reinado.

al oráculo en una lista fijada la víspera, había alguno á quien, al preguntar el heraldo «¿Quieres responder?», respondía Alejandro: «¡Á los cuervos!» (1) ya no hallaba en adelante techo en que guarecerse, negábale todo el mundo el fuego y el agua, y veíase obligado á vagar de tierra en tierra como un impío, un ateo ó como un Epicúreo, que era la injuria peor.

47. Una cosa ridícula hizo á propósito de esto el impostor. Habiendo encontrado el libro de los pensamientos de Epicuro, la más bella de sus obras, como sabes, donde se contienen en sumario todos los principios de su filosofía, lo sacó al medio de la plaza, lo quemó en una hoguera de leña de higuera, como si fuese el filósofo en persona, arrojó al mar las cenizas y dió este oráculo:

Del ciego anciano los escritos quema.

Ignoraba sin duda el malvado todo el bien que produce la lectura de aquel libro; la paz, la independencia y tranquilidad que da á los ánimos libertándolos de espectros, prodigios, vanas esperanzas y deseos superfluos, ingiriendo en ellos la inteligencia y la verdad, y purificándolos, no con teas, cebollas albaranas ú otras necedades por el estilo, sino por medio de la recta razón, de la franqueza y de la verdad.

48. Oye, entre otros, un atrevidísimo rasgo de audacia de aquel hombre execrable. Como gracias al favor de que disfrutaba Rutiliano, tenía fácil entrada en el palacio real y en la corte, envió á éste un oráculo, durante la guerra germánica, cuando el divino Marco (2) estaba para entrar en combate contra los

(1) Locución equivalente á la nuestra «¡vaya enhoramala!»

(2) Marco Aurelio.

Marcomanos y los Cuados (1). El oráculo mandaba arrojar al Danubio dos leones vivos y muchos perfumes, y ofrecer además suntuosos sacrificios (2). Pero lo mejor es transcribir íntegro el oráculo:

Del Istro vorticoso á la corriente,
Nacida de los cielos, dos feroces
Ministros de Cibeles, en las quiebras
De los montes criados, yo os ordeno
Que echéis, y cuantas flores olorosas
Y bien olientes hierbas cría el aire
De la India feraz. Victoria insigne
Y paz dichosa se os darán en premio.

Hízose lo que el oráculo mandaba, pero los leones se fueron nadando hasta el campamento de los enemigos, que, que creyéndolos perros ó lobos de especie desconocida, los mataron á palos. Sufrimos después un terrible desastre en que perdimos casi veinte mil hombres, y á consecuencia de él, la jornada de Aquilea, en que esta ciudad estuvo á punto de ser tomada. Alejandro, para disculpar el fiasco de su profecía, acudió á aquella insulsa defensa que Delfos hizo del oráculo dado á Cresos, ó sea que el dios había vaticinado una victoria, pero sin determinar si la ganarían los Romanos ó sus enemigos.

49. Siendo ya inmensa la afluencia de consultantes é insuficiente la ciudad para hospedarlos y proveer á sus necesidades, discurrió el dar oráculos llamados nocturnos. Tomaba las hojas, se acostaba sobre ellas, según decía, y á la mañana siguiente, como si el

(1) Los Marcomanos corresponden próximamente á la actual Bohemia, y los Cuados á la Moravia. Xifilino (lib. LXXI), y Julio Capitolino (capítulos XIII, XIV, XXII), narraron esta guerra.

(2) Esta escena se halla representada en la columna trajana.

dios se las hubiese inspirado durante el sueño, daba las respuestas, pero oscuras la mayor parte, y ambiguas y embrolladas sobre todo si el rollo estaba bien sellado. Por temor de comprometerse escribía en tal caso lo que se le ocurría, seguro de que tal respuesta valía como un oráculo, y tenía para lo mismo intérpretes que por sus explicaciones y exégesis percibían cantidades crecidas de los favorecidos con semejantes profecías. Alejandro se hacia pagar por cada plaza de intérprete un talento ático (1).

50. Á veces, sin que nadie le preguntase directamente ni por medio de emisarios, sin motivo alguno, en una palabra, daba oráculos para asombro de necios. Vaya como ejemplo el siguiente:

¿Quieres saber el que en tu propio tálamo
Goza tu Caligenia á hurto de todos?
El esclavo Protógenes, objeto
De toda tu confianza, que á tu esposa
Da lo que á ti te dió, vengando en ella
La afrenta que le hiciste; pero el tósigo
Tienes dispuesto ya con que les libres
De verte y de escucharte. Junto al muro
Bajo tu lecho está. Todo lo sabe
Tu sirviente Calipso.

¿Qué Demócrito no quedaría confundido ante tanta puntualidad de nombres y lugares, aunque luego, averiguada la intención, lo despreciase?

51. Muchas veces á los bárbaros, que le preguntaban, en su idioma, les contestaba en el céltico ó siríaco, por la dificultad de hallar en la ciudad gentes de la misma nación que los consultantes. En tal caso dejaba pasar bastante tiempo entre la presentación de

(1) Cinco mil quinientas pesetas.

las hojas y las contestaciones, para poder abrirlas á sus anchas y hallar quien se las tradujese. Vaya, por ejemplo, un oráculo en su lengua escítica:

Morfi ebargulis dejará la luz
Cnenquierane por la sombra.

52. Otra vez, no hallándose presente, ni existiendo quizá, dijo en prosa á uno: «Vuelve atrás: el que te ha enviado ha sido muerto hoy por su vecino Diocles, acompañado de los ladrones Magno, Búbalo y Céler, que ya han sido cogidos y encadenados.»

53. Oye ahora unos pocos de los que á mí mismo me ha dado. Pregunté: «¿Es calvo Alejandro?» Sellé cuidadosamente mi hoja ante todos, y la recibí con este oráculo nocturno:

Malac Sabardalacu es otro que Atis.

Otra vez en dos hojas distintas, presentadas por dos personas con nombre diferente, escribí la misma pregunta: «¿Cuál es la patria de Homero?» Engañado por mi criado, que al preguntarle á qué había venido, le dijo que á curarme el dolor de costado, me contestó en una de las hojas:

Friccionarte te mando con unguento
De Citmide y de espuma de caballo.

Y en la otra, habiendo oído que el consultante quería saber si á Italia se iba mejor por mar que por tierra, respondió sin decir nada de Homero.

No te embarques, mejor es que á pie vayas.

54. Yo he empleado contra él muchos engaños, co-

mo este, por ejemplo: hice un día una sola pregunta escrita en una hoja, según costumbre, y puse encima: «Ocho oráculos para Tal», fingiendo un nombre y le envié ocho dracmas y el pico. Engañado por la cantidad y por el sobrescrito, me dió á la pregunta «¿Cuándo condenarán á Alejandro por impostura?» única de la hoja, ocho respuestas que, como suele decirse, no tocaban al cielo ni á la tierra, completamente descabelladas y confusas. Después, cuando supo mi burla, y que había intentado disuadir á Rutiliano de su matrimonio y de su necia fe en las promesas del oráculo, me aborreció, como es de suponer, y me tuvo por su mortal enemigo, tanto, que á una pregunta que sobre mí hizo Rutiliano, respondió:

Noctivagancias y adulterios plácenle.

55. En suma, yo era muy enemigo suyo. Cuando supo que yo había entrado en la ciudad y que era aquel Luciano (había traído dos soldados, uno contorio y otro lancero, que mi amigo el Gobernador de Capadocia me había dado para acompañarme hasta el mar), me dirigió al momento una invitación cortés y afabilísima. Lo hallé en su casa rodeado de muchas personas; pero yo, por fortuna, llevaba mis dos soldados. Dióme á besar la mano derecha, como hacía con todos; pero yo, al aplicar los labios como para besarla, se la mordí fuertemente con intención de dejarle manco. Los presentes, ya irritados porque no había saludado á Alejandro por su nombre, ni por el de profeta, quisieron estrangularme como impío; pero él, sufriendo la injuria con generosidad heroica, los calmó, les prometió que me amansaría fácilmente y que les demostraría una vez más el poder de Glicón, que en muchas ocasiones había trocado en amigos sus

enemigos mortales. Mandóles retirarse, y empezó á hacer su defensa, manifestándome que me conocía perfectamente y que sabía mis consejos á Rutiliano. «¿Por qué, añadió, has hecho eso contra mí, que puedo elevarte á los más altos puestos?» Acepté gustoso su benevolencia, comprendiendo el peligro á que me había expuesto, y salí á poco rato, convertido en amigo suyo. Este rápido cambio pareció á todos los presentes milagro no pequeño.

56. Después, cuando quise embarcarme, me envió muchos regalos de hospitalidad, y como hubiera de hacer el viaje sin más compañía que Jenófanes, pues había hecho adelantarse á Amastris á mi padre y los míos, me prometió Alejandro un navío y remeros. Acepté su oferta creyéndola cordial y franca. Pero cuando á la mitad del camino observé que el piloto lloraba disputando con los marineros, no esperé nada bueno. En efecto, Alejandro les había ordenado que se apoderasen de nosotros y nos arrojasen al agua. Hecho esto, les sería muy fácil combatirme. Por fortuna, las lágrimas del piloto lograron que los marineros no nos hicieran daño. «Yo, me decía, he vivido irreprochable y virtuosamente sesenta años, y no quiero á mi edad, teniendo hijos y mujer, mancharme las manos con un homicidio.» Después nos reveló el intento con que nos había admitido á bordo y las órdenes de Alejandro.

57. Nos desembarcó en Egiales, mencionada por el insigne Homero (1), y retrocedió con su navío. Allí encontré unos embajadores del Bósforo enviados á Bitinia por el rey Eupator para pagar el anual tributo, y habiéndoles referido nuestra peligrosa aventura, me acogieron benévolamente, me admitieron á bordo

(1) *Iliada*, II, v. 855.

de su nave, y llegué á Amastris con salud, después de haberme visto tan cerca de la muerte. Desde entonces, irritado contra Alejandro, movía contra él toda la cuerda deseoso de vengarme de un hombre á quien antes de su traición aborrecía ya por sus costumbres corrompidas; y pensaba acusarle, secundado por muchas personas, filósofos la mayor parte de la escuela de Timócrates de Heraclea. Pero el entonces gobernador del Ponto y la Bitinia, con sus ruegos y súplicas, me hizo desistir del intento, diciéndome que por su amistad á Rutiliano no podría castigar á Alejandro, aunque se probasen con toda claridad mis acusaciones. Reprimí, por consiguiente, mis ímpetus, viendo que mi intempestiva audacia se estrellaría contra un juez prevenido en favor del acusado.

58. ¿Pero no es uno de los mayores atrevimientos de Alejandro el haber tenido la osadía de pedir al Emperador que cambiase el nombre de Abonótico en Ionapolis, y el haber acuñado una nueva moneda con la imagen de Glicón en el anverso y al otro lado la de Alejandro con la diadema de su abuelo Esculapio y con aquella espada corva de Perseo, su pretendido ascendiente materno?

59. Había pronosticado de sí mismo que el hado le concedía ciento cincuenta años de vida, al cabo de los cuales moriría herido por un rayo; pero antes de los setenta murió miserablemente aquel hijo de Podaliro, de una llaga gangrenosa que se le extendió desde el pie hasta la ingle y se le llenó de gusanos. Entónces se descubrió que era calvo, pues, el dolor le obligó á que los médicos le bañasen la cabeza, lo cual no hubieran podido hacer sin quitarle la peluca.

60. Este fin tuvo la tragedia de Alejandro, y así se desenlazó todo aquel drama, en lo cual, aunque obra de la casualidad, con razón pudiera verse la mano de

la Providencia. Preciso era, para dar á semejante vida epitafio condigno, anunciar á concurso la provisión del oráculo. Presentáronse al efecto á Rutiliano los principales cómplices de las supercherías, y le nombraron árbitro para la designación del que de entre ellos creyese digno de encargarse del oráculo y de ceñir la corona de sacerdote y la diadema profética. Entre los pretendientes había un tal Peto, médico de profesión, con el cabello casi blanco, que deseaba encargarse de cosa tan indigna de su profesión y de sus años. Pero el presidente del certamen; Rutiliano, despidió á todos sin corona, y conservó al difunto el derecho de seguir dando oráculos.

61. Estos son, querido Celso, los pocos datos que por vía de muestra he elegido entre muchos, con la mira de agradar á un amigo que como nadie me admira por su ciencia, su amor á la verdad, su carácter afable, su equidad, sus costumbres tranquilas y su bondadoso trato; y con la de vengar (cosa que ha de agradarte) la memoria de Epicuro, hombre verdaderamente sagrado, divino ingenio, único que ha conocido lo que realmente es verdad y ha libertado con su doctrina la mente de sus discípulos. Creo, pues, que si este libro cae en manos de otras personas, hallarán cierta utilidad en él, porque revela imposturas y confirma la opinión de los que piensan con rectitud.

XXXIII.

DE LA DANZA.

LICINO Y CRATÓN.

1. LICINO.—La terrible acusación que, á mi ver, venías hace tiempo preparando contra la danza y el arte de danzar y contra los que, como yo, tienen á ese espectáculo gran afición, despreciable, según dices, é impropia de hombres serios, se te ha escapado, por fin, Cratón amigo. Aprovecharé, pues, la coyuntura para demostrar lo errado que andas y lo engañado que vives al motejar uno de los mayores bienes de la vida. Pero seré indulgente. Avezado desde la niñez á costumbres severas, sólo crees bueno lo rígido, y no es extraño que tu ignorancia te haga acusar cosas que no conoces.

2. CRATÓN. — Pero ¿qué especie de hombre eres tú, amigo mío, que lleno de erudición, y bastante versado en Filosofía, dejas los buenos estudios y el comercio con los antiguos por sentarte á oír el dulce son de las flautas y á ver cómo un hombre afeminado, de fina vestidura, y músculos relajados por cánticos lascivos, imita á las mujeres más libidinosas de la an-

tigüedad, á las Fedras (1), á las Partenópes (2) y á las Ródopes (3), todo entre músicas, cánticos y zapateados, cosas verdaderamente ridículas é indecentes para una persona libre y de tus bellas condiciones? Por eso, en cuanto supe que te deleitabas con tales espectáculos, no sólo me avergoncé por tí, sino que llevé muy á mal que, olvidado de Platón, Crisipo y Aristóteles, te estuvieses sentado, igualándote á los que con una plumita se hacen cosquillas en las orejas. Otros mil medios hay de dar solaz decente á ojos y oídos, sin acudir á flautistas ambulantes, ni á cánticos con acompañamiento de cítara, pues tienes además la grave tragedia y la comedia alegre, artes todos que son admitidos en los públicos certámenes.

3. Larga defensa necesitarás hacer ante los eruditos, si no quieres verte expulsado de su gremio y del de las personas decentes. Aunque lo mejor será, creo, que procures curar tu mala fama con una negativa absoluta, y con la inconfesión pertinaz de estos errores, cuidando de no convertirte en adelante, á hurto nuestro, de hombre que antes eras, en una bacante ó Lidia, falta que no sería exclusivamente tuya, sino mía, si como Ulises no te apartase del loto para verte á tus primeras aficiones, antes de que las Sirenas del teatro se apoderasen de tí completamente. Y cuenta que las Sirenas homéricas sólo tendían asechanzas por el oído, bastando un poquillo de cera para seguir navegando, pero éstas te han esclavizado completamente por los ojos.

4. LICINO.—¡No es poco fiero el perro que me achu-

(1) Mujer de Teseo y madrastra de Hipólito. Su pasión por éste fue causa de sangrienta catástrofe, asunto de tragedias antiguas y modernas.

(2) Una de las sirenas despreciadas por Ulises (V. *Odisea*, XII).

(3) Célebre cortesana. Ganó lo bastante para construir una pirámide de Egipto. Ofreció á Apolo obeliscos de hierro, que se custodiaban en Delfos.

chas! Pero tu ejemplo de los Lotófagos y de las Sirenas no tiene nada que ver con lo que me sucede. Los que comían el loto y oían á las Sirenas, recibían la muerte en premio de sus comidas y audiciones, y yo, aparte de la mayor dulzura de mis placeres, hasta en sus resultados he sido dichoso. Ni me he olvidado de mi casa, ni me he desconocido á mí propio; al contrario, si he de ser sincero, siempre al volver del teatro me he hallado más instruído y más perpicaz para los negocios. De modo que quien á tales espectáculos asiste vuelve, aplicándole el verso de Homero,

Deleitado y sabido de mil cosas (1).

CRATÓN.—¡Qué ideas las tuyas, buen Licino! ¡No sólo no te avergüenzas, sino que te jactas de tu conducta! ¡El síntoma es gravísimo, por Hércules! Al atreverte á alabar cosas tan despreciables y vergonzosas, nos quitas la esperanza de curarte.

5. LICINO.—Dime, Cratón, ¿reprendes el baile y lo que se hace en el teatro por haberlo visto á menudo, ó consideras vergonzoso y despreciable según tu palabra, un espectáculo al cual no has asistido nunca? Porque si lo has visto, estamos iguales; y si no lo has visto, mira que se puede tachar de irracional y de temeraria tu acusación contra una cosa desconocida.

CRATÓN.—¡Sólo me faltaba, con esta larga barba y estos cabellos canos, ir á sentarme entre mujerzuelas y espectadores sin seso, y aplaudir además, y desgañitarme en alabanzas de algún perdido que se jalease sin decoro!

LICINO.—Hay que perdonarte, Cratón. Pero si, por

(1) *Odisea*, XII, v. 188.

vía de prueba, lograra hacerte venir una vez al teatro, estoy seguro de que, en cuanto abrieras los ojos, no podrías menos de acudir á la función antes que nadie, para ocupar los bancos desde donde se oye y se ve mejor todo.

CRATÓN.—¡Muera de mala muerte si mientras tenga pelo en las piernas y barbas en la cara, me permito semejante desorden! Lástima me da el verte empedernido en esa borrachera.

6. LICINO.—¿Quieres, amigo mío, dar tregua á las injurias y escucharme algunas palabras acerca de la danza y sus bellezas, y de cómo no sólo es agradable, sino útil, pues establece principios, da enseñanzas y arregla y coordina el alma de los espectadores, ejercitándola en cuadros bellísimos, reteniéndola con armonías deliciosas é iniciándola en los misteriosos lazos de las bellezas morales con las físicas? La música y el ritmo hacen todo esto, y por ello no merecen reprensión, sino alabanza.

CRATÓN.—No tengo todo el tiempo necesario para oír á un loco hacer el panegírico de su locura; pero si te empeñas en entretenerme con tus desvaríos, te escucho como amigo cariñoso y pongo á tu disposición mis oídos que sin necesidad de cera, pasarán, como si no las oyesen por delante de tus bagatelas. Cállome ya: dí cuanto quieras como si ninguno te oyese.

7. LICINO.—Muy bien, Cratón: eso es lo que más falta me hacía. Poco después verás si lo que voy á decirte son ó no bagatelas. Sabrás en primer lugar, pues parece que lo ignoras, que el arte de la danza no es cosa nueva, de hoy, como quien dice, ni de ayer ó anteayer, ni de nuestros abuelos, ni de los abuelos de nuestros abuelos. Los más fidedignos historiadores de su origen te dirán que nació con el

mundo y que es contemporánea del Amor más antiguo. El coro de los astros, las conjunciones de los planetas y de las estrellas fijas, su rítmica progresión y concertada armonía son los modelos de la primitiva danza. Creciendo y desarrollándose paulatinamente, parece haber llegado ya á la cúspide de la perfección, componiendo un conjunto vario y armónico en que se enlazan todas las Musas.

8. Dícese que Rea, amante de la danza, fué la primera que mandó bailar en Frigia á los Coribantes y en Creta á los Curetes, obteniendo de ello no pequeña ventaja: ellos, en efecto, le salvaron á Júpiter, y es de creer que este dios confesaría, si fuese necesario, que á ellos y á sus bailes les debe la vida y el haberse librado de las dentelladas paternas. Aquella danza se ejecutaba con armas, golpeando con las espadas en los escudos, y saltando con bélico entusiasmo. Luego los más ilustres Cretenses se dedicaron con tal afición á este ejercicio, que llegaron á ser bailarines famosos, no sólo los particulares, sino los príncipes y reyes. Homero, que no se proponía deprimir á Merione, sino realzarlo, le llamó danzante, y era tan famoso y tan popular por su destreza, que no sólo lo conocían los Griegos, sino los Troyanos, á pesar de ser sus enemigos. Veían sin duda la agilidad en el combate y la gallarda ligereza que había adquirido bailando. Así lo dice este verso (1):

Merione, aunque agilísimo danzante,
Quizá yo te detenga con mi lanza.

Sin embargo, no lo detuvo: con su pericia coreográfica pudo, á mi juicio, hurtar fácilmente el cuerpo á los dardos que le disparaban.

(1) *Iliada*, XVI, v. 617.

9. Pudiera citar otros muchos héroes que se ejercitaron en la danza y la consideraron como un arte, pero bastará mentar á Neoptolemo, hijo de Aquiles, que brilló en ella y la añadió el bellissimo género llamado, del nombre de su inventor, la danza pírrica (1). Estoy seguro de que Aquiles, al saber la habilidad de su hijo, la estimó en más que su gallardía y restantes prendas. Ilión, ciudad hasta entonces invencible, fué tomada y destruída por esta habilidad coreográfica.

10. Los Lacedemonios, tenidos por los más valientes de los Griegos, adiestrados por Cástor y Pólux en la Cariática, género de baile que se aprende en Caria, aldea de Laconia, todo lo hacen acompañados de las Musas, tanto que hasta sus peleas son al compás de la flauta, y rítmicas sus marchas. La flauta daba á los Lacedemonios la señal del combate, y por eso, guiados por la música y el ritmo, salían siempre vencedores. Aun hoy, sus mancebos no aprenden con menos cuidado á bailar que á manejar las armas: después de combatir á puño y de golpearse alternativamente con sus intervalos de descanso, dan fin al ejercicio con una danza. Un flautista se sienta en medio, toca la flauta y marca el compás con el pie: los jóvenes, divididos en bandos y siguiéndose unos á otros, marchan á compás, y ejecutan figuras, ya guerreras, ya saltatorias, gratas á Baco y Venus.

11. Por lo cual una de las canciones entonadas al bailar, se dirige á Venus y á los Amores invitándoles á participar de sus bailes y tripudios. La otra (son dos las que cantan) es una lección de baile: «Adelante, muchachos, dicen, alargad el pie y divertíos mucho»;

(1) Neoptolemo se llamaba también Pirro, de donde el nombre de la danza pírrica.

es decir, bailad perfectamente. Lo mismo se hace en la danza llamada Hormo (1).

12. El hormo es una danza en la que toman parte jóvenes de los dos sexos, bailando uno por uno de manera que forman verdaderamente un collar. El círculo empieza por un mancebo que salta con brío juvenil, como habrá de hacerlo en la guerra; viene luego una doncellita que baila con decoro, mostrando cómo deben danzar las de su sexo, de suerte que el collar muestra el enlace de la modestia y de la fuerza. Las Gimnopedias son un baile por el estilo, usado también en Lacedemonia.

13. Callo lo que dice Homero á propósito de Ariadna en la descripción del escudo y del coro organizado por Dédalo (2) en su obsequio, porque supongo que lo habrás leído; callo también los que el poeta llama «volteadores» (3), directores del coro de baile, y aquel otro trecho de la misma descripción,

A la redonda en anchuroso cerco
Danzaban todos con ligera planta (4),

donde se da á entender que esto es lo más bello de la obra de Vulcano. Natural era también que los Feacios se divirtiesen mucho con la danza, siendo un pueblo delicado y completamente dichoso. Por eso Homero (5) dice que lo que más admiró en ellos Ulises fue la agilidad de sus pies en las figuras de la danza.

14. En Tesalia logró tan alta estima el ejercicio de la danza que sus magistrados y generales eran lia-

(1) Ὁρμος significa collar.

(2) *Iliada*, XVIII, v. 590, y *Odisea*, VIII, al principio.

(3) Κυβιστητῆρας.

(4) Traducción de Hermosilla.

(5) *Odisea*, VIII, v. 264.

mados *proorquestras* (1). Esta circunstancia se indica en epigrafes de estatuas á hombres insignes y benéficos al Estado: «La ciudad, dice uno, lo nombró proorquestra»; y otro: «El pueblo levantó á Ilación esta estatua, por haber danzado bien en el combate.»

15. Nada digo de que ninguna antigua iniciación dejó de estar acompañada de danzas. Orfeo y Museo, que eran los mejores coreógrafos de su tiempo, mandaron al instituir los misterios, como la cosa más bella, que la iniciación se verificase por medio del ritmo y de la danza. Hoy también se hace así, pero no se pueden revelar los secretos á los profanos. Sin embargo, todo el mundo sabe que de los que divulgan los misterios se dice que «danzan fuera del coro».

16. En Delos no había sacrificio sin danza; ésta y la música intervenían en la celebración de todos. Los jóvenes se reunían en coro, y bailaban, unos al son de la flauta y de la cítara, y otros, los más hábiles y escogidos, al de las voces humanas. Los cantos escritos para esta clase de danzas se llamaban hiporquemas. La poesía lírica está llena de ellos.

17. Mas ¿para qué hablar de Griegos cuando hasta los Indios adoran al sol, al levantarse, no como nosotros, que damos por cumplida nuestra adoración besándonos la mano, sino vueltos hacia Oriente, guardando respetuoso silencio y saludando al sol con una danza, imitación de la subida del numen? Así es la oración de los Indios, y así sus sacrificios y sus coros: así dos veces al día, al salir y al ponerse el sol, se hacen propicio á este numen.

18. Los Etiopes hasta en el momento de combatir usan este ejercicio. No habrá miedo de que ningún Etiope dispare un dardo sacado de su cabeza (es de

(1) Es decir, que bailan á la cabeza de los demás.

advertir que les sirve de aljaba donde ponen á guisa de rayos todas las flechas), sin haber saltado antes y haber procurado aterrar al enemigo con una danza amenazadora.

19. Puesto que hemos viajado por India y Etiopía, no estará demás que descendamos al vecino Egipto. El antiguo mito del egipcio Proteo (1) no me parece otra cosa que el emblema de un ágil bailarín y de un ingenioso pantomimo, aptísimo para imitarlo todo y tomar todas las formas, de modo que con la rapidez de sus movimientos imitaba la fluida movilidad del agua, la vehemente actividad del fuego, la ferocidad del león, la rabia del leopardo, la agitación de un árbol, y todo cuanto quería. Pero el mito, tomando sólo lo que en Proteo admiraba, supuso que era las mismas cosas de que era imitador hábil. Los danzantes de ahora son lo mismo. Se les ve transformarse rápidamente como Proteo. Aquella Empusa (2) que tomaba mil formas distintas, no fué probablemente más que una bailarina, desfigurada por el mito.

20. Después de esto, fuera injusto olvidar la majestuosa y sacratísima danza de los Romanos en honor de Marte, el más belicoso de los dioses. De ejecutarla estaban encargados los sacerdotes llamados por esta razón Salios (3), elegidos entre los más ilustres de la nación.

21. Hay en Bitinia una tradición mitológica bastante parecida á la anterior. Príapo, genio guerrero, que á mi juicio es uno de los Titanes ó de los Dáctilos Ideos, maestros del manejo de las armas, recibió de

(1) V. Homero, *Odisea*, IV, v. 417, y Virgilio, *Geórgicas*, IV.

(2) Fantasma suscitado por Hécate, ó según otros la misma Hécate, que aparecía al mediodía al efectuarse los sacrificios expiatorios por los muertos. Tenía una pierna de bronce y otra de asno.

(3) De *psallo*, saltar. V. Plutarco, *Vida de Numa*.

Juno al niño Marte, robusto ya y varonil, y no le enseñó el arte de combatir armado hasta que hizo de él un perfecto danzador. En recompensa otorgóle Juno el diezmo de todo lo que Marte percibiese con ocasión de la guerra.

22. No esperarás, creo, á que yo te lo diga para saber que las fiestas Dionisiacas y las Bacanales consistían todas en danzas. Eran sus géneros principales el Córdax, la Sicinnis y la Enmelia (1), invención las tres de los Sátiros, servidores de Baco, que les dieron sus nombres. Con este arte venció Baco á los Tirrenos, á los Indios y á los Lidios, y sometió con sus coros gentes tan belicosas.

23. Mira, pues, hombre estupendo, si no cometes una impiedad denigrando un arte divino, consagrado á los misterios, ejercido por tales dioses, tan agradable y al propio tiempo tan útil. Me asombra además el que, siendo tan entusiasta de Homero y principalmente de Hesíodo (vuelvo otra vez á los poetas), contradigas su opinión favorable á la danza, que elogiaron por encima de todas las cosas. Homero al enumerar las más agradables y bellas, cita el sueño, el amor, el canto y la danza, pero solo á esta llama «irreprochable» (2), aunque su testimonio también atribuye la dulzura al canto. Pues bien, los dos elementos esenciales del arte de bailar, son un canto dulce y una danza irreprochable, ó sea lo que tú denigras ahora temerariamente. En otra parte de sus poemas dice también:

Bélica facultad da al uno Jove,
La danza al otro y el amable canto.

(1) El *Córdax* era el baile propio de la comedia; la *Emmelia*, de la tragedia, y la *Sicinnis*, del drama satírico. (V. nuestra traducción de *El Cíclope de Eurípides*, nota 7, pág. 45.)

(2) *Ilíada*, XIII, v. 636; *Odisea*, XVIII, v. 303.

El canto con la danza es, en efecto, amable, y el más hermoso presente de los dioses.

24. Hesiodo, que no lo supo por otro, sino que vió por sí mismo la danza matutina de las Musas, las elogia, principalmente en el comienzo de su poema (1), porque

Con delicados pies huellan el margen
De la cerúlea fuente, y leves danzas
Del ara de su padre en torno tejen.

Ya ves, mi buen amigo, que casi combates á los dioses cuando denigras el baile.

25. Sócrates (2), el más sabio de los hombres si hemos de creer lo que de él dijo Apolo, no sólo aprobaba la danza, sino que la consideraba digna de ser aprendida, dando importancia tal al ritmo, á la armonía, á la precisión de los movimientos y á la actitud decorosa del danzante que, á pesar de su edad avanzada, no tenía reparo en decir que el arte coreográfico era de los que con más esmero debían estudiarse. La afición á la danza no debía, en efecto, ser pequeña en un hombre que aprendía sin fatiga las cosas de mediana importancia, que frecuentaba las escuelas de las flautistas, y no se desdeñaba de recibir lecciones de la cortesana Aspasia. Eso que Sócrates veía el arte todavía en mantillas y sin la exquisita perfección á que después ha llegado. Si viese á los que hoy lo han levantado al colmo del primor, indudablemente daría de mano á todo, para dedicarse exclusivamente á este espectáculo, y prescribiría que la danza fuese lo primero que se enseñase á los muchachos.

(1) *La Teogonía.*

(2) *Apología de Sócrates*, v.

26. Paréceme que al elogiar la tragedia y la comedia te has olvidado de que una y otra tienen un género especial de danza: la Emmelia, propia de la poesía trágica; el Córdax, de la cómica, que á veces admite también un tercer género llamado la Sicinnis. Pero ya que al principio has preferido á la danza la tragedia y la comedia, y los flautistas ambulantes y los cánticos con acompañamiento de cítara, los cuales pueden ser objeto de certámenes públicos, y por lo mismo decentes para tí y serios, déjame compararlos sucesivamente con la danza. Aunque, si no te opones, prescindiré de flautas y de cítaras en el supuesto de que son servidoras de la danza.

27. Examinemos primero la tragedia bajo el punto de vista del traje. ¿No es aborrecible y al propio tiempo espantoso el ver á un personaje de desmesurada estatura andando sobre altos coturnos y llevando sobre la cabeza una máscara cuya boca inmensamente abierta parece que va á tragarse á los espectadores? ¿No digo nada de los antepectorales y anteventrales que dan al actor un grosor artificial y ficticio, para que la delgadéz del cuerpo no resulte desproporcionada á la estatura! ¿Pues y cuando desde el interior de su atavío empieza á recitar tiradas de yambos, ya levantando la voz, ya bajándola, y lo que es más ridículo, procurando al cantar sus infortunios ajustarse sólo á la música, entendiendo que el actor no ha de cuidarse más que del sonido, pues los poetas que le precedieron ya se cuidaron del resto! Mientras es una Andrómaca ó una Hécuba la que está en escena, el canto es todavía tolerable; pero cuando es un Hércules que, olvidado de sí mismo y sin respeto alguno á su piel de león y á su clava, entona un solo, no hay persona sensata á quién semejante cosa no parezca un solecismo.

28. Por otra parte, el defecto de hacer los hombres papeles de mujer, que censurabas en la danza, existe también en la tragedia y en la comedia; pues en ambas hay más papeles de mujer que de hombre.

29. La comedia considera el ridículo de los personajes parte principal del placer que produce, como sucede en los Davos, los Tibíos y los Cocineros. Pero el traje del danzador no necesito decirte lo decente y apropiado que es: basta no ser ciego, para verlo. La misma máscara es bellísima, y adecuada al asunto: no tiene la boca abierta como las otras, sino cerrada, pues hay muchos instrumentos que resuenan por ella.

30. Antiguamente los mismos actores cantaban y bailaban; pero después, habiéndose observado que la necesidad de respirar dificultaba el canto, pareció mejor que otros cantasen mientras se bailaba.

31. Por lo demás, los argumentos de la tragedia y de la danza son los mismos, no habiendo entre ambas artes otra diferencia que la de ser los de la segunda más variados, más instructivos y prestarse á mil mutaciones.

32. Si la danza no ha sido objeto de certámenes, es porque á los jueces les ha parecido cosa demasiado grande y respetable para convocarla á juicio. No digo que una ciudad de Italia (1), la principal de las originarias de Calcis, ha añadido la danza á sus juegos, como para darles más realce.

33. Justificaré ahora por qué he omitido en mi discurso una infinidad de detalles, para que no lo achagues á ignorancia ó á falta de instrucción. No se me oculta que muchos han escrito antes que yo de la danza, destinando la mayor parte de sus obras al

(1) Nápoles.

examen de todas las variedades del arte, catalogando sus nombres, describiéndolas menudamente, diciendo quiénes fueron sus inventores, creyendo que con esto demostraban una extraordinaria erudición. Pero yo creo sandio y pedantesco semejante estudio, y ajeno además á mi objeto, por lo cual lo doy de mano.

34. Te ruego, además, que consideres y recuerdes que no ha sido mi propósito hacer la genealogía de cada clase de danza, ni el fin de mi libro la enumeración de todas ellas, aunque al principio haya citado algunas de las más importantes. Mi objeto principal es hacer el elogio de la danza tal cual hoy día se usa, y demostrar que reúne á suma utilidad sumo deleite, no habiendo tenido antiguamente la perfección que ha adquirido, sobre todo durante el mando de Augusto (1). Porque las danzas primitivas eran sólo como raíces ó cimientos del arte, de cuya flor y fruto sazonado trata ahora nuestro discurso, dejando á un lado lo que sea bailar la Termaistrida (2), ó la Grulla, ú otras danzas del todo extrañas á la moderna. En cuanto al género frigio, hecho para el vino y sus excesos, y á menudo usado por gentes groseras que saltan violenta y fatigosamente al son de las flautas, se ejecuta todavía en los campos, no lo omito por ignorancia, sino porque nada tiene de común con la danza de ahora. Además Platón en sus *Leyes* (3) elogia ciertos géneros de danza y rechaza en absoluto otros, distinguiéndolos conforme al recreo y á la utilidad, proscribiendo los indecentes, y honrando y admirando los decorosos.

(1) En tiempo de este emperador se introdujo en Roma la pantomima por los famosos Batilo y Pilades.

(2) Danza sumamente violenta.

(3) Libro VIII.

35. Pero basta ya de la danza: inoportuno sería alargar este discurso por tratar en él todo. Tiempo es ya de hablar de las dotes que debe reunir el danzante, de los ejercicios á que tiene que dedicarse, y de los que necesita aprender para perfeccionarse en su arte, para que comprendas que no es el de la danza de los fáciles que sin fatiga se aprenden, sino un elevado cúmulo de todas las disciplinas, no sólo de la música, de la rítmica y de la geometría, sino sobre todo de tu decantada filosofía, tanto en la parte moral como en la física: rechaza, es verdad, como inútiles las sutilezas de la dialéctica, pero en cambio se abraza á la retórica, pues tiene de común con ella la expresión de las costumbres y de las pasiones, fin á que los oradores aspiran. No está reñida tampoco con la pintura ni con la escultura; al contrario, aprende de ellas á imitar las buenas proporciones, en lo cual no cede á los Apeles ni á los Fidias.

36. El primer deber del artista coreográfico es hacerse propicias á Mnemosine (1) y su hija Polimnia, y procurar acordarse de todo. A semejanza del Calcas de Homero (2), es preciso que sepa

El pasado, el presente y el futuro,

y que nada se le escape, sino que esté dispuesto en su memoria. Objeto principal de la danza es imitar, enunciar, traducir al exterior los pensamientos, y expresar con claridad lo obscuro. Lo que Tucídides dice en elogio de Pericles (3), cuadraría en el de un danzante, es decir, entender bien y expresar bien. En

(1) La madre de las Musas.

(2) *Iliada*, I, v. 71.

(3) Libro II, cap. LX.

la danza entiendo por expresar bien el dar á cada intención su movimiento propio.

37. El asunto de toda danza es, como antes he dicho, la historia antigua que el artista debe recordar perfectamente y expresar con gracia. Necesita, pues, saber todo lo ocurrido desde el caos y el génesis del mundo hasta la egipcia Cleópatra. La erudición del danzador debe abarcar este período, y con mucha más razón conocer los asuntos intermedios, la mutilación de Urano (1), el nacimiento de Afrodita, la guerra de los Titanes, el nacimiento de Júpiter, el engaño de Rea, la sustitución de la piedra, las cadenas de Saturno, y la partición entre los tres hermanos.

38. Después, por su orden, la sedición de los Gigantes, el hurto del fuego, la formación de los hombres, el castigo de Prometeo, la fuerza de los dos Amores; las traslaciones de Delos, el parto de Latona, la muerte de Pitón, las asechanzas de Ticio, el centro de la Tierra descubierto por el vuelo de las águilas (2).

39. Luego vienen Deucalión, el gran diluvio de su tiempo, el arca única que salvo los restos del género humano, y los hombres nacidos de las piedras; el despedazamiento de Iaco, la astucia de Juno, la combustión de Semele, el doble nacimiento de Baco, y la historia completa de Minerva, de Vulcano, de Erictonio, de la disputa del Atica, de Halirroto, del primer juicio del Areópago, en una palabra, toda la mitología ateniense.

40. Conozca especialmente las correrías de Ceres,

(1) Véase para esto y lo siguiente cualquier tratado de Mitología clásica.

(2) Para saber cuál era el centro ú ombligo de la Tierra, Júpiter envió al propio tiempo dos águilas de Oriente y de Occidente, y se encontraron en Delfos.

el hallazgo de Prosérpina, la hospitalidad de Celeo, la invención de la agricultura por Triptólemo, el cultivo de la vid por Icaro, la desgracia de Erigone, las aventuras de Bóreas, Oritia, Teseo y Egeo, y además la recepción de Medea, su fuga á Persia, los hechos y sufrimientos en Tracia de las hijas de Pandión y de Erecteo. Añada á esto las historias de Acamante y Filis, el primer rapto de Helena, la expedición de los Dióscuros contra Atenas, las desdichas de Hipólito y la vuelta de los Heráclidas, sucesos todos que pueden pasar con razón como de la historia Ateniese, de la cual sólo cito estos pocos, por vía de ejemplo, callándome otros muchos.

41. En seguida Megara, Niso, Escila, el cabello púrpuro, el viaje de Minos y su ingratitud para con su bienhechora: siguen el Citerón, las tragedias de Tebanos y Labdácidas, la venida de Cadmo, el descanso de la vaca, la siembra de dientes de serpiente, los hombres nacidos de esta siembra, Cadmo metamorfoseado en dragón, las construcciones de Anfión con el sonido de la lira, la locura de este arquitecto, las jactancias de su mujer Niobe, su silencio en la desdicha, Penteo, Acteón, Edipo, Hércules con todos sus trabajos y la degollación de sus hijos.

42. Corinto está también llena de asuntos mitológicos: tiene á Glauco, á Creón, y, antes de éstos, á Belerofonte, Estenobea y la contienda del Sol y de Neptuno; y después la locura de Atamante, la fuga de los hijos de Néfele volando sobre un carnero por los aires, Ino y Melicerta convertidas en números marinos.

43. Después la historia de los Pelópidas y de Micenas, con lo ocurrido en épocas anteriores; Inaco, Io y su guardián Argos; Atreo y Tiestes, Érope, el vellocino de oro, las bodas de Pélope, la muerte de Aga-

menón, el castigo de Clitemnestra; y mucho tiempo antes, la expedición de los siete jefes, la recepción de los desterrados yernos de Adrasto, el oráculo acerca de ellos, sus cuerpos privados de sepultura, y la muerte por esta causa de Antígona y Meneceo.

44. El artista de danza necesita indispensablemente recordar los sucesos de Nemea, de Hipsipile y de Arquémoro; y antes de éstos saber la historia de la virginidad de Dánae guardada en una torre, el nacimiento de Perseo, el combate propuesto á éste contra Górgona, con el cual se relacionan sus aventuras de Etiopía, y las de Casiopea, Andrómeda y Cefeo, puestos entre los astros por la credulidad de los que después de ellos vivieron. No ignorará tampoco la antigua tradición de Egipto y de Danao, y aquellas asechanzas en los tálamos nupciales.

45. Lacedemonia le brinda también muchos asuntos: Jacinto, Céfito, rival de Apolo, la muerte de aquel niño producida por el disco, la flor nacida de su sangre, la inscripción fúnebre que ésta tiene, la resurrección de Tíndaro, la cólera que con tal motivo siente Júpiter contra Esculapio y la hospitalidad dada á Paris y el rapto de Helena, después del juicio de la manzana de oro.

46. Es preciso tener en cuenta que la historia de Esparta se enlaza á la de Ilión, tan larga y tan llena de personajes. Cada héroe muerto ante los muros troyanos da un asunto para la escena. Convendrá, pues, que el artista coreógrafo tenga estos asuntos presentes en la memoria, sobre todo desde el rapto de Helena hasta las aventuras del regreso, y los viajes de Eneas, los amores de Dido, así como toda la tragedia de Orestes y sus atrevidas hazañas en la Escitia. Lo mismo hará respecto á los acontecimientos anteriores á la guerra de Troya, pero íntimamen-

te ligados á ella; Aquiles disfrazado de mujer en Esciros, la locura de Ulises, el abandono de Filoctetes, todas las peregrinaciones Ulíseas, Circe, Telégono, Eolo, rey de los vientos, y lo demás hasta el castigo de los pretendientes de Penélope; y antes de esto las asechanzas tendidas á Palamedes, la cólera de Nauplio, la locura de uno de los Ajax y la muerte del otro en unas rocas.

47. La Elide ofrece también muchos asuntos á los danzadores, con Enoma, Mirtilo, Saturno, Júpiter y los primeros luchadores olímpicos.

48. Rica es asimismo la Mitología de la Arcadia. La fuga de Dafne, la metamorfosis de Calisto en osa, la furiosa beodez de los Centauros, el nacimiento de Pan, el amor de Alfeo y su viaje submarino, son materia excelente.

49. Pero si te trasladas mentalmente á Creta, verás la abundantísima mies que recoge en ella la danza. Europa, Pasifae, los dos Toros, el Laberinto, Ariadna, Fedra, Andrógeo, Dédalo, Ícaro, Glauco, la inspiración profética de Podaliro, Talo el hombre de bronce, que daba la vuelta á Creta.

50. Si pasas á Etolia, no la hallarás menos fecunda en motivos coreográficos: Alteo, Meleagro, Atalanta, el tizón fatal, la lucha de Hércules y del río, el nacimiento de las Sirenas, la aparición de las Equínadas, habitadas por Alcmeón sanado de la locura, Neso y los celos de Deyanira, y la consiguiente pira del Eta.

51. Tracia ofrece también muchos asuntos que necesita conocer el coreógrafo: la historia de Orfeo, el despedazamiento de este músico, su cabeza que habla navegando sobre la lira, el Hemo, el Ródope y el castigo de Licurgo.

52. Tesalia es mucho más fecunda en mitos; tiene

el de Pelias, Jasón, Alceste, la expedición de los cincuenta jóvenes, el navío Argos y su quilla profética.

53. Después la historia de Lemnos, Etas, el sueño de Medea, el despedazamiento de Absirto, las aventuras de la navegación, y luego las de Protesilao y Laodamia.

54. Si vuelves al Asia, hallas muchos asuntos dramáticos: Samos con la desgracia de Polícrates, y la fuga de su hija hasta el imperio Pérsico, y en época anterior, la indiscreción de Tántalo, la comida de los dioses en su casa, Pélope servido como manjar y su hombre ebúrneo.

55. En Italia, Eridano, Faetón y sus hermanas convertidas en alamos y llorando ámbar.

56. El artista de danza conocerá también las Hespérides, el dragón guardián de las manzanas de oro, el trabajo de Atlas, Gerión y los bueyes robados de Eritia.

57. No ignorará tampoco todas las metamorfosis mitológicas, los cambios en árboles, cuadrúpedos y aves, y las de hombres en mujeres, como Ceneo y Tiresias, y otras semejantes.

58. En Fenicia tiene la leyenda de Mirra, y aquel duelo alterno. El danzador conocerá estos hechos; y también otros más recientes, como los de Antípatro para restaurar el gran Imperio Macedónico y la pasión de Seleuco por Estratónice.

59. Conocerá los más ocultos misterios de los Egipcios y los expondrá con movimientos simbólicos: Epafo, digo, y Osiris, y la transformación de los dioses en animales, y sobre todo sus amores, incluso los de Júpiter y las diferentes formas que ha tomado.

60. Sabrá, en fin, las tragedias del Orco, los supli-

cios infernales, las causas de los castigos, y la amistad de Pirítoo y Teseo, persistente hasta en los dominios de Hades.

61. En una palabra, nada ignorará de cuanto dicen Homero, Hesíodo y los buenos poetas, sobre todo los trágicos. De entre muchos, ó mejor dicho, de entre infinitos asuntos de esta especie, sólo he entresacado unos pocos notables, dejando los demás para que los canten los poetas y los representen los danzantes. Por semejanza podrás comprender fácilmente todos los que el artista de baile debe tener en la memoria, y dispuestos y como almacenados para cuando llegue el caso.

62. Por otra parte, siendo imitador y habiendo de expresar con movimientos la letra de los cantos, necesita, como los oradores, ejercitarse en hacerse claro é inteligible, de manera que se le entienda lo que expresa sin necesidad de intérprete; pues, como dice el oráculo de Delfos, conviene que el espectador comprenda al mudo y oiga al que no habla.

63. Lo cual, según dicen, aconteció á Demetrio el Cínico. Éste combatía como tú la danza, diciendo que el artista coreográfico era un mero accesorio de las flautas, las siringas y los golpeteos de sandalia y que con sus movimientos á la aventura, inútiles é irracionales nada añadía á la acción dramática, cautivando únicamente á los espectadores con ciertos atractivos accidentales, como el traje de seda, la belleza de la máscara, la melodía de las flautas, la armonía de los cantos, con los cuales dan realce á un arte nulo, si se le reduce á sí mismo. Un famoso bailarín de aquellos tiempos, que eran los de Nerón, artista discretísimo, versado, si alguno, en la historia, y sobresaliente en la belleza de los movimientos, pidió á Demetrio una cosa justísima á mi juicio: que le viese bailar antes

de condenarle, prometiéndole prescindir de flautas y de cantos. Así lo hizo. Mandó callar á los marcadores de compás, á los flautistas y al mismo coro, y bailó sólo los amores de Marte y Vénus, la delación del Sol, la astucia de Vulcano prendiendo en sus lazos á los dos adúlteros, los dioses acudiendo á presenciar el lance, la vergüenza de Venus, el poco de temor y las súplicas de Marte, y todos los detalles de esta historia, encantando de tal modo á Demetrio, que no pudo menos de tributar al pantomimo este grandísimo elogio, dicho con voz muy alta: «Oigo, no veo sólo lo que haces, pues me parece que hablas con las manos.»

64. Ya que de tiempos de Nerón se trata, voy á contarte lo que respecto al mismo artista le sucedió á un bárbaro, porque es la mejor apología de la danza. Uno de los príncipes reinantes en el Ponto, que había venido á la corte de Nerón para tratar de un asunto, vió bailar, entre otros, á este pantemino, pero con tal expresión, que el extranjero, á pesar de no entender la letra de los cantos, porque apenas sabía el griego, lo comprendía todo. Á punto de marchar á su país, Nerón, estrechándole la mano, le dijo que le pidiera lo que quisiese, pues tendría sumo gusto en complacerle: «Me harás dichoso, respondió el bárbaro, si me das ese danzante.» — «¿Para qué puede servirte en tu tierra?» replicó el Emperador. — «Tengo por vecinos, contestó el Príncipe, bárbaros de lengua distinta de la mía, y no puedo hallar intérprete para entenderme con ellos. Cuando tenga que tratar con mis vecinos alguna cosa, ese hombre se la explicará perfectamente con sus movimientos.» Tal impresión le había hecho la imitación por medio de la danza, que la creía el lenguaje más significativo.

65. Porque fin principal y objeto de la danza es, como he dicho, la imitación de las acciones humanas,

á lo cual se dedican también con empeño los oradores, sobre todo los que se ejercitan en lo que llamamos declamación. Sabe, pues, su arte y recibirá muchos aplausos el artista que se identifica con los personajes que representa, de modo que sus movimientos y las palabras de los héroes, matadores de tiranos, mendigos ó labradores traídos á la escena no sean incongruentes, sino que den á conocer lo peculiar y saliente de cada carácter.

66. Á propósito de esto voy á contarte un dicho de otro bárbaro. Viendo preparadas cinco máscaras (la pieza tenía cinco actos) y un solo artista, preguntó quienes iban á representar los otros cuatro personajes, y al oír que el mismo actor iba á desempeñar todos los papeles: «Ignoraba, exclamó, que tuvieses en un cuerpo muchas almas.»

67. Esto dijo el bárbaro. Con razón, pues, llaman los Italianos *pantomimos*, por lo que hacen, á los artistas de la danza. Cuadra á éstos el consejo del poeta (1): «Hijo mío, aseméjate al animal que se adhiere á las rocas marinas y frecuente después pueblos y ciudades.» Porque un bailarín debe familiarizarse con todos los actos de la vida y expresarlos como si fuesen suyos, pues la danza, en una palabra, se propone representar las costumbres y las pasiones, poniendo en escena el amor, la ira, la locura ó la tristeza en su punto correspondiente, siendo lo más admirable que en un mismo día nos haga ver un Atamante frenético, una Ino espantada, y luego Atreo y Tiestes, y Egisto y Erobe, y sin embargo todos estos personajes son un mismo hombre.

68. Los demás espectáculos, hechos para exclusivo

(1) Píndaro, citado por Plutarco en el tratado *¿Qué animales son más astutos?*

recreo de ojos ú oídos, producen un solo efecto: ya es una flauta, ya una cítara, ya una voz melodiosa, ya una representación trágica, ya la risa de una acción cómica; pero la danza lo abarca todo; vese en ella múltiple y variado conjunto de todas las artes: flautas, siringas, golpear de sandalias, choques de címbalos, voz sonora del actor y concertado coro de cantantes.

69. Además los actos, que en el hombre se distinguen en dos clases, unos del cuerpo y otros del alma, se confunden perfectamente en la danza, cuyos movimientos expresan á la vez el vigor de la inteligencia y las energías somáticas, no habiendo nada superior á este obrar con todo conocimiento, sin salirse de las barreras racionales. Por eso Lesbónax de Mitilene (1), hombre honrado y discreto, llamaba *quirósofos* (2) á los danzantes, y frecuentaba sus espectáculos en la idea de que se hacía más bueno en el teatro. Timócrates, su maestro, habiendo visto por casualidad á un bailarín ejecutando un trabajo, exclamó: «¡De qué espectáculo me tenía privado el respeto á la filosofía!»

70. El danzante, si es verdad lo que dice Platón (3), muestra gallardamente las tres partes del alma: la irascible, cuando representa un personaje irritado; la concupiscible, cuando hace papeles amorosos, y la racional, cuando refrena á cada una de las pasiones; siendo de advertir que esta última facultad se halla diseminada por todas las demás partes de la danza, como el tacto en los demás sentidos. Por otra parte, el artista de baile, al proponerse la belleza de los mo-

(1) Filósofo y retórico del siglo de Augusto.

(2) De *χείρ*, *mano*, y *σοφός*, *sabio*.

(3) *República*, IV.

vimientos, ¿qué hace sino confirmar la opinión de Aristóteles [(1), que elogia la belleza y la considera uno de los tres atributos del bien supremo? Yo he oído á alguno, que con entusiasmo juvenil elogiaba la danza, decir que el silencio de sus personajes era como un símbolo del dogma pitagórico.

71. Además, mientras las otras ciencias prometen, unas sólo la utilidad, y otras sólo el placer, la danza produce ambas cosas, siendo su utilidad mucho más provechosa, porque nace del mismo deleite. ¿Cuánto más gratos no son sus espectáculos que el ver darse de puñetazos á unos jóvenes, llenarse de sangre, y rodar otros luchando por el suelo? La danza representa también estos combates, pero con más seguridad, gracia y encanto. Los movimientos de los danzantes, sus piruetas, sus giros, sus saltos, sus flexiones, regocijan la vista y son saludables á los que los hacen. Afirmo, por consiguiente, que la danza es el más bello y concertado de los ejercicios, puesto que aligera el cuerpo, le da flexibilidad, soltura y expedición para plegarse á cualquier cambio, y lo robustece mucho.

72. ¿Cómo, pues, no ha de ser cosa perfecta la danza, si aguza la inteligencia, ejercita el cuerpo, recrea á los espectadores, y enseña historias antiguas al son de las flautas, de los címbalos y de los cánticos, deleitando los oídos y los ojos? Si buscas una hermosa voz, ¿dónde mejor podrás hallarla? ¿Prefieres las notas más agudas de la siringa ó de la flauta? La danza te las brinda. Omito el decir que tus costumbres mejorarán si frecuentas este espectáculo, al ver en el teatro odiadas las malas acciones, compadecidas las víc-

(1) *Moral*, I, 8.

timas de la injusticia, aleccionadas, en fin, las costumbres de los espectadores.

73. Alabo sobre todo en los artistas de baile el que procuran dar simultáneamente á sus miembros agilidad y fuerza. Parece igualmente digno de asombro el que en una pieza muestre el mismo actor la robustez de Hércules y la delicadeza de Venus.

74. Voy á decirte ahora las cualidades físicas y morales que un buen danzante debe reunir. De las anímicas ya he hablado antes mucho: debe tener buena memoria, ingenio, aguda comprensión, discreta oportunidad, competencia para juzgar los poemas, y gusto para discernir la buena música y rechazar la mala.

75. Respecto al cuerpo, paréceme que ha de ser representación viva del modelo de Policletes (1); es decir, ni estatura extraordinaria y prócer, ni exígua como la de un enano, sino justa y bien proporcionada. Tocante á carnes, no tendrá muchas, porque desilusiona, ni tan pocas que parezca un esqueleto ó un cadáver.

76. A propósito de esto te diré las protestas que los defectos del danzante suelen producir en los pueblos capaces de advertirlos. Los Antioquenses son muy discretos y gustan mucho del baile, de manera que observan cuanto se hace ó se dice en él, sin que se les escape la menor cosa. En una ocasión salió á escena un danzante pequeño que hacía el papel de Héctor, y todos á una voz gritaron: «Tú eres Astianax (2); ¿dónde está Héctor?» En otra, un actor altísimo empezaba á bailar el papel de Capaneo (3), y

(1) Hizo una estatua que recibió el nombre de *κάντων*, *modelo*, á causa de la perfecta proporción de todos sus miembros.

(2) Niño, hijo de Héctor, el caudillo troyano.

(3) U de los siete contra Tebas.

el asalto de Tebas. «Pasa la pierna sobre el muro, le dijeron; tú no necesitas escalera.» A otro sumamente gordo, que se empeñaba en dar grandes saltos: «Por favor, no nos hundas la timela» (1). Y por el contrario, á uno flaquísimo: «¡Que te alivies», le gritaron como á un enfermo. Menciono estos rasgos, no para hacerte reir, sino para demostrarte que pueblos enteros han cultivado la danza, hasta el punto de distinguir en ella, conforme á ciertos principios, lo bueno de lo malo.

77. El danzante ha de tener, sobre todo, gran agilidad de movimientos, y cuerpo flexible y fuerte á la vez, para doblegarse con facilidad ó resistir vigorosamente, según sea preciso.

78. La danza no rechaza la *quironomia* (2) empleada en los certámenes sacros. Acepta, por el contrario, todos los hermosos movimientos empleados en las luchas de Mercurio, Hércules y Pólux, como puedes ver si te fijas en cada una de estas imitaciones. Herodoto (3) dice que los ojos son testigos más fieles que los oídos; pero la danza habla á la vez á los oídos y á los ojos.

79. El atractivo de la danza es tal, que si uno va al teatro enloquecido por el amor, recobra el juicio, viendo los males que el amor acarrea; y si entra lleno de pena, sale más alegre, como si hubiese bebido el agua del olvido, ó, según el poeta (4), el filtro

Medicina del llanto y de la cólera.

(1) Parte del proscenio donde hacia sus evoluciones el coro.

(2) Arte de mover las manos.

(3) *Historia*, lib. 1, 8. Horacio (*Ep. ad Pisones*, v. 180) dijo lo mismo:

*Segnius irritant animos demissa per aures
Quam quæ sunt oculis subiecta fidelibus.*

(4) Homero, *Odisea*, IV, v. 221.

Buena prueba de que las representaciones de la danza están en armonía con nuestra naturaleza, y de que todos los espectadores entienden lo que el actor expresa, son las lágrimas á menudo vertidas por los asistentes en las escenas tristes y enternecedoras. La danza báquica goza, aunque satírica, de tal aceptación en la Jonia y en el Ponto, y ha subyugado tan completamente á los habitantes de estos países, que todos, en el tiempo fijado para las representaciones, abandonan sus quehaceres, y se están el día entero sentados para ver Titanes, Coribantes, Sátiros y Pastores. Los primeros magistrados y los conspicuos de cada ciudad, lejos de avergonzarse de las danzas, toman parte en ellas, y se muestran más satisfechos de esto que de su nobleza, de sus cargos públicos y de la dignidad de sus abuelos.

80. Tratadas las buenas cualidades del danzante, hablemos ya de sus defectos. De los del cuerpo ya he hecho mención; pueden, á mi ver, designarse de igual manera los del entendimiento. Muchos por ignorancia, pues no es posible que todos sean ilustrados, cometen en el baile terribles solecismos. Unos hacen movimientos fuera de compás y, como suele decirse, no acordados, marcando con los pies tiempo distinto de la música; otros se ajustan al ritmo, pero su acción se adelanta ó se atrasa al hecho que se expresa. Yo mismo recuerdo haberlo visto. Un actor que bailaba el nacimiento de Júpiter y la crueldad de Saturno, devorando sus hijos, se pasó, engañado por la semejanza, á danzar los infortunios de Tiestes; y otro, que hacía de Semele herida del rayo, la asemejó á Glauce, posterior á la madre de Baco. Pero creo que por estos defectos de los artistas no ha de ser condenada ni aborrecida la danza; hay que considerarlos como ignorantes, como lo son en efecto, y aplaudir á los que se aco

modan en todo al ritmo y á los principios de su arte.

81. En suma, el artista coreográfico ha de ser perfecto é intachable, de suerte que en su trabajo resulte todo rítmico, elegante, bien proporcionado, irreprehensible, completo y suficiente, y mezcla de las cualidades mejores, y en su persona se junten entendimiento agudo, profunda erudición, y sobre todo fantasía verdaderamente humana. El elogio mayor que puede conseguir de los espectadores es que cada uno de ellos, al verle representar, reconozca en el acto sus propios sentimientos y vea en él, como en un espejo, sus propios actos y pasiones. Los asistentes se desbordan de gozo y prorrumpen en interminables aplausos cuando cada uno ve la imagen de su alma y se reconoce á sí propio. El precepto del oráculo délfico «conócete á tí mismo», se cumple entonces en el teatro, y los espectadores se retiran de él advertidos sobre lo que han de hacer ó evitar, y conocedores de lo que ignoraban antes.

82. En la danza como en los discursos, se puede incurrir en la llamada imitación viciosa (1), defecto que consiste en traspasar los límites de la realidad, exagerándolo todo: representando, por ejemplo, gigantesco, lo que sólo es grande; afeminado, lo que sólo es delicado; rudo y feroz, lo que es varonil simplemente.

83. Recuerdo que un danzador muy estimado hasta entonces, y muy discreto por otra parte y verdaderamente digno de admiración, se dejó, no sé por qué fatalidad, arrastrar á una acción extravagante á causa de la imitación viciosa. Representaba á Ajax furioso después de su derrota, y traspasó de tal modo los límites de la conveniencia, que á todos les pareció

(1) Su nombre griego *κακομίμια*.

real y no fingida la locura. Desgarró el traje de uno de los que marcaban el compás con la sandalia de yerro: arrancó á un músico la flauta, y pegó con ella tal golpe á Ulises, que estaba allí gozoso de su victoria, que á poco le parte la cabeza. Gracias á la resistencia del pileo (1) no nos quedamos sin el pobre rey de Itaca, víctima de un bailarín furioso. El teatro, en tanto, parecía enloquecer á la par de Ajax: todo era saltar, gritar, tirar al aire los vestidos. La gente del pueblo, ignorante é incapaz de juzgar de lo conveniente y de discernir lo bueno de lo malo, creía que aquello era la perfecta imitación de la locura: las personas cultas, aunque comprendían la falta y se avergonzaban de ella, no se atrevían á censurarla con el silencio y disimulaban con sus aplausos la insensatez del actor, convencidos de que la escena no era ya la locura de Ajax, si no la del actor. Este buen hombre, no contento con lo hecho, llevó á cabo otra cosa más ridícula aún: bajó al medio del teatro, y en los bancos del Senado tomó asiento entre dos consulares, muy medrosos de que los cogiese y los aporrease como carneros. Admirábanse unos, reíanse otros y sospechaban varios que el actor, por un exceso de imitación, había caído en una locura verdadera.

84. Dícese que cuando volvió á su sano juicio, se apesadumbró tanto de lo hecho, que cayó enfermo de tristeza, reconociendo que había estado loco. Así lo dió á entender bien claro en lo sucesivo, porque habiéndole rogado algunos partidarios suyos que volviese á bailar el Ajax, les presentó otro artista,

(1) Gorro de forma cónica usado por los navegantes. Símbolo, con el acróstolio, de la *Odisea*, en la cual, como es sabido, ocupa ancho espacio la narración de los viajes marítimos de Ulises.

diciendo á la concurrencia: «Basta haber estado loco una vez.» Pero la consecuencia más molesta del lance fué que uno de sus émulos y antagonistas, para el cual se había compuesto también el Ajax, hizo la escena de la locura con tal propiedad y corrección, que fué aplaudido, por haber sabido mantenerse dentro del terreno del baile y no haber violado furiosamente todas las conveniencias dramáticas.

85. Esto es, mi buen amigo, lo poco que para evitar en adelante el entredicho en que mi afición me pone, me proponía decirte de entre los muchos trabajos y estudios á que se presta la danza. Si quieres participar conmigo de este espectáculo, seguro estoy de que eres hombre al agua, y monomaniaco por él en lo sucesivo. No habrá necesidad de aplicarte las palabras de Circe:

Estupefacta estoy de que bebiendo
Mis brebajes no te hayas encantado (1),

pues te encantarás, aunque sin tener cabeza de asno ni corazón de puerco. Todo lo contrario, se robustecerá tu juicio, y el placer te hará ofrecer á otros una buena parte de la copa. Lo que Homero dice respecto á la vara de oro de Mercurio, con que aduerme,

Si le place, los ojos de los hombres
Ó del sueño dulcísimo los saca (2),

es aplicable á la danza, que ya adormece los ojos, ya los aviva y despierta, llamando la atención sobre lo que en la escena pasa.

(1) Homero, *Odisea*, x, v. 326.

(2) Id., *ibid.*, v, v. 47 y 48.

CRATÓN. — Has logrado persuadirme, Lucino. Ya tengo de par en par abiertos los oídos y los ojos. Acuérdate, cuando vayas al teatro, de guardarme un sitio al lado tuyo, para que no vuelvas más ilustrado que tu amigo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL SEGUNDO TOMO.

	<u>Págs.</u>
Al lector.....	VII
XIV. Subasta de vidas.....	1
XV. El pescador ó los resucitados.....	23
XVI. La travesía, ó el tirano.....	53
XVII. De los que viven á sueldo.....	73
XVIII. Apología de los que viven á sueldo...	103
XIX. De una falta cometida al saludar.....	113
XX. Hermótimo ó de las sectas.....	123
XXI. Herodoto ó Aeción.....	181
XXII. Zeuxis ó Antíoco.....	185
XXIII. Harmónides.	193
XXIV. El Escita ó el Próxeno.....	199
XXV. Cómo ha de escribirse la historia,	209
XXVI. Historias verdaderas.—Libro I.	243
XXVII. Idem íd.—Libro II.....	267
XXVIII. El tiranicida.....	291
XXIX. El desheredado	303
XXX. Fálaris.—Discurso I.....	323
XXXI. Idem.—Idem II.....	333
XXXII. Alejandro ó el falso profeta	339
XXXIII. De la danza.....	371

